

LIA.

AHORA Y SIEMPRE

SANTANDER

BERLÍN

MILÁN

PARÍS

ISLA SOFÍA



mundopalabras



EDURNE CADELO

@Lacadelo

Lía, ahora y siempre

Primera edición, año 2018

© de la obra: Edurne Cadelo

Instagram: @lacadelo

Facebook: Edurne Lacadelo

Diseño cubierta: mundopalabras.es

Edita: www.mundopalabras.es

contacto@mundopalabras.es

Tel: 944 06 37 46

ISBN: 978-84-948582-0-8

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A María, por compartir tu tiempo y mis ganas. Un pedacito de Lía y Axel sabes que es tuyo.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1- EN RUTA

2- AGOSTO EN BERLIN

3- LOS DÍAS AL SOL

4- INVITADO SORPRESA

5- NUEVO PROYECTO

6- UN POCO DE SUR PARA NO PERDER EL NORTE

7- ¿QUÉ ES LO QUE TENEMOS?

8- TRABAJO Y CASA, CASA Y TRABAJO

9- SOBREVIVIENDO

10- DEJÁNDOME LLEVAR

11- 38 OTOÑOS

12- MI ALMA Y MI LIBERTAD

13- CIAO MILANO

14- AVANZANDO

15- PODER Y DECISION

16- PRE NAVIDAD

17- OTRO AÑO QUE SE VA

18- OTRO AÑO QUE COMIENZA

19- 38 TACOS Y NO MEXICANOS

20- TRABAJO BIEN HECHO

21- UN SUSTO

22- EL PREMIO

23- DUDAS

24- PREBODA

25- LA BODA

26- LA BODA (II)

27- Y SEGUIMOS SIN HABLAR

28- UN DOMINGO DE MIERDA

29- NO VA A PARAR

30- MENDIGANDO

31- AUTOENGAÑO

32- MALDITA LOCURA

33- LA REUNIÓN

34- LA CENA

35- SE ACABARON LAS MENTIRAS

36- NO ES UN SUEÑO

37- CAMINO DE VUELTA

38- BIENVENIDA A CASA

39- DENTRO DE TI

40- NUNCA LO IMAGINÉ

41- MENUDO DÚO
42- COMUNICADO OFICIAL
43- VAMOS A LUCHAR
44- DESTINO ISLA SOFÍA
45- DÍAS CON SOL Y NUBES
46- Y ASÍ ES LA VIDA
47- SOFÍA
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Mi estúpida teoría de que mi vida se rige por ciclos de dieciocho años se ha ido a la mierda de un plumazo, Axel apenas me ha durado quince meses y encima a intervalos, si contamos que durante cinco meses no nos vimos. ¿Y ahora qué? Sin teoría válida y sin expectativas de que surja una nueva, solo me queda analizarme a mí misma.

No me puedo creer que en los últimos meses mi vida haya dado tantas vueltas. Si cualquiera me hubiera dicho hace tiempo que iba a terminar con las dos relaciones más importantes que he tenido en mi vida, en un periodo de tiempo tan corto, le hubiera dicho que se equivocaba de persona, que era imposible que eso me fuera a suceder a mí.

La Lía que yo conocía, que de verdad pensé que después de 37 años me conocía, nunca hubiera saltado sin red, hubiera intentado mantener la calma y la coraza después de haber terminado su relación con Carlo y no se hubiera complicado la existencia empezando una relación con nadie, mucho menos con alguien diez años menor que ella. Pero esa Lía, que creí conocer, se dejó llevar, para sorpresa de todos, y se transformó en la Lía de ahora. Cambié todas mis bases el día que Axel apareció en mi vida. Intenté mantener la distancia, al menos al principio, pero poco a poco nuestras barreras se difuminaron y se fueron volviendo invisibles. No sé qué clase de química existió entre nosotros que nos arrastró a fusionarnos, pero me sentía tan bien entre sus brazos que esa sensación me hizo despegar los pies del suelo, es difícil de explicar.

Resumiendo, se puede decir que me atrapó.

Ahora sé que pagaré las consecuencias de mi salto al vacío. Estoy sola, sola otra vez: pero esta vez es mucho más difícil que la anterior, porque esta vez mis hijos tampoco están conmigo.

Mis días consisten en levantarme por la mañana, mirarme en el espejo después de ducharme y convencerme a mí misma de que tengo que seguir mirando hacia adelante. Voy a trabajar e intento sonreír, aunque no siempre lo consigo. La fuerza para continuar con mi vida llega a cuentagotas, como un grifo que no cierra bien y gotea cada cierto tiempo, con ese maldito sonido que se te mete en el tímpano cuando la gota choca contra el lavabo.

Cuando llega la noche y me acuesto, pienso en Axel, pienso en que lleva casi dos meses sin hablarme, pienso en cada letra de la nota que me dejó, “no hemos sido nada”, y pienso que fui yo la que le arrastró a marcharse. Creí que, cuando se le pasara el enfado, me llamaría o me mandaría algún mensaje, aunque solo fuera para saber cómo estoy; pero nada, cero. Probablemente me odie y nunca más tengamos contacto, lo único que hice fue contarle una sarta de mentiras, comportarme como una desequilibrada y encima dejé que se fuera de mi vida sin ser sincera con él; vamos, una maravilla de actuación. Ahora solo me quedan los remordimientos. Mi conciencia me dice que hice lo correcto, él estaba despegando y no podía retenerle a mi lado; pero mi corazón, eso es otro tema, porque mi corazón piensa otra cosa bien distinta.

Sé que jamás podré estar con nadie como he estado con él; aunque suene ridículo, es así como lo siento. Sus caricias vienen a mi mente para atormentarme cuando me meto en la cama, cada noche. Echo en falta tantas cosas de él; cenar no ha vuelto a ser lo mismo desde que él no me prepara la cena; al *loft* no soy capaz de entrar, porque me falta el oxígeno si pongo un pie en ese espacio. Todos los momentos de placer que he sentido pegada a su cuerpo, en cualquier rincón del mismo, se cruzan por mi mente, una y otra vez, como si de un sueño se tratara, aunque sé que un día fueron reales. Echo en falta sus besos, sus caricias, su forma de cuidarme, su sonrisa, hasta su puntual arrogancia...

Ahora en mi vida solo queda hueco para las lamentaciones.

¿Qué he hecho?

¿Cómo voy a poder vivir sin él?

Hacía un montón de años que Julia y yo no nos hacíamos un viajecito de los nuestros en coche, las dos solas. Ella a veces ha compartido algún día de sus vacaciones con Carlo, los niños y conmigo, pero nosotras dos solas no viajábamos desde que conseguimos nuestro primer contrato en prácticas. Aquel viaje fue una locura, nos fuimos hasta Valencia, a la costa, ella tenía unas primas que nos dejaron un apartamento allí, nunca me he reído más que con ella conduciendo, nos costó horas atravesar Madrid, éramos las dos típicas paletas que solo dábamos vueltas y vueltas por las mismas rotondas y no conseguíamos coger la carretera para la costa. Cuando por fin llegamos al apartamento besamos el suelo, como el Papa.

Y aquí estamos ahora, rumbo a Cádiz por la Ruta de la Plata, ya estamos llegando a Mérida y todavía nos quedan unas horitas de viaje. Conduce ella su golf negro GTI, es como Fernando Alonso en versión femenina, ya la he dicho en un par de ocasiones que afloje, que me gustaría llegar a ver a mis hijos.

Sí, al final vuelvo a la Costa de la Luz. He tenido que aguantar la correspondiente bronca de mi Juli por tragar con este destino y con los planes de Carlo; pero, aunque me riña, sabe que lo hago por los niños. Mañana empieza agosto y me toca estar con ellos todo el mes, los niños ya están allí hace dos semanas. Carlo y Ali (yogurín) se van a Nueva York mañana desde Madrid. La idea de él era entregarme a los niños mañana en la capital y yo, en un primer momento, barajé la posibilidad de irnos desde Madrid a cualquier destino los tres, pero después pensé que a los niños les encanta estar en la casa a la que siempre vamos en Zahara de los Atunes, son muchos veranos allí, ya tienen su pandilla y lo pasan genial; si los recogía en Madrid y los llevaba a otro destino, no iban a pasarlo tan bien, así que sí, he cedido y allá vamos, rumbo al sur.

Julia me ha dicho que soy gilipollas, que si por ella fuera lo obligaba a devolvérmelos en Santander, aunque después a mí se me pusiera del moño volver a llevármelos a Cádiz, pero yo no soy así. Aun con esas, ha decidido no dejarme sola y pasar con nosotros las próximas semanas, cosa que le agradezco un montón. No solo por no tener que recorrer 1000 kilómetros conduciendo sola, sino porque estar allí juntas será infinitamente mejor.

Casi nueve horas de viaje dan para mucho, ella me pregunta cómo me siento después de lo de Axel y encima añade su frasecita de “te dije que no le pidieras que se fuera, ahora jódete”. Y yo contraataco con “tú y Claudio qué, sois novios, ¿no?”, y entre pulla y pulla y canción y canción de nuestra lista de Spotify creada solo para la ocasión, ahora mismo cantamos como locas “Palabras más, Palabras menos” de Los Rodríguez, vamos llegando a nuestro destino.

Hemos llegado a Cádiz capital, hoy dormimos aquí, porque Carlo y yogurín se van mañana a primera hora y no me veía capaz de estar todos juntos para el intercambio. Por suerte a Beatriz y Fernando, el matrimonio que nos alquila la casa y que después de tantos años los considero mis amigos, no les importa quedarse con los niños hasta que lleguemos nosotras mañana. Además, tienen niños de edades similares y siempre salen todos juntos, por lo que les ha encantado la idea. Ya la he dicho a Beatriz que por favor mande limpiar la casa a fondo antes de que lleguemos, no quiero encontrarme ADN en las sábanas, por supuesto. Se descojonó cuando se lo dije y con esa sorna gaditana me dijo “quilla, si esa muchacha es tan joven que de eso ni tiene, todavía no *la ha brotao*”. Yo solo pude partirme de risa con su ocurrencia, vaya tela.

Julia y yo salimos cerca del hotel a comer algo y tomar un par de cervezas, estamos bastante

molidas del viaje, por lo que enseguida nos vamos a dormir. Cuando ya estamos metidas en la cama, empiezo a oír la señal del *whatsapp* de Julia.

—Joder, ¿cuál es la urgencia? —pregunto suspicaz, porque me puedo imaginar quién la está bombardeando a mensajes.

—Mi madre y mi hermana para saber si hemos llegado bien.

—Ya, y la cara de idiota y esa sonrisa que pones es porque también te ha preguntado tu cuñado, el del palo por el culo, ¿no?

—¡Joder, Lía!, desde que no follas qué mal carácter tienes. Eso hay que remediarlo —me espeta.

—Mira, voy a dejarlo y me voy a dormir —digo con gesto de indignación.

Ella se levanta y se va al baño, oigo como cierra la puerta.

Joder, conociendo a estos dos, fijo que se están enviando fotos guarras, porque esta a mí no me engaña, los mensajitos son de Claudio, solo hay que observarla.

Me doy la vuelta, agarro la almohada y en cuanto cierro los ojos ahí está Axel de nuevo, aunque solo sea en mis pensamientos.

Llegamos a Zahara y vamos directas a casa de Fernando y Beatriz, los niños están a punto de comer. Julia y yo no hemos madrugado y hemos hecho un poco de tiempo para no cruzarnos con la parejita.

Teo se abalanza sobre mí en cuanto me ve y Gael da dos besos a Julia. Joder, los veo más altos, cada día que paso sin verlos los noto más cambiados, se están haciendo mayores. Gael me da dos besos y después de mucho tiempo siento como se recrea un poco en nuestro abrazo. Me emociono, pero logro contener mis lágrimas.

Cuando hemos saludado a todos, nos dan las llaves y Julia y yo vamos hasta la casa, que está muy cerca de la de ellos. La casa es bastante grande, en la planta baja está el salón que da a un porche por donde se accede a una pequeña piscina y a un jardín. Una cocina blanca bastante amplia, un baño y una habitación mediana. En la planta de arriba hay una habitación grande con baño incluido y dos habitaciones más pequeñas, con otro aseo en medio. Los niños tienen sus cosas en las habitaciones pequeñas, yo escojo la habitación de la planta baja, no es la mejor pero no me apetece dormir en la misma cama que ha estado Carlo con su novia. Llamadme rara si queréis, pero esa que la pille Julia.

Después de deshacer la maleta y ponernos el bikini, nos vamos con los niños a la playa. Un rato al sol, un baño y un par de respiraciones profundas después, me empiezo a relajar, espero que estas semanas de vacaciones me devuelvan un poco de paz interior.

Los niños enseguida se van con sus toallas donde sus amigos, son una buena pandilla. Hay gente que vive aquí todo el año, como Blanca y Fer, los hijos de Beatriz y Fernando; y hay otros que suelen venir a veranear todos los años, como nosotros, por eso forman un buen grupo, porque casi todos los veranos se juntan.

—¿A qué hora vamos a cenar, mamá? —me pregunta Teo.

—A las nueve y media como muy tarde en casa, ¿vale? —le digo.

—Está bien, con papá era a las diez, pero vale, me apetece cenar contigo —me responde complacido.

Y ahí quedamos Julia y yo, reactivando nuestro moreno. Nos dimos un par de paseos por la orilla y poco a poco fue cayendo el sol. Las puestas de sol aquí son espectaculares, me recuerdan a las de la isla, otra vez pienso en Axel. Joder, Lía, vas de mal a peor. Antes de volver a casa paramos en el

chiringuito.

—Dos mojitos, guapo —le espeta Julia al camarero. La verdad es que feo no es. Tendrá unos treinta años, con el pelo castaño claro y unos ojos azules casi transparentes.

—¿Se puede saber qué clase de fantasía sexual te montas tú con los camareros? —le vacilo.

—¿Yo? Ninguna; pero coño, Lía, si está bueno le podré mirar y decírselo, ¿no? No me seas mojigata.

Cuando nos sirve charlamos un poco con él, se ve que quiere darnos bolilla, se presenta como Yeray y por su acento adivinamos que es canario, nos pregunta si empezamos hoy nuestras vacaciones y nos dice que todos los días hay concierto en directo a las nueve de la noche y que los viernes hay fiesta temática. Nos da un programa con todo detallado y se aleja con una sonrisa de oreja a oreja. Sabe hacer bien su trabajo.

—Vamos a brindar, amiga —me dice Julia mientras levanta su mojito.

—Por las vacaciones y las risas —le digo mientras choco mi mojito con el de ella.

—Por nosotras —me responde ella.

Y así, contemplando cómo se pone el sol, nos tomamos nuestro primer mojito de relax.

Carlo había dejado la nevera casi llena, se ve que no tiene ni idea de calcular al hacer la compra; y ella, menos. Es lo que pasa cuando siempre ha habido alguien que lo haya hecho por ti. Cierro la puerta de la nevera y me obligo a descartar esos pensamientos. Ahora solo veo a Axel haciéndome la cena en el *loft*. Qué suerte la mía, soy incapaz de no pensar en él.

—¡Mamá, mamá! —grita Gael, sacándome de mi ensoñación.

—Dime, cariño.

—Te digo que podemos hacer *pizza* para cenar, yo te ayudo.

—Perfecto —le respondo volviendo a la realidad.

Cenamos en el porche, hace una temperatura buena y no sopla mucho el viento. La cena es muy agradable, tenía muchas ganas de compartir momentos con ellos, les preguntamos por sus vacaciones, por su pandilla. Teo me empieza a decir que a Gael le gusta Blanca, la hija de nuestros caseros. Julia empieza a intentar sacarle más información a Teo, pero es imposible. Gael da un collejón a su hermano por bocazas, lo normal en estos casos, y entre risas, *coca colas* y helado de chocolate por litros, paso mi primera noche con ellos después de muchas noches sola.

En cuanto me meto en la cama, cojo mi móvil y veo que no tengo ningún mensaje, voy a mis contactos de *whatsapp* y miro la foto de Axel, como suelo hacer todas las noches. Lo sé, soy masoquista. La ha cambiado hoy, está guapísimo luciendo esa sonrisa que me encanta, lleva puestas las gafas de sol y no puedo ver el verde de sus ojos; aun así, no he olvidado su mirada.

Me alegro de que esté bien, al menos uno de los dos lo está.

AXEL

Ya es 1 de agosto, llevo un mes aquí y no sé si seré capaz de hacerme a este lugar. Llevamos quince días ya viviendo en un piso alquilado en NeuKölln, un barrio moderno, que en los últimos años ha recibido la llegada masiva de jóvenes de medio mundo, es lo que tiene que más de la mitad del mundo esté en crisis. Sobre todo se han afincado en esta zona de artistas y estudiantes, lo que ha dado lugar a que el barrio tenga una extensa agenda de eventos de ocio. Hay pequeñas galerías, tiendas y bastantes bares, todo rodeado de un ambiente bastante ecléctico. Puede que sea el barrio con más vida juvenil de todos los de Berlín.

El piso nos lo paga Juan; bueno, realmente lo paga el cliente, así que hemos alquilado uno de los más nuevos, es bastante grande y tiene un balconcillo que da a la calle, nos viene muy bien porque María, la novia de Rubén, fuma tabaco de liar y le hemos prohibido que fume en casa, a nosotros no nos gusta que luego todo huelga, por lo que solo le dejamos hacerlo en el balcón. Ella ha aceptado de buen grado nuestra norma. De momento hace bueno, lo peor será cuando estemos bajo cero, quizás nos apiademos de ella y en invierno dejemos que fume dentro. El piso tiene tres habitaciones bastante grandes, una es para ellos, que tiene baño, a las chicas siempre les gusta tener su intimidad; la otra es un poco más pequeña es la mía, tiene una cama grande y un armario aceptable, yo tampoco necesito mucho más, lo mejor es que es la que tiene más luz. La tercera la hemos convertido en despacho; como María trabaja desde casa, es la que más la usa, pero Rubén y yo hemos montado allí nuestra mesa de dibujo y hemos puesto nuestros ordenadores. El proyecto del hotel nos obliga a estar a pie de obra, y muchas noches nos quedamos dando forma a nuestras ideas. Hemos colocado un pequeño sofá cama por si algún día tenemos invitados; yo no espero visitas, pero ellos seguro que sí. Me alegro de que hayan venido conmigo, adaptarme a todos estos cambios estando solo me hubieran costado mucho más.

Mi madre me llama un montón de veces, a pesar de que advertí a mi hermana que me dieran un tiempo; es igual, no ha debido de captar el mensaje, pero casi siempre me pilla con planos en la mano, entonces le contesto con educación, le digo escuetamente que todo bien, que tengo mucho trabajo y cuelgo. Alba me suele mandar *whatsapp* y a veces por la noche le cuento alguna cosa del curro o de la ciudad, pero sin entrar en mucho detalle. Estoy casi seguro de que mi madre avisó a Lía de lo del trabajo, probablemente le pidió por favor que me obligara a venir, por eso no confío en ellas, en ninguna de las dos. Una por decírselo sin mi consentimiento y la otra por mentirme y consentirlo.

El trabajo me gusta, tenemos que hacer un hotel pequeño en un antiguo edificio de viviendas. Está en medio de dos edificios ya construidos, por lo que tenemos que respetar la estructura y hacer la distribución y la fachada, creo que Rubén y yo formamos un buen equipo e intentaremos que el proyecto sea bonito e innovador.

Muchos alemanes están de vacaciones en nuestra Costa del Sol, ya se sabe, bebiendo nuestra cerveza mucho más barata que aquí y poniéndose como cangrejos. Berlín en agosto es una ciudad mucho más tranquila y el calor tampoco nos mata. Hemos descubierto una terraza en el último piso de un centro comercial, cerca de nuestra casa. El Kunkerkranch, un bar que se ha puesto muy de moda, con buena música, muebles hechos con palés, que forman mesas y sillones, tiene cierto parecido a

cualquier *chill out* de los que bañan nuestras costas. Por las tardes vamos allí a ver atardecer, la vista no es como en la isla; pero, para estar donde estamos, es de lo mejorcito que hemos encontrado.

Bebemos cerveza, mucha, casi todos los días. María nos vacila diciendo que en unos meses tendrá peor cuerpo que la Merkel y que será como un colega más nuestro, en vez de una señorita. Rubén me dice que afloje, que no me puede seguir el ritmo; total, después de aquí nos volvemos a casa andando y si voy un poco pedo no le doy tantas vueltas a la cabeza.

Ahora estamos sentados, en pantalón corto y chancas, el *outfit* del veraneante, con nuestra jarra tamaño XXL escuchando “*Battle Symphony*” de Linkin Park.

—¿Te has seguido dando la crema cicatrizante? —me pregunta María mientras da un trago a su cerveza.

—Sí, mami —contesto con sorna.

—Joder, tío, el tatuaje te ha quedado guay, pero te ha dolido de cojones, yo no hubiera aguantando —me dice Rubén mientras contempla la brújula que tengo en el empeine marcando el norte.

Sí, lo sé, es como el colgante que le regalé a Lía. Hace un par de semanas le dije a Rubén que me acompañara a un tatuador que hay en el barrio. Como me lo he hecho en el empeine, la zona es bastante sensible y casi se me saltaban las lágrimas del dolor, pero ha merecido la pena. Ha quedado impresionante, aunque todavía no ha cicatrizado del todo, de ahí que María se preocupe. Suena masoca, lo sé, porque ella era mi norte. Ahora cuando siento que no encuentro el camino me miro el pie y no puedo evitar acordarme más de ella, como si eso fuera posible.

Cuando volvemos a casa yo les hago la cena. Rubén a veces me ayuda, pero María es una negada para la cocina, por lo que no le dejamos ni acercarse. Lo bueno que tiene es que ella se encarga de limpiar y dejar todo en su sitio de nuevo. Siempre me dice que cocinando así no tardaré en encontrar otra chica. Como si eso me preocupara ahora.

Después de cenar siempre acompaño a María al balcón a fumarse su pitillo.

—Sabes que eres un capullo, ¿no? —me pregunta molesta.

—¿Por qué?, por prepararte las mejores cenas del mundo —digo burlón.

—No, porque dentro de casa no me dejas fumar y todas las noches sales al balcón a oler el humo que desprende mi cigarro, no lo entiendo, la verdad.

—A ver, dentro de casa me molesta el olor a tabaco, pero aquí afuera el humo se lo lleva el viento y me gusta la liturgia de verte liar el cigarrillo, encenderlo y esas primeras caladas que das como si supieran a gloria. Llámame raro —le digo mientras aguanto la risa.

—¡Oh!, qué poético, espero que cuando sea invierno y estemos a menos diez grados también me acompañes —se ríe mientras da un par de caladas más.

Rubén está intentando conectar el portátil a la televisión para ver una película. Cuando María acaba el cigarrillo, nos acomodamos los tres en el sofá y comenzamos la sesión de cine. Delante de mí suelen evitar las caricias y los arrumacos, me imagino que les da corte mostrar su amor por los rincones de casa mientras yo estoy cerca, espero que en cuanto cojamos un poco más de confianza se relajen un poco. A mí no me incomoda verlos, siempre y cuando no sean muy explícitos, claro. Cuando acaba la peli nos decimos buenas noches y nos vamos a nuestras respectivas habitaciones.

Al meterme en la cama enciendo mi portátil y como casi todas las noches repaso una a una las fotos de Lía; Lía entre mis sábanas, Lía en el sofá, Lía tumbada en la hamaca en la isla, Lía disfrazada de enfermera en su cumpleaños. Joder, gruño y cierro el portátil de un manotazo. Esto es insano, ¿ahora qué voy a hacer, comerme la cabeza pensando en que nunca más voy a tocar su piel, ni a oler su olor, ni ver su sonrisa de cerca, pensando que nunca más voy a tener un orgasmo como los que tuve con ella? Llevo poco más de un mes sin follar y en lo único que pienso es en que no voy a

ser capaz de hacerlo con ninguna otra. Joder, Axel ¿cómo has sido capaz de sentir tanto por ella en tan poco tiempo? No me importó nada, ni su edad, ni que ella saliera de una relación tan larga, ni tan siquiera que tuviera dos hijos mayores. ¡Coño!, ¡si yo en la vida me he planteado formar una familia!, pero ahí estaba yo, saltando al vacío sin red, todo porque estar con ella y hacerla feliz era lo único que me importaba.

Después de martirizarme bien con mis pensamientos y antes de apagar la luz para dormirme, que mañana madrugo, echo un último vistazo al móvil y busco su foto de perfil de *whatsapp*. Está muy guapa, ha cambiado la foto hoy, está con sus niños, sonriendo, la están besando cada uno en una mejilla, parece que están en la playa.

Se la ve feliz, al menos uno de los dos lo está.

Julia y yo llevamos ya unos cuantos días de relax, los niños se están portando muy bien, se les ve felices disfrutando de sus vacaciones. Por las mañanas nos levantamos tarde, desayunamos en el porche y nos quedamos en la piscina con ellos, tiradas sin hacer nada. Después comemos algo en casa o nos vamos a comer por ahí, nos encanta el atún y estamos en el sitio perfecto para saborearlo de cualquier manera, por lo menos no estamos comiendo comida basura y grasienta; aunque, claro, alcohol sí que tomamos y eso sí que engorda, no queremos volver de las vacaciones como dos rollizas. Por las tardes vamos a la playa, los niños quedan con su grupo de amigos y nosotras nos tostamos al sol, paseamos, vamos a ver a Yeray, que nos prepara unos mojitos buenísimos, y poco a poco pasamos los días.

Julia está contenta, disfrutando de la playa y del relax, sin acordarse de pleitos, clientes, letras y números; pero la noto algo más apagada que de costumbre, no hace tantos chistes, no me cuenta las mil y un maneras en las que se tiraría a Yeray, que por cierto es guapísimo y muy simpático. No sé, está muy melancólica. Todo el día pendiente del móvil y cuando le pregunto me dice que no es nada importante; a veces me cuenta que es su prima Marta, otras que es su hermana, aunque yo no me creo nada. Hoy ya es jueves y estamos tomando nuestro mojito antes de volver a casa.

—¿Me vas a decir qué coño te pasa? —le pregunto mientras remuevo el hielo picado en el fondo del vaso.

—Nada, estoy bien, solo algo cansada.

—Y una mierda. Soy yo, puedes contarme cualquier cosa, ¿has discutido con Claudio? —le pregunto.

—Por qué mierda iba a discutir con un tío que me follo cuando salgo por las noches, si nuestra relación es perfecta —me contesta secamente.

—Joder, Julia. A mí no tienes por qué engañarme, esa milonga se la cuentas a Marta o a tu hermana. Yo te conozco y no solo te acuestas con él de pedo. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero estás así porque te gusta y quieres más. Y si no me equivoco, él también quiere algo más, pero sois unos cagones de mierda y no lo vais a reconocer nunca.

—Tranquila, nena, no te hagas pajas mentales —me espeta molesta—; después de todas las muñecas que se folla Claudio, por qué iba a querer estar conmigo. ¿Me has visto?, peso igual que dos de sus conquistas juntas.

—Tú eres muy lerda —le digo molesta—. ¿Y no has pensado que quizás está harto de *barbies* y lo que quiere es una mujer de verdad, como tú? Los dos habéis follado con quien os ha dado la gana en los últimos años, puede que ahora necesitéis otra cosa más seria, ¿cómo se llama?, ah sí RELACIÓN. ¡Capulla!

—Venga, sí, ¿cómo se dice?, ¡ah!..., sí, “consejos vendo y para mí no tengo” —me dice con ironía mientras bebe su mojito.

—Mañana es la fiesta del pijama, espero veros aquí a las doce —nos dice Yeray.

Julia y yo nos reímos al unísono, cuando estábamos en la Universidad fuimos a unas cuantas.

—Aquí estaremos, por los viejos tiempos —le contestamos las dos y chocamos nuestros mojitos.

Después de cenar con los niños, me quedé a recoger un poco el porche y todo lo de la playa. Julia me dijo que estaba muy cansada y se acostó enseguida, los niños estaban viendo una película en el salón. Cuando acabé de ordenar todo me senté en el borde de la piscina, apurando los últimos tragos

de mi cerveza, metí los pies en el agua y decidí meterme donde nadie me llamaba.

Cogí mi móvil, busqué a Claudio y le mandé un montón de *whatsapp*.

Por la mañana cogimos el coche de Julia y nos fuimos los cuatro hasta Tarifa, dimos una vuelta por el pueblo, visitamos el Castillo de Guzmán el Bueno, vimos África desde la muralla y nos tomamos unos batidos de chocolate con millones de calorías. Los niños aprovecharon para ver todas las tiendas de ropa de surf posibles, les gustaba todo. Intenté resistirme, pero como estaban en periodo de rebajas les compré un par de bañadores nuevos y unas camisetas. Julia y yo también pecamos, encontramos una tienda muy chula que tenía unos vestidos playeros preciosos, así que no pudimos resistirnos. Después de las compras nos acercamos a comer al Arte Vida, un hotel- restaurante espectacular situado en la misma orilla de la playa de Los Lances. Tomamos ensalada y tartar de atún, a los niños les gustó mucho el sitio, alucinaron al ver tanta gente haciendo KiteSurf. Debido al viento que siempre sopla en la zona, el cielo se llena de cometas sobrevolando el mar, es un espectáculo visual impresionante.

Nos dimos un baño, los niños jugaron un rato al balón, mientras Julia y yo nos tomamos un café tiradas en los sillones del *chill out* y por la tarde regresamos a casa. Los niños, que siempre tienen energía para que sus días sean eternos, se fueron a la playa para estar un rato más con sus amigos y Julia y yo, que ya estábamos bastante cansadas, nos quedamos en la piscina leyendo un rato, tumbadas en las hamacas.

Casi a las ocho de la tarde recibí un *whatsapp* de Claudio, me metí dentro de casa para que Julia no me preguntara y le mandé nuestra ubicación. Joder, no sé si Julia me matará. En menos de media hora un coche pitó en la entrada.

Julia estaba tumbada en una hamaca, muy relajada con su nuevo libro, *La magia de ser Sofía*, de su autora favorita Elisabet Benavent, cuando oímos el claxon.

—Guarri, abre tú que no sé quién coño será —le digo con cierta desgana en la voz. Y el Oscar a la mejor interpretación es para: Lía.

—Joder, ¿quién perturba nuestra paz? —pregunta ella mientras se coloca su vestido de rayas y sale hasta la verja.

Yo me levanto y me quedo en el borde de la piscina, observando la reacción de Julia al ver a Claudio dentro de su coche.

—Me cagüen la puta, ¿qué coño haces tú aquí? —dice ella muy finamente.

—Joder, menudo recibimiento —suelta Claudio mientras entra y aparca su coche al lado del de Julia.

Yo contemplo la escena a unos metros y en cuanto se baja Claudio del coche abraza a Julia y le da un solo beso en la mejilla. Ella se deja hacer, durante unos segundos sigue muy pegada a él, aunque veo que no son capaces de besarse en la boca.

—Lía, cacho zorra, no te escondas, tú sabías perfectamente quién era —me grita mientras se separan.

Me acerco a ambos mientras Claudio saca su maleta del coche. Me fundo con él en un abrazo y les digo a los dos que tenemos una conversación pendiente y de hoy no pasa.

Los dos me miran con cara de circunstancias. Entro en casa y voy a mi habitación, me pongo mi vestido blanco de tirantes, las sandalias de tiras, recojo mi pelo en un moño desenfadado y cojo mi pequeña cartera de mano. Ellos están en la cocina bebiendo agua.

—Me voy a buscar a los niños a casa de Fer y Bea, volveremos a las diez para cenar, espero que aprovechéis el tiempo. Hacedos a la idea de que es una hora sin cámaras, como en Gran Hermano — les digo riéndome de mi propio chiste.

—Eres gilipollas— me contestan los dos.

—Yo también os quiero. —Y salgo por la puerta con media sonrisa.

Joder, vaya par, toda la vida juntos y ahora también revueltos. Aunque me haya metido donde no me llamaban, ver la sonrisa de Julia cuando Claudio ha aparecido por la puerta ha merecido la pena.

En unos minutos llego a casa de Bea, nos sentamos en su porche con vistas a la playa y me sirve una cerveza bien fría, charlamos tranquilamente y nos ponemos al día de nuestras vidas, hablamos de los niños, los estudios, la rutina, un poco de Carlo; aunque tampoco quiero entrar en muchos detalles, ella conoce todo el proceso y no me apetece recordar lo de la custodia ahora que estoy disfrutando con mis hijos.

Hoy me siento feliz por haber conseguido que los idiotas de Claudio y Julia estén juntos. Me río yo misma imaginando como Julia ahora mismo debe de estar disfrutando de lo lindo comiéndose a Claudio, solo hay que ver cómo le mira. Doy un trago a mi cerveza y siento un pinchazo en mi estómago, Bea ahora me habla de no sé qué cosas a las que no presto atención, porque ha venido a mi mente como Axel y yo nos mirábamos. Joder, Lía, otra vez estás pensando en él, no tienes remedio. Intento desterrar esos pensamientos y centrarme en escuchar a Bea, pero sobre todo intento contener las lágrimas que estoy a punto de derramar, seguramente él ni pierda un minuto de su vida en pensar en mí, su demoledora frase “no hemos sido nada” me martillea constantemente la cabeza. Por suerte llegan los niños y consigo centrarme de nuevo. Sus gritos y sus risas me han devuelto a la realidad.

Mientras tanto, el día anterior en Santander, Claudio se despidió de Sara y Carlota, era su último día de trabajo antes de empezar sus vacaciones, las próximas dos semanas hasta que nosotras volvamos será Eduardo el encargado de la asesoría. A Claudio le da rabia no coincidir con Eduardo a su regreso al trabajo, porque ha estado de vacaciones en Mikonos casi dos semanas y seguro que tiene que contarle todas sus aventuras, probablemente se habrá tirado a un tío cada noche y no le sobrarán mil batallas que contar. Es raro que estos dos sean tan amigos, uno tan hetero y el otro tan gay; mientras uno habla de los mazas que están los tíos que le gustan, Claudio le describe las tetas de su última conquista o los culos de las tías que le molan. Aun así, tienen muy buen rollo entre ellos, se respetan y se escuchan mutuamente; aunque resulte raro, se compenetran.

Claudio salió de la oficina y su amigo Pedro le llamó para decirle que a las nueve habían quedado en la Plaza de Cañadío para ir a cenar con unas madrileñas que conocieron la noche anterior. A Claudio le da mucha pereza salir; primero, porque Santander está hasta la bandera, no creo que entre un turista más, para los que vivimos aquí todo el año es hasta desesperante, no puedes ir a las playas de siempre porque no tienes hueco ni para poner la toalla, no encuentras aparcamiento en el centro y encima los bares y restaurantes están hasta los topes, y lo segundo porque las niñas que han conocido no pasan de los veinticinco. Ayer a las tantas de la madrugada su amigo ya le mandó un montón de fotos con ellas, aunque hoy ni se acuerde y la verdad es que no le ponen para nada, todas son como cortadas por el mismo patrón; melena larga lisa, vestidos que parecen de muñecas y las perlas en las orejas. Está tan harto de acabar siempre haciendo lo mismo que le dice a Pedro que se va para casa. Su amigo le insiste, pero al final lo deja por imposible; será que pasa de follar hoy, piensa Pedro para sí mismo.

Claudio llegó a su casa y se puso su pijama de Calvin Klein, eso sí, antes muerto que sencillo, y se hizo un sándwich de pavo para cenar mientras se bebía una cerveza. Empezó a enredar con el móvil y contempló una por una las fotos que Julia le envió desde Cádiz. “Joder, estoy loco, es mi jefa”. Y ahí estaba Julia, en todo su esplendor, primero salía en una luciendo su escote con una camiseta de tirantes y sin sujetador. “Hostia, eso sí que son dos tetas, grandes, tersas, con unos pezones marrones que me encanta chupar”, se perdió Claudio con sus propios pensamientos. Después otra, enfocándose al espejo de espalda. “¡Vaya culo!”

—¡Joder! —bufó.

No sabe qué coño le pasa, si él siempre ha estado con tías mucho más menudas y manejables; en cambio, Julia es todo lo contrario a las *barbies* que siempre le han gustado. “Será la crisis de los 35”, se dice a sí mismo.

Él siempre tan seguro de sí mismo, alto, guapo, con cara de amante bandido, buen cuerpo, el terror de las nenas, con poner media sonrisa ya desintegra las bragas de todas las féminas. Y ahora, ahora no puede quitarse a Julia de la cabeza, le gusta tanto hundirse en ella, le encanta lo escandalosa que es en la cama, su descaro y cómo se pone a horcajadas encima de él y le folla como una actriz porno, el sexo con ella es jodidamente superior.

Claudio sabe que Julia está algo mosqueada con él, pero no tiene ni idea de por qué. Quizás pensó que las semanas que van a coincidir de vacaciones organizarían algún viaje juntos o alguna escapada, pero él no ha sido capaz de proponer nada. Tiene miedo a que ella le diga que se está equivocando, que solo son dos amigos que follan cuando les apetece; pero por otro lado piensa que puede que ella

sí quisiera que él le hubiese propuesto un viaje, los dos solos. Está nervioso, no sabe cómo actuar; él, que siempre ha sido el maestro de la seducción y del flirteo, ahora, ahora se siente más perdido que una aguja en un pajar. Mientras apura su cerveza y sigue con las fotos se auto convence de que no, que todo está bien entre ellos, que son dos adultos que han empezado a enrollarse, pero que saben que solo es sexo, ¿o no? Barajando posibilidades estaba cuando le empezaron a entrar un montón de *whatsapp*.

Lía: Hola, monada, ya estás de vacaciones, ¿no?

Claudio: Correcto, jefa

Lía: Y qué te parece si te propongo un plan que no podrás rechazar

Claudio: Soy todo oídos

Lía: Haz la maleta y ven a vernos a Cádiz, a Julia le va a encantar la sorpresa

Claudio: ¿Estás segura? No quiero que se enfade conmigo por presentarme allí sin avisar.

Lía: Claudio, te lo digo en serio, deberías venir

Claudio dudó unos segundos, pero se dijo a sí mismo ¿y por qué no? Contestó con los dedos temblorosos, no tenía ni puta idea de qué le provocaba ese estado de nervios.

Claudio: Perfecto, saldré pronto y cuando esté llegando te pido la ubicación

Lía: Genial, que tengas buen viaje. Besos

Claudio: Besos

Y así fue como Claudio llegó hasta la puerta de entrada de la casa de Cádiz

—Joder, ¿quién perturba nuestra paz? —gritó Julia al oír el claxon, se puso su vestido y fue a abrir. Cuando vio que era Claudio el que estaba en el coche, echó un juramento—. Me cagüen la puta, ¿qué coño haces tú aquí?

—Joder, menudo recibimiento —dijo Claudio mientras aparcó su coche al lado del de Julia.

Se saludaron con un abrazo y un casto beso en la mejilla.

—Lía, cacho zorra, no te escondas, tú sabías perfectamente quien era —espetó Julia.

Y así, como ya sabéis, los dejé a solas en la cocina.

Julia miraba con cara de sorprendida a Claudio.

—Joder, no me creo que estés aquí. ¿Qué te ha dicho esta capulla para que te hagas un viaje de 1000 km? —le preguntó.

—Nada, que te encantaría la sorpresa. —Y entonces agarró su cara con las manos y la besó, besó esos labios carnosos que tanto había echado de menos sin darse cuenta y Julia por primera vez en días se sintió feliz de nuevo.

En segundos estaban en la habitación devorándose, entregados al fornicio, como dirían los ancianos. Pensaron que no llegarían hasta el piso de arriba y lo tendrían que hacer en la encimera, como hacen en su piso, pero Julia le dijo que allí sí que se cocina y sería una guarrada, menos mal que se cortó, así que subieron a la habitación, deshaciéndose de la ropa se comieron enteros, de arriba abajo, se corrieron escandalosamente, como a Julia la gusta y cuando consiguieron recuperar sus respiraciones se ducharon, no sin antes hacerlo de nuevo contra los azulejos del baño y después se prepararon para la cena.

Y a esa hora es cuando volvimos los niños y yo.

—¿Entonces qué sois, novios? —les pregunta Gael mientras tomamos el postre en el porche.

—No, Gael, nosotros somos amigos, ¿o acaso tú eres novio de Blanca? —contraataca Julia.

—Bueno ya está bien—intervine yo al ver la cara de mala leche de Gael—, no hay que poner etiquetas a todo. Y miré a Julia con el ceño fruncido, no me puedo creer que se esté poniendo a la altura de un niño de doce años. Teo los miró sorprendido.

Claudio se sirvió más helado y no levantó la vista de su cuchara; quien calla otorga, se suele decir. Sé que no hay que poner etiquetas a todo en esta vida, pero que dos adultos que se conocen hace años se comporten como críos sí se puede etiquetar como “Gilipollez Supina”.

AXEL

Estoy empezando a odiar a los alemanes, y mira que siempre me he considerado un chico de mundo; he viajado, he vivido en varios países, me encanta conocer gente y otras culturas; pero estos, estos son una excepción. Ahora pienso que el tópico de “los alemanes tienen la cabeza cuadrada” tiene algo de cierto. Por lo que he visto hasta ahora son poco originales, en general. Es decir, todo aquello que se sale de lo establecido, de la norma, de lo planificado, los descoloca totalmente.

Rubén y yo estamos muy pronto en la obra, normalmente antes de las ocho de la mañana ya rondamos por allí, el proyecto está en la fase inicial y es cuando más falta hacemos. Mi alemán estaba algo oxidado, pero durante este mes ya lo he desempolvado de la parte de mi cerebro donde estaba almacenado y me apaño bastante bien. En cambio Rubén no tiene ni idea, así que básicamente soy su traductor oficial, el de él y el de María, que cuando llegamos a casa me pregunta por un montón de palabras que ella poco a poco intenta aprender por su cuenta. Como soy yo el que doy las órdenes a la empresa constructora, soy el que de más mala hostia se pone. Cómo les diga una cosa a primera hora, y a medida que pasa el día vea algo mal y cambie de idea, se jodió. Ya no saben por dónde continuar el trabajo, son como máquinas. Rubén se descojona de mí porque me oye dar todas las instrucciones en alemán y entre frase y frase suelto algún que otro juramento en perfecto español. Rubén me regaña a veces, porque me arriesgo a que alguno ya controle nuestra lengua, aunque solo sea de pasar los veranos en Mallorca y tengamos un lío. El edificio va a ser de ladrillo rojo recocido y asentado en viga metálica; si veo que algún material que van a emplear para asentar la estructura no me convence, los paro y les explico lo que quiero, ese cambio de última hora es el que les hace perderse, es increíble.

Trabajamos con horario continuo, a las dos más o menos paramos para comer algo, normalmente un café y algo de bollería en una cafetería muy cerca. Sí, ya sé que es una mierda de alimentación, por eso intentamos compensarlo con las cenas, y más o menos a las cinco de la tarde ya estamos de vuelta en casa. Eso en agosto, y aquí, es como perder todo el día. Nosotros no cenamos a las siete de la tarde como hacen ellos, por lo que los días se me hacen eternos.

Hoy María se ha acercado hasta la obra y se va con Rubén de compras, me han dicho que los acompañe, pero yo solo quiero ir a casa, darme una ducha y desconectar un poco. Bueno, desconectar si lo consigo, claro, que eso es otro tema.

Cuando subo en el ascensor y llego al descansillo veo sentada en la puerta de enfrente a una chica, muy rubia y de piel clara. No me doy cuenta de que estoy en Berlín y saludo en español.

—Hola.

—Hola —me responde ella en un español demasiado claro para alguien con su tez.

Me sorprendo y le pregunto si necesita algo, está claro que me entiende a la perfección.

—¿Estás bien, necesitas ayuda?

—Me he olvidado el bolso con la cartera y las llaves dentro de casa, menos mal que el móvil lo llevaba en la mano; ahora estoy esperando a mi hermana, que tardará en volver más o menos una hora. Por cierto, me llamo Anne.

—Hola, yo soy Axel. Hablas muy bien español para ser tan rubia. —Joder, Axel, te ha faltado decir que es rubia y tonta, creo que has perdido tu don con las féminas.

—No sé si tomarme eso como un cumplido o todo lo contrario —dice Anne con media sonrisa—. De todas maneras, hablo así porque mi madre es española.

—Perdón —me disculpo.

A mí solo me apetece entrar en mi casa y estar solo; pero ¿cómo voy a dejarla ahí sentada en el rellano mientras llega la hermana? Joder, no me sale una a derechas.

—Pasa a casa y espera a tu hermana, no vas a quedarte ahí.

Ella duda un poco, se ve que es joven, no tendrá ni veinticinco y yo no recuerdo que nos hayamos encontrado en la escalera ni un día, me sonaría su cara al menos, excepto si nos hemos cruzado cuando volvemos de tomar nuestras cervezas de la tarde, que en ese caso puede que la haya visto pero no mirado, a esas horas mi cabeza ya viene martirizándose con un solo pensamiento, Lía.

—No quiero molestar.

—Tranquila, no pasa nada.

—Está bien. —Se levanta y yo abro la puerta.

Como todos los días, el piso estaba perfectamente ordenado, gracias a María, claro; me imagino que si solo estuviésemos viviendo Rubén y yo, el aspecto al abrir la puerta hubiera sido bien distinto. Y eso que a mí no me gusta el desorden, pero saliendo tan pronto de casa por las mañanas y volviendo a estas horas no tendríamos mucho tiempo para tener todo así de colocado. Le digo que se siente en el sofá y le ofrezco algo de beber, solo quiere agua. Yo me dirijo a mi habitación a dejar el portátil y a cambiarme de ropa. La ducha va a tener que esperar.

Antes de volver al salón, paso por la cocina y me hago un sándwich, hoy tengo hambre y hasta la cena no puedo esperar. Le ofrezco algo de picar, pero otra vez lo rechaza. Claro, ella seguro que estaría a punto de cenar, mierda de alemanes y sus horarios; bueno, aunque esta es mezcla.

Una vez en el salón nos presentamos. Anne me cuenta que tiene veinticuatro años, que es profesora de piano en un colegio cercano y que, como no ha empezado el curso escolar todavía, ahora está dando clases de alemán para los españoles en un centro del barrio, aunque probablemente cuando empiece el curso también siga con las clases. Me cuenta que hay muchísimos españoles que han llegado para quedarse. Su madre es de Madrid y vino aquí a trabajar a una gran empresa donde conoció a su padre y ya no volvió a España, excepto para las vacaciones, por supuesto, que es donde están ahora, en Mallorca, por eso tampoco ha podido ir a su casa y estaba tirada en el felpudo. Se ve que es algo tímida, o quizás la intimide yo un poco, porque no para de tocarse las manos a la vez que habla, puede estar pensando que es un poco temerario meterse en casa de un perfecto desconocido; pero tranquila, chica, que no muerdo. Yo en cambio le digo lo básico, que estoy aquí por curro y que vivo con Rubén y con María, sus próximos alumnos de alemán. Me ha venido que ni pintado conocerla, le pido la dirección del centro y los horarios para dárselos a los chicos en cuanto lleguen.

Su hermana la llama al móvil, avisándole de que está ya en casa y la acompaño hasta la puerta.

—Muchas gracias por dejarme pasar —me dice sonriendo.

—Tranquila, no ha sido nada —respondo. Anne llama al timbre y su hermana abre la puerta. Joder, será su hermana porque comparten padres, pero no tienen nada que ver. Es más bajita, morena de pelo y de piel, con más curvas, lo único que tienen igual son los ojos azules.

—Esta es Berta, mi hermana pequeña —me presenta.

—Encantado —saludo.

—Encantada yo —me responde.

Me da dos besos, muy efusivamente. Viva ese carácter latino, que seguro habrá heredado de su madre, y me hace un recorrido con la mirada de arriba abajo, puro descaró, nada que ver con su hermana mayor. Anne rompe el momento volviéndome a agradecer la hospitalidad.

—Muchas gracias otra vez, ya nos vemos. —Y pasa a su casa medio empujando a su hermana para adentro y cerrando la puerta.

Yo entro en casa y me voy riendo de camino al baño. Vaya con las hermanas pienso, ¡qué diferentes!

Cuando abro el grifo y entro en la ducha, mi mente vuelve a traicionarme. La imagen de Lía frotándose conmigo, durante nuestra estancia en la isla y esa primera mamada que me hizo, en la ducha de su cabaña, cruza mi pensamiento y me produce un escalofrío. Como si fuera un acto reflejo mi polla se despierta y mi corazón se encoge con el dolor. Joder, Lía, ¿cómo voy a olvidarte?

Mientras el agua caliente me cae por el cuerpo, no puedo evitar cerrar los ojos y perderme en los recuerdos. Apoyo mi frente en los fríos azulejos, agarro mi erección y termino con mi mano lo que ella hizo aquel día con su perfecta boca.

6- UN POCO DE SUR PARA NO PERDER EL NORTE

En un par de días regresaremos a casa. Al final estoy disfrutando de unas buenas vacaciones, aquí todo el mundo está feliz y eso es muy importante para mí. ¿Que cómo estoy yo? Bueno, pues ese es otro tema; estoy, que no es poco. A ver, no quiero sonar muy melodramática, pero estoy feliz porque mis hijos están felices, es sencillo, aquí lo pasan genial y me encanta que vengan todo el día a abrazarme y a darme un montón de besos, aunque la mayoría de las veces solo sea para hacerme la pelota y que les deje llegar a casa un poco más tarde, o para que les dé algún euro más si no les llega para el helado. Todos hemos sido niños y hemos jugado nuestras cartas; aun así, sus risas me demuestran que son felices pasando estos días aquí conmigo, y eso lo compensa todo.

También soy feliz por Julia y Claudio, ella podrá negar todo, pero ver el brillo de sus ojos cuando se levanta por las mañanas después de compartir sábanas con “Chingatore” demuestra que hay algo más serio entre estos dos y que por supuesto están felices pasando estos días juntos. Siguen siendo muy discretos y delante de los niños o de mí no tienen muchas muestras de cariño. A veces los pilló un poco más cerca de lo normal o haciendo una caída de pestañas, es como pasar las vacaciones con cuatro adolescentes. Me hace mucha gracia.

Hace un par de noches nos quedamos los tres en el porche hasta tarde, acabando la reserva de cervezas y hablando de todo en general. Cuando ya estaba algo achispada, tuve con ellos “la conversación”. Les dije un montón de cosas de su relación, seguro que me metí en exceso con ellos (sin querer queriendo, ya me entendéis); pero como ellos también habían bebido bastante, se limitaron a escucharme, como si estuvieran recibiendo una bronca de su madre, ¡vaya cuadro! ¿Veis a lo que me refiero?; pues eso, ya digo que parece que tengo cuatro hijos en vez de dos. Les dije que eran idiotas por esconderse, que disfrazaban lo que tenían llamándolo “solo sexo”, pero que a mí no me engañaban y así, entre tanto palabrerío, les supliqué que si salía la cosa bien o mal no influyera en nuestro trabajo. Llevamos un montón de años juntos y la asesoría funciona a la perfección, cada uno tenemos nuestro cometido y para que todo siga como hasta ahora necesitamos ser un grupo unido, sin malos rollos. Ellos se limitaron a asentir y decir un “sí, jefa” que sonó más bien a ‘estamos todos bastante pedo, no nos des la brasa’. Resumiendo, que después de “la conversación” trabé por banda a Julia a solas en la cocina por la mañana. Esta vez sin alcohol de por medio. Aproveché que Claudio estaba jugando al fútbol con los niños en el jardín y le dije que si están bien juntos no tienen por qué esconder nada. La aclaré que yo no tengo problema si se besan delante de mí, o si se tocan. Le recalqué que viva el momento y que es lo suficientemente mayorcita para hacer con su vida lo que quiera y con quien quiera. Ella me dijo que por la noche me pasé bastante, que hablé más de la cuenta y que tengo que dejar que Claudio y ella lleven la relación, o lo que coño tengan (más bien ella tampoco sabe muy bien cómo definirlo), a su propio ritmo.

Según sus palabras, ellos no tienen ningún problema con acostarse solamente, no necesitan pasear de la mano, ni darse besos delante de nadie, de momento.

Como ya he tensado demasiado la cuerda, le pedí perdón por entrometerme; pero aun así le dejé claro que yo siempre diré lo que pienso. Y cómo no, le puse en bandeja decirme lo que piensa ella de mi relación con Axel; bueno, más bien de mi no relación con Axel. Antes de que empezara a decirme “te lo dije...”, “no le tenías que haber obligado a irse...”, la miré a los ojos y le supliqué que no me dijera nada.

Soy feliz viendo a mi gente feliz, pero no estoy preparada para hablar de la mejor relación que he

tenido en mi vida y no desmoronarme. Por una vez Julia cerró su enorme boca y solo me abrazó. En pleno gesto de hermanamiento nos pilló Claudio, que aprovechó para unirse al abrazo. Bueno, sus palabras textuales antes de envolvernos con sus fuertes brazos fueron: “Yo también quiero un restregón”. Julia y yo solo pudimos descojonarnos.

Esta semana que está Claudio con nosotras se suelen acostar bastante temprano, es imposible que aguanten esa tensión sexual sin rozarse durante tantas horas y en cuanto llega la noche, después de cenar y después de un poco de charla en el jardín, enseguida se van a la cama. Cosa que veo lógica, si no se tocan por el día, tendrán que tocarse por la noche, ¿no creéis? Espero que no sean escandalosos al menos, ya que los niños duermen en la misma planta que ellos y no me gustaría tener que responder a ese tipo de preguntas, de momento.

Yo casi todas las noches de esta semana, cuando todos ya se han acostado y la casa queda en silencio, salgo por el salón hacia la calle, ventajas de dormir en la planta baja, y me acerco hasta el chiringuito de la playa antes de que Yeray cierre. A esa hora casi no hay gente, por lo que es mi pequeño secreto. Si me meto en la cama soy incapaz de conciliar el sueño, es cerrar los ojos empezar a ver a Axel por todas partes. Durante el día, como estoy en continuo movimiento, lo llevo mejor, pero por las noches me acecha. Yeray ha resultado ser un perfecto conversador, nos hemos contado nuestras vidas muy resumidas en estos pocos días y me gusta mucho hablar con alguien que sé que es difícil que vuelva a ver, la sensación de hablar sin que te juzguen es maravillosa. Suelo sentarme en una esquina de la barra y Yeray me pone un coctel que ha preparado exclusivamente para mí, él lo llama “cazafantasmas”, no sé qué coño lleva y ni tan siquiera se lo he preguntado; pero mientras él recoge todo el chiringuito, yo me lo bebo y le cuento mis desvelos. Él también tiene su historia de amor fallido en Canarias, a donde regresará en septiembre, el mundo está lleno de historias de desamor, así que, como diría mi abuela, “se ha juntado el hambre con las ganas de comer”. Cuando cierra con el candado la puerta, se enciende un porro de marihuana, dice que solo fuma uno por la noche, porque le relaja antes de ir a la cama. Y yo, pues le acompaño. Ese olor es tan agradable, me transporta a mis últimos años de instituto, una buena época, y calada a calada nos lo vamos fumando los dos mientras regresamos a casa.

Una noche íbamos bastante tocados los dos, él había bebido unas cuantas cervezas trabajando y yo vino durante la cena, si a eso luego le sumamos los dos “cazafantasmas” que nos tomamos juntos, ¡pues, bingo!, teníamos un buen pedal. Al dejarme en la verja de casa y despedirse, me dio un pico en los labios, rápido, sin esperármelo, fue como una prueba, él probó suerte, se puede decir así, yo me quedé estática, mirándole y acto seguido nos empezamos a descojonar. Sería fácil enrollarnos y disfrutar de algo de sexo sin más complicaciones, pero es muy difícil cuando los dos conocemos tan bien las mierdas del otro.

Él es muy guapo, además se nota que sabe cómo tratar al público femenino. Por las tardes, cuando hay más gente en el chiringuito, siempre tiene a un montón de chicas revoloteando a su alrededor y a mí siempre me dice que no sabe por qué estoy sola, si estoy buenísima, cosa que, quieras o no, me alimenta un poco el ego; pero no están los astros de nuestro lado y la chispa no ha surgido, ni siquiera para ese encuentro sexual fortuito. Solo somos amigos de conversaciones nocturnas, como él nos ha definido.

Esta noche es nuestra última noche en el sur, mañana volveremos a casa, saldremos temprano porque tenemos un montón de horas por delante, me daba pena que Claudio fuera solo en su coche;

así que, aunque nos ha costado mucho, hemos convencido a Julia para que me deje conducir su apreciado y amado Golf, ella irá con Claudio y yo en su coche con mis niños. No sé yo si será buena idea que esos dos pasen tanto tiempo juntos en un espacio tan reducido, pero seguro que será divertida la experiencia.

Los tres estamos en la piscina, disfrutando de los últimos baños. Los niños ya están con sus amigos porque esta noche Fer y Bea celebran una fiesta de despedida en su casa. Van a hacer una barbacoa y habrá un montón de invitados. Gael y Teo están encantados de poder disfrutar de la última noche hasta las tantas con sus amigos.

Cuando estoy saliendo de la piscina, oigo mi móvil sonar, sé que soy gilipollas, pero siempre se me para un poquito el corazón, la esperanza de que sea Axel quien me esté llamando se desvanece en cuanto veo la pantalla. Es Alba, su hermana.

—Hola, guapa —contesto mientras me anudo una toalla, estoy calada.

—Hola, Lía, ¿qué tal todo?, ¿estás en Santander?

—No, estamos en Cádiz, pero mañana regresamos. ¿Y tú?

—Yo sí, voy a estar dos semanas aquí con Lucas, así que en cuanto vuelvas nos llamas y quedamos para cenar todos juntos. ¿Te parece?

—Me parece perfecto, ya se lo digo a Julia también.

—Muy bien. Oye, otra cosita, ¿te ha llamado mi hermano?

Y ahí estaba la pregunta del millón, suponía que en cualquier momento iba a salir Axel en la conversación, el corazón se me hace un poco más pequeño.

—No, no lo ha hecho. Espero que esté bien —musité y me toqué rápidamente la brújula que sigue colgando de mi cuello. (Lo sé, soy una ilusa, pero vamos a obviarlo).

—Joder, es tan cabezón. Bueno, tranquila. Sí, está bien, siento haberte preguntado por él —intentó animarme—. Recuerda llamarnos cuando estéis de regreso, ¿vale?

—Cuenta con ello —respondí.

—Disfruta de tu último día. Chao.

—Chao.

—¿Quién era y qué te ha dicho? —me preguntó Julia desde su hamaca—, porque menuda cara que se te ha quedado.

—Era Alba, que está en Santander y quiere quedar para salir cuando regresemos.

—Y te ha preguntado por Axel, ¿no?

—Correcto —respondí escueta—. Voy a secarme y a cambiarme el bikini. —Y me fui a mi habitación, necesitaba quitarme la ropa y también la sensación de vacío que se había formado en mi pecho. Mierda de recuerdos, gruñí.

El jardín de Bea y Fer lucía impresionante, habían colgado un millón de bombillas pequeñas alrededor del porche y la piscina, habían colocado una barbacoa de gas gigante y hasta había un grupo de flamenco tocando en directo. Cuando entramos ya había un montón de gente; los padres de los otros amigos de los niños, la familia de Bea, que eran un montón de hermanas, todos los niños que habían juntado unas cuantas sillas en una esquina del jardín, con menos luz de lo esperado, por cierto, donde estaban devorando ya sus hamburguesas.

Bea, como buena anfitriona, vino a presentarse a Claudio, todavía no le conocía y con ese acento andaluz y esa chispa enseguida le dijo a Julia.

—*Ozú*, este es tú chicarrón del norte, ¿no? —Julia y yo nos miramos con los ojos como platos y Claudio contestó:

—El mismo —guiñándole un ojo que dejó a Julia mirándole por el rabillo del ojo.

Nos posicionamos cerca de la barra improvisada y empezamos a comer algo de carne y a beber mucha cerveza, hacía muy buena noche y todo el mundo estaba contento. Las hermanas pequeñas de Bea, que eran gemelas, enseguida entablaron conversación con Claudio, ellas muy zalameras y él dejándose querer.

Julia y yo estábamos mirando cómo desplegaba sus artes amorosas, cualquier otro día nos hubiéramos reído, pero la cara de Julia más bien era un poema. Estaba claro que su “solo sexo” hoy no estaba funcionando. Ah, ya lo entiendo, el matiz es que ya era de noche y entonces como los vampiros ya les ha llegado la hora de estar juntos delante de todo el mundo. Increíble.

—Deja de mirarle como si le fueras a atravesar con tu espada láser —dije mientras le acercaba otra cerveza.

—Joder, pero ¿le has visto?, y luego me hablas de tener una relación con él, si está en su salsa mientras le comen la oreja.

—Pues ya sabes, vas y le echas la meadita marcando tu territorio.

—Joder, Lía, deja la bebida ya, no sabes lo que dices.

—Y una mierda, te conozco y estás deseando ir allí y comerle la boca. Por cierto, no me has contado qué tal besa, ni cómo te come lo que tienes entre las piernas.

—¡Hostia!, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? ¡No bebas más! —me cortó. La verdad es que estaba algo desinhibida, las cervezas me estaban sentando muy bien y no quería pensar en nada, solo disfrutar de mi último día aquí. Dejamos a Claudio de risas con sus nuevas mejores amigas y entramos en la casa para ir al baño; ya se sabe, todo el líquido que entra tiene que salir. Al pasar por la puerta de la cocina, que solo tenía la luz de la isla dada, vimos a una pareja abrazada dándose besos. Yo tengo una vista de lince y la camiseta roja con el logo de la marca en la espalda me dejó bastante claro quién era. Julia me miró sorprendida, ella también le reconoció y cuando abrí la boca para soltar mi hos... (hostias entiéndase), Julia me puso su mano para que me callara. Pasamos al baño juntas, a la velocidad del rayo y allí terminamos de flipar. Joder, era Gael, mi Gael. Coño, que va a hacer trece años.

—¿Qué cojones está haciendo? —pregunté perpleja.

—Tranquila, Lía, pues qué va a hacer, besar a su amor de verano. Probablemente sea su primer beso —me dijo Julia la mar de tranquila; es la ignorancia de no ser madre, pensé para mí.

—Joder, que no tiene ni trece años, ¡coño!

—El primer amor no tiene edad, te lo digo por experiencia, yo tendría unos once años.... —la corté sin dejarle terminar.

—No necesito escucharlo, gracias. —Terminamos de hacer pis y le dije que iba a salir y decirle algo.

—Lía, no me seas idiota, ¿qué quieres, que se muera de la vergüenza?, no está haciendo nada malo, no querrás que se sienta mal y se enfade contigo.

—Está bien. —Respiré un par de veces y salimos otra vez. Al pasar por la cocina ya no había nadie allí.

Julia no necesitó ir a marcar el territorio de Claudio, porque en cuanto nos vio en el jardín de nuevo se alejó de las *gemeliers* rubias y vino a nuestro encuentro, agarró a Julia por la cintura y la atrajo hasta él plantándole un beso en toda la boca, con un poco de restregón incluido. Yo me aparté un poco para darles espacio. Joder, pues sí que se pone tonto al caer la noche, pensé.

El grupo de flamenco tocaba una versión de “Cuando te empecé a querer” de Juanito Makandé. Con la guitarra de fondo y con las primeras estrofas me sentí sola otra vez. Me empezó a invadir una sensación de melancolía nada agradable. Miré mi pulsera. Sí, lo sé, debería haberme deshecho de ella (como del colgante, pero soy gilipollas), otro síntoma más de mi masoquismo, mi “aquí y ahora” estaba a miles de kilómetros de mí. ¿Qué se hace en esos casos? Pues beber para olvidar o también puede decirse olvidar y beber, como más os guste, el orden de los factores no altera el producto. Cuando estaba bastante perjudicada, me despedí de todos y dejé a Julia y a Claudio encargados de llevarse a los niños a casa, la excusa es que ya había bebido bastante y me retiraba a la cama porque mañana tenía que conducir un montón de horas.

Salí de allí guardando el equilibrio como pude y antes de enfilarse hacia casa se me pasaron por la cabeza dos opciones: la primera sacar mi móvil y mandar un montón de *whatsapp* a Axel, diciéndole que no podía respirar sin él; pero me arrepentí en el último instante, menos mal. ¿Por qué cuando uno está así de pedo los móviles no lo detectan y se bloquean? Y la segunda, y por supuesto la más acertada, caminar hasta la playa para despedirme de Yeray y contar todas mis mierdas a mi “amigo de conversaciones nocturnas”.

Y así fue como pasé mi última noche en el sur para no perder el norte.

7- ¿QUÉ ES LO QUE TENEMOS?

Os dije que el viaje de vuelta de Claudio y Julia juntos, en un espacio reducido como es un coche y durante casi nueve horas, iba a dar mucho de sí, eso era de esperar. Menos mal que yo iba tan a gustito en su Golf con mis niños.

Sin saber muy bien cómo, ni por qué, después de que Claudio hubiera plantado ese beso de película a Julia en mitad de la fiesta, esta se empezó a hacer un millón de preguntas durante la noche. “¿Y si al final podemos tener una relación?”, “¿y si quiere estar conmigo como una pareja normal?”, “¿y si no es solo sexo y estamos engañándonos?” y si, y si, y si... Como bien sabemos todos, Julia padece incontinencia verbal, así que más o menos cuando todavía no habían salido de la provincia de Cádiz, es decir, en el minuto diez aproximadamente de viaje, no aguantó más y pasó a la acción.

—¿Por qué me besaste anoche delante de todo el mundo?

Claudio agarró con fuerza el volante y no apartó su mirada de la carretera, era una pregunta tan directa a las ocho de la mañana, así, sin calentamiento previo, que se bloqueó, por un instante pensó que era una pregunta trampa.

—No sé, lo hice porque me apetecía en ese momento, siento si te ha molestado.

—A ver, molestar no es la palabra, solo que me extrañó un poco.

Y así, sin dar tiempo a más, siguió con el interrogatorio.

—¿Qué vas a hacer el resto de los días de tus vacaciones? —le preguntó dubitativa.

—No tengo ni idea, ni tan siquiera lo he pensado —respondió él sin darle mucha importancia.

—Vale —dijo ella, aunque su “vale” sonó a bajón y Claudio, que de mujeres entendía un montón, pero que con Julia estaba muy perdido, dudó si ese era el momento preciso para preguntarle si quería pasar con él unos días solos y al final calló.

Julia se limitó a subir un poco la música y a mirar por la ventanilla de su puerta, girando un poco el cuerpo. Gesto que Claudio interpretó de enfado, sin saber muy bien qué coño había hecho; pero estaba claro que la había cagado sin darse cuenta. Las horas fueron pasando y su conversación disminuyendo; vamos, que si no llega a ser porque a veces le oía tararear alguna canción, hubiera pensado que viajaba solo.

Al llegar a Plasencia, casi a medio camino de casa, paramos todos para ir al baño y comer algo en un área de servicio al lado de la autopista. Esa zona es como un desierto y en agosto, según te bajas del coche, te azota un calor que hace que casi no puedas respirar, sobre todo a los que somos del norte y no estamos acostumbrados a las temperaturas extremas, por lo que les supliqué que fuera una parada corta, para llegar pronto a casa y no morir de insolación.

Julia se bajó como una exhalación y fue al baño directamente. Claudio y yo fuimos con los niños a la barra a pedir algo de beber bien frío.

—Joder, no sé qué coño he hecho, pero lleva más de dos horas sin hablarme. No puedo soportarlo ni un minuto más —me dijo Claudio con voz quejumbrosa mientras le pedíamos al camarero unos bocadillos y unas bebidas.

—¿Qué has hecho o has dicho? —le pregunté curiosa.

Él me relato la conversación del coche un poco por encima y una profunda carcajada salió de mi boca.

—¡Joder, Lía!, no sé qué coño te hace tanta gracia —se quejó.

—¡Coño, Claudio! Tú, que siempre has sabido cómo manejar al género femenino, ahora estás

perdido del todo, ¿eh? —me burlé.

—Vale, vete a la mierda, no sé para qué te digo nada, si sois tal para cual.

Antes de que pudiera replicarle, apareció Julia, con gesto muy digno, y torció el morro cuando nos vio metidos en plena conversación, sabía perfectamente que estábamos hablando de ella. Yo aproveché para ir al baño y los dejé comiendo los bocadillos y tomando unas *coca colas* con los niños. A mi regreso, Julia me dijo que si estaba cansada ella podía conducir los kilómetros que faltaban, que si me apetecía yo podía ir con Claudio en el coche. Él la miró con gesto sorprendido y, harto de no saber qué cojones había pasado, se salió a la calle a tomar el aire, en lo que nosotros acabábamos de comer, si lo que había fuera se podía llamar aire, claro está.

—Julia, no sé qué ha pasado, pero vas a volver con él en el coche y lo vas a aclarar ¿entendido? —le dije con voz firme.

—Ya está, la lista de Lía tocando los ovarios. No ha pasado nada, solo que soy idiota.

—Bueno, eso a veces sí —le di la razón y ella me golpeó en un brazo—. ¡Joder! —me quejé.

Salimos fuera y el aire del desierto de nuevo nos dio de lleno, tardamos cero coma segundos en meternos en los coches otra vez, los niños también se quejaron del calor insoportable y solo querían llegar a casa lo antes posible. Es verdad que los casi 1000 kilómetros de viaje se hacen muy pesados, pero los días que habíamos pasado allí todos juntos habían merecido el esfuerzo.

Julia se metió en el coche de Claudio con cara de indignada y Claudio con cara de pocos amigos. ¡Uf, qué bomba de relojería!, pensé para mí.

Claudio, al arrancar el motor y coger la autovía de nuevo, no fue capaz de seguir con esa tensión que se respiraba en el ambiente y preguntó.

—¿Me vas a decir qué he dicho o qué he hecho para que estés tan enfadada?

Julia dudó unos segundos si entrar en materia o no; al final, no se pudo reprimir.

—Claudio, ¿qué es lo que tenemos? —preguntó de sopetón.

—¿Con lo de que tenemos te refieres a qué tipo de relación tenemos? ¿Qué quieres, ponerle un nombre? —preguntó sorprendido.

—Sí, quiero saber qué es lo que somos; amigos, follamigos, amantes nocturnos, compañeros de trabajo...

Claudio respiró profundamente, sabía que de su respuesta iba a depender que el resto del viaje fuera un infierno o que por fin fuera algo más llevadero, no quería meter la pata, hay que joderse, él, sí, el mismísimo “Chingatore” se encontraba en una situación así, cuando jamás en la vida había tenido que dar explicaciones delante de nadie. Y Julia estaba al lado mirándolo expectante; otra que nunca tuvo que preocuparse de lo que los demás pensaban de ella, porque siempre fue independiente y le dio igual todo.

—Somos muchas cosas y seremos lo que tú quieras —sentenció.

Y así, con esa frase un poco ambigua, que invita a la reflexión, Julia esbozó una especie de sonrisa, parece ser que la respuesta le agradó más de lo que imaginaba en un primer momento.

—Vale, ¿y si te digo que quiero estar contigo los dos solos unos días por ahí, sin escondernos?

Esa es mi Julia, señoras y señores, la única y genuina. ¿Cuándo necesitó ella que un tío se le declarara o la invitara a salir?, nunca, nunca en la vida eterna. Si ella quiere pasar unos días con él, los dos solos, lejos de Santander y de los que siempre los rodean, por qué no iba a proponérselo.

Lo que no logro entender es por qué ha tardado tanto tiempo en soltar lo que la comía por dentro.

—Me parece perfecto, cuando llegemos luego a casa, miramos destino para irnos unos días, tú y yo —dijo mientras apoyó su mano derecha en la rodilla de ella.

—Me da igual el sitio, no tengo preferencias, playa, montaña, lo que quieras —dijo ella resuelta.

Y a mi Julia le cambió la cara, dejó de fruncir el ceño por la mala hostia, que hacía que le salieran unas arruguillas muy graciosas en la frente, y empezó a lucir una sonrisilla burlona. Se había salido con la suya y estaba complacida. Subió la radio para escuchar la canción que sonaba en aquel momento, “Ácido” de Miss Cafeína, y le pareció la mejor canción del mundo, porque se sentía feliz y porque una sensación nueva se estaba depositando en su estómago. ¿Sería la gilipollez de las mariposas esas que tanto había oído mencionar?, pensó. Puede que sí, o puede que solo sea la ilusión por sentir algo nuevo, algo que nunca antes había sentido.

AXEL

Acabo de volver a casa después de una dura jornada de trabajo, estamos a mitad de septiembre y ya han vuelto todos los alemanes de pillar vitamina D en nuestras costas, así que la ciudad ya está a pleno rendimiento. Por las mañanas vamos en el metro mucho más apretados, ahora somos conscientes de los millones de trabajadores que hay en Berlín. Se nota que todos los “cabezas cuadradas” ya se han puesto en modo trabajo *on*. Estamos terminando de fijar la estructura para que los edificios contiguos no tengan ningún problema y de momento no hemos tenido contratiempos, cosa que agradezco, porque ya sabéis cómo funcionan aquí, todo tiene que estar perfecto, enseguida podremos empezar con la fachada. Rubén y yo todavía le estamos dando varias vueltas al proyecto y seguro que antes de empezar a cerrar el edificio tendremos una reunión con el cliente para mostrarle nuestras últimas ideas.

Rubén y María están a tope con sus clases de alemán, según ellos Anne es una maravillosa profesora y no dejan de repetirme que es muy guapa y simpática también, me la están vendiendo de puta madre pienso yo cuando les oigo, como si no supiese las intenciones que tienen. María y ella se han hecho bastante colegas, parece que se llevan bien, me alegro de que María tenga una chica con la que hablar, aunque estoy un poco celoso porque hasta que la ha conocido a ella yo era su mejor “amiga” aquí; vamos, que como se debía de sentir sola me contaba todo; pero todo, todo. La hora del pitillo era como el confesionario y entre calada y calada hablábamos de mil cosas, Rubén a veces salía a ver si nos habíamos caído por el balcón o algo parecido.

Me acabo de dar una ducha larguísima, me he puesto mi pantalón largo de pijama, porque tampoco se puede decir que ya haga mucho calor, y una camiseta negra de manga corta. Recuerdo cómo le gustaba a Lía verme cocinar en pijama en el *loft*; joder, ya empezamos, es llegar a casa e invadirme la puta nostalgia de nuevo. Estoy tirado encima de la cama escuchando mi lista de Spotify, ¿queréis que os diga el nombre o lo adivináis? Venga, si os lo estoy poniendo muy fácil, si soy un idiota y soy masoquista...; blanco y en botella, la lista se sigue llamando “Lía” y, al igual que cuando estuve en el aeropuerto, sigue siendo la más escuchada. La única diferencia es que he añadido más canciones, para seguir torturándome cuando las escucho. Sí, “dame veneno que quiero morir” podría titularse la película de mi vida. Ya han pasado tres meses desde que no estoy con ella y no puedo negar que la echo muchísimo de menos. Es mi enfermedad, como la canción que suena ahora mismo de Los Rodríguez, canta Calamaro con su voz rasgada “soy el remedio sin receta y tu amor mi enfermedad...”.

Cuando hablo con mi primo Mario, una vez a la semana por Facetime, sí, es al único que le cuento mis desvelos. Bueno, y a María, pero a ella solo las partes más suaves. Bueno, pues él me dice siempre que no me reconoce: “Sí que te jodió bien esa piba”, son sus palabras textuales. Él me aguantó los días y las noches cuando pasó todo lo de Eva, por lo que me conoce a la perfección y sabe que en aquella ocasión enseguida intenté recomponerme, aunque solo fuera por despecho. Él fue testigo de que pronto me empecé a enrollar con otras tías, una diferente cada día, usándolas para mi propio beneficio, sin importarme nada ni nadie. Salía de fiesta, bebía y siempre volvía acompañado. Los días que pasé con Mario en Buenos Aires antes de ir a la isla fueron una auténtica locura, cada noche acabábamos entre las piernas de una chica distinta. Sí, él tampoco se quedó corto; con eso de

que lo hacía por acompañarme, me siguió el ritmo como un despechado más. Por eso no es capaz de entender que ya lleve tres meses sin follarse: “Se te va a olvidar meterla en agujero”, me dice el muy capullo, o “te estarás matando a pajas como cuando tenías catorce”. Sí, lo sé, es como un puto adolescente metido en un cuerpo de hombre. Yo me limito a decir que paso de follarse con niñas, como hace él. Después de haberlo hecho con una mujer, no quiero repetir los mismos errores. Sus conquistas siguen siendo pibas insulsas de una noche, las típicas de las que tienes que salir huyendo por la mañana, para no romperles el corazón. “Vas a acabar como un viejo solterón”, le digo cada vez que me lo cuenta.

El solo hecho de pensar en estar con otra que no sea Lía me da pereza y rabia a partes iguales. Yo solo quiero tocarla a ella, enredar su pelo en mis dedos y besar su lunar, ese que tiene junto a la boca. Coger sus lolas con mis manos y contemplar cómo se arquea para mí. Quiero oír cómo gime mi nombre mientras alcanzamos el cielo y su voz entrecortada junto con mi respiración, solo quiero sentirme así con ELLA.

Unos nudillos llaman a mi puerta para sacarme del bucle en el que estaba inmerso.

—Pasa —digo bajando el volumen de la canción.

—Ha venido Anne y ha traído unas magdalenas de chocolate. Sal a merendar con nosotros —me dice María desde la puerta. La sonrisa que me pone me da mal presentimiento, no sé qué coño se trae entre manos.

No me apetece una mierda, pero tampoco puedo estar todo el día encerrado en mi cuarto como un puto quinceañero cuando le castigan sus padres, así que dejo el ordenador y salgo al salón. Ahí está Anne, con un vaquero pitillo azul claro y una camiseta de manga larga azul marino, su melena rubia y sus *converse* blancas, parece una cría, en cuanto me ve me sonrío tímidamente.

—Hola, he traído unas magdalenas para merendar. Como sé que te gusta tanto cocinar, pensé que te gustaría probar mi receta.

Rubén, que es súper goloso, ya está devorando una con *fondant* blanco por encima, se le caen las migas por la comisura de la boca.

—Están cojonudas —dice mientras mastica.

—Gracias, habrá que probarlas entonces —finjo poniendo voz de entusiasmo.

Preparamos té y café. Rubén y María odian el té, así que puse la cafetera también y probé su receta; no es que el dulce me entusiasme, pero como falta un rato para la cena tengo hambre. Están buenas y la merienda con ellos consigue que no piense en Lía durante un tiempo.

Anne nos dice que si tenemos plan para el sábado, que hay una exposición de arte en el barrio y después puede enseñarnos un par de sitios para ir a cenar algo y tomar unas copas.

—Os vendrá muy bien para practicar vuestros conocimientos de alemán —les dice risueña.

En esos planes, por supuesto, me incluye a mí, aunque mi cara de pasotismo ante su proposición la debe de dejar con la duda.

—Estaría guay —dice María elevando las cejas esperando que sea más receptivo con la propuesta.

—Pues sí, qué mejor guía que tú vamos a tener. ¿Verdad, Axel? —pregunta Rubén a mala leche.

Cuando estuviéramos solos los tres, iba a tener una conversación con este par, no quiero organizadores de vidas, ni celestinos; quiero pasar mi pena, aunque lo haga de puto culo, quiero ser yo quien salga del pozo, sin que nadie me saque.

—Ya veremos —fue lo único que logré contestar.

Hablamos de sus clases de alemán, de los viajes de Anne a Madrid, a casa de su abuela materna, y de cómo le gusta la comida española, dice que los alemanes destrozan la comida y nosotros la

veneramos. Era de esperar que María le dijera que tiene que venir un día a cenar, que ella nunca había tenido interés en cenar hasta que me conoció, menuda declaración de intenciones. Después de la charla se despidió de todos y María la acompañó hasta la puerta.

María salió a fumarse un cigarro a la terraza y aproveché para acompañarla.

—Es muy maja Anne, ¿verdad?

—No sé, es una cría y alemana.

—Joder, Axel, solo tiene tres años menos que tú, no seas capullo. ¿Y qué tiene que ver su nacionalidad? —me dijo ofendida.

—¿Qué le pasa al Penas? —preguntó Rubén mientras salía a la terraza a acompañarnos. Ya estaba anocheciendo y comenzaban a encenderse las luces de la ciudad.

—¿El Penas?, joder, ahora me habéis puesto mote y todo, hay que joderse —protesté.

—Bueno, María te llama “El chef”, pero a mí me gusta más “El Penas”.

—Sabéis lo que os digo, que hoy la cena la va a hacer vuestra puta madre.

—¡Joder, Axel!, no seas idiota, ya sabes que te queremos —dijo María mientras daba un puñetazo a su novio por bocazas.

Entré al salón y los dejé allí solos. Sé que me aprecian, pero no estaba yo de humor para soportar sus bromitas, me fui a mi habitación y al coger mi móvil vi que tenía una llamada perdida de Alba; hacía días que no hablábamos, así que la llamé.

—Hola, hermanita.

—Hola, capullo, ¿qué tal por Berlín?

—Bien, de casa al trabajo y del trabajo a casa. Sin más novedades, ¿y tú?

—Estoy en Milán, he llegado de Santander hace unos días.

Al escuchar la palabra Santander se me encogió el corazón de nuevo. No estaba seguro de si quería saber más o hacer como que no había oído dónde había estado. Una parte de mí no se pudo reprimir.

—¿Has estado con ella?

—¿Con Lía? Sí, hemos estado juntas, en la playa y cenando un par de días, y que sepas que está bastante jodida, sobre todo con tu sobre con la pasta y la nota. Cuando se te pase la mala hostia esa que tienes, puedes llamarla, le gustará saber que estás bien.

—Alba, no me jodas. No debí preguntarte, si tan jodida está por qué cojones me echó de su vida decidiendo por mí. No aguanto las mentiras y lo sabes.

—Axel, sabes que tenías que irte, no seas niño, ella lo hizo por ti, era lo mejor.

—¡Tú también vas a venirme con esas! Vale, hermanita, estoy cansado, un beso, ya hablamos. —Y, antes que ella se pudiese despedir, colgué.

Tiré de malas maneras el móvil sobre la cama y me pasé las manos por el pelo un par de veces. Joder, joder, que estaba jodida, ¿y yo?, ¿cómo se supone que tengo que estar yo? La extraño cada día, pero se me pasará, no pienso rebajarme y hablar con ella después de lo que hizo. No puedo.

Salí de la habitación intentando alejarme de la atmósfera tan negativa que se había creado allí dentro y me fui a la cocina; cocinar me relaja, suerte que tienen mis compañeros de piso.

—Venga, capullos, os voy a hacer la cena porque soy un tío de puta madre —les grité desde la cocina.

Los idiotas de Rubén y María aplaudieron y vinieron a abrazarme dando saltitos de alegría hasta la cocina. ¡Joder, vaya estampa! El calor de sus abrazos hizo que se me fuera un poco la tensión. Me dan trabajo, pero me gusta su compañía, menos mal que no estoy solo en este país, volví a pensar para mis adentros.

Durante la cena conseguí pensar solo en la comida y en el trabajo del día siguiente, Rubén y yo todavía nos metimos al despacho a ultimar unos detalles y acabamos bastante tarde. Cuando me metí en la cama estaba tan cansado que simplemente desconecté, a veces es necesario dar al botón de *off* y, después de un día duro como el de hoy, no fui capaz de hacer otra cosa.

Los días pasan y voy, ¿cómo puedo decirlo de una manera fácil y sencilla...?, sobreviviendo.

No puedo decir que vivo, ni que malvivo, solo sobrevivo. Me levanto, me ducho, desayuno un té y un par de galletas insulsas y me visto, mi *outfit* favorito desde que he vuelto a trabajar es un pantalón negro pitillo y camisa blanca con americana, suelo cambiar la camisa a diario y el pantalón y la americana por otra versión en azul marino cada tres o cuatro días. No me maquillo y suelo recoger mi pelo en un moño bajo, con algún mechón suelto para no parecer la Señorita Rottenmeier.

Cuando entro en la oficina Carlota, que es la primera que me ve, me da los buenos días y pone cara de pena, después todos me miran más o menos igual, pero son prudentes y no dicen nada. Joder, no quiero dar pena a nadie, pero no tengo fuerza de voluntad para ponerme delante de mi espejo y buscar un conjunto que saque partido a mi cuerpo, no tengo ganas de pensar mucho a la hora de elegir mi modelito, probablemente se debe a que las noches son una auténtica pesadilla, no paro de dar vueltas en la cama y duermo menos horas de las que cualquier médico recomienda.

Cuando volví de vacaciones lo hice con energía, venía dispuesta a seguir con mi lema de mirar para adelante, porque todos los días sale el sol. Tuve a los niños conmigo hasta que acabó agosto y disfrutamos juntos del final del mes, preparamos los libros del nuevo curso y comenzaron las rutinas de entrenamientos, pero más relajadas que en plena temporada, todas las noches salíamos a dar un paseo por la ciudad y a comer un helado después de cenar, la vuelta a casa era de los más placentera, veíamos alguna peli y hablábamos un montón, pero entonces llegó septiembre y volvieron con su padre.

Y yo empecé a trabajar. La vuelta a casa el primer día sin los niños fue una mierda, intenté convencerme de que enseguida pasan los días, pero no me duró mucho esa mentalidad positiva y empecé a ver todo negro. Los días siguen pasando y al volver a casa por las noches no puedo ni pisarla. Las únicas zonas en las que estoy son la cocina, el salón y después en mi habitación. No soy capaz de entrar a su habitación, ni ver sus fotos, ni sus cosas. Tampoco he entrado al *loft*, solo pasar por delante de la puerta ya me parte en dos. Así que ceno cualquier cosa que encuentro en mi vacío frigorífico, para qué voy a hacer compra si solo estoy yo en casa, veo alguna serie sin contenido y me voy a la cama enseguida y ahí me derrumbo completamente. Pienso en él, mucho, casi hasta que el sueño me vence. En sus manos tocándome, en sus besos, en cómo me hacía sentir, es irremediable que hasta me toque pensando que son sus manos las que me dan placer y no las mías.

Cuando estuve con Alba el mes pasado, me dijo que estaba bien, que seguía bastante enfadado y que como es muy cabezón por eso no me llama. Ella cree que se le pasará el enfado y reconocerá que debía aceptar ese trabajo. Cuando sea capaz de reconocerlo, me llamará, aunque yo no sé si me perdonará por haberle mentado. No puedo estar toda mi vida viviendo de un recuerdo. Yo tampoco quise preguntar mucho de su vida en Berlín, porque tengo miedo de que no me guste lo que oiga, lo más seguro es que no tarde en encontrar a una chica y olvidarse de mí, si es que no lo ha hecho ya.

Julia y Claudio volvieron de sus vacaciones en Ibiza juntos mucho más relajados, delante de mí se muestran más afectivos, aunque en el trabajo siguen sin dar muestras de su relación. De momento siguen diciendo que no son novios ni nada parecido, pero yo sé que entre semana muchos días duermen juntos y cada vez están mejor. Julia me ha pedido que respete cómo llevan ellos su “no relación”, y yo la verdad es que tampoco tengo mucho ánimo de meterme con ellos y abrirles los ojos, el tiempo les dirá si lo que tienen o no tienen funciona. Agradezco que en el trabajo sigan

siendo los mismos de siempre y también agradezco que Julia esté en ese estado de felicidad constante. Vamos, con sonrisa de idiota instaurada en su cara de la mañana a la noche, porque está menos encima de mí y así no me pega el coñazo, ni con mi aspecto ni con mi apatía. No estoy celosa porque esté más tiempo con Claudio que conmigo, sé que ahora es su momento y me alegro por ella más de lo que imagina.

—Hola, zorri, ¿otra vez llevas ese traje tan serio? —me dice Julia al entrar a mi despacho. Y yo pensé que casi pasaba desapercibida para ella, está claro que no lo suficiente.

—Sí, es cómodo —contesto quitándole importancia.

—Es viernes, así que vete a casa, quítate el puto uniforme ese que llevas todas las semanas, ponte cañón y ven a cenar con nosotros, ¿entendido?

—¿Con Claudio y contigo?, ¡uf!, es que no me apetece nada salir, y mañana he quedado en ir a ver a Teo, que juega su primer partido.

—Joder, Lía, ya sé que no tienes ganas de salir, pero no puedes quedarte eternamente en casa, tienes 37 años y él no te ha vuelto a llamar, necesitas salir y conocer gente, por lo menos salir y divertirse otra vez.

—Es muy fácil decirlo, pero con todo lo que he pasado no soy la mejor compañía, no tengo por qué salir con vosotros y amargaros la noche. Es tu momento, Julia, y no necesitas tirar de mí, saldré de esta sola, aunque no sé decirte cuándo.

—Está bien, pero el domingo pienso ir a tu casa y vamos a pasar una tarde de chicas, tú y yo. Vamos a ver pelis de llorar, a hablar de pollas y culos, a tomar Citadelle hasta que nuestro hígado diga basta y a comer mucho helado de chocolate. ¿Entendido?

Esa es mi Julia, nunca se da por vencida y siempre consigue sacarme una sonrisa, lo de las pollas y los culos no lo veo muy claro, pero aun así me encanta el plan. Le doy un abrazo fuerte y nos despedimos. Yo acabo un par de temas pendientes y antes de las seis salgo de la oficina. No me queda otro remedio que ir a la compra, a mi Julia no la puedo alimentar de aire.

Teo estaba nervioso, era su primer partido de esta temporada y su último año de alevín, me pidió que si podía ir al partido, que le gustaba verme allí; por supuesto le dije que allí estaría. Cuando volvimos de Cádiz, les dije que Axel se había ido a trabajar a Alemania y que ya no estábamos juntos. Gael no dijo nada, pero su expresión le delató, su sonrisa dejó entrever que Axel no era santo de su devoción. Pero no tengo ni idea de por qué, probablemente solo fueran celos. En cambio, Teo se desilusionó un poco, me dijo que era una pena porque le caía muy bien, le gustaba mucho cuando le enseñaba a dibujar y hablar con él de fútbol y de cómo son los partidos en Argentina; sin yo darme cuenta, le tenía aprecio.

Volver a los partidos sola lo tengo superado, ya me da absolutamente igual que esté Carlo con yogurín, que esté solo o que el resto de padres hablen más de mí que del partido. Han pasado casi dos años desde que me separé, así que espero que ya tengan cosas más succulentas para cotillear. Por lo tanto, ahí estaba yo, con mis vaqueros pitillos azules, mi sudadera verde piscina de Amarras y mis Adidas Stan Smith blancas, llevo mis gafas de sol puestas y me siento menos expuesta a las miradas ajenas. Como veis, me he quitado el traje de ir a currar y eso es un primer paso. Me he colocado cerca de un córner y enseguida viene Carmen, la madre de Mauro, a estar conmigo.

—Hola, guapa. Me alegro de verte —me saludó.

—Y yo a ti ¿Qué tal?

—Bien, ya me he enterado de que Carlo tiene la custodia de los niños, me lo dijo Teo el otro día, no he querido llamarte porque me imagino que estás jodida.

—Bueno, las cosas han salido así, solo me falta acostumbrarme.

—¿Y qué, has venido sola? —me preguntó con sonrisa burlona.

—Jajá..., si lo dices por Axel, sí, él también se fue.

—Joder, Lía, lo siento, eso sí que no lo sabía. Yo creo que después de esto todo te va a ir de lujo, porque ya has agotado tu cupo de mala suerte —me dijo tratando de animarme.

—Eso espero— respondí.

El equipo de Teo estaba jugando muy bien y dominaban el partido. En la segunda parte salió un niño nuevo que no conocía, así que pregunté a Carmen, que ella está más al día con el tema deportivo que yo.

—Y ese niño, ¿es nuevo?

—Sí, ha empezado ahora, vivía en Madrid. Mira, ese chico moreno que está apoyado en la valla es su padre.

Miré hacia donde me dijo y sí, había un chico alto, moreno, con el pelo largo, que estaba solo viendo el partido.

Teo marcó el cuarto gol casi con el tiempo terminado y enseguida pitó el árbitro el final. Teo ya se había dado cuenta de que estaba viéndole jugar, pero esperé a que se duchara para despedirme de él. Todos los chicos fueron saliendo poco a poco y yo estaba esperando en la puerta, al cabo de unos minutos apareció mi niño y vino corriendo a darme dos besos.

—Hola, mami. ¿Te ha gustado el gol que he metido?

Me sentí tan bien abrazándolo que no quería separarme, aproveché para respirar profundo pegada a él, mi niño.

—Claro que sí. Habéis jugado todos muy bien.

En ese momento salía el niño nuevo con su padre y Teo y yo tuvimos que despegarnos y apartarnos porque estábamos en mitad de la salida.

—Perdón —me disculpé.

—Tranquila, no pasa nada —me dijo el chico con una voz bastante ronca; ahora de cerca vi mejor su cara, era moreno, con el pelo largo como despeinado, ojos marrones muy oscuros, casi negros y barba.

—Mira, mamá, este es Pablo, mi nuevo compañero de equipo.

—Hola, Pablo —saludé.

—Hola —me respondió el niño.

—Bueno, y yo soy Jorge, su padre.

—Yo Lía, encantada —me presenté.

Los niños enseguida aprovecharon para decirnos que un día querían quedar para jugar a la Play después de un partido; ellos, ya se sabe, siempre hacen planes pensando en sus temas vitales, en este caso la videoconsola.

—Bueno, pero tendrá que ser cuando te toque conmigo —Jorge y yo lo dijimos al unísono.

Nos quedamos mirándonos y una carcajada salió de nuestras bocas, los niños nos miraron sorprendidos.

—Vaya, parece que el matrimonio es como una especie en peligro de extinción —dijo Jorge con sorna.

—Eso parece —contesté riéndome de su metáfora.

Conseguimos llegar al *parking* y despedirnos todos. Carlo venía unos metros más atrás hablando

con otro padre, ni rastro de yogurín, agradecí no tener que cruzar con él ni una palabra. Después de que se llevara a los niños en junio, no habíamos vuelto a vernos ni a hablar cara a cara, solo a través de nuestros abogados, así que volví a besar a Teo, dije adiós a Jorge y a Pablo y me metí en mi coche.

Me sentí bastante mejor que otros días, no sé si por haber estado con mi niño y verle feliz, porque por fin me había quitado el maldito traje, o si era porque el sol de septiembre todavía te da vida; los motivos los desconozco, pero era sábado y en mi casa no me esperaba nada ni nadie, así que decidí dar un paseo por mi maravillosa ciudad, mientras escuchaba una canción que me daba buen rollo, “*September Song*” de JP Cooper, aunque fuera sola.

AXEL

María se ha puesto muy pesada desde esta mañana insistiéndome para que salga, lleva comiéndome la oreja toda la semana. Después de negarme a salir con ellos y Anne varios fines de semana, hoy ya no me ha quedado más remedio que aceptar. Dice que soy un gilipollas y un borde, que Anne solo quiere ser amable y enseñarnos su ciudad y que yo me comporte como un puto crío malcriado y egocéntrico. Joder, nunca había visto a María tan enfadada con mi actitud, por eso he acabado aceptando la salida grupal, más que nada porque así me lo quito de encima, espero que después de hoy deje de volver a insistirme con lo mismo y no me vuelva a pegar la paliza.

—¿Dónde se supone que vamos a ir? —pregunto a Rubén, que está tirado en el sofá viendo una película en alemán. Joder, quién le ha visto y quién le ve, ahora es tan aplicado que hace deberes hasta en casa.

—A una cata de vinos al Vin Aqua Vin o algo así.

—Joder, tío, y no tendré que arreglarme mucho para eso, ¿no? —protesto.

—A ver, capullo, a mí me suda la polla lo que te pongas, Anne ya te come con la mirada —me dice mientras se descojona y me guiña un ojo.

—Joder, eres gilipollas, creo que me voy a quedar en casa.

María sale de su habitación con el albornoz y la toalla anudada en la cabeza, parece que ya ha empezado con su ritual de belleza y solo son las siete de la tarde. Joder, yo flipo con las tías, cuánta preparación.

—Os estoy oyendo, idiotas. Pues qué te vas a poner, algo normal, ¿o piensas ir con ese pijama negro que no te quitas?

—Vale, mami —contesto con sorna—. Ya me visto como un niño mayor.

Rubén se descojona y nos dice que la velada va a ser súper divertida.

—Me muero de ganas de catar vinos con El Penas, La Pullas y La Rubia.

—Que te den —decimos María y yo al unísono entrando de nuevo en nuestras respectivas habitaciones.

A las ocho y media estamos listos en el salón de casa para salir, María se ha puesto un vestido negro ceñido y unos botines de tacón; como estoy acostumbrado a verla con ropa de andar por casa, me ha sorprendido su *look*, además lleva el pelo liso y suelto, se ve que tenía ganas de arreglarse un poco.

Rubén no ha podido resistirse y le ha dado un beso en la boca con mano en el culo incluida delante de mí, cada vez se muestran más relajados con mi presencia, parece que ya somos auténticos compañeros de piso. Suena el timbre y abren a Anne.

Rubén y yo vamos sencillos, vaqueros y camisa, nada del otro mundo. Me he puesto una azul claro que no me gusta una mierda, parezco un niño pijo, a ver si así la rubia me ve como un capullo amargado y se desmotiva un poco.

Anne pasa al salón y parece que se ruboriza al verme. Joder, pero si soy un gilipollas con ella la mayor parte del tiempo, ¿por qué no pasa de mí? Lleva una falda plisada negra y una camiseta de lunares blancos y negros, con cazadora de cuero. Lleva unos botines planos porque ya es bastante alta, no me la quiero imaginar subida en unos taconazos, parecerá una garza.

Cerramos la puerta y nos dirigimos al restaurante, que está en nuestro mismo barrio, tardamos pocos minutos en llegar. El restaurante es muy agradable, con buena música y mesas largas para compartir que le dan un ambiente más informal, me sentí aliviado de no tener que estar los cuatro pegados en una mesa con luces tenues. Había bastante gente y los camareros enseguida nos dijeron que iba a comenzar la cata. La mayoría de los vinos son italianos, aunque también los tienen de otros países y entre copa y copa nos van sacando algunas tapitas. María se muere de ganas de practicar su alemán con los camareros y cada vez que se acercan les pregunta todo lo que puede; pero entre nosotros hablábamos en español, paso de hablar alemán en fin de semana también.

Anne resulta ser más habladora de lo que parecía, se ve que ha cogido mucha confianza con María y entre ellas hasta se hacen bromas, nos cuenta cosas de su familia, de la loca de su hermana pequeña, que dice que es una inconsciente, está en la universidad y solo va de fiesta en fiesta, está a punto de mandarla de nuevo a vivir con sus padres, y de sus clases en el centro, de cómo llegan a Berlín personas de mil países distintos y de su mezcla de culturas.

—Axel, si necesitamos un profesor sustituto por si alguno cae enfermo, ¿puedo contar contigo? —me pregunta risueña—. Me han dicho que sabes varios idiomas.

—¿Con quién?, ¿con el chef? —pregunta María con sorna.

Joder, menos mal que no me ha llamado “El Penas”, me sentí aliviado, no quería dar explicaciones de mi mote a una extraña.

—¡Uy!, lo siento, pero enseñar no es lo mío, solo cocinar —dije guiñando un ojo a María.

Los vinos siguieron saliendo y nosotros cada vez íbamos hablando más, el alcohol nos empezaba a hacer efecto. Cuando terminamos y nos despedimos de los camareros, ya estábamos de subidón y no quisimos regresar a casa. Error, grave error.

Fuimos a un par de bares más y empezamos a beber cerveza, las copas aquí son muy caras y con escaso alcohol, así que después de los vinos nos metimos unas cuantas birras. María y Anne bailaban arrítmicamente cualquier canción que sonaba y Rubén y yo solo acertábamos a llevarnos la jarra de cerveza a la boca, apoyarnos en la barra para no perder el equilibrio y descojonarnos de ellas.

Serían más de las dos de la madrugada cuando fui al baño en el último bar del barrio que seguía abierto, ya quedaba poca gente y dejé a todos apurando su última cerveza. Cuando consigo atarme los botones de la bragueta, que en mi estado de embriaguez me costó un poco más de lo normal y salgo hacia la barra para comunicarles a todos que estoy pedo y me piro para casa, veo que está Anne sola, no hay ni rastro de Rubén ni de María.

—¿Dónde están estos, en la calle fumando? —pregunto sorprendido.

—No, se han ido a casa porque María se encontraba mal —me dice Anne alargando un poco la última letra de mal.

Joder, me cago en la puta, vaya con mis amigos, me doy cuenta de lo pedo que estamos y de la encerrona.

—Pues nada, vámonos, que tampoco estarán tan lejos —le digo mientras salimos del garito. ¡Joder, ¿qué se han ido, corriendo?!; tampoco he estado meando media hora, coño.

Por la calle ya no hay ni un alma, no veo a estos capullos, así que me imagino que están ya en casa, porque estamos a seis portales de nuestro edificio, al entrar al último bar no me di cuenta de que ya estábamos tan cerca. Anne va haciendo eses por la calle y yo no voy mucho mejor, pero por lo menos camino en línea recta. Joder, tengo que agarrarla o se va a dar una hostia contra el suelo.

La cojo de su brazo y ella al sentir el contacto se estremece, se para y me mira.

—No tenía que haber bebido tanto —me dice con cara de pena.

—Tranquila, todos vamos igual.

Por fin llegamos al portal y saca las llaves del bolso, subimos en el ascensor y la ayudo a entrar en casa, se choca contra el sofá de paso a su habitación y yo cuando veo que ya ha entrado aprovecho para despedirme.

—Bueno, Anne, descansa que te hace falta, ya nos vemos.

Antes de que me gire hacia la puerta, sale de su habitación completamente desnuda y se tira a mis brazos, pega su boca a la mía pillándome por sorpresa. Joder, yo también estoy algo borracho, pero mi mente se bloquea con su ataque, intento apartarla.

—Anne, yo, por favor, no debemos hacer esto, estamos borrachos, mañana te arrepentirás — intento disuadirla.

—Axel, por favor, quiero hacerlo.

Y sin darme tiempo a reaccionar, me empuja hasta el sofá y se pone de rodillas a desabrocharme el pantalón mientras no para de comerme la boca. Joder, está completamente loca.

En un abrir y cerrar de ojos, saca mi polla, que está semi erecta, y ni corta ni perezosa se la mete en la boca.

—Anne, no, joder, mañana te vas a arrepentir —le digo levantando su cabeza de mi paquete.

Ella, sin escucharme, vuelve a meterse mi polla en la boca, que cada vez está más dura. Joder, llevo cuatro meses sin follar; aunque mi corazón no esté preparado, mi cuerpo a ritmo lento reacciona. El alcohol se sube un poco más a mi cabeza y me debato entre levantarme del sofá con el pantalón por las rodillas e irme a mi casa o dejarme llevar. A tomar por el culo, es ahora o nunca, pienso, no le voy a dar más vueltas. Le pido un condón, que saca de un cajón de la mesa del salón y la pongo a cuatro patas en el sofá, se la meto, así, sin verle la cara y sin más preámbulos, sé que a simple vista pareceré un hijo de puta, pero en esta posición, sin mirarla a los ojos logro dejarme llevar. La follo duro, sin contemplaciones, no le toco ni las tetas, no hay caricias, ni muestras de afecto, solo la aguanto de las caderas y empujo. Ella me recibe gustosa y gime no sé si de placer o de dolor, tampoco pregunto. Me cuesta un poco correrme porque estoy pedo y porque tampoco me atrae, pero con los ojos cerrados, y pensando en que solo es un puto polvo, eyaculo.

Salgo de ella y me quito el condón, ¿qué cojones he hecho?, ella se tumba en el sofá y se cubre con una manta.

—Axel... —me llama, pero yo ya no escucho, me acabo de vestir y sin calzarme salgo por la puerta y entro en mi piso.

Abro la ducha y dejo que el agua caliente me devuelva a la puta realidad. He follado, sí, pero no era Lía.

He quedado con Julia en el último restaurante japonés que han abierto en nuestra ciudad, la ha costado mucho conseguir mesa porque es el típico sitio que no es muy grande y que siempre está lleno desde su inauguración; pero Claudio, que conoce a un montón de gente, ha movido sus hilos y ha conseguido reservar mesa para el cumpleaños de su “amada”. Joder, todavía me parece increíble que estén juntos estos dos.

Mientras estoy metida en mi bañera preparando mi ritual de belleza y pensando qué me pondré luego para ir a cenar, no dejo de pensar en qué distinto fue el cumpleaños de Julia el año pasado. En su casa, con más botellas de alcohol que personas invitadas, con Claudio como DJ pinchando nuestra música favorita, con Alba y Lucas empezando su historia y con Axel y yo juntos. Bailamos, bebimos y nos reímos un montón. Si mal no recuerdo, también fue la primera vez que Julia y Claudio se enrollaron, coño, si están de aniversario y no me había dado cuenta, voy a ir a cenar con ellos de aguanta velas, ¡qué bonito!

Joder, el tiempo va que vuela y solo tenemos una vida para vivir. Creo que tengo que empezar a tomarme muy en serio que no puedo dejar pasar los días sobreviviendo, necesito empezar a disfrutar de mis días, a pesar de las circunstancias.

Es octubre y hace bastante bueno todavía, así que después de mi baño relajante, con aroma de vainilla, me he embadurnado todo el cuerpo con mi crema del mismo olor, me he secado el pelo y hasta me he pasado las planchas para alisarlo, hoy me apetece cambiar de estilo. Me he maquillado con tonos suaves y me he hecho una buena raya negra en los ojos; me miro en el espejo y casi no me reconozco, hacía muchísimo tiempo que no me dedicaba tantos cuidados. Tengo tirados sobre la cama un montón de modelos, no hay nada nuevo porque, la verdad, mi humor de mierda no me ha permitido salir de compras, pero he rescatado ropa que hace mucho que no me pongo, claro está, cuando una no tiene vida social no necesita lucir modelitos. Me pruebo un par de vestidos de los de fondo de armario y me los quito, al final me pongo un pantalón ancho con estampado de flores y cintura alta, con una camiseta básica negra y mis botines de tacón negros. Me gusta cómo queda todo el conjunto. Abro la caja de madera y acero donde guardo mis joyas y saco mis pendientes de aro plateados, siempre me han gustado un montón porque me dan un aire más juvenil. En el compartimento de al lado de los pendientes está el colgante que me regaló Axel, su brújula marcando el norte; cuando volví de vacaciones me lo quité, intentando deshacerme de sus recuerdos, aunque eso no es tan fácil. Es precioso y quizás esta noche sea un buen momento para llevarlo, tengo que empezar a ser consciente de que ese tren ya pasó, cuatro meses sin saber nada de él es tiempo suficiente para dar al botón de reinicio. Aunque mi cuerpo no esté preparado para ello, mi mente tiene que empezar a recuperarse. Al final decido ponérmelo, en un arranque de fortaleza (como si solo fuera una joya más).

Cuando llego al restaurante, Claudio y Julia ya están sentados, su prima Marta también ha venido, así que no estaré sola con la parejita del momento. Saludo a todos y me acomodo.

—Qué guapa has venido, zorri —me dice Julia con todo su amor.

Ella lleva un pantalón pitillo negro y una americana cruda y negra, sin camisa debajo, atada con un par de botones debajo de su exuberante pecho, así deja entrever su sujetador de encaje de La Perla; sí, de esos que cuestan más que cuatro vaqueros de Zara, pero la niña tenía ese capricho y se lo autoregaló, la verdad es que está guapísima.

—Tú también estás cañón —devuelvo el halago y le guiño un ojo.

—Joder, cuánto amor veo en el aire —se queja Marta.

—Venga, que tú también estás estupenda —decimos Julia y yo.

—Perfecto, ahora solo falta que digáis que yo estoy que me parto y todos contentos —dice Claudio con gesto chulesco.

—Será mejor que nos pidamos algo de beber antes de dar ese paso —dijo Julia poniendo los ojos en blanco.

Si hay un guapo en esta mesa, que sabe que es guapo y que no hace falta que se lo diga nadie, ese es nuestro “Chingatore”. Bueno, ya es más bien solo de Julia.

Pedimos un menú degustación con muchísimos platos, lo bueno que tiene la comida japonesa es que no es nada pesada, para beber tomamos cerveza japonesa y entre plato y plato fuimos hablando un poco de todo. Marta nos contó que llevaba un tiempo quedando con un chico que conoció de fiesta un viernes, pero que desde hace varios días ni le contesta los mensajes ni la llama, es como si se le hubiera tragado la tierra.

—Joder, o yo soy muy rara o a los tíos no hay quien los entienda, luego dicen que las tías somos complicadas —nos dijo con desilusión.

—A ver, no sé, si ha dejado el contacto totalmente, puede que tuviese una novia formal y no quiera cagarla siguiendo contigo —nos dijo Claudio.

—Joder, cómo se nota que tú hablas con la voz de la experiencia —espetó Julia.

Claudio la miró y le guiñó un ojo, vaya par.

—Pues que me lo hubiese dicho el primer día que se metió entre mis piernas —dijo Marta alzando un poco la voz.

Joder, se nota que son familia, por algo se llevan tan bien las dos primas. Marta es más joven que Julia, rondará los treinta y pocos, es morena como ella, aunque más delgada y nunca ha tenido una relación larga, por eso Julia y ella salen siempre a pillar todo lo que pueden. Bueno, al menos salían, ahora Julia ya no va picando de flor en flor. Marta por edad pega más con la hermana de Julia, pero como esta se casó tan joven y tiene tres niños, no sale casi nunca, excepto a cenas aburridas con su marido, por eso Julia y Marta encajan a la perfección, las dos piensan que el cuñado es un estirado que ha convertido a su hermana en una vieja prematura.

—Bueno, Marta, no sé, quizás está de viaje o no ha podido responderte —le digo yo metiéndome en la conversación.

—Es muy raro, por muy ocupado que estés, hoy en día siempre sacas un segundo para responder, aunque sea un *whatsapp* breve.

—Tranquila, Martita, esta noche te busco otro candidato —dijo Claudio sonriendo.

Si algo no le falta a Claudio, son amigos; tiene amigos del instituto, amigos de la Universidad, amigos de la noche, amigos de amigos. Es lo que tiene ser un chico guapo y con don de gentes, que te salen amigos por todas partes; aunque él siempre dice que los amigos se cuentan con los dedos de una mano, que él solo tiene tres y que el resto son conocidos.

Con el postre le damos a Julia sus regalos, este año no me he vuelto loca como el año pasado buscando algo especial, vi que perdió uno de sus pendientes en forma de estrella de Tous y le he cogido otros iguales. Sé que no he sido nada original, pero como me di cuenta de que se disgustó mucho cuando lo perdió, le ha gustado bastante tener un par completo de nuevo. Marta le ha regalado una cartera de Bimba y Lola con estampado de labios rojos, perfecta para ella. Claudio ha dicho que él se lo da mañana, que es la fecha exacta. Marta y yo le hemos vacilado diciéndole que no ha querido dárselo delante de nosotras porque será una mierda. Él se ha limitado a ignorarnos.

Salimos del restaurante; ya vamos algo tocados con las cervezas, así que nos venimos arriba y vamos directos al primer *pub*, Julia pide tres Citadelle con tónica y Ron con naranja para Claudio, es tan guay que no bebe Coca-Cola por las noches, nos dice. Los tres nos descojonamos de lo chulo que es. La música suena y me relajo, bebo de mi copa, que me sabe a gloria, y bailo con Julia la canción de Coldplay y Chainsmokers, “*Somehtig Just Like This*”. Marta y Claudio están hablando sobre posibles candidatos a chico de la noche. Julia me abraza y me da un millón de besos.

—Me encanta verte reír —me dice estrujándome.

—Y a mí me encanta verte feliz —le devuelvo el apretón.

Después de la primera copa, nos vamos al siguiente *pub* y nos encontramos con Pedro, el mejor amigo de Claudio, y alguno más que me suena de vista. Las chicas les saludan y yo decido ir hasta la barra a por otra ronda de copas; ya que he conseguido salir, lo hago con todas las consecuencias. Julia viene hacia mí para ayudarme.

—Zorri, hay un tío en la barra que no te quita ojo. ¿Le conoces?

—¿Quién? —pregunto extrañada.

—Aquel moreno que está en el fondo, al lado de la puerta.

Me giro disimuladamente para no parecer una descarada y, aunque hay bastante gente, veo al fondo a un chico moreno, con el pelo largo y alto, que al verme levanta su copa hacia mí a modo de saludo. Es Jorge, el padre del Pablo, el niño nuevo del equipo. Yo levanto mi copa y le devuelvo el saludo. Julia me mira extrañada.

—¿Quién es ese maromo?

—Es Jorge, el padre de un compañero nuevo de Teo, le conocí el otro día en el partido.

—Joder, pues casi te desnuda con la mirada desde allí. Es mono, ¿no?

—No sé, Julia, no seas exagerada, solo le he visto una vez.

—Pues van a ser dos, porque viene hacia aquí.

Jorge llegó hasta donde estábamos, venía con otro chico que nos presentó como su hermano Jaime, había venido de Madrid a pasar unos días con él. Julia, muy simpática, les dio dos besos y enseguida entabló conversación con los dos, hoy estaba especialmente atractiva, así que la mayoría de los tíos del bar no le quitaban los ojos de encima. Como no salimos a la terraza, Marta entró a buscar las copas y aprovechamos para hacer las presentaciones otra vez. Claudio miraba desde fuera como Julia estaba desplegando todas sus armas; hoy mi amiga estaba pletórica, celebrando sus 38 añazos y tenía admiradores por todas partes. Ella se dejaba querer.

—La semana que viene tengo a Pablo, si quieres después del partido podéis venir a casa para que jueguen a la Play —me dijo Jorge risueño.

Venir, los dos, eso significa que me está invitando a su casa a mí también; joder, pues va a ser verdad que el alcohol desinhibe a la gente.

—Está bien, seguro que Teo se pone muy contento cuando se lo diga.

Joder, Lía, vaya conversación para tener de madrugada en un bar. Estás completamente perdida en las artes del flirteo.

Le dije a Jorge que salía a llevar la copa de Claudio y me fui a la terraza. Julia y Marta estaban bailando rodeadas de un grupo de tíos, así que ni notaron mi ausencia.

—Toma, que casi se te deshace el hielo —le dije mientras le daba su ron con naranja.

—Gracias, ya veo que tu amiga se olvidó de mí.

—Bueno, ya sabes cómo es, ahora está en su salsa —dije con media sonrisa.

—Pues espero que no se olvide del día que es hoy.

¡Coño!, que llevan un año juntos, a su manera, pero juntos, se me había olvidado. ¡Qué fuerte!

Escuchar esas palabras de la boca de Claudio solo me confirma que está loco por ella; pero que son incapaces de darse una oportunidad, a lo grande, sin excusas.

Vuelvo con ellas y me meto dentro del corrillo, cojo a mi amiga del brazo y la aparto.

—Amiga, baila, bebe y disfruta todo lo que quieras, pero no la cagues con Claudio esta noche, ¿vale?

—Qué dices, capulla, yo controlo. Claudio y yo sabemos lo que somos —me dice muy convencida haciéndome girar sobre su mano. Y con esas palabras saliendo por su boca supe que solo había dos posibilidades, que Julia controlase la situación o que se dejara llevar por la euforia del momento y la cagase.

Después de mi tercer *gin-tonic* dejé de preocuparme por estos dos, solo me empecé a relajar, a bailar y hasta a disfrutar, a ratos.

Mientras la madrugada avanzaba, Claudio seguía en la terraza, bebiendo su cuarto ron con naranja, disfrutando de la magia de la noche. A la vez que hablaba con sus amigos, por el rabillo del ojo no dejaba de mirar a Julia, que seguía dentro del bar, bailando con Marta, conmigo y con todos los tíos que se la acercaban. Él no estaba acostumbrado a eso, él no era celoso, nunca lo había sido, más bien siempre había sido al revés. Sus anteriores relaciones siempre le hacían, como se suele decir en términos futbolísticos, un marcaje al hombre; o sea, muy de cerca. No hay que ser muy lista para percibir el magnetismo que desprende Claudio, por eso todas sus chicas estaban siempre pegaditas a él, viviendo con el miedo a que otra más mona se cruzara en su camino y las cambiara, como cromos. En resumen, casi siempre las celosas eran ellas. Pero entonces llegó Julia y ahí todo cambió.

Los dos saben que nada es como era, ella siempre ha sido un espíritu libre y nunca ha tenido que rendir cuentas a nadie y él siempre ha escogido a todas a su antojo, cuando se cansaba las dejaba, ninguno de los dos ha sufrido por amor. Principal causa por la que no quieren dar el paso y ser una pareja al 100 %; a mi modo de ver, tienen tanto miedo de sufrir daños que prefieren fingir que no han cambiado, pero yo sé que solo están protegiéndose de ellos mismos.

Julia, después de tres copas, se percató de que Claudio seguía fuera, lo vio a través del cristal hablar con Pedro, pero también vio como se le acercaban muchas chicas, casi todas le daban dos besos y le rozaban sutilmente cualquier parte de su cuerpo al saludarle, le pasaban la mano por la cara, por el brazo..., la cosa era no perder la oportunidad de tener ese contacto. Él solo sonreía, probablemente todas eran conocidas de la noche, amigas, follamigas..., pero se notaba a la legua que ellas mojaban sus bragas con su presencia. Julia se debatía entre salir y darle un beso en toda la boca para dejar claro a esas niñatas que Claudio estaba con ella o seguir bailando con todos los moscones que la rondaban. El alcohol, mezclado con el orgullo y el autoengaño, decidieron por ella, por lo tanto ignoró las señales y siguió moviendo sus caderas.

El que juega con fuego se quema, y eso les pasó a estos dos. Claudio estaba ajeno a la conversación de sus amigos porque solo era capaz de controlar a Julia desde la distancia, que ahora estaba muy pegada a un chico; era Jorge, que había decidido mostrar sus dotes de bailarín con mi amiga. Ella, a consecuencia del pedo, creo que ya estaba contándole no sé qué películas sobre mí, sobre lo guapa que era y lo bien que me vendría salir más a menudo a divertirme. Espero que el filtro le funcione esta noche, o de lo contrario la tendré que matar. Pero Claudio solo veía que cada vez estaban más pegados. Yo desde mi posición le veía perfectamente a él, sabía que estaba a punto de hacer una idiotez, con lo fácil que es hablar las cosas, pensé; bueno, quizás yo no sea la persona más adecuada para dar ejemplo; pero si a los dos les molestaba no estar juntos aquella noche, ¿por qué coño no estaban juntos? Hay cosas difíciles de entender.

La cuestión es que yo lo vi venir, el cerebro de Claudio debió de sufrir un cortocircuito, porque en vez de venir y coger a Julia, le metió la lengua hasta la campanilla a la chica que tenía a su derecha; que, cómo no, la recibió gustosa. Y yo ahí, como una espectadora más del maravilloso desastre que se iba a desatar.

La mierda del alcohol no me dejó mantener la boca cerrada y blasfemé un “¡joder!”, tan alto que Julia se giró a ver qué coño pasaba. Su cara de indignación y dolor lo dijo todo.

—¿Pero qué cojones hace? —gritó a la vez que dejaba su copa en la barra y salía como una

exhalación a la terraza.

—Julia, no, ¡espera! —Traté de agarrarla, pero el volcán ya había entrado en erupción, cogí a Marta del brazo, que estaba charlando tranquilamente con Jaime y la saqué a toda velocidad. Me miró extrañada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ahora lo verás.

Para mi sorpresa, Julia llegó a la altura del grupo de Claudio mucho más calmada, este ya había sacado la lengua de la boca de su amiguita, afortunadamente. Julia le miró a los ojos y le dijo con la voz pausada.

—¡Feliz aniversario! —Y se fue hasta la calle a paso muy ligero a coger un taxi.

Joder, joder, joder. Menuda declaración. Marta y yo no pudimos retenerla, fulminamos a Claudio con la mirada y salió a toda velocidad a ver si la lograba alcanzar.

—Julia, espera, joder. ¡Julia! —gritó Claudio.

Ella se giró, pero no se detuvo, entró en el taxi y Claudio consiguió entrar por la otra puerta. Dio la dirección de casa de ella y la intentó agarrar de la mano. Ella se apartó, contuvo las lágrimas y se mordió la lengua para no montar una escena delante del taxista. Cuando llegaron a su casa, pagó y se bajó. Mientras intentaba abrir la puerta del portal, notó como Claudio la agarraba de la cintura.

—Joder, Julia, déjame hablar, por favor.

Después de un forcejeo, dejó que la ayudara a abrir la puerta; entre el pedo y la mala hostia no era capaz de meter la llave en la cerradura. Una vez en casa, no les quedó más remedio que tratar el tema.

—Julia, joder, ¡perdóname!, ha sido una gilipollez, pero es que has estado toda la noche ignorándome. No me has hecho ni puto caso.

Julia había recuperado una falsa dignidad durante el camino de vuelta e intentó esconder sus sentimientos, por enésima vez.

—Tranquilo, tú y yo no somos nada, no tenemos que darnos explicaciones. Será mejor que te marches.

—Joder, Julia, no me vengas ahora con esas. Sabes que sí que somos algo. Me ha jodido verte toda la noche bailando con todos los tíos del bar, se te veía muy feliz, pensé que estábamos bien juntos.

—¡Oh, qué bonito!, por eso has decidido comerle la boca a la primera tía que te ha dicho hola, ¿no?

Comenzaron con la fase de los reproches, parecían dos niños pequeños con el “y tú más”. Se gritaron, se dijeron muchas gilipolleces, como que ella llevaba toda la noche tonteando con todos, que él estaba en su salsa rodeado de *barbies*, que parece que en público no quiere estar con ella, que se avergüenza de estar con él..., pero no se dijeron la verdad. Cuando ya estaban metidos en una espiral sin salida, Claudio sintió por primera vez que estaba a punto de perderla y la sensación de vacío se hizo enorme en su pecho.

Ella era orgullosa y testaruda, sabía que tendría que ceder él y hacerle ver que solo quiere estar con ella, probó para ver su reacción.

—Ya está, Julia, no quiero discutir, solo te voy a decir que al verte toda la noche rodeada de tíos sin hacerme caso he sentido que mi amor te sabe a poco, quizás tenga que empezar a olvidarme de ti.

Julia, al oír a Claudio pronunciar la palabra amor por primera vez se ablandó un poco, y eso que no descubriría hasta tiempo más tarde que las palabras de Claudio eran de una canción de Rulo. Ay, nuestro “Chingatore,” siempre desplegando sus dotes amorosas y sus recursos como un gran maestro

del amor.

—¿Has dicho amor?

—Sí, eso he dicho, “amor”. Y no se me ha olvidado que hace justo un año que empezamos con esto que tenemos y que creo que, para que no haya más malentendidos, deberíamos empezar a salir como una pareja, yo no quiero estar con nadie, solo contigo.

Julia le miró a los ojos y por primera vez en mucho tiempo empezó a darse cuenta de que ella tampoco quiere estar con nadie más, lo único que siente es miedo de perder su alma y su libertad, a veces creemos que si nos entregamos al 100% a otra persona perdemos parte de nuestra esencia, pero yo creo que es compatible una cosa con la otra.

—Claudio, ¿y si la cagamos?, está claro que somos tan parecidos que puede que no sepamos tener una relación normal.

Claudio se acercó a Julia y agarró su cara con sus manos, la besó, la besó de forma ardiente, intentando demostrar que había llegado la hora de avanzar.

—Me gustas, me gustas como no me había gustado nadie y quiero intentarlo, ¿me vas a dejar intentarlo? —preguntó con la voz temblorosa.

—Está bien, espero que no nos arrepintamos.

Y entonces la volvió a besar, la cargó sobre su hombro y la llevó al sofá. Decidieron que iban a celebrar su primer aniversario repitiendo los polvos del año anterior, nada de ñoñerías, a lo grande. Además, los dos estaban borrachos igual que hace un año, así que follaron como locos, se comieron enteros y se corrieron todas las veces que fueron capaces, lo único que lo diferenció de la primera vez es que a la mañana siguiente no huyeron el uno del otro.

Todos los detalles, desde que se fuera del bar hasta las embestidas de Claudio empotrándola contra el respaldo del sofá, los conozco gracias al maravilloso domingo de resaca que Julia pasó en mi casa para ponerme al día, con litros de helado de chocolate y con la sonrisa más grande dibujada en su cara.

Mi cuerpo estaba hecho una auténtica mierda debido a la falta de costumbre, pero por mi Julia aguanté como una campeona, aunque solo me apeteciera una tortilla de *espidifen* y partir mi cama en dos. Ella se interesó por cómo había acabado mi noche con Jorge, pero la verdad es que, después de que ella se fuera como alma que lleva el diablo, Marta y yo nos despedimos de los chicos y nos fuimos a casa. Nos cortó el rollo verla irse así, aunque eso no se lo dije.

Por cierto, Claudio también la dio su regalo, un viaje a París para los dos. Cuando me lo dijo, me cambió la cara, no pude evitar pensar en Axel, nuestros paseos por la ciudad, sus caricias; joder, ya lo tenía otra vez en mi cabeza, casi consigo estar 24 horas sin pensar en él, lo mío empieza a ser preocupante.

“Lía, recuerda que fuiste tú quien le empujó a irse”. Lo sé; pero, aunque piense que hice lo correcto, no quiere decir que no me duela.

AXEL

Es viernes y he decidido meterme en un avión para ir a visitar a mi hermana a Milán. Parece mentira, pero que no la vea desde junio, aunque hablamos casi todas las semanas, me apetece pasar un par de días con ella. Aproximadamente 1000 km separan Berlín de Milán, por lo tanto el vuelo durará algo menos de dos horas, así que estamos relativamente cerca. Necesito cambiar un poco de aires y desconectar de mi vida en la capital alemana.

Todo sigue más o menos igual, trabajo mucho, el hotel ya está bastante avanzado y las cosas funcionan. El resto del tiempo lo dedico básicamente a no hacer nada, excepto ir al gimnasio, he encontrado un sitio cerca donde puedo ir a boxear un par de veces a la semana y me viene genial soltar allí la mala hostia. Rubén y yo hemos instaurado la tradición de irnos los jueves nada más salir de trabajar a un garito en el barrio donde hacen *happy hour*, allí nos tomamos un montón de pintas de cerveza y disfrutamos de nuestro momento de tíos, despotricamos de todo lo que se nos pasa por la cabeza; tías, alemanes, fútbol, da igual, la cosa es soltar lastre como él dice. Cuando volvemos a casa bastante perjudicados por el alcohol, María llama al italiano del barrio y nos suben un par de *pizzas*, la cena ideal para culminar una gran noche. Así que los viernes vamos a trabajar un poco más perjudicados.

En cuestiones del corazón no sé si estoy mejor o peor que antes, echo tanto de menos a Lía que creo que este dolor jamás se irá. Hace ya un mes que follé con Anne y, excepto porque sé que me corrí, no sentí nada, ni bueno, ni malo. Los días posteriores al hecho en cuestión fueron un putito calvario. Ella se moría de la vergüenza y cada vez que nos encontrábamos se ponía como un tomate y no era capaz de mirarme a la cara. Yo, en cambio, más que vergüenza sentía asco, asco por mí, por haber entrado a su juego y por no haberla parado a tiempo, no estaba orgulloso de mí mismo, pero ella tampoco debería avergonzarse ahora; al fin y al cabo, fue quien me lo pidió. No sé si le habrá contado nuestro encuentro a María, porque ella no me ha mencionado nada del asunto, aunque no es tonta y cada día nos conocemos mejor. Sabe que algo ha sucedido porque cuando estamos juntos en la misma estancia se respira tensión en el ambiente. Ahora algo menos, porque yo hago como que no ha pasado nada, intento no coincidir con Anne cuando está en mi casa; pero cada vez pasa más tiempo con María y es más difícil eludirla, no por mí, sino por ella. Quizás un día a solas tenga que hablar con ella, es ridículo que ahora se comporte así, ya está, fue un polvo, los dos estábamos borrachos y no se tiene por qué repetir. Fin del problema.

Salgo del aeropuerto y mi hermana está esperándome en su Fiat 500 rojo, todo en ella es tan *cool*. Aunque es española, siente verdadera pasión por todo lo italiano; el diseño, el país, la moda...; por eso adora su trabajo aquí.

—Hola, hermanita —saludo antes de darle un abrazo de oso; ella no es precisamente una mujer pequeña, por lo que los dos empleamos toda nuestra fuerza para nuestras muestras de cariño.

—Hola, hermanito, te he echado de menos.

—¿Y eso que llevas en la boca? —le pregunto sorprendido al ver un pequeño *piercing* al lado de su labio.

— Ya ves, después de hacerme el del ombligo me animé con este.

—Estás muy guapa, me gusta.

Nos metemos en el coche y nos dirigimos a la ciudad. Como es viernes, el tráfico es denso, pero ella con su mini coche va como un cohete, sorteando todos los atascos. Nos vamos poniendo al día de cosas del curro y de las ciudades y al cabo de un buen rato llegamos a su casa en el barrio de Navigli, al sur del Duomo. Es una zona cerca del centro bastante chula, con muchos sitios para salir y algo cara. Alba gana un buen sueldo y además siempre ha sido muy previsora con el dinero; como el apartamento no es muy grande, se lo puede permitir.

Nos abre Lucas, con el delantal puesto, menuda suerte que tiene mi hermana, ha pillado a uno que cocina, pienso para mí. Nos saludamos y dejo mis cosas en la habitación pequeña, que hace las veces de despacho, cuarto de plancha y ahora de invitados. Hay un sofá cama que ya han abierto y que por lo menos sé que es cómodo, porque ya le he probado en otras ocasiones.

Cenamos champiñones al horno y escalopes a la milanesa, receta que Lucas ha perfeccionado desde que compagina su trabajo en España con su trabajo aquí. Mi hermana, que ya lleva aquí unos cuantos años, le ha presentado a muchos contactos y le han salido unas cuantas obras de pequeños locales. El tiempo va que vuela, porque ya llevan saliendo más de un año y se les ve muy felices. La última pareja de mi hermana fue Suri, una modelo que pesaba 40 kilos en mojado y que era una zorra, mi hermana comía de su mano y la relación terminó por las malas, con mi hermana con 15 kilos menos y hecha una auténtica mierda. Yo sé que ella también había estado con chicos, pero no pensé que en esta etapa de su vida iba a tener una relación tan larga con uno, siempre le he vacilado diciéndole que es muy fácil ser ella, la da igual un hombre o una mujer, tiene el doble de mercado para su satisfacción. Mis padres siempre la han apoyado; cuando llevaba chicas a casa no ponían pegas y en el instituto, cuando tuvo un novio un tiempo, tampoco, son de mente abierta y Alba siempre nos ha dicho que la atraen por igual los hombres y las mujeres, ella se enamora de la persona, no del género, para mí es una valiente.

Nosotros siempre hemos hablado de todo, incluso de sexo, los dos sabemos lo que les gusta a las chicas, siempre hacíamos esa coña y compartíamos opiniones. De lo que no estoy tan seguro es de que me cuente lo que hace con Lucas, será que me sale el gen protector de hermano, que vendrá con el cromosoma. Me siento más cómodo con ella cuando me habla de sexo con chicas que con chicos.

Antes de acabar de cenar, sonó el móvil de Lucas. Como a mí me persigue la mala suerte, y estaba encima de la mesa, leí en la pantalla que era Lía la que le llamaba, se me cerró la garganta y casi no pude tragar.

—Dime, Lía... Ah, sí, te llamé antes para preguntarte por... Y Lucas se levantó y se fue a la habitación. Mi hermana también se dio cuenta de que era Lía y acto seguido me miró.

—¿No la vas a llamar nunca? —me preguntó.

—Alba, déjalo. No la voy a llamar porque me echó de su vida y no fue capaz de decirme la verdad cuando le pregunté.

—Axel, pero sabes que era lo mejor para ti, ella no estaba en su mejor momento y tú tenías que avanzar con tu carrera; aunque no lo quieras reconocer, tenía que dejarte ir.

—Sí, tú lo has dicho, dejarme ir, si yo así lo decidía, no obligarme a ir. No tenía por qué engañarme como lo hizo para que yo la dejara. Y por favor, no quiero hablar más del tema, eso es pasado.

—Está bien, solo dime una cosa, ¿piensas en ella?

—Joder, Alba, pienso en ella todos los putos días —le contesté mientras me servía más vino

y Lucas volvía a sentarse con nosotros.

—Lo siento, era una cosa de curro —dijo como disculpándose, como si me hubiera jodido su llamada. Coño, que él no tenía la culpa.

Después de cenar y de bebernos toda la botella de vino, estuvimos en el salón hablando de todo un poco. Lucas se fue a la cama y Alba me puso al día de cosas de la familia, excepto con Mario, casi no había tenido contacto con ellos desde que me fui, así que llamamos a casa, pusimos el manos libres y hablamos un rato todos como lo solíamos hacer. Me reconfortó saber que a pesar de todo seguíamos siendo una familia. En las últimas semanas me había llamado mi padre, sobre todo para interceder por mi madre; como con ella cada vez que hablaba era de lo más breve, empezó a llamarme él, a ver si tenía más suerte. No me lo ha confirmado, pero ha dado por hecho que sé que fue ella quien avisó a Lía de lo del trabajo en Berlín, él solo quiere que no se lo tenga en cuenta y que piense que todo lo hicieron por mí. Y así, después de hablar un poco más distendidamente y limar asperezas, nos fuimos a dormir.

Los sábados Alba no trabaja, pero hoy tienen un evento especial, presentan un nuevo perfume en la Fundación de Arte de Prada y me ha pedido que la acompañe. Hemos dejado a Lucas en el aeropuerto porque tiene que volver a Santander, le ha surgido algo urgente y no ha podido quedarse.

La nueva sede de la Fundación de Arte de Prada ha sido diseñada por el prestigioso Estudio de Arquitectura OMA y está ubicada en un complejo industrial en el Largo Isarco, al sur de la ciudad. Cuando llegamos, me quedo alucinado con lo que veo, es impresionante. Un recinto con 11.000 m² de espacio de exposición, el complejo alberga una gran variedad de eventos relacionados con el arte, el cine, el diseño, la arquitectura y la moda. Por eso que sea el sitio elegido para la presentación del último perfume de la firma. Mi hermana es la encargada de que todo esté coordinado, el fotógrafo, los medios de comunicación, los cámaras, la modelo, hasta el frasco del perfume.

Yo voy al lado de ella como un auténtico pueblerino, estoy alucinando con todo, los materiales, la distribución, el diseño del interior, las estancias. Cuando me quiero dar cuenta, estamos metidos de lleno en una estancia enorme llena de gente.

—Quédate por aquí y espera a que termine, no tardaré mucho y si puedes deja de babear ya —me dice carcajeándose de mi cara.

Hay que ver cómo se desenvuelve entre bambalinas; en un momento colocó a la modelo, habló con el director del *spot*, pidió a los fotógrafos que se retiraran hasta que el *spot* estuviera grabado y acto seguido dejó pasar a los medios de comunicación y ayudó al director de perfumería a contestar a las preguntas. Joder, esa es mi hermanita, una chica para todo.

La modelo era guapa, pero un poco delgada para mi gusto, dio un abrazo a mi hermana al terminar y se acercaron hasta mí, me la presentó como Carly, era americana y hablaba con ella en inglés. Cuando terminó el evento, nos fuimos al Bar Luce, dentro del recinto también, el bar es igual de impresionante que el resto del complejo, recrea la atmósfera de los cafés tradicionales de Milán y fue diseñado por el director de cine Wes Anderson. Mi hermana se sigue descojonando de mí porque ve que estoy flipando. Cualquier arquitecto recién licenciado del mundo estaría con la boca abierta como estoy yo.

—Gracias, Albita, por traerme hoy, creo que estoy soñando.

—De nada, capullo, puedes venir siempre que quieras.

El resto del sábado lo pasamos yendo a comer al restaurante preferido de Alba, la invité yo porque me apetecía gastar mi dinero con ella. Luego me llevó a un par de tiendas de ropa, porque supuestamente había visto un par de cosas ideales para mí. Es lo que tiene la experta, que siempre acierta, además le encanta llevar a su hermano el guapo y que todas las dependientas me hagan la pelota. En la última tienda trabajaba una amiga de ella y me apuntó su móvil en el *ticket*. Cuando salimos y se lo enseñé, me contó que no me fiara mucho, que con ella también se había enrollado.

Joder con mi Alba, no ha perdido el tiempo, la verdad. Dejamos las compras en casa, descansamos un poco y nos arreglamos para salir de fiesta. Al final, que Lucas se hubiera ido nos vino hasta bien, porque así hicimos una salida de hermanos, como las de hace años, me encantó estar los dos solos, la verdad es que la había echado de menos.

Volvimos a casa los dos borrachos como piojos, pero con la certeza de que habíamos recuperado el tiempo perdido; hablamos de sentimientos, de Lucas y lo increíblemente bien que folla, por supuesto me tapé las orejas, veis, no sé por qué pero no es lo mismo escuchar eso que otras proezas sexuales con sus ex novias. De Lía no hablamos, le dejé claro al principio de la noche que era tema prohibido. Pero si tocamos temas como las segundas oportunidades, el amor, la convivencia. Le conté que follé con una alemana que ahora no me mira, de nuestros padres y de mí en particular.

Qué bien se está cuando se está bien, pensé mientras volvía a aterrizar en Berlín. Antes de bajarme del avión, volví a mirar la foto de perfil de Lía, ya se había convertido en mi vicio inconfesable. Estaba muy guapa, como siempre, quizás algo más delgada. Suspiré un par de veces, sin mucho alivio, y regresé de nuevo a mi rutina.

Cuando entré en la oficina, un lunes cualquiera de noviembre, me encontré a todos haciendo corrillo alrededor de la mesa de Sara, Carlota y Eduardo no paraban de gesticular. Al verme, en vez de ponerse firmes porque entraba su jefa, o sea yo, me miraron abriendo mucho los ojos con expresión de: cacho perra, tú lo sabías.

—¿Qué pasa, que hemos recibido la visita de Andrés Velencoso o algún actor famoso y me lo he perdido? —pregunté con sorna.

—¿Velencoso?, ese ya está mayor —me dijo Sara—, a mí me gusta más Javier de Miguel, que es más joven y muy simpático.

Joder con Sarita, parece que desde que sale con Carlota está espabilando muy rápido, cuando llego aquí no abría la boca por no ofender.

—Pues no tengo el gusto de conocerle, ya me lo enseñarás —le dije mientras disolvían la reunión.

—Estamos asimilando el notición, jefa —me dijo Edu con su característica voz de pito.

Yo lo miré extrañada. Antes de que pudiera abrir la boca, Julia me llamo para que fuera a su despacho.

—¿Qué ha pasado para qué esté tan revuelto el gallinero? —le pregunté mientras me sentaba al otro lado de su mesa.

—Nada, que Claudio y yo les hemos dicho que estamos saliendo.

—Joder, pues ya os ha costado, ha pasado un mes desde que decidisteis que ibais a tener una relación normal.

—Bueno, Lía, ya está, las cosas se han precipitado un poco, cierra la puerta y te lo cuento —me dijo sigilosa.

Cuando cerré la puerta, me dijo que lo han tenido que decir porque Sara había empezado a mandar *whatsapp* a Claudio intentando quedar para salir, pero los dos solos. Supuestamente Carlota la había advertido que Claudio no iba a perder ni un minuto con ella, pero esta no quiso quedarse con la duda. Julia, a la vez que me lo cuenta con la voz muy baja, se descojona por la situación.

Joder con Sarita, hoy no deja de sorprenderme, para mí que esta ya ha dejado de ser virgen.

—Joder, y ahora estará súper cortada, ¿no? —pregunté curiosa.

—¡Qué va!, Claudio le ha dicho que no se preocupe, que yo no sé nada.

—¡Qué fuerte! Y por cierto, ¿dónde está tu novio entonces?

—Ha salido a presentar unos papeles. Y no digas novio, que me suena fatal. Por cierto, la semana que viene podemos firmar el poder para la venta del piso. ¿Estás segura de verdad?

—Estoy más que segura —contesté mientras recogía mi bolso e iba a mi despacho.

Hace un par de semanas creo que por fin toqué fondo. Y digo por fin porque cuando solo te dejas caer y caer, y nunca llegas al fondo, el cuerpo se habitúa a esa caída y no es capaz de llegar al final y coger impulso para salir a la superficie de nuevo realmente, aunque poco a poco me siento aliviada.

Entré en mi casa una tarde y me faltó el aire otra vez, ni tan siquiera en mi cama fui capaz de recuperar el control de mi cuerpo y de mi mente, menos mal que me dio tiempo a llamar a Julia y enseguida la tenía a mi lado. Cuando conseguí meter aire en mis pulmones, de nuevo lo vi claro, no podía seguir en ese estado ni un minuto más y como se suele decir: a grandes males, grandes remedios. Voy a deshacerme de mi piso y del *loft*. Sí, así de claro lo tengo. Julia estuvo intentando convencerme varios días de que era una decisión precipitada, de la cual probablemente me

arrepienta en un futuro, pero siendo sinceros, ese piso me viene grande. Fue mi proyecto para comenzar de nuevo cuando pasó lo de Carlo y puse todas mis ganas e ilusión en ello, me ayudó a poner los pilares de mi nueva vida, pero ahora las cosas han cambiado, mis hijos pasan conmigo un fin de semana al mes solo y en el *loft* ya no está Axel, no quiero seguir viviendo sola ahí, por un millón de razones que ya conocéis, por lo tanto la decisión es firme, las circunstancias han cambiado y no puedo seguir aferrada a lo que tuve, no tiene ningún sentido.

Voy a firmar a Julia un poder para que ella se encargue de todos los trámites para la venta, no quiero saber quién lo compra, ni tener que ir a las inmobiliarias, ni andar con papeleo. Cuando la venta sea efectiva, el dinero irá al banco, se cancelará la hipoteca y si consigo ganar algo lo invertiré en el alquiler de mi nuevo apartamento, ya he echado el ojo a un par de ellos, también en el centro pero con la mitad de metros, con dos habitaciones es suficiente para cuando les toque a los niños estar conmigo. No necesito más. Conclusión, tengo que coger las riendas de mi vida y empezar de nuevo.

El fin de semana pasado celebramos los cumpleaños de mis niños. Como no les tocaba conmigo, le pedí a Carlo, a través de mi abogada, que si accedía a que el viernes yo los recogiera en el colegio y los llevara a entrenar. Por un instante dudé de su respuesta; pero como ahora ya sabe que estoy sola de nuevo, se mostró mucho más condescendiente y me respondió que no había ningún problema. ¿Hasta dónde desconoces el comportamiento de una persona con la que has convivido dieciocho años?, es alucinante. Así que los recogí, fuimos a merendar y les di sus regalos.

Después los dejé en el entrenamiento. Están muy mayores ya, con sus once y trece años respectivamente, son unos preadolescentes en potencia, miedo me da pensarlo.

Es sábado y este fin de semana sí tengo a los niños, así que por la mañana hemos llevado a Gael a su partido y después de comer hemos acompañado Gael y yo a Teo al suyo. Nadie sabe lo complicado que es compaginar que los dos jueguen al fútbol o a cualquier otro deporte hasta que lo sufres en tus propias carnes; entiendo que muchos padres protesten cuando sus hijos compiten en algún deporte, pero el sacrificio merece la pena si los ves felices.

Al terminar el partido, Teo viene con Pablo para recordarme que hoy hemos quedado en ir a su casa para que jueguen a la Play.

—Qué sí, tranquilos, que no se me ha olvidado —les respondo.

Gael ha quedado con sus amigos y me ha pedido que le acerque hasta la casa de Rodrigo, su mejor amigo, así que le digo a Jorge que se lleve él a los niños y que enseguida voy yo. Jorge me da la ubicación y quedamos en vernos en un rato. Desde que nos encontramos en el bar el día del cumple de Julia, le he visto un par de veces más, siempre en los partidos: porque aunque tiene la custodia compartida, de todo lo relacionado con el fútbol se encarga él, su ex mujer dice que se niega. ¿Veis?, ahí está el ejemplo de lo que os comentaba antes, no todos están dispuestos a aguantar ese ritmo.

Cuando llego a su casa, me doy cuenta de que es una urbanización privada, a las afueras de la ciudad; cuando me envió la ubicación no me fijé bien en la dirección hasta que he llegado, es un chalet pareado de tres plantas y garaje. Joder, solo para dos personas es muy grande, pienso mientras llamó a la puerta exterior.

—Hola, ahora te abro —me dijo Jorge desde el telefonillo.

—Hola —contesté al pasar al interior de la vivienda.

Me enseñó la casa y fui a saludar a los niños, que estaban en la buhardilla muy concentrados

jugando al FIFA 17. Avisé a Teo de que a las ocho y media nos teníamos que ir para recoger a Gael; no sé si me oyó o no, porque no levantaron la vista de la pantalla.

Pasamos al salón y nos tomamos unas cervezas mientras nos poníamos un poco al día de nuestras vidas.

Jorge es de Madrid y su ex es de Santander, hace un año que se separaron de mutuo acuerdo, no ha habido terceras personas, simplemente dejaron de quererse, se siguen llevando bien y tienen buena relación.

Ella trabaja en una entidad bancaria y pidió el traslado a Santander. Cuando se lo concedieron, él no estaba dispuesto a ver a su hijo una vez al mes solo, así que como es informático *freelance* puede trabajar desde cualquier sitio para la misma empresa que trabajaba en Madrid. Cuando me lo cuenta siento algo de envidia, ellos sí han conseguido llegar a un acuerdo. Tienen al niño una semana cada uno y su ex mujer vive un par de chalets más abajo con su hermana.

—Y lo del chalet para dos solo, ¿no es muy grande? —le pregunto.

—Pues la verdad es que en Madrid vivíamos en un chalet también y a mí los pisos me agobian mucho, necesito espacio, aquí tengo mi despacho y espacio suficiente para Pablo.

—Ya veo, ya. Pues yo ahora que estoy sola, todo lo contrario, me agobia ver todo vacío.

Yo le cuento mi separación y lo que ha pasado con la custodia, debe de notar que me cambia la cara porque intenta animarme. Hablar con él es agradable, sabe escuchar y al fin y al cabo somos padres y más o menos compartimos los mismos problemas. Los niños bajan a la cocina a beber algo y nosotros seguimos de charla en el salón. Sin darme cuenta, el tiempo pasa rápido, hablamos de fútbol, del equipo y de la ciudad, él me cuenta que no le gusta mucho la playa y que prefiere las ciudades grandes como Madrid a las pequeñas como esta, aunque está contento de haber venido para no perderse el día a día de su hijo.

Yo me carcajeo, porque no me puedo creer que a alguien no le guste mi ciudad. Y así llega la hora de irnos, no sin antes intercambiarnos los números de teléfono. Hemos quedado en que alguna tarde podríamos quedar para ir a tomar una caña o al cine, que dice que le apasiona, pero que odia ir solo.

Nos damos dos besos de despedida y me quedo un poco cortada al sentir su mano en el final de mi espalda. Como es bastante alto, puede que haya sido una postura natural, aun así me tenso un poco, espero que no lo haya notado, no quiero parecer una gilipollas. Los niños quedan en verse en el próximo entrenamiento y nos vamos directos a por Gael, que ya nos está esperando.

El domingo aprovechamos para no madrugar y holgazanear un poco. Como estábamos libres de partidos, nos fuimos a comer fuera. A las ocho se los acerqué a Carlo a casa. Al meterme en el coche para regresar a casa, me repetí cien veces que tres semanas pasan rapidísimo. Tengo que empezar a entrenar la mente hacia el pensamiento positivo.

Una vez en casa pensé en Jorge, había sido agradable estar con él la tarde del sábado, pero también pensé en Axel, para no variar, ¿por qué a Jorge no le había hablado de él? Esta vez me autoconvencí de que ya es pasado, cinco meses sin saber nada de él es tiempo suficiente para, si no olvidarle, por lo menos esconderlo en un sitio muy pequeño y oscuro de mi corazón.

En Julia's House o en la Villa del amor sucedían muchas cosas. Mientras yo estaba en casa pasando las horas sin nada que hacer (ya sabéis lo que es mi vida en este momento), Claudio y Julia estaban pasando un fin de semana de lo más tórrido. El viernes cuando salieron de trabajar se fueron a casa y pidieron unas *pizzas* para cenar. Ninguno de los dos cocina, ni tienen ganas de ponerse a ello. Tienen una edad en la que no necesitan conquistar al otro por el estómago, se dijeron un día riéndose de ellos mismos. Pedro y Marta, sus colegas de salidas nocturnas, los llamaron para salir a tomar unas copas todos juntos y mover un poco el esqueleto; pero, aunque hace unos meses era inimaginable, ellos declinaron la oferta alegando que estaban cansados del ritmo de la semana. Ja, Ja y Ja. ¿Ritmo de la semana? ¡Que vivimos en Santander!, y por mucho curro que tengas, tardas tres minutos en ir a trabajar y tres minutos en volver a casa. Aquí el estrés no existe, excepto si tú te lo creas y, vamos, hasta donde yo sé, en la asesoría tenemos tarea, pero la carga de trabajo no nos mata.

Así que después de su excusa barata, y de ponerse como cerdos con la *pizza*, decidieron que lo mejor era escuchar un poco de música en el salón, en un ambiente tranquilo y ya, si eso, probar los muelles del sofá de nuevo. Mira tú, ese rinconcito se ha convertido en su lugar de fornicio favorito.

Julia estaba sentada y Claudio terminaba de apurar la botella de vino mientras sonaba "Love of the brain" de Rihanna. Acercó la copa a la mano de Julia y de repente la atmósfera se volvió más sexual, si eso es posible cuando se trata de estos dos, claro. Sin dejar que Claudio se sentara, Julia le bajó el pantalón del pijama hasta los tobillos dejando libre su polla. Claudio no pudo más que sucumbir ante tal declaración de intenciones y posó las copas apresuradamente en la mesa de centro para a continuación besarla. Segundos después acercó la polla a su boca. Ella, sin tocarle con las manos, saboreó cada centímetro de su miembro con devoción. Claudio enredó sus dedos en la melena larga de Julia y marcó el ritmo, era todo tan excitante que enseguida se corrió en su boca y entonces sintió como si fuera su primera vez y todos sabemos que no lo era, ni mucho menos, pero ahora en el aire se respiraba algo distinto que las otras veces. No supo ponerle un nombre, pero ya os lo digo yo, era AMOR, amor en mayúsculas, del que duele. La tumbó y abriéndose paso entre su pijama Claudio lamió con deseo cada parte sensible de Julia; primero el cuello, después fue descendiendo por los hombros y con sus manos consiguió quitarle toda la ropa, a trompicones. Y dejarla completamente desnuda para él. Cuando llegó a los pezones, los chupó con fervor y se deleitó en esas tetas que casi no le entraban en la mano y que tan loco le volvían. Ella se arqueó para él, dejándole el acceso libre para que no retrasara más el momento, y en cuanto notó que su erección cobraba vida de nuevo, la invadió. A ritmo lento, recreándose en cada arremetida, sin prisas, suave y certero.

Julia pensó que jamás nadie se lo había hecho así, ni tan siquiera la primera vez, con aquel amor de instituto. Se estremeció un poco al sentir esa sensación, pero a la vez se dejó llevar por eso que había en el aire de esa casa y qué sabía que era AMOR, pero que le aterrorizaba llamarlo por su nombre.

—Dío, ¿estás despierto? —preguntó Julia de forma sutil.

¡Ah, sí!, se me olvidaba, Dío era como le llamaba de puertas para adentro. Si la llevo a oír yo por entonces, me corto las venas. El almíbar en esa casa este fin de semana se sale por las ventanas.

—Ahora sí, ¿qué pasa? —contestó él desperezándose.

—Son las once de la mañana y creo que tengo que arreglar lo de la casa de Lía ya. Es una puta cabezona y se va a arrepentir, pero está mal; y si ella cree que saliendo de ahí va a poder empezar de

nuevo, la tengo que complacer.

—Tienes que dejar que sea ella quien tome sus decisiones, ella tiene que salir de esta —argumentó Claudio.

Por fin alguien que ponía un poco de cordura.

—Pues tendrás que acompañarme a un par de inmobiliarias, venga vístete y vamos —dijo Julia mientras tiraba de la sábana y destapaba el cuerpo desnudo de Claudio—. Para eso somos una pareja, ¿no?, para hacer todo juntos —añadió.

—¿Cómo?, creo que todavía no hemos discutido los términos del contrato, abogada —protestó Claudio haciéndose el remolón, pero Julia ya había entrado al baño.

Por supuesto que Claudio acompañó a Julia a un par de sitios, no sin antes empotrarla contra los azulejos del baño durante la ducha matutina. Dejaron las fotos del piso y Julia se negó a firmar ningún contrato de exclusividad, las inmobiliarias siempre abusan de sus cláusulas, aunque al final no interfieran en la venta. Compraron más vino para su vinoteca y un par de quesos y embutido, los que no cocinan sí saben abrir paquetes envasados. Se tomaron unas cañas y comieron unas tapas por ahí, algo ligerito, porque Julia estaba empezando a agobiarse con coger mucho peso. Eso se llama felicidad, le dije yo en un par de ocasiones cuando me mencionó que desde que está con Claudio disfruta más con la comida y no quiere ponerse como una gorda.

La tarde la dedicaron a estar tirados en el sofá y a ver un par de películas, de esas soporíferas de la sobremesa del fin de semana. Volvieron a hablar de mí, mucho, ya se sabe, los dos me conocen hace muchos años y sintieron lástima por mí, porque según ellos no soy ni la sombra de lo que fui, no les gusta ver que ya no brillo, esas fueron las palabras de Claudio, Julia asintió y le dijo que ella no lo hubiera expresado mejor.

Por la noche pidieron *sushi* y decidieron que ya habían estado lo suficientemente moñosos hasta ese momento, era la hora de recuperar su esencia, necesitaban algo salvaje y guarro.

—Julia, creo que nos estamos dejando abducir por el espíritu de la golosina y nos hemos comportado como dos moñas —dijo Claudio mordiéndose el labio inferior.

—Estaba pensando lo mismo, entonces ¿cuándo follamos duro?, como lo hacemos normalmente.

—He pensado en probar algo nuevo. —Y Claudio la miró de tal manera que Julia sin preguntar más se quitó el pantalón de andar por casa que tenía puesto y la camiseta y se quedó completamente desnuda delante de él.

—Acepto, lo que sea, pero sin mariconadas —dijo expectante.

Esa era mi Julia, joder, qué susto, pensé que estaba perdida en un mundo de piruletas en forma de corazón y algodón de azúcar.

Claudio le mandó tumbarse en la mesa del comedor, así sobre el frío mueble obedeció y él fue colocando una a una las piezas de sushi a lo largo de su cuerpo, estratégicamente posicionadas en las zonas más erógenas. Julia se excitó tanto por la novedad que sucumbió a sus artes amatorias. Cuando llegó al maki de salmón que tenía encima de su monte de venus, creyó que se correría allí mismo, sin más. Pero entonces Claudio la sorprendió de nuevo, la obligó a darse la vuelta y ponerse de espaldas, él se subió encima de la mesa y en esa postura la penetró con fuerza, desde atrás, no estaban a cuatro patas, no. Estaban tumbados, uno encima del otro, completamente pegados y así, sintiendo el frío en sus pezones y las bolas de Claudio rozando su culo, se corrieron, con gemidos, gruñidos y gritos escandalosos, de los que chilla Julia encantada.

El domingo consiguieron salir de casa y quedé con ellos para tomar unas cañas, quedamos también con Marta, y estaban Alba y Lucas, me acordé de que Jorge me había dicho que un día le avisase para salir a tomar algo y creo que elegí un buen momento. Estábamos todos en grupo, como amigos,

quizás si hubiéramos ido los dos solos me hubiera sentido más incómoda. Se lo presenté a los chicos y pedimos una ronda. Alba y Julia cuchicheaban de algo que no alcancé a oír, supuse que hablaban de mí y de mi nuevo amigo o algo por el estilo, tampoco quise darle mucha importancia. Marta preguntó a Jorge por su hermano Jaime, parece que le cayó bien el día que le conoció tomado unas copas. Claudio y Lucas entraron en la conversación de sus respectivas. Picamos algo de comer y seguimos de rondas. Cuando casi eran las cuatro de la tarde nos despedimos. Jorge me acompañó a casa y creo que esperaba que le invitara a subir, pero yo después de cuatro cervezas solo quería tirarme en el sofá y disfrutar del resto de la tarde del domingo sola.

Julia y Claudio volvieron a casa, juntos y contentos, aunque con un dilema entre manos, que por supuesto yo desconocía.

—Dío, tengo el poder para hacer con la casa de Lía lo que quiera y después de hablar con Alba creo que tengo la solución.

—Julia, no sé, he hablado con Lucas, se han sorprendido mucho al ver que llegó con Jorge, no sé si será buena idea lo que quieres, ¿no crees que si se entera Lía te matará?

—Joder, ella me dio el poder, ¿no?, pues eso significa que confía en mí y que cree que tomaré la mejor decisión. ¿Tú no lo crees? —dijo molesta.

—Claro que sé que harás lo mejor para ella, pero no sé si ella lo verá así —respondió con preocupación.

—El Jorge este no es su tipo, confía en mí, es solo una forma de autoconvencerse de que puede estar con alguien después de Axel, pero no es lo que quiere, la conozco.

—Está bien, espero que no te equivoques.

—Yo tengo el poder, yo decido, mañana mismo le llamo.

Y yo, ilusa de mí, sin enterarme de nada, de momento.

Mi domingo terminó comiéndome medio litro de helado de chocolate belga con trozos de chocolate blanco. Escuchando canciones de las que no te dan subidón, sino todo lo contrario, como “If I Ain’t Got you” de Alicia Keys y gritando un: ¡Viva la depresión y el helado!

Lía, tú sí que sabes cómo salir del pozo.

AXEL

María se ha vuelto loca y ha tirado la casa por la ventana, estamos en pleno mes de diciembre y ha decidido que antes de volver a España, para pasar las fiestas navideñas con nuestras familias, teníamos que hacer una fiesta en casa.

Rubén y yo, cuando nos hizo la propuesta, flipamos; ella es la encargada de que el piso siempre esté ordenado y perfecto, así que nos descolocó un poco que quisiera meter a una panda de veinteañeros y darles de comer y de beber en nuestro hogar, porque ya se sabe cómo suelen acabar esas fiestas. La cosa es que a mí me daba un poco igual, porque yo sigo sin tener mucha gana de jarana y Rubén, que es un tío bastante tranquilo, hubiera preferido que saliéramos los tres por ahí a cenar y tomar unas cervezas antes de despedirnos por unos días de los cabezas cuadradas; pero ella quería ser la anfitriona y estaba tan ilusionada por invitar a sus nuevos amigos de Berlín, que al final le dijimos que adelante. Incluso nos hemos implicado en el evento, echándole una mano en la medida de nuestras posibilidades; es decir, Rubén ha ido a la compra y yo estoy preparando cosas ricas para comer, no podían faltar un par de buenas tortillas de patata, embutido, queso y canapés fríos. Ella se ha dedicado a decorar el piso, porque dice que le encanta la Navidad. Ha puesto un par de renos de trapo gigantes en el salón, que compró en una tienda del centro, un jarrón enorme lleno de bolas rojas y verdes a conjunto con los colores de los renos, mini estrellas de bombillas, que dan luz en todas las ventanas y unas cuantas velas con motivos navideños esparcidas por toda la estancia. También quería poner un árbol de navidad, pero le quitamos la idea, el 23 nos vamos a España y es una tontería ponerlo para tan poco tiempo, más o menos el día 2 o 3 ya estaremos de vuelta. Según ella, si no pone adornos no siente el espíritu navideño correr por sus venas. Pues nada, nosotros tan contentos, no queremos ser los causantes de crearle un trauma a esta edad.

Anne también ha puesto su granito de arena, ha sido mi ayudante en la cocina y se nota que le gusta cocinar, tiene maneras. “La ayudante del chef”, la ha bautizado María para vacilarle, ella como siempre poniendo motes a todos.

Cuando volví de Milán tenía el propósito de normalizar un poco la relación con ella y una tarde que coincidimos en el portal le dije que si me acompañaba a tomar un té, prefería hablar con ella en terreno neutral, no en nuestros pisos, para que no fuese muy incómodo. Ella aceptó gustosa. Me imagino que pensó que era como una cita, pero nada más lejos de la realidad. Hablamos un poco de todo para romper el hielo y entonces le dije que lo que pasó estuvo mal, porque estábamos borrachos y no teníamos que habernos dejado llevar, pero que no quería que se sintiera mal, esas cosas pasan y no hay que darles más vueltas. María es mi amiga y no quiero que no puedan compartir su tiempo mientras yo estoy delante.

—Seamos adultos —le dije decidido—. Es más, hasta podemos ser amigos.

Ella se quedó un poco cortada de inicio, pero enseguida le pareció buena idea lo de normalizar la situación. No quiero sonar como un puto creído, pero se le nota a la legua que le gusto y creo que lo de la simple amistad lo hace no perder la esperanza, de momento no quiero ser un borde y decirle que no tiene nada que hacer conmigo, aunque confío en que pronto ella misma se dé cuenta.

Los invitados a la fiesta Pre Navidad 2017, como la ha titulado María y así está escrito en las invitaciones que ha repartido, que por cierto, qué más quiere una diseñadora gráfica que dar rienda

suelta a sus conocimientos para la ocasión, menudo despliegue de imaginación... Bueno, lo que iba diciendo, que los invitados son de lo más variopintos. Ha venido una pareja de italianos que van a clases de alemán con ellos al Centro, se llaman Filippo y Andrea, creo que son hermanos, con ellos hablan en una especie de español italiano, un idioma nuevo e inventado que da risa, pero que todos entendemos, yo podría hablar con ellos en italiano perfectamente, pero me gusta ver como hacen el payaso inventándose palabras. También está Berta y un par de amigos suyos de la universidad, un tal Marcus y la chica creo que se llama Becca, no he prestado mucha atención cuando me lo ha dicho Rubén, porque estoy ultimando el menú y requiere concentración. Además de dos profesores más del Centro, amigos de Anne, David y Ava, que creo que son novios, por lo que oigo a las chicas hablar.

Cuando sacamos al salón toda la comida, hace las presentaciones y excepto con los italianos, que tienen carácter latino y nos damos un par de besos, el resto con estrechar la mano o incluso hacer el movimiento del saludo con la cabeza nos vale.

Bebemos cerveza y sangría, especialidad de Rubén, creo que en verano es el rey de las barbacoas con ese preparado. Ahora, que hay que beber con cuidado porque su ingrediente secreto es echar un chorro de aguardiente de orujo de su tierra, vamos un auténtico pelotazo. Comemos de todo y escuchamos música, ahora “That’s What I Like” de Bruno Mars; de momento, como aún es pronto, está el volumen un poco alto, pero enseguida tendremos que bajarlo, no vaya a ser que llamen a la policía, estos guiris tienen el horario cambiado y no tardarán en irse a la cama.

Ahora mismo el salón parece el de un piso de Erasmus de cualquier ciudad de Europa, excepto que nuestra comida no es *low cost* y la decoración es de alta gama, porque nuestra María es muy fina y tiene muy buen gusto. Andrea se mueve al ritmo de la música de Bruno de forma muy sugerente y cada vez se acerca más a mí. Está buena, pero no estoy pensando en meterla. La mezcla de alcohol y niñas ya sé cómo termina, no quiero cometer el mismo error otra vez. Anne la mira flipada desde el otro lado del sofá. No para de mover su culo delante de mi paquete. Joder, me separo unos centímetros e impongo distancia. ¡Vaya con la italiana!

Brindamos con nuestros vasos en alto y nos felicitamos la Navidad.

—Feliz Navidad.

—*Frohe Weihnachten.*

—*Buon Natale.*

Veis, parecemos el festival de Eurovisión.

Yo, desde mi lado del sofá, me acabo de sentar un rato tratando de zafarme de la señorita italiana, observo cómo se comportan todos. Berta bebe como si fuera un estibador del puerto, esta cae borracha en cero coma segundos. Anne y María hablan con todos y Rubén se ha convertido en el DJ de la tarde, poco a poco todo lo que hemos preparado va desapareciendo. ¡Joder con los guiris!, parece que no han comido en semanas.

Bailamos un rato. Bueno, María me obliga a levantarme del sofá otra vez y quiere que me mueva un poco con ella, aunque solo sean las caderas.

—Cuidado con Andrea, que quiere guerra —me dice levantando mucho las cejas.

Nos reímos porque todo el mundo ha visto sus intenciones. Seguimos bailando e incluso estoy empezando a dejarme atrapar por el ambiente pre navideño. Ahora es Berta quien se me acerca e intenta bailar muy pegada a mí, el tal Marcus ese la mira raro, no sé si será su novio o el de la amiga, la cosa es que ella no les está haciendo ni caso. Da una vuelta sobre sí misma, apartando a María de mi lado e intentando seguir el ritmo de la música, se medio tropieza con la esquina de la alfombra y me tira más de la mitad de su cerveza en mi camiseta.

—¡Ups, lo siento! —me dice fingiendo su culpa.

—¡Joder!, me has calado, voy a cambiarme —digo mientras me voy a mi habitación a ponerme otra camiseta.

Al entrar veo que tengo una llamada perdida de Alba en mi móvil, que estaba cargando encima de la mesa.

—Hola, Albita —le digo cuando contesta.

—Hola, hermanito.

—He visto ahora la llamada, ¿qué ocurre?

—Joder, oigo bastante ruido, ¿qué estás por ahí de fiesta?

—No, estoy en casa; pero sí hay fiesta, María que ha decidido montar una *party* antes de navidad.

—¡Uy, qué bien!, pues te noto animado.

—Bueno, tampoco exageres, entonces ¿qué querías?

—Ya firmé hoy todos los papeles, oficialmente ya es tuyo.

—Joder, qué rápido, y ella no sabe nada, ¿no?

—No, tranquilo, lo hemos arreglado nosotras, no necesitábamos verla.

—Está bien, es lo mejor. No quiero que lo sepa, así que prométeme que no le dirás nada.

—Te lo prometo. Oye, Axel, voy a preguntarte algo y no quiero que te mosquees, si has accedido a todo esto es porque piensas volver e intentarlo, ¿no?

—Alba, no tengo respuesta para eso todavía. En cuanto vuelva en enero tengo que rematar el proyecto, porque es la fase final y es lo más importante, después ya veré. No voy a pensar a largo plazo.

—Está bien, no te insisto más —me contestó con voz queda.

No era el momento ni el lugar para tener una conversación de ese calibre, así que cambiamos de tema y hablamos de las vacaciones navideñas, nos veremos en París el 23 de diciembre para volar todos juntos a Isla Sofia, yo pensaba ir solo a bucear y a desconectar del trabajo, pero al final han decidido que pasaremos allí las fiestas todos, incluidos mis primos de Argentina; “será una Navidad diferente”, ha dicho mi padre muy convencido. Nos despedimos y cuando cuelgo y me saco la camiseta por la cabeza para ponerme otra limpia entra alguien; pienso que es Rubén, pero cuando me giro me encuentro con Berta.

—¡Joder!, ¿qué haces aquí? —le pregunto sorprendido.

—He venido a comprobar si desnudo estás tan bueno como dice mi hermana.

Pero qué cojones pasa con esta familia, no hay suficientes tíos en Berlín que solo se fijan en mí, solo me falta conocer a la madre y que también quiera tema. Joder, Axel, estás fatal, vaya pensamientos, pienso para mí.

—Venga, Berta, sal de mi habitación que estás borracha.

—¿Y si me quito yo la ropa y follamos? —me dice levantándose el jersey

¿Perdón?, esto no puede estar pasándome a mí, antes con el culo de la italiana pegado a mi polla, ahora con la más cachonda de las hermanas desnudándose en mi habitación, en cualquier otra época la hubiera tirado encima de la cama y le hubiera demostrado que si quiere follar está con la persona adecuada; pero coño, que tiene 19 años y yo no estoy por la labor.

Me acerco hasta ella y bajándole el jersey con la mano la empujo hasta la puerta, protesta un poco e intenta agarrarme, pero me zafa. Cuando la consigo sacar, cierro la puerta otra vez. Me cambio y vuelvo a salir al salón. Después de hablar con mi hermana, no me apetece pensar en ella otra vez. Eso ya lo dejo para cuando se haya ido todo el mundo y vuelva a meterme en la cama solo, como todas las putas noches.

En el salón el ambiente sigue siendo el mismo, risas, bailes y más alcohol, todos están más

perjudicados que hace un rato. Me sirvo otro vaso de la sangría bomba y me meto de lleno en la fiesta, es un recurso patético pero muy manido, bebo y olvido, o al menos lo intento.

Es el último día del año y como siempre tenemos la sana o insana costumbre de hacer balance, llegados a este punto dudo si es bueno o malo sentarse a pensar en todo lo bueno que hemos vivido y en todo lo malo. Total, ¿para qué?, si el tiempo ya ha pasado y no se puede recuperar. Además, por muchas metas y propósitos que te marques para realizar el próximo año que entra, siempre repetirás los mismos errores, o las circunstancias que te rodearán tampoco te dejarán lograr tus objetivos. Hacer balance es una pérdida de tiempo, pero ordena tus ideas al menos.

Hace un año estaba en Barcelona despidiendo el año entre los brazos de Axel, objetivo que me marqué ese día para todo este año que hoy termina, ser feliz con él y con mis hijos, simple y llanamente, un poco de felicidad. ¿Qué ironía, verdad?, porque ninguna de las dos cosas he conseguido. Situación a 31 de diciembre de 2017: objetivo no cumplido. ¿He sido feliz algún día a lo largo de este año? Pues sí, pero siempre han sido instantes de felicidad, que igual que vienen se van, debe de ser mi karma, porque no consigo la calma que tanto ansío.

Hace una semana me mudé de nuevo, ¡joder!, qué difícil fue dejar mi piso. Había depositado tanta ilusión en esa compra y en esa reforma, que jamás creí que tan poco tiempo después de haberme metido en ese proyecto ya me estuviera deshaciendo de él. Julia se ha encargado de todo el papeleo, del dinero, hasta de la mudanza. Siempre le estaré agradecida por haberme ayudado con este tema. Cuanto más alejada he estado del asunto, mucho mejor ha sido para mi salud mental y física. El nuevo apartamento que he alquilado, porque ya paso de volver a comprar, es mucho más pequeño, solo tiene dos habitaciones, un salón con terraza, una cocina y un baño. Está bastante cerca del anterior, así que no cambio de zona. Cuando se han enterado los niños, no les ha parecido buena idea. Gael directamente me ha dicho que es una mierda y que a él le agobia un sitio tan pequeño. ¿Solo un baño?, ¿y con ducha?, fue lo que preguntó Teo el día que los llevé a verlo. ¡Joder, para qué quiero más!, ellos están conmigo un fin de semana al mes y yo no necesito mil metros cuadrados para comer y dormir. Espero que poco a poco se vayan aclimatando a nuestra nueva casa, aunque es bastante difícil con el poco tiempo que pasan conmigo.

En el *loft* he dejado todo, muebles, enseres, no tenía ningún sentido llevármelo porque, además de problemas de espacio, el nuevo piso venía con el amueblamiento básico, así que no necesito cargar con más cosas que no voy a poder usar. No tengo ni idea de quién ha sido el comprador o compradora, solo sé que los trámites se han hecho bastante rápido; sea quien sea, espero que lo disfrute más de lo que lo he hecho yo.

Los niños han pasado la Nochebuena con su padre y hoy están conmigo, Julia insistió en celebrar el último día del año rodeadas de naturaleza, es increíble lo moñas que se puede volver una cuando se enamora. Ella, que siempre fue la reina del asfalto, ahora en su nueva etapa ha buscado un sitio tan bucólico como una cabaña en la montaña y es aquí donde nos encontramos. Menos mal que hemos venido un grupo numeroso, porque rodeadas de verdes pastos, ella y yo solas con los niños, no creo que hubiera sido el mejor plan.

Al final poco a poco ha convencido a Claudio, por supuesto no podía faltar su amorcito. Marta, su prima, que se apunta a un bombardeo, como Pedro, el fiel amigo de Claudio que también nos acompaña. Como venían mis niños, yo se lo he dicho a Jorge, que también ha

venido con su hijo Pablo y su hermano Jaime, que está aquí de vacaciones. La cabaña la verdad es que es preciosa y muy grande, yo compartiré habitación con Marta.

Jorge y yo hemos quedado un par de días para ir al cine y algún día que otro para tomar unas cañas después de salir de trabajar; pero todo bastante informal, aunque tengo la sensación de que él, al despedirnos, siempre se queda con ganas de alargar nuestros encuentros, pero yo nunca me he mostrado muy dispuesta. A ver, Jorge es un chico guapo, no lo voy a negar, más que guapo se puede decir resultón, tiene 40 años, es alto y su cuerpo no está mal, por lo menos vestido, aunque no creo que tenga los abdominales definidos ni unos bíceps de impresión, pero está delgado y no tiene barriga. El pelo negro largo le da un aire informal y tiene unos ojos bonitos, lo que pasa es que después de haber estado con Axel el listón está tan alto que es difícil de alcanzar; pero si me olvido de eso y no lo comparo con nadie, no está mal.

Los niños se han acomodado en la buhardilla y ya están enchufados a su videoconsola, están en una edad tan mala que la naturaleza no entra dentro de sus prioridades. A pesar de que es diciembre hoy hace un día increíble, con un sol radiante y el cielo azul sin una nube, así que todos los mayores estamos sentados en un porche delantero que tiene la cabaña, bebiendo vino antes de entrar para preparar la cena.

—¿A que mola mucho el sitio, chicos? —nos dice Julia sonriente. Le encanta que al final todos le demos la razón diciéndole que el sitio que ha escogido es maravilloso.

—Sí, es fantástico —le digo yo con voz de repipi.

—Es increíble estar rodeado de estas montañas —dice Jorge complacido.

—Vaya pelota —se burla su hermano Jaime, y todos nos reímos.

Servimos otra ronda de vino, que por cierto lo ha traído Pedro y está buenísimo y seguimos charlando del paisaje y del fin de año diferente que estamos pasando.

Subí a ver a los niños un rato y jugué un par de partidas al FIFA. Soy malísima pero, como dice el dicho, si Mahoma no va a la montaña..., tendré que ir yo para compartir algo de tiempo con ellos. Les encanta ver cómo me pico con los jugadores, como si no fuese yo quien los maneja.

La cena la preparamos enseguida, hemos encargado lechazo en el bar del pueblo y han ido los chicos a buscarlo, así solo lo tenemos que calentar un poco en el horno antes de cenar; el resto es embutido, quesos, patés, el típico menú navideño.

Cenamos todos juntos y ya hemos bebido un montón de botellas de vino, menos mal que hemos comido como para una semana y el estómago está lleno para absorber todo el alcohol que estamos ingiriendo. Los niños se descojonan con Julia, que no ha parado de contar chistes guarros, alguno no aptos para niños. Jorge y yo nos hemos mirado en un par de ocasiones con los ojos como platos ante sus dotes humorísticas, menos mal que los niños a veces no se enteran del humor de los adultos, o al menos fingen no enterarse.

—No queda vino, ¡oh! —dice Claudio haciendo un mohín a su amigo Pedro.

—Joder, ya habéis acabado con la producción española del 2017 —contesta Pedro fingiendo que él no ha bebido.

—No pasa nada, yo traje Champagne Rosado —dice Marta acercándose al frigorífico para sacar un par de botellas.

—Eso es bebida de tías —dice Jorge guiñándole un ojo.

—Venga, no te hagas el machote, que sé que tú eres muy nenaza —le dice su hermano.

Servimos el *champagne* y preparamos las doce uvas en unos cuencos, yo me coloco entre Gael y Teo y así después de los cuartos nos tomamos cada uva con su correspondiente

campanada.

—¡Feliz 2018! —gritamos todos al terminar la última.

Me abracé a mis niños y les di mil besos, ojalá durante el 2018 los siga viendo crecer felices. Comenzó la ronda de besos y felicitaciones, mi Juli se abalanzó sobre mí y casi me tira contra el sofá.

—¡Guarri, feliz 2018! —me dice besándome en todos los labios.

—Zorrón, que el 2018 te traiga mucha suerte porque amor ya te sobra, capulla —contesto sonriendo.

Después seguí con Claudio, que me cogió en volandas mientras me daba dos besos, continué con Marta, Pedro, Jaime y cuando llegué a Jorge y me acerqué para darle un par de besos me sorprendió cogiendo mi cara con sus manos y juntando sus labios a los míos. Fue solo un pico, pero de esos que se alargan unos segundos en el tiempo. Me quedé algo paralizada, porque estábamos en medio del salón, pero con la juerga que ya tenían todos montada creo que no se dieron cuenta, o sí, no lo sé. Solo sé que me sentí rara, es la primera vez que beso a alguien después de Axel y es una sensación extraña, no sé si buena o mala, solo distinta.

Enseguida me separo de él y voy a por mi copa de *champagne* de nuevo, creo que ya estoy algo achispada, pero aun así me bebo lo que queda de un trago.

Montamos un karaoke de lo más cutre en el salón y hasta los niños se animaron a cantar unos temas con nosotros. Cuando se dieron cuenta de que ya estábamos más perjudicados de lo normal, nos dejaron por imposible y se fueron a la buhardilla de nuevo. Convertimos el salón en una discoteca de pueblo improvisada y empezamos a poner éxitos de los 80, los 90 y hasta temas de épocas que ni recordábamos. “Fiesta” de Raffaella Carrá nos dio alas.

Fiesta, que fantástica, fantástica esta fiesta...

Julia, Marta y yo gritamos y saltamos tanto que los chicos temieron que se viniera abajo el suelo de madera de la cabaña, no hay sensación mejor en el mundo que dejarte llevar saltando y cantando, a Julia y a mí nos encanta.

Los chicos decidieron jugar una partida de póker y nosotras continuamos pegadas al *champagne* y al sofá, cotilleando de todo un poco, el subidón de inicio se fue convirtiendo en bajonazo fin de fiesta a medida que pasaban los minutos. Cuando terminaron de jugar, todos se sentaron en el sofá con nosotras. Jorge y yo aprovechamos para subir a apagar la videoconsola y obligar a los niños a acostarse. Para nuestra sorpresa, en la buhardilla ya habían apagado las luces y estaban dormidos.

—No me puedo creer que lo hayan apagado todo ellos por su propia voluntad —me dijo Jorge mientras bajábamos las escaleras al primer piso.

—Ya, parece que estaban agotados —dije yo susurrando para no despertarlos.

Estaba algo mareada por tanto alcohol y me agarré bien a la barandilla para no caerme. Llegando a la planta de las habitaciones, casi me tropiezo con una tabla de madera que estaba un poco levantada, Jorge rápidamente me agarró de la cintura.

—¡Cuidado!, casi te caes —me dijo pegando su cuerpo al mío.

—Jorge, yo..., y antes de que pudiese decir nada más vuelve a pegar sus labios a los míos, solo que esta vez su lengua invade mi boca, sin pedir permiso, yo algo abrumada entreabro los labios y él no desaprovecha la ocasión.

El beso es raro, como el anterior, sabe a alcohol y quizás a ganas, sobre todo por su parte, yo me limito a recibirle mientras apoyo mis manos en sus hombros, él en cambio tiene sus manos en el final de mi espalda y me atrae con fuerza hacia él; no sé si estaré más borracha de lo que

parece, pero creo que empiezo a notar su erección.

Joder, han pasado seis meses desde que estuve con un tío por última vez y por supuesto la última vez que Axel y yo hicimos el amor fue mágico y especial, pero también fue doloroso, al menos para mí, porque sabía que era la última. Seis putos meses sin saber nada de él, seis meses donde he guardado su ausencia y él seguro que ya ha follado con un montón de tías. No tiene ningún sentido que siga pendiente de él. Y sí, ya es hora de disfrutar de un rato de sexo porque sí, sin historias de amor y sin ataduras.

—Lía, me gustas, me gustas desde el primer día que te vi en ese partido.

—Jorge, yo... no quiero tener una relación. —Y sin darme cuenta, ahí, de pie apoyada contra la pared, con su cuerpo pegado al mío estaba siendo sincera con él—. No quiero salir con nadie ahora.

—Shhh, no te estoy pidiendo matrimonio, tranquila —me dijo con sonrisa burlona y me volvió a besar, esta vez más salvaje que la anterior.

Lía, ya está, no le des más vueltas, estás borracha y aunque no lo quieras reconocer te gusta la idea de que le gustes, aunque sea para echar un polvo, un baño de ego no le viene mal a nadie y un revolcón sin compromisos creo que tampoco.

Sin dejar de besarnos me llevó hasta su habitación y cerró la puerta.

—Joder, y si vienen estos a acostarse nos van a pillar —dije con miedo.

—Con la puerta cerrada sabrán que estamos dentro. Además, mira, tiene pestillo —me dijo mientras cerraba con él.

Nos desnudamos rápido, parece que el deseo crecía y el miedo a que nos pillaran también, era como cuando lo haces de adolescente y no quieres que te descubran. Qué gilipollez, si ya somos mayorcitos, pensé. Sin apenas darme cuenta, tenía la espalda pegada al colchón y a Jorge encima. Desnudo no estaba mal; como ya había imaginado, no le sobra carne pero tampoco le falta, tiene algo de vello en el pecho y ahora mismo una potente erección, no quiero hacer comparaciones pero nada que ver con Axel; joder, no puedo estar pensando en él otra vez, y menos ahora. Menos mal que Jorge se pega tanto a mi cuerpo que no me da tiempo a comerme la cabeza más. Con sus manos toca toda mi piel mientras yo paso mis dedos por su espalda.

Besos, caricias, él está muy entregado, yo solo estoy expectante, quiero saber cómo va a reaccionar mi cuerpo ante esta situación nueva para mí. Sus dedos entran en mi sexo para probar cómo estoy, le cuesta un poco y sé da cuenta, aunque hábilmente va consiguiendo que me abra un poco más. Venga, Lía, solo es sexo, no lo pienses, disfruta.

—¿Tomas la píldora? —me pregunta mientras agarra su erección muy cerca de mi entrada. No tomo la píldora, sino que llevo un implante anticonceptivo, como ya sabéis, que para más datos pagó mi ex novio, si se puede definir así, pero creo que esa información no le incumbe en este momento.

—No, ponte un condón —le contesto firme.

Se levanta y saca uno de su cartera, que estaba en el bolsillo trasero de su pantalón. Vuelve a tumbarse encima de mí con el condón ya puesto. Me besa de nuevo y yo vuelvo a corresponderle, está claro que el alcohol me está ayudando a dejarme llevar. Agarra mis pechos con sus manos grandes y me excita un poco más, sin más preámbulos me mete su polla y comienza a entrar y salir de mí, es tan raro volver a hacerlo. Me acopla a su cuerpo y hunde su cabeza en mi cuello, aspira mi olor, yo huelo su colonia, pero no me transporta a ningún sitio, es un olor nuevo, penetrante, como a madera y a cítricos; no me disgusta, pero tampoco me entusiasma. Recibo sus estocadas intentando disfrutar, pero qué tendrá el puto cerebro que no es

capaz de apagarse aunque sea unos segundos.

Me susurra al oído que está a punto de correrse y yo de momento solo estoy empezando a excitarme, intento meter mi mano entre nuestros cuerpos para tocarme y acelerar el proceso, pero me la aparta y me dice que se encarga él. Sigue entrando y saliendo de mí y además busca mi punto central con las yemas de sus dedos. Dentro. Fuera. Su ritmo se acelera más y todavía no ha conseguido dar con mi tecla. Él va tres o cuatro velocidades por encima de mí. En dos embestidas más se corre jurando en hebreo.

—Me caguen la puta..., Lía.

Yo me sorprendo por su rapidez y por su lenguaje, recupero poco a poco la cordura y la respiración; que, para qué mentir, tampoco la había perdido del todo. Sale de mí y se va al baño, recojo mi ropa interior para vestirme y empiezo a oír mi nombre.

—Lía, Lía, ¿dónde coño te has metido? —Joder, es Julia, si sigue gritando así va a despertar a los niños. ¡Hostia! Me visto a la velocidad del rayo y salgo por la puerta de la habitación colocándome la camisa con tan mala suerte que ella está justo enfrente.

—Joder, no chilles que vas a despertar a los niños, capulla.

—¡Hostias!, no me jodas, ¿te has tirado a Jorge?

—¡Shhh, te quieres callar, bocazas!

—Joder, yo estoy bastante pedo, pero tú debes de ir como una cuba. Ya tendremos una conversación seria tú y yo mañana.

—Sí, mamá —le contesto con sorna.

Bajamos al salón y parece que solo ella nos había echado en falta, aunque Claudio me guiña un ojo en cuanto me ve; joder con estos dos, ahora parecen mis niñeras.

Al cabo de un rato bajó Jorge con cara seria, me imagino que habrá flipado al salir del baño y no verme en la habitación, aunque seguro que ha oído los gritos de Julia.

Después de terminar todas las reservas de alcohol, poco a poco fuimos desfilando a la cama, Marta y Jaime se quedaron todavía en el salón, creo que se van a acabar enrollando. Yo me despedí de todos y me fui escaleras arriba, Jorge hizo el amago de seguirme, parece que tenemos una conversación pendiente, pero mi gran amiga Julia, a pesar de ir bastante tocada se dio cuenta de mi cara, no me apetecía nada tener que hablar ahora con él, me agarró rápidamente por la cintura y entró conmigo a mi habitación.

—Hasta mañana —dijimos las dos al resto de los chicos antes de cerrar la puerta.

—Luego voy a la cama, mi amor —dijo Julia a Claudio guiñándole un ojo.

—Hasta mañana —nos dijo Jorge con cara de circunstancias.

Julia entró y cerró la puerta.

—Capulla, me debes una, solo he tenido que mirarte a los ojos para saber que me estabas pidiendo auxilio.

—Joder, tampoco exageres, pero la verdad es que no tengo ninguna intención de hablar con él ahora, y mucho menos dormir a su lado.

—Bueno, mañana hablamos y me cuentas todo —me dijo dándome un abrazo de mamá osa.

—Vale —le contesté agradeciéndole el gesto cariñoso.

Me fui al baño, me puse el pijama y me metí en la cama. Adiós 2017, a ver qué me depara el año nuevo que comienza. Antes de apagar la luz miré mi móvil, lo sé, no pude resistirme, no tenía ningún mensaje pero no pude evitar buscar el contacto de Axel y, como muchísimas noches, mirar su foto de perfil.

Con las manos temblorosas y el corazón saliéndose de mi pecho se abrió la foto, era nuestro

islote, solo se veía una barca en la orilla con las dos palmeras de fondo. Reconocí enseguida ese trozo de playa, donde él y yo hicimos el amor, desnudos, tumbados sobre esa fina arena y apoyados contra esa barca. ¿Qué cojones significa esto? Seis largos meses sin dar señales de vida y hoy, precisamente hoy, cuando lo acabo de hacer con otro, cambia la foto de perfil y pone algo tan nuestro, tan suyo y mío. ¿Qué significa todo esto? No me puedo creer que esta sea su forma de hablarme. Puto Axel.

Apago mi móvil de muy mala hostia mientras un par de lágrimas caen por mi mejilla, no sé si de impotencia, de dolor o de pena.

No llores, Lía, no me jodas, ya no tiene sentido, me repito a mí misma. Me limpio la cara de nuevo y me acurruco en la cama todo lo que puedo.

Nota mental: “Propósito para el 2018: Lía, empieza a vivir y deja de soñar”.

AXEL

Necesitaba unas vacaciones, estaba un poco harto de los alemanes, de su puta cabezonería y de su clima de mierda. Joder, Axel, se nota que estás muy a gusto trabajando y viviendo en el país de la Merkel. Cuando he aterrizado en Isla Sofia, me ha cambiado el humor, al menos a ratos.

Los días aquí están siendo raros. Bueno, no sé si raros es la palabra que mejor los define, también se podría decir que son diferentes. Por un lado está toda mi familia aquí, incluidos mis primos de Argentina y me encanta que todos disfruten de este lugar tan mágico, vamos a pescar, buceamos, disfrutamos del mar y de los tesoros de la isla. Pero por otro lado, cada rincón de esta isla es un recuerdo de ella; la casa, la playa, la cerveza del chiringuito, los paseos en barca, los baños al amanecer, la hamaca, nuestra cama, nuestro islote. Está siendo mucho más duro de lo que pensé en un primer momento. Lo mejor que me ha sucedido en mi corta vida ha tenido lugar aquí, junto a ella, y sentirme solo duele.

Alba y Lucas están alucinados con la casa, les ha encantado, yo ya les había enseñado un montón de fotos, pero no pensaron que fuera un sitio tan paradisiaco, dicen que a partir de ahora tratarán de venir a desconectar varias veces al año.

Por otro lado, Mario, Ana y Ariel, mis primos, han decidido que quieren una copia de las llaves por si les apetece volver y nosotros no estamos. Mi tío Alejandro y mi abuelo se han quedado en Buenos Aires por asuntos de trabajo, pero con los millones de fotos que les está mandando Ana me imagino que no tardarán en querer venir a conocerlo, ojalá la salud de mi abuelo le permita llegar un día a visitar esta isla.

Mis padres ya lo conocían, así que cada día que pasa están más contentos con su inversión. Mi madre, cámara en mano, no ha dejado rincón sin fotografiar, se ha hecho amiga ya de media isla y por las mañanas se pasa por el colmado y hace el pedido de las cosas que faltan, como una lugareña más, le encanta hablar con Rosita y enterarse de cómo funciona todo aquí.

Mi padre por las mañanas sale a pescar con la barca que nos prestó Juan, Mario y yo le acompañamos y a veces buceamos un rato y otras pescamos con él mientras nos contamos nuestras penas. Bueno, Mario nos cuenta a cuantas tías se tira y mi padre me pregunta si he encontrado el amor en Berlín. ¡Qué cabrito mi padre!, sabe perfectamente que estoy colado hasta los huesos por Lía, pero cada vez que está mi madre delante me habla de las ventajas tan grandes que tiene vivir y trabajar en Berlín, irónicamente, claro, para ver si hace reaccionar a mi madre, pero ella nada, todo el día haciéndose la loca.

Ayer por la mañana mi padre quiso estar con mi madre en la playa y disfrutar juntos de un paseo a solas, creo que intenta convencerla para que de una vez por todas sea sincera conmigo. No podemos mantener mucho más tiempo esta relación tan distante.

Alba, Lucas y los primos lo dieron todo en el chiringuito la noche anterior, yo estuve un rato hablando con Juan y Vanessa, más bien poniéndoles al día de mis aventuras y desventuras con Lía, los dos me dijeron que no puedo seguir mosqueado eternamente, que si ella es mi amor no voy a encontrar nunca a otra que la sustituya.

La verdad es que sé que lo decían por su propia experiencia. Juan y Vanessa se quieren desde niños y, aunque ella está casada con George y él haya estado con otras mujeres, en el fondo de su

corazón los dos saben que han nacido para estar juntos. Quizás ahora las circunstancias no se lo permitan, aunque es difícil no pensar que sí tienen relaciones, solo hay que ver como se miran o como se rozan; pero ellos están convencidos de que tarde o temprano les llegará su momento, en esta vida o en otra, saben que son el uno para el otro. Hablar con ellos me hizo plantearme muchas cosas. ¿Y si tienen razón? y aunque esté con otras tías nunca encuentro a nadie que me complete tanto como ella. No puedo estar eternamente enfadado con alguien que es tan importante para mí.

Me tomé dos cervezas en plan tranquilo y enseguida me retiré porque quería salir temprano por la mañana y reencontrarme un poco conmigo mismo.

Al despertarme me preparé algo para comer. Como todos dormían, cogí la barca y estuve navegando sin rumbo, solo disfrutando del mar. Sin darme cuenta llegué hasta nuestro islote, dejé la barca lo más cerca que pude de la orilla y llegué hasta la playa. Joder, qué recuerdos. Recordé perfectamente la primera vez que fuimos en nuestro primer viaje, ella aún tímida y cohibida, recordé como nos tumbamos en la arena y cómo dijimos que esa sería nuestra isla. Pero sobre todo recordé cuando estuvimos la última vez, desnudos, haciendo el amor en el agua y en la arena. Tuve que respirar profundo un par de veces porque parecía que me faltaba el aire. Sentí un pinchazo en el pecho, entonces me quité el bañador y desnudo me tumbé sobre la arena y cerré los ojos. Joder, casi podía sentirla a mi lado, qué puta sensación, veía sus labios, sus ojos mirándome, sus lolas, veía su lunar, sus manos tocándome, creo que me puse tan caliente que empecé a tener una erección, parece mentira que la memoria del placer me provocara esa excitación. Me levanté y me di un baño, el agua estaba a muy buena temperatura, pero no alivió el calor que todavía desprendía mi cuerpo.

Es ella, estoy convencido de que es ella, nadie me ha hecho sentir así jamás; por lo tanto, si quiero llegar a ser feliz necesito centrarme en mí mismo y encontrar la manera de perdonarla y de solucionarlo.

Antes de volver con la barca hasta Isla Sofía, con mi móvil hice unas cuantas fotos de nuestro sitio, sin duda alguna necesito empezar a quedarme solo con los buenos recuerdos y desechar las últimas semanas que pasé a su lado.

Estamos a punto de empezar el 2018, este año no hemos comido las uvas pero hemos instaurado una nueva tradición, vamos a hacer diez brindis, como una cuenta atrás de deseos y así entraremos en el año nuevo. Estamos todos en el porche delantero de la casa, porque Juan nos ha dicho que en el resort tirarán fuegos artificiales y desde aquí los veremos caer al mar. Hemos cenado mucho pescado y marisco, llegó ayer un barco con mercancía especial y como mi madre siempre anda merodeando por el puerto ha conseguido comprar los mejores manjares. Esta mañana, cuando me ha pedido que la ayudase con la compra, por fin hemos tenido “la conversación”, mientras paseábamos por la isla por fin ha sido sincera conmigo. Me ha dicho que fue ella quien llamó a Lía para decirle lo de Berlín, que efectivamente jugó su papel de “de madre a madre”, la convenció de que era lo mejor para mi carrera y que yo no haría caso a nadie. Vamos, que dejó que cayera en ella toda la responsabilidad. He estado tantos meses meditando sobre el tema que no he discutido con ella, ni tan siquiera me he enfadado más; eso sí, le he dejado claro que me ha parecido patética su actuación. Nadie tiene derecho a meterse en la vida de los demás, aunque sea mi madre. Le he dicho que ha roto la única relación importante de mi vida y que había otras formas. Ella ha reconocido que Lía ha salido doblemente perjudicada con todo esto, pero que sigue pensando que era lo mejor para mí.

Y yo, qué queréis que os diga, que más o menos ya lo sabía todo y qué lo único que ha hecho ha sido corroborar toda la versión. Lo que todavía no entiendo es por qué Lía no luchó por mí. Al volver a casa, mi madre y yo nos abrazamos y todos se dieron cuenta de que por fin ya estaba todo aclarado. Mi padre me vino a dar un fuerte abrazo, quizás él es el que peor lo estaba pasando con

todo esto y me dijo al oído:

—Si es ella, no la perderás.

Joder con mi padre, no es de muchas palabras, pero cuando habla sentencia.

Nos servimos todos el *champagne* en las copas y estamos mirando nuestros móviles, hoy no hay restricción de señal porque entienden que a todo el mundo le gusta felicitar a sus familiares cuando se cambia de año, así que no paran de llegar *whatsapp* de amigos y familiares, faltan cinco minutos para las doce.

Lucas le enseña a Alba una foto que acaba de recibir, creo que es de Lía porque, aunque hago como que no les presto atención, están hablando más bajo, para que yo no me entere. Desde mi posición solo logro entender: *todos, cabaña, montaña, niños, Jorge...* ¿Quién cojones es Jorge?, ¿y por qué estos dos están susurrando? Antes de que pueda empezar a elucubrar, mi padre nos alerta de que comienza la cuenta atrás.

—Vamos, comencemos con los brindis, los haremos como una cuenta atrás. ¿Estáis preparados? —pregunta con la copa en alto.

—Sí —contestamos todos.

—Perfecto, pues empiezo yo.

Joan: 10. Brindo por la salud de toda la familia.

Y todos chocamos nuestras copas, algunos ya dan un pequeño sorbo, a este paso nos quedamos sin *champagne*.

Alma: 9. Brindo por más viajes en familia.

Mario: 8. Brindo por que los negocios sigan bien.

—¡Oh!, ¡tú siempre tan sentimental —le gritó su hermano Ariel.

Ana: 7. Brindo por el abuelo y por papá, que no están hoy con nosotros.

Ariel: 6. Brindo por encontrar el amor.

—Bah, tú siempre tan romántico —se burló Mario del hermano.

Lucas: 5. Brindo por la mujer más maravillosa de mi vida, Alba.

—¡Oh, qué bonito! —dijimos unos cuantos a la vez.

Yo: 4. Brindo por haber descubierto Isla Sofía.

Joan: 3. Brindo por perseguir siempre los sueños.

Coño, mi padre ya estaba dejando otra vez el recado.

Alma: 2. Brindo por que siempre estemos juntos.

—Venga, y como petición especial Alba va a decir el último —dijo mi padre.

Alba: 1. Brindo por nuestra boda en Milán este año que comienza.

Joder, casi todos bebimos la copa hasta el final, aunque mi madre y Mario se escupieron mutuamente. Será cabrón mi padre otra vez, él ya lo sabía.

Llegó la ronda de los besos, abrazos, enhorabuenas; mi madre con cara de sorpresa aún; mis primos chocando sus manos con Lucas; mi prima Ana intentando ver el anillo, que por supuesto no existía, mi hermana pasa de esos detalles; mis padres abrazados y dándose besos como si no existiese un mañana y yo entre alucinado, sorprendido y melancólico. Joder, mi hermana, se casa mi hermana.

—Venid aquí los dos —les ordené. Conseguí apartarlos un poco y me fundí en un abrazo con los dos.

Los fuegos artificiales del resort ponían el fondo perfecto para comenzar este 2018 cargado de sorpresas.

La noticia había conseguido que Lía volviese a mis pensamientos sin querer, Lucas es uno de sus

mejores amigos y si ha conocido a mi hermana ha sido gracias a ella y a mí, no pude evitar sentir algo de envidia sana de ellos. Antes de seguir bebiendo hasta la inconsciencia para celebrar el notición, miré en mi móvil su foto de perfil, era la foto de un grupo, estaban delante de una cabaña, conocía a todos excepto a dos tíos y a un niño. Ahí estaba Lía en un lateral, con la mano de uno de esos tíos posada en su hombro. ¿Quién coño será? ¿Y si es el tal Jorge ese del que hablaban estos antes?

Seleccioné una de las fotos que hice en “nuestra isla” y la puse en mi perfil, si por alguna casualidad ella también tiene la costumbre de mirar mi foto de perfil de *whatsapp*, quiero que la vea, quiero que sepa que he estado en nuestro rincón y que no me he olvidado de ella. Tengo que concentrarme y terminar el proyecto, quiero recuperarla cuando nos reencontremos en la boda, necesito volver a respirar.

Hoy Julia me ha hecho madrugar; pero no para ir a trabajar, ayer canceló todas las citas que teníamos las dos en la asesoría y ha dejado al mando a Claudio. Según palabras textuales “hoy es tu día y voy a mimarte”. Sí, hoy es mi cumpleaños, 38 tacos que me caen y no mexicanos; como sabe que no soy mucho de grandes fiestas, ha decidido que lo mejor será celebrarlo las dos solas, regalándonos un día de culto al cuerpo.

—Hola, bombón. ¡Felicidades! —me dice cuando entro a su coche.

—Hola, guarri, vaya madrugón, ¿no?

—Uf, es que tenemos muchas cosas que hacer y luego no nos da el día para todo.

—¿Y cuál es el plan? —le pregunto expectante.

—No es plan, es súper plan.

Metidas en su Golf conduce a toda pastilla y al cabo de aproximadamente una hora llegamos al Balneario de la Hermida, que está a unos 90 km de Santander. Vamos al vestuario y nos ponemos nuestros bañadores y esos gorros de piscina tan favorecedores, entiéndase el modo ironía, las chanclas y unos albornoces blancos que nos dejan en recepción, estamos monísimas y así, con esas pintas, empezamos a disfrutar del circuito termal durante casi hora y media. Primero baño de vapor, sigue sauna finlandesa, de ahí pasamos a un baño de inmersión en frío, donde Julia dijo un par de juramentos.

—Joder, con esto se me van a poner los pezones de acero.

—¡Qué burra eres! —le dije mientras miraba a ver si alguien que estuviera cerca la había oído. Afortunadamente había muy poca gente, así que podíamos relajarnos y hablar sin reparos.

Después salimos a un vaporario del manantial, es increíble que el agua salga tan caliente de la propia naturaleza, sin duda es una sensación agradable estar rodeado de montañas sumergido en esas aguas. Entramos de nuevo y nos tumbamos en las camas de hidromasaje.

—¡Uf!, creo que vamos a salir como nuevas —le dije a Julia que estaba con los ojos cerrados disfrutando del relax.

—Ya lo creo, vamos a tener que venir más a menudo. Oye, guarri, ¿lo has vuelto a hacer con Jorge después de Nochevieja?

—Joder, cómo cambias de tema, ¿no? Me parece que con lo tranquilas que estamos aquí no procede hablar de sexo ahora.

Menuda capulla, he estado esquivando esta conversación con ella durante días y ahora, que me tiene aquí sola e indefensa, no ha perdido el tiempo para interrogarme.

A ver, después de mi estampida por su culpa el día de Nochevieja, Jorge quiso quedar conmigo y hablar, aprovechamos una tarde que ninguno de los dos teníamos a los niños y quedamos en su casa. Le dije que no quise desaparecer, pero que con los niños y todo el mundo allí pues tampoco era el momento ni el lugar para hablar de lo que pasó. De todas maneras le volví a decir que yo no quiero tener ninguna relación, que la última no salió bien, claro que él se pensaba que hablaba de mi ex marido, pero le dije que me refería a Axel, no se pensó que después de Carlo hubiera estado con nadie, no entiendo por qué, pero bueno. Le dejé claro que no quiero involucrar a los niños ni que nadie se piense que salgo con él. Que podemos seguir quedando para ir al cine, tomar unas cañas o lo que surja, pero sin ser novios ni nada parecido. Él me dijo que se conforma con que seamos amigos y cuando surja nos acostemos, si es que me

seguía apeteciendo acostarme con él.

Bueno, la primera vez no se puede decir que fue maravillosa, así que decidí darle otra oportunidad. Esa misma tarde que hablamos acabamos haciéndolo en su cama, esta vez estaba más tranquilo y casi fuimos al mismo ritmo, intentó averiguar cómo me tenía que tocar para darme placer; pero al final fui a lo práctico, me puse yo encima y a la vez que me movía arriba y abajo me toqué a mí misma, enseguida se corrió y yo, aunque tardé un poco más también lo conseguí, fue solo sexo, nada reseñable.

Le hago un breve resumen de todo esto a mi Julia mientras nos dirigimos hasta el *jacuzzi* antes de finalizar el circuito.

—Joder, Lía, este tío no te gusta, solo hay que ver cómo hablas del sexo con él.

—Vamos a ver, Julia, ¿no eras tú la que me decías que solo necesitaba sexo, que no necesitaba enamorarme de nadie para follar? Pues ya está. Me cae bien, es guapo y follamos a veces.

—No seas idiota, sabes que estoy hablando de otra cosa —me dijo molesta.

—Qué me quieres decir, que hablo de ello sin brillo en los ojos, sin babear como hacía con Axel.

—Pues sí, sabes que ya no brillas igual.

—Muchas gracias, amiga —dije remarcando cada sílaba de la última palabra.

—Joder, no te enfades, guarri, yo siempre soy sincera contigo, creo que te enrollas con Jorge para auto convencerte de que puedes estar con alguien después de Axel, pero le echas de menos, cada día.

—Joder, Julia, claro que le echo de menos, pero tengo que vivir, no puedo guardarle la ausencia como si estuviese en la guerra, él no ha vuelto a dar señales de vida, ni una llamada, ni un mensaje, nada. Bueno, exceptuando sus fotos de perfil de *whatsapp*, que parece que desde Nochevieja intenta decirme algo.

—¿Cómo? —pregunta Julia sorprendida—. Explicame eso mejor.

En lo que estamos los últimos minutos en el *jacuzzi*, le cuento que casi todas las noches le miro la foto de perfil y que en Nochevieja puso una foto de “nuestra isla”, que a los cuatro o cinco días la cambió por una foto de la hoguera en la playa y así sucesivamente, todo son recuerdos de los dos, cosas muy nuestras.

—Joder, Lía, esa es su forma de comunicarse contigo. ¿No lo entiendes?, te está intentando decir que no te olvida, que te echa de menos.

—Ya y, claro, da por supuesto que yo miro su foto de perfil siempre y que encima soy adivina descifrando el significado de sus fotos, ¿no?

—Anda, no te hagas ahora la tonta, sabe que miras su perfil, igual que mira él el tuyo, es una práctica habitual cotillear a los ex —me dice con una sonrisilla.

—Puede ser, pero no puedo estar eternamente esperando su perdón. Sé que la cagué en las formas, pero no el fondo, por mucho que me haya arrepentido desde entonces. También puede llamarme de una vez, ¿no crees?

Salimos del *jacuzzi* y nos esperaban para un *peeling* corporal y un masaje con aceites esenciales. Intenté relajarme y desconectar, el haberle contado a Julia lo de Jorge y lo de Axel se me había revuelto un poco el estómago.

Cuando nuestro cuerpo ya había recibido todos los mimos del mundo, comimos en el restaurante del balneario una ensalada de rúcula con queso de cabra y de segundo *magret* de pato con salsa de arándanos, estaba todo buenísimo. De postre compartimos un *brownie* de

chocolate y me cantó el cumpleaños feliz en mitad del comedor. La gente que estaba comiendo en las mesas cercanas aplaudió al final. Vamos, un verdadero espectáculo.

Por la tarde, cuando regresábamos a casa después de haber compartido un día para nosotras solas, me llamó Lucas, insistió en que nos invitaba a cenar a su casa, que quería darme un regalo. Julia me llevó a casa para que me cambiara de ropa y después pasamos por la suya para recoger a Claudio e ir hasta el ático de Lucas.

—¡Feliz cumpleaños! —me dijeron Alba y Lucas cuando nos abrieron la puerta.

—Muchísimas gracias, no pensé que tú también estabas aquí —dije a Alba mientras le daba dos besos.

Pasamos todos, nos sirvieron unas copas de vino y nos sentamos en la mesa del salón que estaba perfectamente puesta; la vajilla era preciosa, de diseño, yo ya había estado más veces en casa de Lucas pero no la había visto antes.

—¿Es nueva? —le pregunté.

—Sí, un regalo de Alba, la otra que tenía no le gustaba nada.

—Se nota que tiene buen gusto —dijo Claudio guiñándole un ojo.

Picamos algo, aunque yo no tenía mucha hambre después de todo lo que habíamos comido y nos contaron cómo fue su fin de año en la Isla. Intentaron no nombrar a Axel, pero a veces era imposible. Yo intenté estar relajada, no quiero que piensen que no pueden hablarme de él. Nosotros le contamos lo bien que lo pasamos en la cabaña y crucé los dedos para que Julia no soltara ningún impropio de Jorge, menos mal que se controló.

—Toma, abre tú regalo —me dijo Lucas mientras me acercaba un paquete.

No era muy grande y estaba envuelto en un papel azul turquesa, me recordó al papel de la pulsera que me dio Axel, que por cierto sigo llevando puesta. Lo abrí y saqué un par de pendientes con forma de estrella de mar, en color marfil, sé que les han traído de la isla y me encantan.

—¡Oh, muchas gracias! me encantan —les dije mientras me levantaba a darles un par de besos otra vez.

—Bueno, ahora saca el *champagne* porque tenemos que daros algo a todos, por eso os hemos hecho venir.

—¡Uy, peligro! —dijo Claudio—, ¿no la habrás dejado preñada, semental?

—Joder, que mamón eres —le dijo Lucas de buen rollo.

Alba nos sirvió las copas y nos entregaron unos sobres enormes.

—Joder, Joder, joder, no va en serio, ¿no? —dije incrédula mirando a los ojos brillantes de Lucas.

Julia se me adelantó y sacó rápidamente la tarjeta del sobre y comenzó a leer.

“Tenemos el placer de invitaros a nuestro enlace que tendrá lugar el próximo 2 de junio de 2018 en Milán”.

Me levanté de un salto y fui directa a abrazar a Lucas, qué contenta estoy por él, le conozco hace tanto tiempo y sé todo lo que ha sufrido, por amor y por un montón de cosas más, me encanta que él y Alba se amen tanto que quieran dar este paso. Solo hay que mirarle a los ojos para saber que con ella le brillan de manera especial.

Claudio y Julia felicitaron a Alba mientras yo me fundía en ese eterno abrazo con Lucas y después ya me acerqué a ella.

—Enhorabuena, guapa, os deseo lo mejor, pero tienes que cuidar de él o te las verás conmigo, ¿entendido?

—Perfectamente —me contestó risueña.

Brindamos por los novios y charlamos un poco de ellos dos, de cómo será la boda y de que tenemos que preparar el viaje.

—No puedes faltar —me recalcó Lucas antes de despedirnos.

—No me lo perdería por nada en el mundo —le dije para que se quedara tranquilo.

Cuando me metí en la cama, recopilé todo lo que había hecho durante el día; ha sido un cumpleaños diferente, mi Julia y yo primero con nuestro culto al cuerpo y después esta cena con notición, me sentí muy feliz por ver a mi amigo brillar de esa manera, qué lista es mi Julia, ese es el brillo que quiere ver en mí.

Para no perder la costumbre, miré la foto de perfil de Axel. Joder, me sudan las manos al abrirla, hoy ha puesto la puerta de mi cabaña en el resort, se ve perfectamente el número 8, mi número preferido y mi fecha de cumpleaños. Si esta es su manera de felicitarme, lo ha conseguido. Una sonrisa de idiota ilumina un poco mi cara. Y así, apago la luz e intento dormir, aunque solo me quedo en el intento.

AXEL

—Ven aquí, princesa, solo quiero que te quedes entre mis sábanas todo el día, necesito recuperar el tiempo perdido, no digas nada, solo déjame estar dentro de ti. Lía, te he echado de menos, mucho, cada día. ¡Lía!, ¡Lía!, no, princesa, no te levantes ¡No! No me dejes solo otra vez, no me iré a ningún sitio. ¡No!

—Axel, ¿estás bien? ¡Axel!

Joder, los gritos de María detrás de mi puerta me han hecho sentarme en la cama de un brinco. Hostia, estoy empapado en sudor, puto sueño. Bueno, más bien pesadilla.

—Sí, estoy bien, solo era un sueño.

—Voy a pasar —me dice preocupada mientras abre la puerta y se sienta en el borde de mi cama. Qué mal rato has pasado, ¿no?

—Joder, ha sido un sueño, pero era tan real.

—Estás sudando, ¿no tendrás fiebre, no? Mira que hoy no puedes ponerte malo.

—No, tranquila, ¿a qué hora tenemos que estar en el hotel?

—A las tres de la tarde, Juan ha llamado a Rubén y le ha dicho que irá directamente allí.

—Está bien, descansaré un poco más y luego me ducho.

—Estabas soñando con Lía, ¿verdad?, he oído como la llamabas.

—Sí, tengo esa mala suerte, ni en sueños soy capaz de olvidarla.

—Ahora que has acabado el hotel creo que deberías llamarla, no puedes estar toda la vida enfadado con ella, ¿no te das cuenta de que no eres feliz? —me dice con tristeza.

—Joder, María, ahora voy a centrarme en lo de hoy. Es importante que todo esté perfecto. Mañana ya veremos.

—¿Qué le pasa al Penas?, ¿ya está acojonado por el discurso de inauguración? —me dice Rubén desde el umbral de la puerta.

—Capullo, vas a hablar tú para todos los medios, listillo, con tu alemán de españolito emigrante.

—Joder, qué mal despertar has tenido, Penas, ni que hubieras tenido pesadillas.

—Venga, vamos a dejarle solo, idiota, necesita descansar —le dice María mientras lo saca a rastras por la puerta.

—¡Joder, qué carácter! —va diciendo Rubén mientras se alejan.

Yo respiro tres o cuatro veces y me vuelvo a tumbar, pero sin cerrar los ojos, solo quiero descansar un poco más antes de ir a la inauguración del hotel, si por fin terminamos y encima en menos tiempo del plazo estipulado.

Esta tarde vendrá Juan para la inauguración, estarán todos los directivos de la cadena hotelera y los medios de comunicación, desde mañana ya se podrán alojar los huéspedes. Mis padres iban a venir, pero al final ha sido imposible, y Alba está loca con los preparativos de su boda. Estaré solo, bueno, con María y Rubén acompañándome.

Joder, creo que me voy a tomar un paracetamol, el puto sueño me ha hecho sudar la gota gorda y no quiero ponerme malo, ahora siento como escalofríos, espero que sean solo nervios por lo de esta tarde, quiero que todo esté perfecto. Logro levantarme y meterme en la ducha, cuando salgo suena a todo volumen en el salón “La Primavera” de Fuel Fandango, esta canción le encanta a María, dice

que le da energía positiva, a ver si es verdad y yo también consigo un poco de eso. María ya me ha preparado un paracetamol efervescente, gesto que agradezco con un simple abrazo. Rubén ya debe de estar al día de mi sueño/pesadilla, nos ve y no suelta ninguna perla de las suyas.

A las tres estamos llegando a la recepción del hotel, nos hemos vestido con traje, estamos irreconocibles tan elegantes. Rubén lo compró la semana pasada porque no se había traído ninguno y María le dijo que no podía presentarse en vaqueros y camisa como solía ir normalmente a trabajar. Yo sí que tenía uno negro, que es el que traigo, lo único que nos hemos negado a ponernos corbata, la ocasión tampoco es que necesite tanto protocolo. De momento solo nos reciben directivos de la cadena hotelera, que ya están hablando con Juan, al vernos se disculpa y se acerca a nosotros.

—Enhorabuena, chicos, gran trabajo —nos saluda a los dos y nos estrecha la mano enérgicamente.

—Muchas gracias —contestamos al unísono.

No vamos a dar una vuelta de reconocimiento por todo el hotel para enseñarle los últimos detalles, nos acompañan varios directivos, algunos son españoles, hay un par de americanos también y un alemán; solemos hablar en español y en inglés. La presentación se va a hacer en español y en alemán porque la cadena tiene capital sobre todo español. Recorreremos todas las plantas, la terraza de la azotea y los entresijos del hotel; antes de que den las cuatro ya van llegando los medios de comunicación y alguna autoridad local.

El primero en hablar es el Director Comercial de la Cadena en Europa, se dirige a todos en alemán y después en español, les dice que es el primer hotel de la cadena en este país y que piensan abrir mercado en los próximos años.

Después menciona que el proyecto innovador se ha llevado a cabo gracias al trabajo del Estudio de Arquitectura de Juan Díaz-Ares, este sale a decir unas palabras y en concreto menciona al arquitecto que ha dirigido el proyecto; o sea yo, Axel Rivas.

—Además, aprovecho esta ocasión tan especial para comunicar que Axel Rivas está nominado por este proyecto a los Premios Jóvenes Talentos de la Arquitectura 2017, premios que apoyan el talento de los jóvenes arquitectos recién graduados, quienes serán los responsables de la transformación de nuestro entorno en el futuro.

Yo, alucinado, recojo el micrófono que me pasa Juan y casi no soy capaz de articular palabra. Joder, no tenía ni idea de que Juan había presentado el proyecto a estos premios.

—Bueno, lo primero que quiero decir es que el proyecto lo firmo yo, pero no hubiera sido posible sin la ayuda de mi compañero y amigo Rubén García —digo mientras hago un gesto con la mano a Rubén para que se coloque a mi lado. Él me abraza y continúo con el discurso, agradezco a Juan la confianza por encargarme el proyecto, a la cadena por contratarnos y hasta a la empresa constructora. María me mira desde una esquina, muy emocionada, me ha dado pena que no mencionaran a Rubén desde un principio, así que imagino que ella se haya emocionado con mi mención. Les doy las gracias y me despido.

Después habla el que será el director del hotel en alemán para todos los medios y comienzan las preguntas. El resto de invitados pasamos al comedor, donde hay preparado un *catering*.

—Joder, tío, dame otro abrazo, cómo me alegro por lo del premio —me dice Rubén mientras me estrecha de nuevo entre sus brazos.

María, casi con lágrimas en los ojos, se acerca a su chico y le besa efusivamente en la boca. Después se separan y besa mi mejilla.

—Gracias por el detalle —me dice al oído.

—De detalle nada, es lo justo —le digo guiñándole un ojo.

Juan se acerca de nuevo y me felicita, me cuenta que en cuanto vio mis primeras ideas del proyecto

lo presentó al concurso y que el fallo saldrá en mayo. Si resulto ganador tendré que recoger el premio en una ceremonia en Venecia a primeros de junio.

Comemos unos canapés, bebemos alguna que otra copa de vino y charlamos con todos los invitados. Juan nos dice que estemos aquí una semana más por si surge alguna cosa y que ya mañana nos pasará los datos del próximo hotel, que al final será en Paris. Por lo que nos dice, cuenta con que nos vayamos los dos juntos otra vez. Él se fue enseguida para el aeropuerto y nosotros para casa. Nos quitamos los trajes y nos fuimos a celebrarlo por el barrio, las jarras de cerveza entraban solas, hasta María y Anne, que también nos acompañó, siguieron nuestro ritmo. Llamé a mis padres, a Alba, a mi primo Mario y hasta a mi abuelo, les conté lo de la nominación al premio, todos se pusieron contentísimos. Alba me dijo que estaba muy orgullosa de mí, mi madre gritó como loca y mi padre dijo que no se me subiera la nominación a la cabeza. Joder, mi padre siempre tan sensato. Aun así, era como que sentía un vacío, me faltaba algo, estuve a punto de hacer otra llamada, pero no sabría qué decir, tenía tantas ganas de hablar con ella, de decirle que ya estaba, que había conseguido su objetivo, mi carrera está despegando, el proyecto ha sido un éxito y el trabajo está bien hecho, pero después de nueve meses no sabría ni cómo empezar. Prefiero hablar con ella cara a cara cuando nos veamos en Milán.

Así que me intenté comunicar con ella como lo había hecho desde fin de año, a través de las fotos, cambié mi foto de perfil con la esperanza de que ella la viera. Puse una foto de la fachada del hotel de hoy, que hice al salir de la inauguración, se ve el cartel del hotel y con el editor he puesto: un día menos.

Ojalá entienda que estoy contando las horas para volver a verla.

Cuando los niños dejan el plato tan brillante que casi no hace falta que lo meta en el lavavajillas, quiere decir que la comida les ha encantado. Hoy por ser sábado, y tener todo el tiempo del mundo para dedicárselo a ellos, les he hecho lasaña, su plato preferido. Bueno, a los dos les gusta un montón, pero Teo a veces prefiere arroz con pollo, así que hoy le di en el gusto a Gael, gesto que ha agradecido haciéndome mucho la pelota y dándome mimos. Sí, mimos, yo también he alucinado un poco con su efusividad. Pero que conste que me ha encantado tenerle tan cerca.

Este fin de semana están conmigo y, aunque siguen diciendo que este apartamento es una mierda, cuando vienen están contentos. Se puede decir que yo tampoco estoy muy entusiasmada, pero es muy práctico y al menos no tengo ataques de ansiedad cuando entro por la puerta, y eso ya es un gran paso. Poco a poco me he hecho a la idea de que Axel no va a volver a mi vida y acepto con tranquilidad esta nueva etapa, siendo adulta. La vida viene así, pues así la tendré que vivir.

—¿Qué película vemos? —pregunta Gael mientras nos sentamos en el sofá los tres.

—Una que no sea triste —les digo mientras me acurruco entre los dos.

—Venga, pues vemos *Fast and Furious 8*, que no la hemos visto.

Cuando la película está a punto de comenzar, suena el timbre de abajo.

—Joder, ¿quién será? —digo mientras me levanto a abrir—. ¿Sí? Vale, abro.

—¿Quién es? —pregunta Teo.

—Julia.

Abro la puerta de casa y ahí está Julia, con un montón de bolsas de ropa en la mano y Claudio detrás ayudándola con más.

—Joder, ¿has fundido la tarjeta? —le pregunto descojonándome.

—¡Qué va!, son cuatro cosas.

—¿Qué es eso, *Fast and Furious 8*? —pregunta Claudio a los niños cuando entra al salón.

—Sí, venga, siéntate con ellos y yo voy a mi cuarto con tu chorba a ver cómo le quedan los modelitos.

Julia y yo nos metemos en mi habitación, tira todas las bolsas encima de mi cama y cierra la puerta. Su cara es de circunstancias, no la brillan los ojos como le suelen brillar después de gastar un dineral en trapitos. Algo le pasa.

—¿Qué te pasa? Es raro que te presentes aquí a estas horas y sin avisar.

—Joder, ¿qué eres, Lía la pitonisa? —me dice resuelta.

—Anda, suéltalo, ¿qué te pasa?

—No me jodas que en esta microcasa solo hay un baño —me dice mientras saca una caja pequeña de una de las bolsas junto con un vestido negro.

—¡Hostias!, ¿eso es una prueba de embarazo? —exclamé alzando un poco la voz.

—¡Joder!, quieres dejar de gritar, te va a oír Claudio y le va a dar un infarto.

—Venga, guarri, tienes 38 años, tampoco veo el drama.

—No seas capulla. ¿Cuándo me has oído a mí decir que quiero ser madre?

Para ser sinceros nunca, nunca he oído a Julia decir que quiere tener hijos. Es más, siempre he oído que regañaba a la hermana por haberse vuelto loca y haber tenido tres con su marido, para ella los hijos cortan las alas y ella siempre ha tenido muy claro que no quiere dejar de volar nunca.

—Vamos a tranquilizarnos —le digo susurrando—. Lo siento, pero no queda otra que vayamos a

echar una meadita al baño, tú vete y me esperas, que ahora voy yo.

—Sí, claro, y en ese sitio tan minúsculo las dos metidas igual nos da una lipotimia.

—Venga, no seas idiota, vete y en dos minutos entro yo, como si te estuviese enseñando algo de maquillaje, estos están con la peli y no se enteran.

—¡Me cagüen la puta!, esto me pasa por follar sin control, seguro que algún día se me ha olvidado tomar la mierda de la píldora.

—¡Claro!, con tanto ajeteo, haberlo pensado antes y haberte puesto el implante anticonceptivo, así no estás pendiente de que se te olvide.

—No me puede estar pasando esto a mí. Joder, joder, joder, ¿Y si estoy preñada?

—Anda, que será solo un retraso, ¿quieres ir al baño y mear en la prueba antes de ponerte en lo peor? Además, con 38 tacos un niño te vendría fenomenal para sentar la cabeza —le dije con sorna.

Resoplando entró en el baño y en un par de minutos pasé yo, la verdad es que las dos ahí metidas parecíamos unas adolescentes, tenía algo de razón, el baño es diminuto.

Julia no quería ni mirar la prueba que estaba apoyada en la encimera del lavabo. Tenía las manos tapándose la cara. Yo estaba de pie apoyada en la puerta. Esperamos unos minutos más y por fin estaba el resultado.

—Dímelo tú, no puedo ni mirar.

—¡Joder! —es lo único que dije.

—Mierda, mierda, no voy a volver a follar en mi vida —dijo Julia levantando la mirada.

Mi cara de descojono la hizo palidecer.

—Es negativo, zorri.

—Me *cagüen* tu puta madre y la de todos tus antepasados. Serás cerda. Casi me quedo sin respiración —me gritó mientras me daba golpes con la mano en mi brazo.

Salimos aguantando la compostura y volvimos a mi habitación. Como ya había recobrado el color, empezó con todo el despliegue de sus modelos nuevos. Después de pasar los peores minutos de su vida, volvió a ser ella misma.

—Lía, ¿qué vas a llevar a la boda?, sabes que queda menos de un mes.

—Uf, ni idea. Cuando lo pienso me pongo nerviosa y no sé si seré capaz de ir.

—Venga, en algún momento tendrás que volver a verle, y qué mejor sitio que Milán, con amor y alcohol de por medio.

—Sí, eso es lo peor, que creo que será una combinación pésima para el reencuentro.

—Mira, he cogido este pensando en ti, traje tu talla y no la mía porque creo que es perfecto para ti.

Cuando vi el vestido me quedé alucinada, era perfecto; como la boda era de día, era corto, pero muy entallado y por debajo de la rodilla, en color coral con un hombro al descubierto y una lazada grande que cae por la falda en la parte delantera.

—Es precioso pero muy entallado, ¿no?

—A ti te queda muy bien esa forma de falda tan pegada a tus caderas, pruébate.

Me gustó tanto que al final le hice caso. Cuando me vi con él puesto, supe que ese era mi vestido, un hormigueo empezó a recorrerme el estómago, ese día será el día en que le vuelva a ver y, aunque me sienta guapa y atractiva con este vestido, sé que en cuanto note su presencia me temblarán las piernas.

—Te queda tan bien que te le voy a regalar yo —me dijo Julia, resuelta.

Ella se probó el resto de cosas y creo que encontró su modelo perfecto, un vestido negro ceñido con un hombro al descubierto también que marca todas sus curvas haciéndola aún más sexi. Después del susto y de los pases de modelos, nos fuimos hasta la terraza con un par de cervezas. Los niños,

entre los que incluyo a Claudio, habían empezado a jugar unas partidas a la videoconsola.

—La terraza de este cuchitril mola —me dijo Julia mientras bebía a morro de su cerveza.

—Joder, menos mal que algo bueno tiene —le dije dando yo un trago también.

Me preguntó si Axel seguía poniendo fotos en el *whatsapp* de los dos y le dije que sí, le conté que hace días puso la del hotel de Berlín terminado y encima había añadido el texto “un día menos...”. Ayer ya tenía puesto el baño de la casa de sus padres en París.

—Joder, eso es una declaración de intenciones.

—¿Tú crees?, yo pienso que solo está jugando un rato, yo ahora estoy muy tranquila y no voy a entrar en su juego.

—Venga, Lía, no me digas que te conformas con tirarte a Jorge una vez al mes. Porque ¿no te lo estarás tirando más a menudo, no? —me preguntó expectante.

—No, solo han sido un par de veces y la de Nochevieja, ya te lo he dicho, no necesito más. No sé qué tienes en contra de Jorge, es un buen tío.

—Sí, ya, yo no digo que sea malo, solo que no te gusta.

Sonó el timbre otra vez, no sé qué coño pasa hoy en mi casa, parece una posada.

Me fui a abrir y para mi sorpresa eran Jorge y Pablo, supuestamente Teo les había dicho que viniesen que iban a echar unas partidas a la Play. Pablo se fue directamente al salón y Jorge me dio un beso en la mejilla acompañado de un sutil toque de su mano en el final de mi espalda. Le di una cerveza y salió a terraza. La cara de la capulla de Julia fue un poema, casi la vi como ponía los ojos en blanco. No sé por qué le tiene tanto asco. Se saludaron cordialmente y decidió entrar a buscar a Claudio e irse a su casa.

Cuando la despedí en la puerta, tuvo que dejarme su perlita.

—Puedes follártelo hoy también; pero no te engañes, no brillarás mañana —me dijo muy bajito al oído.

—Recuerda que has dicho que no vas a volver a follar en tu vida —y yo se lo dije a un tono de voz normal, para que Claudio lo oyese. Soy cabrona, lo sé.

—¿Eh? —preguntó Claudio con asombro. ¿Qué significa eso?

—Feliz tarde, chicos —les dije mientras guiñaba a Julia un ojo y cerraba la puerta, ella se iba cagando en todos mis muertos cuando bajaba por las escaleras.

Vaya, vaya, pues sí que había cundido mi sábado.

AXEL

Hace un par de semanas que ya estamos instalados en París. Los alquileres aquí son carísimos, así que, como mi abuelo está en Argentina con mi tío y no va a regresar de momento, hemos decidido que lo mejor es vivir en su piso y que Juan nos ingrese con la nómina lo que teníamos asignado para el alquiler. A María y a Rubén también les ha parecido la mejor opción, porque además ellos están intentando ahorrar lo suficiente como para intentar comprar un piso en Santander; por lo tanto, todos contentos.

Volver a vivir en París me está costando un poco, ya no me acordaba de que aquí todo es grande, las distancias, los edificios, el tiempo que gastas en el transporte, la contaminación, el trasiego de gente. Después de haber vivido en una ciudad pequeña como Santander, ahora solo veo inconvenientes a las ciudades grandes, no sé si será porque la ciudad me gustó mucho o por quien habita en ella.

Rubén y María se están haciendo también poco a poco a vivir aquí. María sobre todo se fue de Berlín muy triste, allí tenía su círculo de amistades y se había adaptado muy bien a la vida del barrio. Despedirse de Anne fue duro, la última noche hice cena en casa para los cuatro y pasamos toda la noche contando cosas divertidas que nos habían ocurrido juntos. Anne ha prometido que vendrá a verla aquí o si no a España cuando regresemos. Esa noche yo también me despedí de ella, después de la cena y el vino me puse algo tonto, Rubén y María se fueron a la cama y nos dejaron solos. Yo llevaba un montón de tiempo sin follar y Anne me miraba como un conejillo asustado. Total, que pensé que en el fondo ella se había portado muy bien con nosotros y que no pasaba nada si le cambiaba el recuerdo de nuestro primer polvo borrachos por otro algo más agradable. Así que la llevé a mi habitación, nos desnudamos y sin mucha ceremonia follamos, esta vez mirándonos frente a frente. Fue una cosa rápida porque a mí tampoco me excitaba tanto como para recrearme, reconozco que no es fea y que cualquier tío estaría encantado de hacerlo con ella. No fue el polvo de mi vida, pero ella quedó satisfecha con lo que le di. Después, en vez de salir huyendo nos quedamos despiertos, tumbados encima de la cama y le hablé de Lía. Sí, lo sé, pensaréis que soy un hijo puta y un idiota, pero la verdad es que Anne es inteligente y me imagino que María ya le habría puesto al corriente de mi última relación, así que como dos amigos más le conté mis penas y ella sin dramas me escuchó. Casi al amanecer se fue a su casa y después de todo yo me he ido de Berlín con la sensación de haber hecho las cosas bien.

María ha instalado su despacho en la biblioteca, es lo que tiene estar en un piso tan grande, hay espacio para todo, aunque para ser sincero echamos en falta nuestro piso de Berlín, siempre le dimos un aire muy nuestro y estábamos bien allí, en este si nos lo proponemos ni nos vemos.

Mi madre me ha dicho que por qué no me quedo en mi antigua habitación con ellos, pero yo le he dicho que prefiero seguir conviviendo con Rubén y María, para que no estén tan solos en el piso de abajo y porque, aunque quiero mucho a mis padres, después de haber estado tanto tiempo viviendo sin ellos me cuesta hacerme a la idea de tener que compartir rutinas juntos otra vez. Sin mencionar que la última vez que dormí en mi habitación Lía estaba conmigo y que, si entro al baño y miro la bañera, se me encoge el corazón recordando cómo se corrió entre mis dedos.

El hotel que nos han encargado es mucho más pequeño que el de Berlín, por consiguiente nos

llevará menos tiempo. Rubén dice que cuando acabemos quiere volver a Santander y que si Juan no le renueva el contrato intentará ponerse por su cuenta o buscar otra cosa, se nota que echa en falta estar en su ciudad. Yo no quiero pensar más allá, me conformo con terminar este proyecto y ya veré que pasa después.

En lo único que puedo pensar ahora es que en unos días voy a volver a verla, a ELLA. Lo demás poco me importa.

Hoy nos hemos puesto de gala porque mi padre nos ha invitado a una cena en la Embajada. María y Rubén están emocionadísimos porque nunca han asistido a un evento de esta magnitud. La cena es con empresarios españoles afincados en París, vamos, que tiene pinta de ser un auténtico coñazo, pero hace tanto que no salimos que hemos decidido aceptar, aunque solo sea por comer y beber.

—Joder, estás espectacular —le digo a María cuando la veo en el salón con un vestido largo negro.

—Muchas gracias, Penas —dice mientras me guiña un ojo.

—¿Y yo? ¿No hay piropo para mí? —pregunta Rubén.

—Sí, claro, tú estás como un príncipe, ¡guapo! —le digo mientras me acerco y le intento besar en los labios.

—Joder, quita, julandrón. Qué buen humor tienes hoy, Penas —me dice burlón.

—Ya sabes, un día menos... —le digo poniendo morritos.

—Vale, dejad de hacer el tonto y vámonos —nos riñe María.

La embajada está muy cerca de casa, así que no tardamos en llegar, damos nuestros nombres a los de seguridad y pasamos por la entrada. María se queda embobada admirando todo. Mis padres en cuanto nos ven se acercan y nos presentan a varios miembros del cuerpo diplomático, mi madre se lleva a María para enseñarle todos los entresijos y Rubén y yo nos acercamos a una camarera para que nos traiga unas copas de vino.

—Por nosotros —brindo con Rubén.

—Y por un día menos —me dice Rubén sonriendo.

Después de que volví de la isla, Rubén y yo nos pusimos al día de todo, le conté toda mi historia con Lía. Bueno, él ya sabía a grandes rasgos lo que habíamos vivido; pero lo que le faltaba de conocer eran los detalles de nuestra ruptura, en todo este tiempo no había sido capaz de contarle lo mal que terminamos. Le hablé del punto en el que me encontraba yo ahora respecto a ella, de que necesitaba recuperarla, de cómo estaba intentado comunicarme a través de las fotos. En principio me dijo que era gilipollas por no coger el teléfono y llamarla de una puta vez, pero después entendió que quisiera terminar el trabajo y esperar a volver a verla cara a cara. Aun así, me sigue echando broncas cuando me ve meditabundo y por supuesto siempre seré el Penas para él; pero con cariño, claro.

Cuando íbamos por la tercera copa de vino, sonó mi móvil.

—¿Sí? Sí, dime, Juan, te escucho. Vale, está bien, muchas gracias. Perfecto. —Mi madre y María preguntaron cuando colgué:

—¿Quién era y qué te ha dicho? ¡Menuda cara tienes!

—El premio, he ganado el premio —acerté a decir.

—Joder, dame un abrazo. —Rubén dejó su copa y se abalanzó sobre mí. Mi madre llamó a mi padre a gritos consiguiendo que todos los invitados nos miraran y María se subió encima de mi olvidándose de que llevaba un vestido que le impedía separar las piernas. Brindamos, pedimos más vino, más canapés y más de todo. No me lo podía creer, pero era verdad, mi trabajo había sido premiado, era una auténtica locura. Salí un poco a la calle solo a respirar y a llamar a Alba, ella también se merecía conocer la noticia.

—Hermanita —le dije cuando descolgó.

—¡Uy! Qué contento estás, ¿qué ha pasado?

—Nada, solo que he ganado el premio “Joven talento de la arquitectura 2017” por el hotel de Berlín.

—¡Joderrrr! —su grito debió de dejar sordos a todos los que se encontraran a diez km a la redonda—. Cómo me alegro, ¿y cuándo lo recoges?

—Pues ahí está lo divertido, el día antes de tu boda.

—Coño, pues hazlo como quieras, pero el día 2 tienes que estar en Milán, no puedes faltar.

—Tranquila, mañana mismo organizo todo para que no haya problemas. Bueno, te dejo que vuelvo a entrar a la fiesta. Hoy me voy a emborrachar.

—Está bien *bro*, pero no hagas tonterías y acabes metiéndola donde no debes.

—No te preocupes, ahora mismo solo tengo un objetivo y estará en Milán en unos días.

—¡Joder!, solo espero que no me arruines la boda —me dijo cautelosa.

—Descansa, hermanita, pronto nos vemos.

Volví a entrar en la Embajada y seguimos disfrutando de la noche, la verdad es que no es que hubiera mucha alegría en una reunión de este tipo, pero nosotros estábamos pletóricos y si los demás nos miraban raro por cómo nos comportábamos, ya estaba mi madre sacando su orgullo a pasear y contando a diestro y siniestro que su hijo acababa de ganar un premio.

La velada se alargó en casa porque de la Embajada nos echaron enseguida. Los tres nos mamamos como piojos con el alcohol que encontramos en el mueble bar del piso de mi abuelo. Risas, pullas y mucha euforia es lo que mejor describe el fin de fiesta. Mañana la cabeza nos estallará, pero hoy hay que celebrarlo.

Antes de dormirme, eché un vistazo a su foto de perfil, estaba apoyada en una valla de un campo de fútbol. Estaba muy guapa con el pelo suelto y sonriendo. ¿Quién le habrá hecho la foto? ¡Uf!, creo que será mejor que duerma la mona y deje de pensar en lo peor, el alcohol no es buen consejero en estos casos.

Milán, Milán, Milán... es lo único que me repetía, como si estuviese contando ovejitas.

La azafata rubia de la compañía Ryanair nos anuncia que en menos de treinta minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Bérgamo en Milán, aproximadamente a las 14.30 de este jueves 31 de mayo.

Lucas ha dicho que estará allí para recogernos y directamente nos llevará al Castello di Marne, que es donde el sábado se casará con Alba, después de año y medio de relación más o menos.

Ayer, mientras yo estaba súper nerviosa haciendo mi maleta, intentando no olvidarme de nada y preparándome mentalmente para reencontrarme con Axel. Julia y Claudio en la Villa del Amor estaban teniendo su primera discusión seria. Desde que Julia salió de mi casa aquel sábado después de haberse llevado un pequeño susto con su posible embarazo, había estado algo más distante con Claudio, sobre todo a la hora de dormir juntos, y eso que hasta ese día casi compartían cama a diario, es como si del susto hubiera querido poner distancia entre los dos por lo que pudiera pasar. Él estaba harto de preguntar que le pasaba y nunca obtener respuesta, así que explotó.

—O me dices qué coño te pasa o no voy a Milán —dijo muy serio.

—Joder, Claudio, no me pasa nada —dijo ella secamente.

—Está bien, no soy gilipollas, cuando te apetezca hablar de lo que te preocupa me llamas, mientras tanto me voy.

Cuando ella vio que recogía sus cosas e iba a salir por la puerta, le detuvo y por fin consiguió sacar todo lo que llevaba dentro. Le habló del retraso y de cómo pensó que podía estar embarazada, le dijo que se asustó porque ella no quiere tener hijos y era un tema que ni tan siquiera han hablado y qué no tiene ni idea si se habla de esos temas tan serios cuando llevan una relación tan corta como la de ellos. Claudio abrió mucho los ojos y se enfadó más con ella; por no confiar en él y no haberle dicho lo del test de embarazo, porque no tenía ni idea de que fuera un trauma para ella quedarse embarazada a los 38 años y porque apartándole de ella solo había conseguido hacerle dudar.

Menos mal que ambos estuvieron de acuerdo en que la conversación sobre la paternidad podía esperar, debido al poco tiempo que llevan juntos y que nunca más le va a ocultar nada de lo que le pase. Parece ser que la atmósfera en la Villa del Amor volvió a ser la misma y ayer mismo follaron como locos para dejar claro que, por mucho miedo que se pueda tener a lo que no se conoce, juntos lo podrán afrontar mejor. La descripción de los polvos me la ha contado esta misma mañana en el aeropuerto.

En fin, Julia es Julia.

Y aquí estamos los tres, a punto de aterrizar, ellos con cara de gilipollas enamorados otra vez, con sonrisa de idiotas incluida y yo con un mar de dudas rondando mi cabeza. ¿Cómo reaccionaré al verle? ¿Cómo reaccionará él?... Joder, lo mejor será prepararme para cualquier cosa.

Lucas nos recibió en el aeropuerto, al final en el mismo vuelo también iba su hermano, su cuñada, su sobrino y su mejor amigo Luis, así que trajo una furgoneta para llevarnos a todos. Le noté algo serio, me imagino que sea por los nervios. Nos saludamos todos y le dimos unos cuantos achuchones, estoy muy contenta por él. Tardamos muy poco en llegar al destino, el Castello es impresionante, una casa antigua que combina a la perfección pequeños rincones románticos con grandes jardines de ensueño. Han reservado toda la propiedad hasta el domingo y así todos los invitados nos podemos alojar juntos y no necesitamos movernos.

Los padres de Alba y su familia llegarán a la tarde, nos informa Lucas. Ya sabemos que él no tiene

a nadie más que a su hermano, así que por su parte solo hemos venido nosotros desde Santander. Nos cuenta que no seremos muchos invitados y que dan muy buen tiempo, por lo que se podrá hacer la ceremonia y el banquete en el exterior. Suspira aliviado porque dice que se está volviendo loco con los preparativos.

—Quiero que salga todo perfecto —apunta nervioso.

Nos dan las habitaciones. Julia y Claudio se alojan en una habitación enorme al lado de la mía, que como es individual es un poco más pequeña, no sé si ha sido buena idea escoger esta, no quiero estar toda la noche escuchando como fornican estos dos, ahora que supuestamente han aclarado todas sus dudas. Pero tampoco quiero marear a Lucas con tonterías. Saco la ropa de mi maleta y coloco el vestido para la boda. Sigo pensando que es muy ceñido. Confío en no reventarlo.

Durante la comida sigo viendo a Lucas algo alicaído, sé que está nervioso, pero creo que le preocupa algo más. Aprovecho que todos se retiran a descansar un rato después de comer y le digo a Lucas que me acompañe a dar un paseo por el inmenso jardín.

Le abrazo y le beso en la mejilla de nuevo.

—¿Qué está pensando esa cabecita?

—Joder, Lía, qué bien me conoces. No sé, estoy algo nervioso.

—Claro que te conozco, y no tienes por qué preocuparte. Vas a ser muy feliz.

—No sé, joder, yo ya me casé y mira qué mal salió, es mi segunda vez y suelen decir que segundas partes no son buenas.

—Claro, coño, segunda parte con la misma mujer, pero Alba no tiene nada que ver con la Puti Rubia. —Lucas se partió de risa con la definición de su ex y creo que alivió un poco su tensión.

—Quizás por eso tenga más miedo. ¿Has visto a Alba? Es una mujer lista, guapa, preparada, cosmopolita, ¿cómo se ha fijado en un paleta como yo?

—Deja de decir gilipolleces, tú y yo somos de ciudad pequeña, pero sabemos estar y disfrutar de cualquier sitio. ¿No has pensado que eso es lo que más le puede gustar de ti? Eres un chico humilde y sencillo, que no desentona en ningún sitio. Guapo, fuerte, trabajador e inteligente...

Lucas se volvió a descojonar y me interrumpió.

—Para, por favor, te estás pasando.

—Venga, no seas modesto, eres un partidazo. Por cierto, y tu futura esposa ¿dónde está?

—Ese es otro tema que me tiene loco, se ha ido a Roma de despedida, parece ser que es tradición entre sus amigas secuestrar a la novia y devolverla el día antes de la boda. Joder, Lía, no tienes ni idea de cómo son sus amigas.

—Tranquilo, me lo puedo imaginar, modelos, compañeras de trabajo todas feas y sin glamur, ¿no?

—¡Joder!, Lía, ¿y si esto es un error? Tú ya sabes que Alba es bisexual o lo era o yo qué cojones sé, no tengo ni idea de si eso se pasa o sigues viviendo así toda la vida, solo pienso que tengo que preocuparme por partida doble, por los tíos que se le acerquen y también por las tías. No sé si sabré llevarlo bien.

Abracé a Lucas otra vez, estaba casi temblando, nunca le había visto así de preocupado.

—Vamos a ver, Alba te ha escogido a ti, y si ha querido dar este paso es porque sabe qué es lo que quiere y lo que necesita. La sexualidad no tiene nada que ver, ella quiere compartir su vida contigo y en su camino se cruzarán tíos y tías, pero no tiene por qué dejar de quererte a ti. Yo no soy bisexual y si veo una mujer guapa también me fijo, porque todos tenemos ojos en la cara. Una cosa es mirar y otra que quiera estar entre sus brazos. Alba te ha elegido a ti para siempre. No dudes de eso.

—Gracias por tus palabras, de verdad que me encanta que estés aquí. Es más, pensaba pedirte esta noche que seas mi madrina y esperes conmigo en la pérgola a que llegue Alba el sábado. Ya sabes

que es una ceremonia civil y no hace falta tanto protocolo, pero quiero tenerte a mi lado.

Me quedo sin palabras, menuda petición. Es tan bueno mi grandullón que no puedo negarme.

—Y tu cuñada, ¿no se sentirá ofendida?, al fin y al cabo es la familia más cercana que tienes aquí —le digo preocupada.

—No, tranquila, ella ya sabe que te lo iba a decir a ti, tú eres mi amiga, la familia que se elige y no podría confiar en nadie más para dar este paso. —Nos volvemos a abrazar y a besar de nuevo, parece que estamos los dos necesitados de cariño esta tarde. Recorremos el resto de los jardines y creo que Lucas empieza a relajarse un poco. Por supuesto me pregunta cómo me siento ante el reencuentro con Axel, yo me escaqueo de su pregunta alegando que el “prota” este fin de semana es él.

—Sabes que ha ganado el premio a joven talento de la arquitectura 2017, ¿no? Está en Venecia y mañana recoge el premio, espero que llegue antes de la boda.

—Sí, lo sé —digo escuetamente. No me apetecía decirle a Lucas que lo sabía porque días atrás en su foto de perfil había puesto la resolución del premio y en pequeño había escrito una L. Bastante tiene Lucas con sus paranoias de última hora como para preocuparle yo con los mensajitos subliminales de Don Ofendido.

Debe de notar que la conversación me cambia el gesto de la cara, porque no insiste más.

Cuando regresamos al Castillo después de nuestra charla, están llegando los padres de Alba, el abuelo y el tío con sus hijos. Trago con dificultad al encontrarme con toda la familia de Axel menos con él.

Saludo a todos. Alma me dice que a ver si tenemos un rato para hablar a solas y Mario me dice un improperio de los suyos, al que evidentemente no presto atención, algo así como sigues estando tremenda, espera a que llegue mi primito...; ya se sabe, cosas de “Macho Mario”. Lucas no se separa de mí en ningún momento porque mi cara de acongojada me delata. Me presentaron a los hermanos de Mario, que no tenía el gusto de haberlos visto nunca. Ariel y Ana. Lucas les informa que hoy cenará solo con nosotros en un sitio cercano y que ya nos veríamos el viernes. Alma y Joan insisten en que podemos cenar todos juntos en el Castillo, pero Lucas declina dicha invitación.

—Hoy me apetece estar con mi gente, espero que no os moleste —les dice amablemente mientras me pasa el brazo por el hombro.

—Para nada, tranquilo— contesta el matrimonio.

Subimos las escaleras y Lucas me dice que avise a los tortolitos, que a las nueve todos abajo para ir a cenar.

—Perfecto, yo me encargo.

Joder, primer día en Milán y está siendo todo muy intenso. No quiero ni imaginarme cómo serán los dos días siguientes.

Antes de entrar en mi habitación a darme una ducha y cambiarme de ropa, llamé a la puerta de la habitación de Julia, menos mal que no los pillé empujando. Claudio se estaba duchando y yo me tiré en la cama un rato con mi amiga. Necesitaba contarle todo lo que me había pasado, para que ella con su elocuencia me calmara.

—Respira, zorri, lo mejor está por llegar —me dijo mientras me agarraba la mano.

Si ella lo creía así, yo no podía hacer otra cosa que asentir, aunque sin mucho convencimiento.

Por la mañana Julia, Claudio y yo hemos cogido un coche y nos hemos ido a Milán, ninguno de los tres lo conocía y como estamos más o menos a una hora de camino, no hemos podido resistir la tentación de visitar la ciudad. Todos nos han dicho que la zona donde nos alojamos es más bonita que Milán; aun así, hemos decidido alquilar un coche y ponernos en ruta. Nos ha dado tiempo a hacer un poco de turismo, un poco de *shopping*, cómo no, unas cuantas fotos y listo, visita exprés pero muy divertida. Claudio y yo hemos vacilado a Julia con sus poses para las fotos y ella no ha dudado ni un segundo, nos ha llamado capullos a voz en grito en mitad del Duomo y nos ha sacado el dedo corazón con mucha gracia.

Lucas me ha llamado un par de veces a ver si todo iba bien y también para decirnos que a las nueve tenemos una cena informal con todos los invitados que ya están en el Castillo, para conocernos antes de la boda y porque es una tradición que los novios se mezclen con los invitados la noche antes. Ya me ha empezado a entrar un poco de pánico, no tengo ni idea si Axel ya habrá vuelto de recoger su premio y si esta noche será la noche del reencuentro, pero tengo los nervios a flor de piel.

Después de comer llegamos al Castillo y por fin vemos a Alba, la verdad es que tiene cara de cansada, se nota que la noche anterior ha estado de juerga, pero nada que no arregle un buen corrector y un buen descanso, pienso para mí.

—¡Hola, chicas! —nos saluda cuando salimos del coche.

—¡Hola, guapa!, ¿qué tal lo has pasado ayer? —pregunto guiñándole un ojo.

—Cuenta, cuenta —le dice Julia solícita.

—Os dejo solas, que no quiero tener que contarle a Lucas vuestras maldades.

Claudio se va a la habitación a subir las bolsas y nosotras nos quedamos de charla en un rincón cerca del jardín, sentadas en unos sillones de ratán increíbles.

Alba nos cuenta que sus amigas la habían llevado a Roma y que después de cenar en un restaurante impresionante habían ido a un par de clubes donde todo el mundo de la moda y la farándula italiana va a tomar copas y más cosas..., no lo dijo muy emocionada. Creo que ella ya ha hecho eso muchas veces y quizás esperaba que le hubieran preparado una despedida distinta. Lucas no tiene por qué preocuparse, pensé de nuevo para mí.

Un grupo de chicos pasaron por donde nosotras y saludaron a Alba.

—Hola, chicos, venid que os presento.

Julia y yo nos pusimos de pie para que los chicos no se tuvieran que agachar a darnos dos besos y al quedar a su altura comprobamos que eran gigantes; joder, qué altos son, seguro que son modelos. Julia se quedó embobada, sobre todo mirando con la boca abierta a uno de ellos.

—Estos son Alberto, Javier y Carly. —Les dimos dos besos y Julia consiguió cerrar la boca, aunque solo fuera un momento.

—Eres Javier de Miguel, ¿no? —preguntó con duda.

—Sí, el mismo —contestó él con media sonrisa.

A mí me sonaba el nombre, pero no tenía ni idea de qué, luego le preguntaría a Julia. ¡Ah, ya caigo!, es el modelo del que hablaban Sarita y Carlota en la oficina, cuando me decían que Velencoso ya era mayor. Mañana en la boda me haré una foto con él y se la mandaré a mis nenitas, van a flipar.

Charlaron un poco del viaje y se despidieron hasta la cena. Cuando entraron al Castillo, Alba nos dijo que los tres eran modelos y buenos amigos de ella, de los más normales del mundillo y que en

Madrid siempre salían juntos, así que no podían faltar a su boda.

—Joder, pues están tremendos —soltó Julia—. Creo que hasta me enrollaría con ella si me lo propone.

—Venga, ya se desató la bestia —dije yo poniendo gesto de indignada.

El móvil de Alba sonó y le dijimos que contestase sin problema.

—Hola, ¿estás nervioso?... Me da pena que estés solo ahí... Sí, aquí todo está perfecto... Está bien, tú tranquilo, a la hora que llegues, descansa, no quiero que llegue mañana y estés muerto. ¿Vale? Un beso. Te quiero, Bro.

Y así se despidió, supuse que era Axel y cuando colgó me lo confirmó.

—Era Axel, está recogiendo el premio y si le da tiempo y no pierde el avión llegará de madrugada, así que hasta mañana no le veremos.

Cuando lo dice me mira, ella sabe que hace un año que no nos vemos y que todo el mundo está expectante con el reencuentro. Yo no voy a mentiros, me pone algo nerviosa la idea de volver a verle, pero este fin de semana los protagonistas son Lucas y Alba. Después de todo el tiempo que ha pasado, yo no espero nada de este reencuentro. Es más, mi cabeza me dice que ya no hay nada ni de qué hablar, ahora tendré que esperar a ver cómo reacciona mi corazón cuando le tenga delante.

Para la cena, Julia se puso un mono negro muy bonito, con unas cuñas plateadas que le daban un toque más de fiesta. Yo simplemente me puse una falda de vuelo verde con camiseta básica de tirantes blanca y mis sandalias de tiras. La cena era en un porche trasero en el jardín, por lo que podíamos ir más informales. Nos sentamos todos los invitados, que ya estábamos mezclados con los novios y los familiares. La cena es ligera, con un poco de *antipasti* y unas ensaladas. Javier, el modelo madrileño, está muy simpático contando anécdotas de Alba y contando muchos chistes pésimos; pero de esos que, de malos que son, no puedes evitar reírte.

Julia y Claudio hablan mucho con Carly, que está aprendiendo español y es muy graciosa al intentar explicarse. Miedo me da mi amiga, espero que filtre y mañana en la boda con la sangre llena de alcohol no le proponga un trío junto con Claudio, porque, viendo lo encoñados que están en este momento, se acabará arrepintiéndose. Tomamos un licor después de cenar y todos poco a poco se van retirando. Mañana será un día largo.

—Lía, ¿podemos hablar un momento? —me dice Alma cuando paso por su lado en el salón.

—Sí, dime.

Nos apartamos y entramos en una especie de despacho que había en la planta baja.

—Perdona, Lía, pero antes de que llegue Axel mañana quiero contarte que ya sabe toda la verdad —me dice con serenidad, esa que a mí empieza a faltarme.

—Con toda la verdad, ¿qué quieres decir?, ¿que sabe que me llamaste para contarme lo de Berlín y que le mentí para obligarle a marcharse?

—Bueno, él sabe que efectivamente fui yo la que te lo dijo y que te lo dije jugando la baza de madre. —Me hace un mohín a modo de disculpa.

—Está bien, tranquila. Pensé que no querías que lo supiese nunca —la digo algo molesta.

—Él no era capaz de perdonármelo, así que tuve que confesarle la verdad, para que nuestra relación volviera a ser la de antes.

—De acuerdo, no pasa nada, de todas maneras eso es pasado.

—Bueno, no creo que Axel lo haya olvidado —me dice poniendo cara de circunstancias. Se acerca a mí a darme dos besos, que a mi más bien me sientan como dos puñaladas en el hígado y me despido hasta la mañana siguiente. Ahora más que nunca necesito descansar.

De camino a mi habitación contengo la mala hostia. Joder, él ya sabe que fui una puta mentirosa y

que su madre me contó todo y aun así no ha sido capaz de hablar conmigo, ni tan siquiera preguntarme por qué lo hice. Cada día que pasa entiendo menos a los tíos. Si tan cabreado estaba conmigo, qué menos que coger el teléfono y recriminármelo, ¿no? En cambio, ahora estoy más segura que nunca de que su nota solo decía la verdad. “No hemos sido nada”.

Me desmaquillo y me meto en la cama hecha una mierda, mi cabeza no para de reproducir la conversación anterior. Mención aparte para Alma, claro está, que me hizo jurar que su hijo no podía enterarse de quién me contó lo del trabajo y en cuanto vio que él no cedería le dijo la verdad. Yo también soy madre y me pongo en su lugar, lo primero es la relación con tus hijos, pero eso no quita para que me haya sentado como una patada en los cojones que ella le haya dicho la verdad ahora y no cuando todo sucedió.

Hace un calor de mil demonios en la habitación y no consigo dormirme más de media hora seguida, solo estoy dando vueltas y más vueltas. La conversación con Alma, más los nervios por la boda, están haciendo mella en mí. Mañana no habrá corrector mágico que arregle mi cara de cansada. Encima me duele un montón la cabeza, no sé si de tanto pensar o de la almohada de los cojones. Me levanto y miro mi móvil, son las cuatro de la mañana. ¡Joder, qué calor! Abro la ventana y parece que entra algo de brisa. De mi maleta cojo un *ibuprofeno* y voy al baño a refrescarme la cara y tomarlo. Para mi sorpresa, no hay ni un vaso en toda la estancia, soy malísima para tomar medicamentos, así que no me queda más remedio que salir en mitad de la madrugada, vestida solo con mi pijama de dos piezas de seda blanco, y bajar a la cocina para coger un vaso y tomar la pastilla; si no, la cabeza me reventará. Todo está en silencio, bajo descalza por la gran escalera y llego a la cocina, encuentro un vaso después de trastear por varios armarios y por fin me tomo la pastilla. Doy un gran trago de agua fría de nuevo y con los pelos de loca y medio desnuda vuelvo hacia el salón para llegar hasta las escaleras que me devolverán a la cama. Una tenue luz de una lámpara pequeña alumbraba la estancia y yo llevo los ojos medio cerrados, pero en cuanto salgo de la cocina, y accedo al salón, me doy cuenta de que no estoy sola. La silueta de un chico alto, cargando una maleta negra con la mano derecha y con la mano izquierda apoyada en el principio del pasamanos me lo confirma. No le estoy viendo la cara, pero sé que es ÉL. Mi ÉL.

Estoy segura, esa espalda, su nuca, sus manos, ese olor..., y eso que yo estoy medio zombi. Mierda, hace falta tener mala suerte, Lía. ¿Por qué cojones has tenido que bajar a la cocina ahora? ¿No había otro puto momento para reencontrarte con él? Joder, si pareces medio yonki.

Me rio por dentro de mis propios pensamientos; porque, ironías de la vida, estoy igual, más o menos, que cuando le dije que se fuera de mi casa y de mi vida, pero esta vez sin actuar.

Él debe de notar una presencia porque con un pie ya en la primera escalera se gira de repente.

—¡Joder! ¡Qué susto! —dice al darse la vuelta, de momento sin verme del todo. Está claro que lo que menos piensas al llegar a un Castillo de madrugada es ver deambulando a una zombi en paños menores.

Por fin le veo la cara ¡Hostia!, mi corazón se para en ese momento. Efectivamente es él, Axel, mi Axel, igual de guapo, de alto, de fuerte, la misma cara de niño; aunque os diré que después de un año sin verle, parece algo mayor, será el pelo más peinado o el *smoking* negro que trae puesto, que le queda como un guante, la pajarita está desabrochada y la camisa blanca con los primeros botones abiertos.

Joder, Lía, vuelve.

Vuelve a la vida y di algo, coño, aunque sea grita por la impresión, pero por el amor de Dios, haz que tu cerebro dé órdenes de nuevo y bombee tu corazón. No sé los segundos que pasan, pero nuestros cuerpos y nuestras miradas se quedan paralizadas en el tiempo. Solo él y yo. Solo nosotros.

—Hola, siento haberte asustado —por fin consigo articular palabra y comenzar a moverme hacia la escalera. No quería mirarle más, no podía.

—Tranquila, es solo que no esperaba que a estas horas rondara nadie por aquí —dice frunciendo un poco el ceño después de haberme reconocido, su mirada se detiene unos instantes en mi escote.

Acorto un poco más la distancia que nos separa y comienzo a subir, acelerando el paso. Cuando estoy casi a su lado, suelta la maleta y me agarra de la muñeca, fuerte. Joder, qué puta electricidad me recorre el cuerpo entero, una corriente eléctrica que me atraviesa en canal, desde los dedos de los pies, subiendo por mi columna vertebral hasta llegarme a la cabeza. Como si quemara, aparto mi mano de la suya, como un acto reflejo.

—Lía —me dice con esa voz que me hace vibrar.

—Buenas noches, Axel —consigo decir al soltarme de su mano. Subo los escalones de dos en dos y me meto en mi habitación a la velocidad de la luz. Me imagino que él se habrá quedado en mitad de la escalera recogiendo su maleta.

Yo, una vez dentro de la cama, lo que me quedo es recogiendo todos los sentimientos que me ha provocado nuestro encuentro.

Puto Axel, no necesita hacer ni decir casi nada para que me tiemblen las piernas de nuevo.

La luz entra por la ventana de la habitación, con tanto ajeteo nocturno al final dejé la ventana y la contraventana sin cerrar anoche. No sé qué hora es, pero me imagino que bastante pronto. Joder, no he dormido casi nada. Antes de que sea capaz de levantarme, llaman a la puerta. Me cago en todo, espero que no sea Axel, bastante recuerdo bonito tengo yo de anoche como para que me vea ahora con estas pintas.

—¡Abre, zorri!, ¿o todavía estás dormida?

—Joder, Julia, qué madrugadora.

Me levanto y abro la puerta, ella ya viene recién duchada.

—¡Qué careto tienes, Lía! —me dice sorprendida.

—Gracias, tú sí que sabes cómo animarme.

—Ni te has duchado. Venga, rápido, que son las diez de la mañana y a las once y media tienes que estar abajo con Lucas.

Joder, es verdad que habíamos quedado que nos maquillaríamos la una a la otra. No me acordaba. Ella ya está tan preparada y yo ni me he metido al baño aún. Sin perder más tiempo me voy a la ducha, ella se sienta en el borde de mi cama y con la puerta del baño abierta le voy contando mis andanzas nocturnas y mi reencuentro.

— Esas ojeras te las quito yo con mi corrector mágico. No sufras. Y por lo demás, solo deja que fluya.

Joder con mi Julia. Ella siempre viendo todo en positivo, nunca negativo.

La ducha me sienta bien, me pongo mi kimono de seda negro y me seco el pelo lo primero. Julia mientras me va preguntado cómo he visto a Axel y lo bien que lo pasó anoche cenando con tanto tío bueno alrededor.

La maquillo a ella primero, queda guapísima, tiene una cara muy agradecida. No me excedo mucho, además es una ceremonia de día, no hace falta ir como una puerta, solo le doy un toque natural. Ella hace lo mismo conmigo, desde los 18 siempre nos ha gustado maquillarnos la una a la otra cuando tenemos alguna fiesta o evento; por lo tanto, sabemos lo que mejor nos sienta a las dos y es nuestro pequeño ritual.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta antes de volver a su habitación a ponerse el vestido.

—Bueno, un poco. Voy a acompañar a Lucas como si fuese su madrina, me da un poco de vergüenza ser el centro de atención.

—Bueno, tranquila. Lucas no se merece estar solo en estos momentos. Es un gran tipo.

— Lo sé, por eso he aceptado.

Cuando Julia sale rumbo a su habitación, me asomo un poco a la ventana, necesito respirar un poco de la brisa matutina y centrarme. Está bien, Lía, es por tu amigo. Hoy tú no eres el centro de atención, solo se fijarán en los novios. Después de un par de respiraciones profundas más, decido que tengo que ponerme el vestido o voy a llegar más tarde que la novia.

El vestido coral que me regaló Julia me queda como un guante, aunque muy pegado al cuerpo, no sé si podré sentarme a comer y no reventar las costuras. ¡Uf!, tenía que haber traído otro modelito, como plan b, pero la verdad es que este es impresionante y me queda perfectamente acoplado a mis curvas, intentaré lucirlo. El pelo me lo he peinado suelto, con mis ondas naturales y hacia un lado. Los taconazos a juego con el vestido me dan una perspectiva distinta. Estoy alta y decidida, bajaré

con paso firme e intentaré controlar mis nervios.

“Es solo un día, Lía, mañana volverás a casa a tu zona de confort”, me digo a mí misma mientras respiro un par de veces más, parece que el aire no quiere llegar a mis pulmones.

Al final de la escalera, en el salón, está Lucas. Cuando me ve bajar, se emociona como un tonto. Por allí ya está su hermano y el resto de la familia junto a Claudio y Julia, los mamones de ellos silban como dos adolescentes salidos al verme llegar.

—Estás preciosa, Lía, no podría tener mejor madrina —me dice Lucas tendiéndome la mano al llegar al último escalón.

—Tú sí que estás guapo, amigo mío.

Y lo digo de verdad, porque está increíble, lleva un traje negro, con camisa blanca, y pajarita blanca y negra con líneas geométricas. Le queda pegado al cuerpo, marcando su ancha espalda. En la solapa lleva una pequeña rosa blanca que le da un toque muy romántico. Realmente está guapísimo.

Julia, con su vestido negro ceñido, está cañón, y qué voy a decir de Chingatore, con un traje azul y camisa blanca, sin corbata ni pajarita; como único toque lleva unos tirantes azules, con lunares blancos, todo glamur, no podía ser menos tratándose de él.

En el salón hay un continuo trasiego de gente y yo no sé dónde mirar, por cualquier rincón puede aparecer Axel de nuevo y no quiero que me fallen las piernas subidas a estos taconazos. Como casi es la hora, salimos por la puerta de cristal hasta el jardín, donde está colocada la pérgola blanca para la ceremonia.

En el jardín ya empieza la gente a coger sitio y enseguida veo a la familia de Alba. Mario está sentado junto a sus hermanos, me guiña un ojo en cuanto me ve. Con todos colocados en las sillas, veo llegar a Axel del brazo de su madre.

Joder, tengo que desviar la mirada a mis pies y juntar mucho mis muslos. ¡Hostia, Lía!, que estás aquí para acompañar a tu amigo, no creo que sea el momento de sentir esos pinchazos en el centro de tu andar. Puto Axel y puto traje. Si dije hace unos instantes que Lucas está guapo, con Axel me quedo sin calificativos, está perfecto, jodidamente perfecto. Ni corbata, ni pajarita, solo una camisa, su traje azul oscuro y su cuerpo debajo. Sin filtros, solo ÉL.

Alma se acerca a darnos dos besos, primero a mí y después uno a Lucas. A la vez que le besa, le susurra algo que no puedo escuchar, porque Axel decide que es el momento de darme dos besos a mí también. Joder, casi me mareo al sentirle tan cerca, su colonia Agua Fresca, mezclada con su propio olor, tan característico, convierte mis piernas en gelatina. Axel huele a limpio y a salitre, aunque no haya estado en el mar. ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? Aunque me quedo algo rígida, el muy cabrón pega su mano al final de mi espalda, como acompañamiento a los besos y allí, delante de todo el mundo, solo puedo fingir una medio sonrisa. Cuando pasa a saludar a Lucas con un fuerte abrazo, miro a Julia y a Claudio, los capullos de mierda están aguantándose las carcajadas, ya me vengaré luego, ¡idiotas!

Comenzó a sonar “You are my love” de Jamiroquai, me gustó que no eligieran la típica canción moñas. Todos los invitados se pusieron de pie para recibir a la novia. Venía preciosa, con un vestido en color blanco de estilo muy *hippie*, no esperaba menos de ella, tenía mucha caída y como único adorno en el pelo llevaba una corona de rosas blancas, como la que lleva Lucas en la solapa. Su padre lucía muy orgulloso de su brazo también. Se les ve felices.

Sin esperar ni un segundo más, se dieron un beso casto en los labios, que levantó los “ohhh”, del público asistente.

La ceremonia fue preciosa, la ofició un alcalde de un pueblo cercano, que era el novio de un compañero de Alba del trabajo; o sea, todo entre amigos. Al ser una ceremonia civil, no duró

demasiado y cuando los novios tuvieron que jurarse amor eterno se emocionaron tanto que lloraron. Yo aguanté a duras penas la emoción, pero no quería que se me corriese el rímel y parecer un oso panda el resto del día. Ni mucho menos me giré a mirar a los invitados, Axel estaba en primera fila y no quería cruzar mi mirada con la suya. Muchos besos, abrazos y aplausos para terminar la ceremonia y acto seguido los novios se fueron a hacer unas fotos por el jardín, mientras todos los invitados empezamos a dispersarnos entre los camareros que comenzaron a traer las primeras bebidas.

Julia y Claudio saludaron a Axel muy efusivamente y yo mientras por el rabillo del ojo controlaba la distancia que nos separaba, no estaba preparada para tenerle cerca.

Por suerte Javier, el amigo de Alba, se acercó a hablar conmigo; fue un alivio, porque estos primeros minutos después de la ceremonia estaba un poco nerviosa.

Después de unos entrantes, nos sentamos a comer, había solo una mesa larguísima en el jardín, que estaba muy bonita vestida. Me gustó que todos nos sentáramos juntos, como en las bodas de antes. Era más bien como una comida familiar, la estampa parecía sacada de esas películas italianas, donde en torno a la mesa se sienta la gran familia a disfrutar de los succulentos manjares. Los novios estaban en la cabecera y a partir de ahí se fueron colocando los padres, los hermanos de ambos, los primos de Argentina y después los amigos, entre los que me incluyo.

Julia y Claudio me custodiaron, uno por cada lado y enfrente tenía a los súper modelos, la vista no estaba nada mal, la verdad. Agradecí que Axel estuviera lejos de nuevo.

Comimos, reímos, brindamos. Nos agradecieron los novios nuestra presencia y sin apenas darme cuenta el grupo musical estaba versionando la primera canción para abrir el baile. Los novios salieron a una explanada que habían preparado con una tarima blanca, estaba decorada con muchas bombillas de colores colgando, aunque como era de día todavía estaban apagadas. Comenzaron a bailar solos, mientras se comían la boca una y otra vez, y antes de terminar la primera canción muchos invitados ya se habían acercado para acompañarlos.

Lucas vino a buscarme cuando Joan le quitó a Alba de la mano, aquí estamos, el padrino y la madrina, bailando con los novios, como manda la tradición. Mi amigo está tan contento que me contagia su felicidad, en un giro sobre nuestros pies veo que Axel está cerca bailando con su madre. Seguimos el ritmo de la música y en la siguiente vuelta Joan me cambia por su hija sin parar de movernos.

—Estás guapísima, Lía —me dice acercándose un poco más.

—Muchas gracias, lo mismo digo.

No tenía ni idea de la canción que sonaba en ese momento, pero creo que me empezaban a sudar las manos, presentía que llegaba el momento.

Al terminar la canción, sin hacer una pausa, la banda la entrelazó con la siguiente, ahora sonaba la melodía de “One” de U2, sin la letra. Joder, esa canción es una de mis preferidas. Joan no dudó ni un momento en cambiar de pareja de nuevo. ¡Coño, bailarín!, con lo bien que hubiera estado sentándose un rato. Se acercó hasta su mujer sin soltar mi mano derecha y me entrelazó la que tenía libre con la de Axel. Puta encerrona.

No sé qué hacer, me quedo parada mientras él me agarra fuerte la mano, quiero despegarme y salir corriendo de aquí, pero no puedo montar un espectáculo, no en la boda de Lucas, ellos son los protagonistas, no nosotros. Axel me mira a los ojos y pega mi cuerpo al suyo, mientras me balancea al ritmo lento de la canción.

—¿No vas a concederme ni un baile, Lía? —me pregunta mucho más cerca de mi oído de lo que puedo soportar.

—Creo que ya estamos bailando —le contesto con la garganta seca.

No hablamos más, mi estómago se encoge y noto como estoy a punto de echarme a temblar entre sus brazos. A medida que suenan los acordes de la canción, posa su mano derecha en el final de mi espalda, esta vez muy cerca de mi culo. Joder, pedazo de cabrón, puto efecto Axel. No puedo mirarle o le devoraré la boca. Ansío que nuestras lenguas se mezclen. Creo que me empiezan a sudar los muslos también, y con este vestido que casi no me deja respirar en cualquier momento me faltará el aire.

El resto de los invitados bailan a nuestro alrededor, pero yo tengo la sensación de que estamos los dos solos en medio de la pista, él y yo. Nosotros. Cada vez pega más su pelvis a mi vientre sin dejar de mecarme entre sus brazos, casi puedo sentir su bulto en mi centro. Ahora resulta que también sabe llevar el compás. Mierda, mierda y mierda. Estoy perdida.

—Tenemos que hablar, princesa, no podemos seguir así —me dice separándose un poco de mi cuerpo y haciéndome girar sobre su mano.

¿Qué es esto, una puta película de baile?, estoy alucinando en colores.

Parece que el giro consigue que me bombee la sangre al cerebro de nuevo y en cuanto los músicos acaban la canción, que se me había hecho eterna, me suelto definitivamente de él y hablo con toda la calma que puedo.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, recuerda que no hemos sido nada, Axel —y lo digo recalcando bien todas las palabras, en especial su nombre.

Entonces localizo a Julia pidiendo en la barra con Claudio y me voy hacia ellos, sin mirar atrás, a Axel creo que lo intercepta su hermana por el camino para hacerse unas fotos juntos. ¡Qué bendición!

—Quiero un *gin-tonic*, con mucha ginebra y poca tónica —digo decidida a Julia, que me pone los ojos en blanco.

—Estás un poco pálida y el alcohol no va a ayudarte a liberar esa puta electricidad que generáis cuando estáis juntos, ¿sabes?

—¿Perdona? ¿Qué, has estado contemplando el numerito?

—Yo y toda la boda, amiga, las chispas llegaban hasta aquí. Pero relájate, en cuanto te empotre contra una pared y te folle como te mereces, volverás a brillar.

—Vete a la mierda, capulla —le contesto ofendida.

Julia sale a bailar con Claudio, los dos haciendo el tonto como dos locos y yo me quedo bebiendo mi copa casi de trago. Joder, Lía, deberías controlarte.

Sabéis cuando bebes y tienes ese punto en que todo te parece bien pero que sigues siendo consciente de todos tus actos; pues así me encuentro yo después de haberme bebido tres *gin- tonic*. Estoy pletórica. Ya empieza a anochecer y los del *catering* han sacado unos bocaditos dulces y salados, creo que me ha venido muy bien volver a comer algo y beber más despacio, estoy con el *puntín*, como se dice vulgarmente.

La verdad es que estoy disfrutando de la fiesta, a pesar de controlar en todo momento la distancia que me separa de él. He bailado con Julia todas las canciones movidas y cuando han puesto las lentas se la he cedido a Claudio, para que le arrimase la cebolleta, ha sido de lo más cómico ver cómo han subido la temperatura ambiente. Yo creo que ya han follado en el baño, por lo menos una vez, ¡cabrones! Muy típico, cuando te aprieta el deseo no te da tiempo ni a llegar a la habitación, espero que nadie los haya oído.

He estado un rato con los novios, se les ve felices. La celebración ha sido muy sencilla y bonita, les deseo lo mejor. Lucas se ha arrancado a cantar en el escenario junto a la banda una canción dedicada a Alba.

Porque quiero que sepas que “Me quedo contigo”...; esa ha sido la introducción para a continuación, con muy buena voz por cierto, cantarle la canción de Rulo. Su hermano se ha tapado los ojos, muerto de vergüenza, seguro que nunca le había visto así. La letra parece que la escribieron para ellos... “Entre el *piercing* de tu boca o el que luce tu ombligo... De perder la cabeza que sea contigo”... Alba solo ha podido contemplar la escena delante de él y contener las lágrimas, ojalá siempre estén así de enamorados. Mi amigo me ha preguntado un par de veces si ya he hecho las paces con Axel, pero yo me he limitado a medio sonreír a modo de respuesta, no quiero darle más vueltas.

También he estado hablando con Javier y Alberto, los modelos, por supuesto que me he hecho un montón de fotos con ellos con el móvil y he bombardeado a *whatsapp* a mis niñas de la oficina. Creo que me han perdido el respeto completamente, porque me han llamado de todo menos guapa. Las pobres, ¡qué mala es la envidia!

Llevo toda la tarde evitando estar cerca de Axel, no tiene ningún sentido que estemos juntos ahora. Un año, un maldito año ha tenido para hablar conmigo, por qué hoy va a ser el día. Y encima me dice que tenemos que hablar. Será que hasta hoy no tuvo tiempo, es alucinante. Él está bebiendo bastante, aunque seguro que deja las copas a medias, porque está desplegando todas sus dotes; habla, ríe y se relaciona con todo el mundo, siempre con una sonrisa. Cada cierto tiempo le veo venir a la barra a pedir a la camarera, estoy segura de que hoy podría pillar fácilmente con ella, en cuanto le ve acercarse ya le prepara su copa. Me imagino que se le habrán desintegrado las bragas.

Lo sé, es algo que no debería importarme, pero como estoy todo el día controlando dónde se encuentra, me he dado cuenta de todo, parezco la espía de la fiesta. Bueno, y quizás porque no me gustaría ver cómo le come el morro a cualquiera delante de mi cara. O yo qué sé, simplemente porque no puedo evitarlo. Mierda. Ya no sé ni lo que digo.

El cuarto *gin- tonic* ya casi no me entra, me duelen los pies de estar todo el día con estos tacones y ya he visto a gente abandonar la fiesta, no tengo ni idea de qué hora será. Los novios siguen al pie del cañón, aunque me imagino que estén cansadísimos de todo el día y no tarden en despedirse. Alba está sentada encima de las piernas de Lucas mientras charlan en un rincón algo más íntimo, seguro que

necesitan estar solos ya. Mario y su hermano no paran de hablar con un par de compañeras de Alba, llevan toda la noche echando la caña, a ver si tienen suerte y su hermana Ana está encantada rodeada de modelos. Julia y Claudio siguen tonteando con Carly, al final estos la lían, ahora para mi desesperación también está Axel tonteando con ellos; pues nada, que se hagan un cuarteto de cuerda esta noche, ojalá les aproveche. Ando perdida en mis pensamientos cuando se acerca a mi lado Javier otra vez. Me pone morritos intuyendo mi cara de enfado, hace muecas con los ojos para que me ría, es muy simpático y me resulta muy fácil hablar con él. Suena una canción que enseguida reconozco y me alarga su mano.

—¿Me concede este baile, señorita? —El alcohol va haciendo mella en todos, le tiendo mi mano y le hago una reverencia, como si se tratara del Baile de la Rosa.

Nos acercamos un poco más a la pista y ahora sí que puedo notar a Axel muy cerca, él sigue de charla con mis amigos y Javier y yo montamos el numerito de Dirty Dancing en la pista mientras nos descojonamos por la parodia. Esa es la canción que suena “*I’ve Had the time of My Life*”. El alcohol se me sube más por el movimiento y, después de bailar bastante pegados, él se aleja y se prepara para recibirme como en la actuación final de la película. Yo camino un poco para atrás para coger carrerilla, con los tacones casi me tropiezo en la tarima, pero aguanto la compostura.

—Vamos, nena, no tengas miedo —me dice entre carcajadas desde la distancia. Creo que ahora somos el centro de atención. Joder, es tan divertido hacer el idiota un rato que ni me lo pienso. Sé que Julia y los demás están detrás de mí, pensando que no seré capaz de hacerlo; pero ¡qué más da!, voy a volar. Cuento en voz alta:

—Uno... dos... y tres. Allá voy.

Y antes de que despegue mis pies del suelo para correr hacia Javier, alguien me agarra por las rodillas cargándome en su hombro.

—Joder, bájame, ¿qué cojones te crees qué haces? —Mi compañero de baile, que se ha quedado sin compi de numerito final, se acerca hasta nosotros.

—Eh, Axel, por qué no la has dejado avanzar, era nuestro broche de oro a la canción. No pensaba dejarla caer.

—No me jodas, Javier, con ella no —y sus palabras sonaron tan serias que Javier levantó las manos en señal de disculpa y dio unos pasos hacia atrás para volver con sus amigos. Ahora sí que los pocos invitados que quedaban no nos quitaban los ojos de encima. Y yo, cargada como un saco de patatas sobre su hombro. Está loco o qué coño le pasa.

—¡Bájame, bájame ya!

Sin decir ni media palabra me mete en el Castillo y sube por las escaleras a toda velocidad, los invitados que quedan cuchichean por la estampa. Joder, pues sí que está fuerte, yo no paro de patalear y a él no se le mueve ni un músculo. Abre una habitación que no es la mía y por fin me deja de pie sobre el suelo.

—¿Qué cojones te crees que haces? —le digo gritando.

—¡Cálmate! te he dicho que tenemos que hablar.

—Y una mierda, déjame salir —digo mientras intento apartarle de la puerta.

En un gesto rápido cierra con la llave y se la guarda en el bolsillo del pantalón.

—Lía, no seas niña, por favor. No podemos estar así.

—Joder, Axel, ¿de qué coño vas?, has estado un puto año sin dirigirme la palabra, dime qué es lo que ha cambiado para que hoy sí quieras hablar.

—Lía, joder, ¿te quieres tranquilizar? —me dice intentando calmarme.

No puedo creer que haya montado este numerito y me haya sacado de esta manera de la fiesta para

hablar, ahora, precisamente ahora.

—Abre la puta puerta, no quiero tener que repetírtelo.

La situación se nos está yendo de las manos, cada vez grito más y él se pone más nervioso. Joder, que no quiero estropear la boda de mi amigo.

Axel me agarra fuerte los brazos con sus manos y me acerca a su cuerpo.

—Ahora te dejo salir, pero ¡dime si no sientes esto! —me pega a su cuerpo más y cedo ante él con sus manos agarrando mi cara—. ¡Dímelo!, dime que no sientes esta puta conexión que tenemos cuando estamos cerca. Dime que no has sentido la puta corriente eléctrica atravesarnos cuando hemos bailado antes. ¡Esta puta electricidad!

Joder, puto efecto Axel, su olor, sus ojos verdes mirando los míos, sus manos. Su cuerpo encajando con el mío. No soy capaz de contestar, solo desvío la mirada hasta mis pies, pero estoy a punto de ceder.

—Axel...

—¡Mírame, princesa! ¡Mírame! —Y levanta mi cara para que sus ojos verdes se claven en los míos, otra vez.

Y ahí estoy yo, a punto de dejarme llevar de nuevo, princesa, soy otra vez su princesa, un año después de haberle obligado a marcharse ¡No! ¡Joder, no puede ser! Le he echado tanto de menos que mi fuerza de voluntad empieza a fallarme, creo que no tardo nada en caer. Con sus pulgares acaricia mis labios, como pidiéndome permiso. Un permiso que nunca necesitó, porque desde el primer día que nos besamos mis labios han sido suyos, solo suyos. Me dejo ir, completamente. Le agarro con fuerza de la nuca y le atraigo hacia mí, demostrándole que necesito más. Mis besos empiezan a ser explosivos, exploradores y juguetones. En una décima de segundo somos todo lengua y toda excitación.

—No estamos hablando —le susurro en los labios cuando me separo para coger aire.

—Primero los gestos, después las palabras —me dice con esa sonrisa que me vuelve loca.

Comienza a tocarme por encima del vestido, todo el cuerpo, conteniendo los jadeos que se atascan en su garganta. Me queda tan ceñido que no es capaz de interponer su mano entre la tela y mi piel. Gruñe y maldice.

—Joder, Lía, házmelo fácil, con este vestido estás impresionante, pero necesito sentirte.

—Tiene cremallera en la espalda —consigo decir con su lengua aún en mi boca.

Me gira y comienza a desabrochar la cremallera, lo primero que ve es mi sujetador de encaje sin tirantes, color coral a juego del vestido. Gruñe más fuerte, y eso que solo ve mi espalda; pero el gruñido más especial lo da cuando consigue dejar caer el vestido al suelo y se da cuenta de que no llevo bragas debajo.

—Joder, princesa, ¿dime que no estás sin bragas desde esta mañana? —me pregunta con la voz grave, más grave que nunca.

—No tenían hueco entre mi piel y el vestido —le digo orgullosa.

—No te muevas, por favor. —Y entonces me obliga a poner las manos en la pared, mientras él se recrea viéndome solo con el sujetador y los tacones. Se desviste rápido, oigo como cae el pantalón, la chaqueta y como casi se arranca la camisa, enseguida está desnudo como yo y su piel roza mi piel. Comienza a lamer toda mi espalda.

Joder, Axel, no puede ser que tu lengua en mi piel consiga despertar todas estas sensaciones. Mientras desciende con su lengua, desabrocha mi sujetador con sus hábiles dedos y me deja desnuda completamente para él, excepto por mis zapatos. Le oigo suspirar. Con su mano derecha acaricia mi sexo, suave, despacio, pasando sus dedos por todos mis pliegues, y yo estoy tan húmeda que noto

como sus dedos se escurren en mi interior.

—Joder, Lía, estás muy mojada. No voy a poder esperar mucho más. —Eché la cabeza hacia atrás para encontrarme con su boca. Al separar nuestros labios, su lengua comenzó a dibujar círculos por donde pasaba y sus dedos seguían tocando mi botón.

—Axel, por favor —jadeo.

—Joder, este va a ser rápido, princesa, luego vendrán más.

Y cuando empieza a notar que estoy a punto de correrme, me separa las piernas con su rodilla y me dice que me incline un poco, sin quitar las manos de la pared.

Qué cabrona Julia, cómo sabía que iba a acabar empotrada, qué bien nos conoce. Cuando noto su polla dura en mi entrada, no sé por qué me acuerdo de que no tengo ni idea de a quién se habrá follado este último año, así que me incorporo un poco, separándome y le detengo.

—¡Ponte un condón!

—¡Ni de coña! —me dice decidido—. Tienes el implante, necesito sentirte sin barreras, princesa.

—¡Joder, Axel! —me quejo.

Pero antes de que pueda protestar más, me mete su polla de una sola estocada. Contraigo los músculos y le aprisiono dentro de mí. Joder, qué sensación, su polla entrando y saliendo de mí. No quiero que se aparte. Le he echado tanto de menos. Ahí está de nuevo la electricidad. Ahí está mi brillo. Ahí está la puta conexión que tenemos. Porque nadie me lo hace como él y porque nadie me hace tocar el cielo con tan solo mirarme. Sus embestidas son rápidas y certeras, no deja de acariciarme el clítoris y a mí me tiemblan hasta las piernas. Entrelaza su mano libre con la mía, apoyándose en la pared para acompañar sus movimientos. Nuestros dedos entrecruzados hacen que la corriente fluya, en ambos sentidos. A la vez besa mi nuca, provocándome, haciéndome vibrar. Esta postura que tanto le gusta me deja tan expuesta a él que asusta. Su ritmo va en aumento, cada vez más rápido y más profundo, hasta el fondo. Dentro. Fuera.

Otra arremetida, dura y precisa. Otra. Su cadera rebota en mis nalgas, le siento muy adentro, colmando mi interior, llenándome.

Los dos sabíamos que íbamos a ser muy rápidos, porque llevábamos mucho tiempo esperando este momento. Me corro en sus dedos y él se corre dentro de mí, mis fluidos se mezclan con los suyos. Grito entre jadeos y él gruñe. Dice mi nombre repetitivamente, dejándose llevar.

—Lía, Lía, Lía... —susurrándomelo en el oído y suena a música, de la que te gusta escuchar en bucle. Cuando las sacudidas que nos atraviesan se van espaciando y nuestras respiraciones comienzan a serenarse, me coge en brazos, me quita los zapatos y me lleva a la ducha. Es un gesto tan tierno y tan íntimo que casi me olvido de que lo nuestro terminó y que esto solo ha sido un polvo de una noche de verano; bueno, de primavera todavía.

Los minutos de después en la ducha fueron pura intimidad. Se me había olvidado cómo disfruta cada centímetro de mi piel cuando él me toca. Una cascada de recuerdos nuestros se paseó por mi mente. Puso el agua templada y comenzó por lavarme la cara, con las yemas de sus dedos, recreándose en mis pómulos, mis párpados, mis labios... se respiraba sensualidad, pura sensualidad. Poco a poco me fue quitando el maquillaje, besó mi lunar, en un gesto muy tierno, como si necesitara besar ese rasgo tan mío, como si hubiese echado de menos esta intimidad que se respira cuando estamos juntos. Con la pastilla de jabón en mis manos le froté el pecho, suave, deleitándome en sus pectorales, que estaban más definidos que la última vez, me imagino que haya metido más horas en el gimnasio. Moví mis manos en dirección descendente, tocando todos sus abdominales, perfectamente esculpidos y acaricié sus músculos en forma de v, con mi dedo índice. Me excité igual que la primera vez que nos acostamos en la isla. Su cuerpo seguía siendo perfecto. Axel echó la cabeza hacia atrás, dejándose llevar por el placer que le proporcionaban mis caricias. Desvié la mirada hacia el suelo de la ducha y vi sus pies, me encontré con un dibujo en uno de ellos. Joder, tenía un tatuaje de una brújula marcando el norte, era jodidamente increíble, me estremecí al recordar que no hace mucho yo era su norte. Como un acto reflejo me eché la mano al cuello, para tocar mi colgante, pero recordé que al final lo dejé en mi joyero en casa, no quería que viera que he seguido llevándolo. Levanté de nuevo mi mirada y le besé en los labios, sin decir nada. El frotó mis pechos y hundió su cabeza entre ellos, soltó un quejido.

—Mis lolas. —Y las besó, las lamió, con movimientos suaves y circulares. Me hizo vibrar de excitación.

Cuando llegamos a nuestros sexos, nos deleitamos unos segundos más. Agarré con firmeza su polla y eché la piel hacia atrás, cubriéndola de espuma, facilitando el movimiento de mi mano. De arriba abajo, una y otra vez. Jugué con sus bolas con mi otra mano y le oí gemir de nuevo. Él llegó a mis pliegues y los fue separando, pasando sus dedos con el jabón con sumo cuidado. Joder, era todo tan intenso, tan erótico. Sin mediar palabra, solo sintiéndonos. Me dio la vuelta y me lavó el pelo, era una sensación tan reconfortante, me sentí como en casa, su olor, sus gestos, sus manos...

¿Por qué el sexo con él siempre es mi refugio? ¿Por qué sentirle tan mío me devuelve a la vida? ¿Por qué cuando nuestros cuerpos se juntan no necesitamos más?

Cuando terminó con mi pelo y me lo aclaró, pasó sus manos por mi trasero, masajeó mis nalgas y tanteó mi entrada. Con toda la lentitud del mundo me tocó con la yema de su dedo corazón, sentí que el placer me mataría, solo lo introdujo un poco, pero fue más que suficiente para necesitar más. Quería todo de él, quería sentir un orgasmo de los nuestros, los que me sacuden de los pies a la cabeza. Me giré y conseguí que él se diera la vuelta, apoyando mi pecho en su fuerte espalda, pasé mis manos por sus hombros, pude notar cómo se destensaba ante mis caricias.

Fui descendiendo poco a poco por su espalda, dejando un reguero de besos y caricias hasta su culo, donde me detuve unos segundos. Estaba tan duro y tan prieto. Gruñó. Le abracé desde atrás y él cogió mis manos pegándolas más a su pecho. Seguimos sin decir nada porque, cuando nuestros cuerpos hablan por sí solos, no se necesitan las palabras. No sé si era la atmósfera del baño, pero allí se respiraban un montón de cosas más que sexo. Joder, Lía. Después de estar un año sin él sigues cayendo en su red. No quise pensar, no quise recordar cómo acabamos ni que no había sabido nada de él en este tiempo. Ignoré si había follado con mil tías o si no lo había hecho con nadie. Olvidé que

Jorge y yo habíamos follado en alguna ocasión y todo lo que existía a mí alrededor. Me olvidé de todo. Excepto de él y de mí. Solo existíamos nosotros. Lía y Axel, Axel y Lía.

Nos secamos el uno al otro con una toalla y otra vez en silencio me llevó desnuda en brazos hasta la cama, dejándome apoyada sobre la colcha blanca. Me abrió de piernas para él. Mirándome a los ojos me besó. Me besó como se besa cuando quieres dejar huella. Un beso controlado y largo. No era capaz de salir de mi boca y yo no quería que saliese. Nuestras lenguas se enredaron, en un baile pausado y lento. Cuando se despegó de mis labios, bajó por mis pechos y mi vientre dejando millones de besos. Mi estómago se encogió. Pude notar los pinchazos. Y creo que él también. Cuando llegó a mi sexo creo que estaba más húmedo que antes, pasó sus dedos por encima, juntó su nariz a mi vientre y aspiró mi olor.

—Joder, Axel, me estás matando —conseguí decir mientras me arqueaba para darle más accesibilidad.

—Muerto he estado yo sin ti, princesa —me dijo con la voz pausada. Sus palabras me encendieron el alma, me abandoné por completo a él y dejé que me comiera entera. Jugó con mi clítoris, con su lengua haciendo magia, con sus labios, con sus dedos y sus dientes, esa mezcla de dolor y placer que me encanta cuando me la provoca él. Axel siempre sabe qué punto tocar, es Axel, mi Axel. No sé cómo lo hace, pero nunca falla. Le tuve que pedir que parase o me correría ya.

—Quiero comerme tu orgasmo —me dijo sin despegar sus labios de mi sexo.

Y así, sin poder soportar su dulce tortura mucho más, tuve un orgasmo mágico, de los que emanan desde mi centro y se expande a todas mis terminaciones nerviosas. Tuve que ahogar mis gritos o se enteraría todo el Castillo de cómo me hacía disfrutar. Él saboreó todo lo que le ofrecí y después lo compartió conmigo en un beso profundo; lejos de darme asco, me pareció el gesto más erótico del mundo, por eso le pedí más. Más de todas las sensaciones que habían estado ausentes en este último año.

—Más, quiero más, quiero que me folles hasta que amanezca y que te corras dentro de mí. —Joder, ¿dónde había estado esta Lía el último año? Probablemente disfrazada de mujer resignada y normal, está claro que jamás me he mostrado tal y como soy con nadie, excepto con él. Con él pierdo los complejos, con él soy yo, con él soy más.

Y ahí estaba Lía, dejándose llevar, como cuando le conoció por primera vez, sin pensar, saltando sin red. Ya habrá tiempo mañana para arrepentirse.

Me folló como si fuera nuestra primera vez, lento, pausado, alargando cada embestida para que le sintiese al máximo. Podría decirse que me hizo el amor del bueno, del que me gusta. Primero suave y después salvaje. Cuando aceleró, el ritmo fue brutal, su pelvis chocando contra mi sexo nos hizo correr a los dos en pocas estocadas, sin dar tiempo a nada más. Axel contuvo su gemido mordiendo la almohada y yo pegando mi boca a su cuello. Aspirando todo su olor. Joder, ahí estaba de nuevo, la puta electricidad.

Cuando nuestras respiraciones se fueron volviendo más lentas, nos quedamos tumbados mirándonos de frente. Alguien tenía que empezar a hablar.

—Lía... —empezó a decir Axel mientras pasaba su mano por mi pelo, le interrumpí.

—Shh... Primero los gestos, después las palabras. —Nos miramos, nos miramos de nuevo y quisimos perdernos en la sensación de placer del momento. En silencio, como única música de fondo se escuchaban los latidos de nuestros corazones, todavía algo rápidos. No hay palabra que exprese lo que siento. Y así, después de todos los orgasmos extrasensoriales, caímos en una especie de coma profundo, con las piernas entrelazadas y tan pegados que era difícil que entrase el aire entre los dos. No sé por qué me resultó tan fácil conciliar el sueño a su lado, definitivamente estar a su lado es

estar en casa.

El calor se empezó a hacer insoportable y me desperté. Axel estaba dormido boca abajo, como la primera vez que amanecí junto a él en la isla. Estaba tan guapo desnudo entre las sábanas. Lía, céntrate, es domingo, tienes que coger un avión y volver a casa. Además, si mal no recuerdo, el avión de regreso sale muy pronto.

Joder. Has follado como solo sabes hacer con él; pero se acabó, hay que volver a la realidad.

Recogí con sigilo mi ropa del suelo y me puse una camiseta que encontré de él en el armario y unos bóxers negros. Como recordaréis, no llevaba bragas el día anterior y no me apetecía ir por los pasillos vestida de fiesta; aunque, bueno, el modelito matutino tampoco era como para mostrar orgullosa. Cogí la llave del bolsillo de su pantalón, abrí la puerta y me fui hasta mi habitación. Antes de que pudiera entrar, me pilló Julia en el pasillo. ¡Qué suerte la mía!

—Joder, cabrona, vaya fin de fiesta que has tenido, ¿no? Menudas pintas.

—Shhuu..., calla. ¿Qué hora es?

—Joder, casi tengo que llamarte por megafonía, puti. Ya sabes que el avión de vuelta sale a las 10.30, en media hora nos recoge el taxi. Como comprenderás, hoy Lucas no nos lleva al aeropuerto.

—Joder, ¡media hora! Voy a guardar mis cosas y en media hora te veo abajo. Por cierto, ¿tú de dónde venías? —le pregunto intrigada.

—Joder, de abajo de tomar un café, ya sabes que si no tomo uno no coordino.

—Vale, luego nos vemos, que no me da tiempo.

—Ya, tranquila, que los detallitos tórridos ya me los cuentas luego.

Entro en mi habitación, me ducho a toda prisa, me pongo mi vaquero y mi camiseta blanca básica y meto todo en la maleta. Joder, cuando llegue a casa estará todo arrugadísimo, pero no me puedo estar a colocarlo si no quiero perder el avión. Echo un último vistazo a la habitación para que no se me olvide nada y encuentro un bolígrafo y unos folios con el membrete del Castillo en un cajón. Ahí está, es mi oportunidad. Escribo unas palabras y saco un sobre que tengo en el bolso. Subo a la planta de arriba y posando la maleta en el pasillo entro con la llave otra vez en la habitación de Axel. Por suerte sigue K.O.

Joder, Lía, ¿Estás segura? De verdad tienes claro que quieres terminar así. Mi conciencia se debatía entre el sí y el no. Blanco o negro. Venga, decídetes, al final pierdes el avión. Y en un último acto reflejo dejo el sobre con la nota dentro, al lado de la mesita. Axel se gira en la cama dándome un susto de muerte, pero no se despierta. Salgo de la habitación rezando para que no me vea. Joder, una atea como yo implorando a las altas esferas. Agarro mi maleta y bajo al salón lo más rápido que puedo. Es la hora, los taxistas esperan y todos los que regresamos en el vuelo de Santander estamos preparados para abandonar Milán.

Lucas está con los ojos pegados todavía, en pijama nos despide en el jardín.

—Dame un abrazo —me dice en cuanto me ve—. Espero que hayas disfrutado.

—Más de lo que imaginé —le contesto con una sonrisilla burlona.

Se despide de su hermano, su sobrino y su cuñada, y abraza también a Julia y a Claudio.

—Al final Carly se quedó con las ganas —les dice descojonándose.

—Y yo —responde Claudio con sorna, ganándose un puñetazo de Julia.

Vaya par, espero que no metieran a la chica en canción para hacer un trío y después la dejaran con las ganas. Creo que el tiempo de espera del aeropuerto va a ser muy esclarecedor. Podríamos titularlo “Cuéntame tus fantasías y tus realidades”.

—En cuanto vuelvas del viaje, llámanos —le dijimos ya metidas en el taxi.

Nos dijimos adiós con la mano y partimos hacia el aeropuerto.

Una vez metida en el avión, apagué el móvil. ¡Uf!, estaba claro que Axel seguía dormido; si se hubiera despertado ya, mi teléfono estaría echando humo por tanta llamada.

¡Ay, Lía!, has querido que probase su propia medicina y ahora temes su reacción.

Puto efecto Axel, consigue sacar lo mejor y lo peor de mí. Por suerte, tengo dos horas para dar al botón de reinicio y volver a mi rutina y a mi zona de confort.

Fue bonito mientras duró.

AXEL

No sé cuánto tiempo he dormido, pero mi cuerpo me dice que mucho, estoy relajado y después de mucho tiempo he tenido un descanso plácido. Necesitaba un poco de paz, necesitaba calmar ese malestar que me ha acompañado los últimos meses, necesitaba liberar toda la tensión acumulada; por el trabajo, por nuestra separación y por la incertidumbre del maldito reencuentro. Joder, ha sido increíble estar dentro de ella otra vez, es estar en casa. Estiro mi brazo para tocarla, pero solo noto la sábana arrugada y la almohada vacía.

—Princesa —la llamo—. Princesa, ¿dónde estás? —pregunto alzando la voz por si está en el baño, no obtengo respuesta.

Me levanto y voy hacia al baño, pero ni rastro de ella, seguro que ha ido a su habitación a cambiarse o habrá bajado a desayunar. Abro el grifo de la ducha y me meto dentro. Joder, que recuerdos de los dos anoche aquí, cómo necesitaba volver a sentir mío cada centímetro de su piel, estaba preciosa dejándose llevar mientras la tocaba. ¿La habrá tocado alguien más así? ¿Y si le ha tocado así el puto Jorge ese del que me ha hablado mi hermana? Joder, Axel, no te martirices ahora con eso, me recrimino a mí mismo. Ya está, la has recuperado, no pienses en nada más.

Cuando salgo de la ducha me visto y me bajo a desayunar, necesito tomar un *ibuprofeno* y comer algo, el estómago me empieza a rugir y aunque no bebí mucho me duele algo la cabeza.

—Buenos días —saludo a todos los que ya están en el comedor.

Mis padres, mi abuelo, mis primos y Lucas y Alba. No hay ni rastro de Lía.

Me sirvo té y unas tostadas con pavo. Beso a todos y nos ponemos a comentar las mil y una anécdotas de la celebración, incluido el casi numerito de baile.

—Joder, primo. Vaya salida triunfal que hiciste cargando a tu piba a hombros ¿no? —me dijo Mario burlón.

—¿Qué tal, hijo? Espero que el numerito que montaste te sirviera para algo —me dijo descojonándose mi padre.

—Sí, claro que le sirvió, tío, no ves qué cara de felicidad tiene, de felicidad o de recién... —menos mal que en el último momento se debió de arrepentir y no acabó la frase.

—Qué simpáticos sois todos, ¿no? Pues no pienso decir nada porque soy un caballero y no os importa una mierda —les dije haciéndome el ofendido.

—Tranquilo, hermanito. Aquí más de uno tendría que estar calladito —me dice Alba en alusión a mis primos, que también la debieron de liar al final de la noche.

Acabo mi desayuno y le pido a Alba un *ibuprofeno*, las chicas siempre tienen medicinas a mano.

—Yo te doy uno, que está en la cocina —me dice Lucas.

Así que le acompaño hasta la cocina y cuando me le tomo no puedo esperar más, necesito saber de ella.

—¿Has visto a Lía?, ¿ya ha bajado a desayunar?

—Axel, Lía ya se ha ido, su avión salía a las 10.30.

—Joder, no puede ser.

—¿No te lo dijo ayer? —me pregunta Lucas sorprendido.

—Pues no, es que precisamente ayer no hablamos mucho.

Lucas me regala una medio sonrisa que me sabe a nada. Mierda. ¿Qué coño le pasa a Lía? Salgo de la cocina y sin perder un minuto más subo de nuevo a mi habitación. ¿Qué cojones pasa? No habíamos hablado y después de como estuvimos ayer necesito arreglar las cosas, quiero recuperarla. Tengo que llamarla. Busco mi móvil, que está en la mesita al lado de la cama, y apoyado veo un sobre con mi nombre AXEL RIVAS. Joder, no puede ser, que es un puto *deja vu* pero a la inversa, ¿no?

Lo abro y dentro hay un montón de pasta; joder, son los mismos billetes que le dejé yo hace un año en el *loft* al irme, lo sé porque están atados con una gomita de esas de color carne. Joder, Lía, ¿los has guardado todo este tiempo? Mierda, y ni tan siquiera por esto he podido disculparme. También hay una nota. No sé si quiero leerla. Dudo unos minutos y al final la despliego, estoy seguro de que no me va a gustar lo que pone.

TE DEVUELVO EL DINERO QUE HACE UN AÑO DEJASTE EN MI CASA, CÓGELO, ES LO JUSTO, SEGUIMOS SIN SER NADA.

Lía Bejes.

¡Joder!, ¡Joder! ¡Mierda! Me cago en la puta. No, Lía, no puedes hacerme esto otra vez. Cojo el móvil y la llamo. Necesitamos hablar, tenemos que aclararnos de una puta vez. Está mintiendo igual que mentí yo cuando se lo escribí hace un año. Claro que somos algo. Somos todo. Es ella, lo sé. No podré estar con nadie más como estoy con ella.

Puto móvil, lo tiro porque da apagado o fuera de cobertura. ¡Hostias! He estado dos días con ella y con tanto juegucito no he sido capaz de arreglarlo. Vuelvo a marcar. El vuelo estará a punto de aterrizar, necesito verla. Necesito hablar con ella.

Me siento en el borde de la cama, desesperado. Me paso las manos por el pelo repetidamente. Grito. Joder. Como me oiga alguien, va a alucinar. ¡Hostia puta! ¿Por qué? ¿Por qué es tan cabezona? Es imposible que haya dejado de quererme, solo hay que ver como se deshace entre mis dedos. Eso no era una actuación. Es real y duele.

Vuelvo a marcar y nada. Entro en la página del aeropuerto y veo que el avión acaba de aterrizar. Joder, tiene que encender el teléfono. Necesito escucharla. Necesito hacerle comprender que los dos hemos cometido errores, que ella se equivocó al echarme de su vida con mentiras y que yo debí de comprender el fondo aunque no la forma y haberla llamado. ¿Ahora qué? Tenemos que estar juntos, tenemos que encontrar la manera.

Por fin ya da llamada. Un tono, dos.... ¡Cógelo, joder! coge el maldito móvil...; tres..., cuatro..., nada. Se corta.

Ha tenido que ver que soy yo y aun así no me contesta. Puta mierda, y esta tarde sale mi avión a París. No sé por qué es tan cabezona; si me apuráis, es más que yo. Gruño. No puedo ir a Santander, mañana tengo que estar trabajando. Joder. ¿Cómo voy a arreglarlo ahora? Estoy tan cabreado que casi pierdo el control.

En vista de que es imposible contactar con ella, recojo mi maleta y bajo a despedirme de mi familia. Todos regresamos a París, mis primos y mi abuelo cogen allí una conexión a Buenos Aires. Alba y Lucas son los que se quedan, se van desde aquí a Nueva York mañana, estarán allí unos días y después volarán a Isla Sofia, quieren disfrutar de la casa ellos solos. Joder, hasta siento algo de envidia. Ellos en la isla. Lo que daría yo por estar allí con Lía, los dos solos, como nuestra última vez. Podría retroceder en el tiempo. Me da igual el premio, mi carrera y cualquier cosa que no sea estar con ella.

—¡Cuídamela! —le digo a Lucas mientras le doy un abrazo.

—Tranquilo, no pienso hacer otra cosa. Por cierto, no sé lo que habrá pasado entre vosotros, pero

Lía es mi hermana también y no quiero verla sufrir más, ¿entendido? —me dice mi nuevo cuñado con tono serio.

—¡Venga, chicos!, no me gustan las guerras de testosterona. Hermanito, ¡arréglalo! —interviene Alba para que el ambiente se destense.

La abrazo de nuevo y la beso en la mejilla. Lucas me choca la mano para dejar claro que todo está correcto.

Mi cabeza no para de dar vueltas a lo que me ha pasado.

Basta, Axel, tienes que dejar de pensar en ella hasta que seas capaz de arreglarlo.

Cuando entro en casa en París, María y Rubén me esperan con la cena hecha.

—Joder, voy a tener que irme más veces, ¿no me habré equivocado de piso? —les pregunto con sorna.

—No, pero no te acostumbres, solo es por lo bien que te portaste en la gala con nosotros —me dice María con su sonrisa especial.

El viernes, cuando recogí el premio en Venecia, solo, sin ningún miembro de mi familia, me sentí un poco triste, añoraba un poco a los míos y un mucho a ELLA; pero Rubén y María estaban allí para acompañarme, junto a Juan, por supuesto. Nada más salir al escenario a por el premio, obligué a Rubén a subir conmigo. Él se resistió un poco, pero María le dio el empujón necesario y el abrazo que nos dimos los dos con el premio en la mano no hizo otra cosa que confirmarme que, además de un excelente compañero, es mi mejor amigo. Mención especial para María, que siempre ha estado en medio de los dos dando el equilibrio perfecto a este “trío maravillas”, como suele llamarnos ella.

Al dedicar el premio me acordé de Lía, la vida es tan retorcida que precisamente si no me hubiera echado de su vida como lo hizo no lo hubiera conseguido, por eso puse en mi *whatsapp* una foto con el premio y una L, para que supiera que un poco era de ella.

—Cuéntanos todo lo de la boda, venga. Necesito detalles —me dice María expectante.

Y mientras sirven unas copas de vino y sacan una lasaña del horno, les pongo al corriente de las aventuras y desventuras de un capullo como yo. Bueno, los detalles erótico-festivos me los guardé para mi intimidad.

—Joder, y yo que pensé que ya ibas a dejar de ser El Penas y te podría llamar El Alegrías —me dice María mientras viene a abrazarme.

—Qué va, con lo cabezón que es para todo, yo ya sabía que la iba a cagar. Te dije que tenías que haberla llamado hace mucho tiempo, pero tú nada. Has querido jugar todas tus cartas al reencuentro y ahora mira cómo estás —sentencia Rubén.

—Muchas gracias “amiguito”, tú sí que sabes animarme, capullo —le espeto.

—Venga, tranquilo. Ahora que ya es de noche, vuelve a intentarlo, seguro que te acaba cogiendo el teléfono.

Y eso hice, les di dos besos otra vez, les dije que la cena estaba rica, pero que ni de coña les había quedado como la que yo suelo hacer y me fui a mi habitación a ponerme el pijama y a rezar para que Lía contestase a mis llamadas.

Un tono, dos, tres... Mierda, sigue igual. ¿Hasta cuándo piensas ignorarme, Lía?... Harto de no conseguir respuesta, llamé a Julia.

—¿Sí? —me contestó con voz de dormida.

—Joder, Julia, igual te he despertado, lo siento.

—Tranquilo, ¿pasa algo?

—Bueno, es Lía, se ha ido sin despedirse, sin hablar conmigo y encima me ha dejado una nota.

—Ah, creo que me suena esa película. ¿Y a ti?

—Joder, Julia. Ya lo sé, me ha pagado con mi misma moneda, pero no podemos estar toda la vida así.

—A ver, Axel, ya la conoces, ahora no te lo va a coger. Lo que si leerá serán tus *whatsapp*. Hablar contigo le será más difícil. Dale unos días y ya intento yo hacer que entre en razón, ¿vale?

—Está bien, pero por favor consigue que me deje hablar con ella.

—Haré lo que pueda, pero si lo consigues, por favor no la cagues, ¿entendido? No quiero ver como pierde el brillo otra vez. ¿Te enteras?

—¿Qué brillo? —pregunto extrañado.

—Joder, no seas idiota, el brillo que desprende cuando está contigo. Esa puta electricidad que os envuelve, no he visto nada igual.

—Sí, lo sé. Yo también la siento, por eso mismo necesito recuperarla, joder.

—Vale, descansa y ya te voy contando. Un beso.

—Un beso.

Joder, espero que Julia la haga entrar en razón; mientras tanto, aunque no me responda necesito mandarle un mensaje.

“Recibí tu nota, entiendo cómo te sentiste, pero no mientas igual que hice yo hace un año, por favor”.

Y así, mirando su foto de perfil un rato más, acabó mi domingo de mierda.

Estoy en mi terraza leyendo *Canciones de Amor a Quemarropa* y tomándome un té verde con hielo. Hacía tiempo que no leía y hace unos días que he retomado mi hábito. Antes prefería escuchar música a todas horas y alimentar mis pensamientos con las melodías que conocía o con otras nuevas que descubría, desde la boda de Alba y Lucas mi casa está en el más absoluto silencio. Soy incapaz de escuchar una canción y no sentir escalofríos, los recuerdos de mi baile con Axel se agolpan en mi mente y no me dejan pensar con claridad, hasta la más lejana sintonía de la televisión me trae recuerdos de nuestros cuerpos danzando juntos, nuestras manos unidas, su olor, sus movimientos suaves... Es lo único que le faltaba al cabrón, saber llevar el compás. Para no caer en esa dinámica, he decidido ocupar mi mente con la lectura, a veces hasta lo consigo.

Es viernes, he salido de trabajar a las tres y están a punto de llegar los niños. Como hace sol, les he dicho que nos podemos acercar a la playa un rato a darnos un baño. Creo que su padre estaba ocupado con algo de trabajo y no tardará en dejarlos en el portal. Yo ya estoy con el bikini puesto y lista para disfrutar de mi fin de semana con ellos.

Julia y Claudio se han ido a París, tenían pendiente el viaje de regalo de cumpleaños y han preferido ir ahora y no cuando entre el verano. Sé que Axel ya está allí trabajando; pero como los tortolitos van de viaje de amor, no creo que le vean, o sí, no sé. Joder, Lía, para no querer saber nada de él te preocupas en exceso, ¿no?

Llaman al timbre justo a tiempo para sacarme de mis pensamientos, me levanto de mi silla y voy a abrir a los niños.

—Hola, chicos —saludo. Me doy cuenta de que no vienen solos.

Carlo se queda en el quicio de la puerta como pidiendo permiso para entrar, con cara de “¡sorpresa!, aquí estoy”. No hablo con él desde que se quedó con la custodia de mis hijos, hace aproximadamente un año. Excepto un par de veces en el fútbol, tampoco es que le haya visto más. Seguimos tratando todo a través de nuestros abogados y de los niños. Me ha pillado por sorpresa su visita, no sé qué coño hace aquí.

—Hola, ¿podemos hablar un momento? —dice con voz suave. Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad porque tenerle tan cerca y no mandarle a tomar por el culo es muy difícil, pero los niños están dejando las cosas en su habitación y no quiero montar un numerito, no quiero que encima tenga que decir que soy una desequilibrada mental, o que no estoy al 100% como ya dijo en alguna ocasión.

—Pasa, tú dirás. —Y le indico dónde está el salón. Este apartamento no es como mi otro piso, aquí hay poco espacio para hablar en la intimidad, ahora echo en falta mi despacho de casa para que este capullo no se sienta en mi sofá, pero qué se le va a hacer. Los niños después de dejar sus cosas se sientan con nosotros.

—Teo y yo tenemos algo que decirte —me dice mientras Teo se sienta a mi lado y Gael al lado de él. Me sorprendo y abro los ojos mirando a Teo. Este, que es muy espabilado, nota mi tensión y me agarra la mano para calmarme, me estoy empezando a preocupar.

—Teo me ha dicho que quiere volver a vivir contigo. Me ha pedido por favor que deje que él viva contigo. Gael prefiere seguir viviendo conmigo —me dice sin mucha convicción—. A mí me parece que separar a los hermanos no es lo más adecuado, he intentado hacerle entrar en razón, pero ha insistido tanto que no me ha quedado otro remedio que planteártelo.

Joder, Carlo, tú siempre sorprendiéndome. Lo dices como si que un hijo quiera vivir con su madre sea lo más descabellado del mundo. ¡No te jode!

—Está bien, vamos a hablarlo. Ya sabes que mi casa siempre es la tuya. ¿Estás seguro de que quieres estar aquí y no con ellos? —le pregunto a Teo conteniendo la emoción.

—Sí, mamá, este año ha sido duro, me fui porque Gael insistió, pero yo prefería quedarme contigo. Solo cedí por él y ahora sé que quiero estar contigo y seguir viéndolos a ellos los fines de semana que me corresponda.

—Teo, no sé por qué ese cambio de opinión ahora ¿qué te hemos hecho? —le pregunta Carlo con voz grave.

Estoy alucinada, mi Teo tan sincero y el padre hablando como un gilipollas, le está tratando como si fuera un trofeo en vez de un hijo. No me jodas. Creo que no me voy a poder morder la lengua mucho más tiempo. Antes de que pueda empezar a hablar, mi teléfono empieza a sonar otra vez. Joder, miro la pantalla y es Axel. Es la enésima vez que me llama esta semana. Todavía no le he contestado, pero ahora menos, no es el momento. Rechazo la llamada.

—Nada, papá, no me habéis hecho nada. Solo que echo en falta estar con mi madre. Tú y Gael sois distintos, lleváis más rollo de tíos y a mí me gusta vivir con mamá. Yo quiero estar con ella, simplemente.

No sé si reír o llorar de la emoción. Se puede decir más alto, pero no más claro. Teo siempre tan sensato.

—Está bien, creo que lo podremos solucionar, vosotros tranquilos —les dije mirando a Carlo para que cerrara su puta boca de una vez —. ¿Tú qué dices, Gael? —le pregunté ante su silencio.

—A mí me da igual, yo quiero estar con mi padre. Si él pasa, que se vuelva contigo. Ya nos vemos en el colegio todos los días, así tendré la Play para mí solo —contestó con desgana.

Joder, mierda de hormonas adolescentes. Lo dijo y se quedó tan ancho. Cuando pasen los años espero que sepa valorar lo que es tener un hermano para apoyarse en él. Se lo puedo decir por experiencia propia, porque yo he echado en falta uno a medida que ido cumpliendo años. Sobre todo cuando me he tenido que comer todas las mierdas de mis progenitores. Menos mal que tengo a Julia, que es mi hermana del alma, pero es verdad que, a veces, me hubiera gustado tener un hermano de sangre, que hubiera comprendido cómo me siento con respecto a mi familia.

Los niños se fueron a la cocina y Carlo y yo volvimos a dirigirnos la palabra en términos legales, lo dejamos en manos de nuestros abogados y quedamos en que ellos arreglarán los trámites necesarios. Si no hay ningún problema, a primeros del mes siguiente Teo vivirá conmigo. Carlo tiene cara de pocos amigos, pero me gusta que pruebe un poco de su propia medicina, a él siempre le ha ido todo sobre ruedas, en cambio yo siempre he salido perdiendo.

Acompaño a Carlo a la puerta y mi móvil vuelve a sonar, con tan mala suerte que Teo ha regresado al salón y está sentado al lado del teléfono, ve el nombre en la pantalla.

—Mamá, es Axel —grita. Joder, no podía ser más inoportuno.

Despido a Carlo en la puerta con un breve adiós, he visto su cara de sorpresa al escuchar el nombre de Axel de nuevo, pero no tengo tiempo para aguantar gilipolleces. Me giro hacia Teo para decirle que no lo coja; pero es demasiado tarde, mi hijo está hablando con él.

—Hola, Axel. Soy Teo, mi madre está despidiendo a mi padre en la puerta. ¿Qué tal estás?... — Joder, yo alucino con mi hijo, hace un año que no le ve y le habla como si no hubiera pasado el tiempo, no se puede negar que le cae bien. No tengo ni idea de lo que le cuenta Axel, pero ahora no me va a quedar más remedio que hablar con él.

—Ah, en París, ¡qué guay! A ver si mi madre se anima un fin de semana y me lleva. Me encantaría

conocer París. Vale, te paso con ella.

Con cara de muy pocos amigos cojo el móvil y voy a mi cuarto. Gael ya está concentrado en la televisión, creo que le da absolutamente igual con quien hable su hermano, en cambio parece que Teo ha visto de lo más normal hablar con Axel. Menuda suerte la mía.

—Axel, no vas a parar nunca, ¿no? —le digo mientras cierro la puerta de mi habitación.

—Joder, Lía, menos mal que los astros han estado de mi parte y Teo ha respondido. ¿Hasta cuándo piensas ignorarme?

—Axel, es que tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Lo del fin de semana fue sexo, solo sexo, no hace falta que después me digas palabras de amor, ¿sabes? —le dije lo más fría posible. Sigo dolida con él y no pienso caer en sus redes de nuevo.

—Lía, por favor, sabes que tenemos mucho de qué hablar, tendríamos que haberlo hecho cara a cara, pero saliste huyendo de mí. Aunque sabes igual que yo que nuestros cuerpos hablaron por sí solos. Y no me digas que es solo sexo. ¡Venga!, vamos a intentar dejar de mentirnos de una vez.

—Mira, Axel, acaban de llegar mis hijos y nos vamos a la playa, no tengo tiempo para una conversación que según tú nos debemos, pero que fuiste incapaz de tener hace meses. Sabes que ha pasado un año, ¿verdad?

—Lo sé, claro que lo sé. Lía, no seas cabezota, los dos lo hemos hecho mal, pero eso no quiere decir que no sea reversible. Tenemos que arreglarlo, princesa.

Suspiro un par de veces y oigo el timbre de casa otra vez.

—Joder, llaman al timbre —me quejo—. Axel, de verdad, no es un buen momento —le digo con cansancio—. Chicos, mirad a ver quién llama —les dije apartando un poco el móvil de mi oreja.

—Es Jorge, que trae a Pablo para que vaya con nosotros a la playa —me gritó Teo desde el salón.

—¡Princesa, joder! Tenemos que hablar sí o sí —su tono de repente cambió y sonó más fuerte, como si estuviera cabreado.

—Axel, ahora no, y no me llames princesa.

—Siempre vas a ser mi princesa. ¿Qué pasa?, ¿qué vas a atender a ese nuevo amiguito que tienes? Estás todo el día con él ahora, ¿no? ¿Y qué hacía Carlo en tu casa? Pensé que no tenías relación con él.

No me puedo creer lo que estoy oyendo, encima tiene la cara de ponerse ¡celoso! Con los ojos en blanco, aunque no pueda verme continuo:

—¿Perdona? En este año he tenido vida, ¿sabes? No creo que te importe ahora lo que hago o dejo de hacer, porque no hemos sido nada. ¿Recuerdas? —Y sus palabras me mosquearon más. Acaso le he preguntado yo por lo que ha hecho en Berlín o en París.

—Joder, Lía. Perdóname, lo siento, ¿vale? Siento lo que escribí en esa puta nota, me arrepentí al minuto de haberla dejado en el *loft*. Ya me has devuelto el dinero y me has dejado claro que lo del fin de semana tampoco fue nada, pero ¿podemos ser sensatos de una puta vez? Sí fue algo, lo que tuvimos fue más que algo. Fue todo. Lo que sentimos sigue estando ahí, aunque tú quieras disfrazarlo de nada.

—Axel, en serio no puedo hablar ahora. Si encuentro un rato, ya te llamaré.

—Lía, Lía, por favor...

—Adiós, Axel —y con la misma corté sin dejarle despedirse.

Puto Axel, creo que no va a parar nunca de insistir. Y aunque yo quiera hacer ver que he pasado página y que me gusta la vida tranquila y armoniosa que llevo ahora, en el fondo de mi corazón suplico para que nunca pare de llamarme. Sí, lo sé, no hay quién cojones me entienda.

Cuando salí, Jorge me miró con extrañeza, parece ser que en este mini piso todo se oye.

—¿Todo bien? —me preguntó al acercarse a darme dos besos.

—Sí, estupendo —contesté con sorna.

—Tengo que acabar un trabajo y Teo dijo que podías llevar a Pablo a la playa; pero si es mal momento, que se vuelva a casa conmigo.

—No, tranquilo. ¡Venga, chicos! Vamos a darnos un baño y a respirar algo de yodo, que creo que va a ser la mejor terapia.

Jorge me miró de nuevo abriendo mucho los ojos, sin tener ni idea de lo que podía estar pasando realmente. ¿A quién quiero engañar? El puto efecto Axel estaba tan presente que, aunque Jorge estuviera delante de mis ojos, yo apenas le veía.

AXEL

Acabo de colgar el móvil, estaba hablando con Lía, por fin. Bueno para ser fieles a la realidad, os puedo decir que Lía me ha colgado a mí. Sí, así, sin más. No me ha dejado ni despedirme. Y menos mal que ha sido Teo quien me ha cogido el teléfono, porque si no ella todavía estaría sin responder a las millones de llamadas que le he hecho desde la boda. ¡Joder, qué cabezona! No sé qué voy a tener que hacer para poder arreglar lo nuestro.

Ya sé que yo también he sido muy cabezón y que he dejado que pasara mucho tiempo. Primero porque sus mentiras no me dejaban volver a confiar en ella y después porque quise acabar bien el proyecto de Berlín y solucionar todo cara a cara. Ahora quizás la haya cagado esperando tanto tiempo. ¿Y si es verdad que ha rehecho su vida con el tal Jorge ese? ¿O si Carlo quiere recuperarla? Joder, se me encoge el estómago solo de pensar que la puede estar tocando otro. ¿Por qué estaba el Jorge en su casa con sus niños? Se me revuelven las tripas imaginando que son pareja, ¿qué pasa?, ¿que ahora salen todos juntos en amor y compañía?

No quiero pensar que mi actitud, primero de rechazo y después de espera, haya estropeado la única oportunidad que voy a tener en la vida para ser feliz a su lado. Desde fin de año, cuando estuve en Isla Sofía, sé que es ELLA la única y la verdadera razón que mueve mi vida. La necesito para ser feliz, tanto como respirar. Tendría que haber vuelto a por ella ese mismo día. ¡Joder, menuda puta mierda!

Muero de incertidumbre.

Acabo de llegar de trabajar y voy a darme una ducha. A la noche hemos quedado con Julia y Claudio. Han sido ellos los que me han llamado para salir. Me hubiera encantado que Lía hubiese venido con ellos y repetir esas cenas que hacíamos de vez en cuando los cuatro. De momento tendré que conformarme con estar con ellos y que Julia me dé las claves para que su amiga ceda un poco y poder solucionar las cosas.

Abro el grifo y me meto debajo del agua templada, menuda sensación de melancolía me envuelve bajo el chorro. Cierro los ojos y solo veo a Lía. Deslizándose en mis dedos, como hace una semana en la boda. Estaba guapísima con el vestido y sin él. Por mucho que ella insista en que no somos nada, y que solo fue sexo, es mentira. Mentira de la que intentas creerte a pies juntillas, pero que sabes a ciencia cierta que no es verdad. Porque nuestros orgasmos siempre son cósmicos, extrasensoriales, jodidamente increíbles, como todo lo que tiene que ver con Lía. Ella dándome placer y yo dándoselo a ella. Sé que lo que sentimos va mucho más allá de una simple conexión sexual. Con ella es mucho más. Es todo. Es amor del bueno, del que jamás había sentido hasta que la conocí. Con Eva nunca fue así, fue pura atracción y cariño por el tiempo que estuvimos juntos, después fue rechazo y frustración.

Con Lía es AMOR, en mayúsculas y con todas las letras. Amor del que sabes que puede ser para siempre, porque me completa y me llena. Amor del que duele. Y ahora mismo me duele incluso más que cuando nos separamos hace ya un año. Duele porque la he vuelto a tener entre mis brazos, ha sido mía de nuevo. Estar dentro de ella es estar en casa. Es la mejor puta sensación que he sentido jamás. Ella arqueándose para mí. Ella con las manos apoyadas en la pared exponiéndose a mí para recibir y dar placer. Ella corriéndose entre mis dedos. Mi semen recorriendo sus muslos, sin pudor,

ni vergüenza. Nuestros cuerpos desnudos bailan, hablan y aman. Mierda, Axel, no sé cómo cojones piensas arreglarlo, pero tienes que hacerlo. Me repito una y otra vez mientras dejo que el agua recorra mi cuerpo. Estás completamente perdido sin ella.

Después de martirizarme un rato, salgo de la ducha y me pongo unos vaqueros y una camiseta que me regaló Alba, no me apetece darle más vueltas a mi indumentaria; total, no tengo ningún interés en estar espectacular, con no parecer un capullo me conformo.

María y Rubén me esperan en el salón, hemos quedado directamente en un restaurante nuevo cerca de Opera. Una secretaria de la embajada nos ha conseguido mesa porque el sitio está de moda y es bastante difícil lograr una reserva. Me apetece llevar a Julia y a Claudio a un sitio especial, ya que están de viaje romántico y aun así han quedado conmigo, por lo menos que el sitio merezca la pena. En el Ipod que hay colocado en el mueble del salón suena Los Amantes de Sidecars e Ivan Ferreiro y me encuentro a mis compañeros de piso bailando con los cuerpos pegados como si estuvieran en la verbena del pueblo. La imagen de Lía y yo bailando en la boda me invade el pensamiento.

Joder, estoy jodido, no puedo pasar ni un minuto sin pensar en ella.

—Coño, ¡qué estampa! —les digo para romper la magia del momento.

—Venga, Penas, baila un poco con nosotros —me dice Rubén vacilándome.

—Sí, para que pegues tu nabo al mío. No te jode.

—Se acabó arrimar cebolleta por hoy, que llegamos tarde —le dice María apartándose de él.

Julia y Claudio están en la barra esperándonos bebiendo *champagne*. Joder, qué pronto empiezan estos dos, pienso al verlos. Nos saludamos todos y enseguida pasamos a la mesa. Es una mesa redonda casi en el centro del restaurante. El sitio es ultramoderno, me gusta mucho la decoración interior, todo líneas limpias y funcionales. En efecto, está hasta arriba de gente. Tendré que agradecer a Luisa que nos haya conseguido un hueco.

Pido casi toda la comida yo y mis amigos solo se dejan llevar. Espero acertar, o conociendo a este grupo no tendrán ningún reparo en decirme que la he cagado eligiendo el menú. Tiramos la casa por la ventana y seguimos cenando con *champagne*. Yo prefiero un buen vino, pero por una noche me puedo adaptar a los gustos de los enamorados.

—Está todo buenísimo, Penas —me dice María mientras se limpia con la servilleta sin dejar de masticar la tosta con el *foie*.

—¿Penas? —pregunta Julia—. Joder, qué descriptivo, ¿no?

Me han dado ganas de estrangular a María, hasta Rubén le ha echado una miradita desaprobatoria.

—Recuérdame que la mate luego —le digo por lo bajo a mi amigo.

—Tienes mi permiso —dice cerrando los ojos y moviendo su cabeza a modo de disculpa.

Con el puto mote sacado a la luz, no le quedó otra que explicar un poco el origen. Mi vida en Alemania, mi mala hostia, mi mal humor, mi desgana... Vamos, que Claudio y Julia se descojonaron de mí, descubriendo lo bien que me lo había pasado durante el último año.

Después del postre, preguntamos a una camarera bastante joven dónde podíamos ir a tomar una copa y nos mandó a un club cercano al restaurante. Después de las dos botellas de *champagne*, nadie se quería ir para casa.

—Es viernes, disfrutemos de la noche parisina —dijo Claudio muy entusiasmado.

—Por mí perfecto, antes que volver a casa triste y solo —dije con voz queda.

—¡Venga, Penas!, no seas tan llorón —me vaciló Julia.

Me voy a cagar en María mil veces, lo único que me faltaba es que Julia me llame Penas también.

En el club nos sentaron en una especie de reservado, donde controlábamos todo y a todos, muy de cerca la pista y las dos barras. Las chicas pidieron unos *gin-tonics* de Citadelle, la ginebra preferida

de Lía y Julia, imposible olvidarlo, y nosotros ron con naranja. María y Julia de vez en cuando se acercaban a la pista y bailaban algún tema mientras nosotros disfrutábamos de la conversación. Unas veces hablábamos de fútbol, otras de viajes y de Santander. Rubén y Claudio tienen algún conocido en común y estuvieron poniéndose al día.

Después de la segunda copa, Julia se sentó a mi lado y empezó a hablar sin usar filtro. Vamos, lo que viene siendo la Julia auténtica.

—Ya hablaste con Lía, ¿no?

—Sí, esta tarde, y porque Teo me cogió el teléfono, que si no seguiría esperando.

—Ya me lo ha contado por *whatsapp*, he visto los mensajes al aterrizar. No la he querido llamar porque no sabe que he quedado contigo. ¡Ay, amigo!, sois tan cabezones los dos que ahora no sé cómo lo vas a arreglar.

—Joder, pues estoy jodido, porque sin ella no soy nada.

—Bueno, menos dramones —me cortó—. Si no te coge el teléfono, tendrás que arreglarlo con mensajes, como dos adolescentes gilipollas, ¿sabes?

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosa! Bueno, al menos los mensajes los leerá —dije yo.

Julia pidió otra copa y se vino arriba. Yo me animé y también pedí otra, el alcohol no ayuda en estos casos, pero a veces no es posible resistirse.

—Ven, vamos a hacernos una foto y se la mandamos. Aunque el martes me mate.

Levantamos los dos las copas y nos hicimos un *selfie*. La capulla de Julia tardó tres segundos en enviarle la foto a Lía y poner debajo el siguiente texto:

“Dicen que París es la ciudad del amor, creo que yo he encontrado al tuyo”.

—Joder, Julia. Creo que te has pasado —le dijo Claudio cuando vio la foto.

—Tranquilos, yo sé que a mi amiga hay que hablarle claro, para que reaccione.

Todos nos quedamos mirándola, porque parecía muy segura de sus palabras, pero en el fondo dudábamos de cómo le iba a sentar a Lía aquel discurso.

Julia me dijo que Lía ahora está dolida y que lo mejor es que sepa que yo sigo estando ahí para ella, que le escriba, que le diga lo que la echo de menos, lo que la quiero, pero que le dé su espacio.

—Es ella la que sin tardar mucho va a dejar de engañarse y se dará cuenta de que quiere estar contigo. Solo necesita que yo le meta presión para hacerla reaccionar. Me pondrá verde el martes por la foto y cada vez que le diga las verdades, pero ella y yo podemos cruzar esa línea de sinceridad. Hazme caso. Deja que sea ella quien acabe cediendo.

La conversación con Julia me dejó un poco descolocado. Es decir, tengo que seguir intentándolo, aunque estoy completamente a su merced. Espero que Julia sepa lo que dice y la conozca lo suficientemente bien para acertar con su pronóstico. Ojalá Lía se dé cuenta de que tenemos que estar juntos.

La noche continuó y todos nos divertimos, hasta a mí me gustó haber salido y así desconectar un poco mi mente del bucle Lía. Aunque probablemente he estado toda la noche hablando de ella con Julia, es distinto, casi siempre me ha dado ánimos para no dejar de intentarlo, no he tenido los pensamientos negativos como cuando pienso en ella solo en mi casa.

—Yo conozco a mi amiga y sé que te quiere, aunque no lo reconozca; probablemente sea tan grande lo que siente por ti que eso mismo es lo que le sigue asustando —me dice ella.

Ahora sus palabras me hacen no perder la esperanza. Soy como una puta montaña rusa.

Cuando ya no podemos ingerir más alcohol, salimos a la calle para coger un taxi.

—Bueno, chicos, disfrutad de la “Ciudad del Amor”, y si os perdéis nos llamáis —dice María a la parejita al despedirnos.

—Un placer, como siempre —le digo a Julia mientras le doy dos besos y un abrazo extra largo.

—Lo mismo digo. Ojalá pronto estemos juntos los cuatro —me contesta guiñándome un ojo.

Claudio me da un abrazo y yo le susurro que no la deje escapar. Quien lo iba a decir de estos dos, todavía me acuerdo cuando conocí a Claudio y me pareció el típico ligón de discoteca. Y aquel beso que dio en los labios a Lía delante de su ex y delante de mí, que me sentó como una patada en los cojones. Cómo iba a imaginar en ese momento que Julia y él acabarían siendo pareja y encima tan enamorados como están. Son las cosas de la vida, son las cosas del querer..., como dice esa canción tan antigua.

Al llegar a casa, Rubén y María me obvian completamente y van hasta su habitación metiéndose mano y restregándose delante de mí, con todo lengua y todo manos por el pasillo.

—Joder, os prefería cuando os cortabais un poquito delante de mí. ¡Cabrones!

—Intentaremos no hacer ruido, Penas —me dijeron con las lenguas entremezcladas.

Menos mal que el piso es enorme y su habitación y la mía guardan cierta distancia. No quiero oír sus gritos de placer mientras yo estoy más solo que la una.

Me desnudo y me meto en la cama, comienzo a dar vueltas y a notar como el puto alcohol está empezando a bajarse. He pasado de la euforia inicial por las palabras de ánimo de Julia a encontrarme solo en mi habitación, otra vez, y entrar en el bucle de pensamientos negativos de Lía de nuevo.

Es un error, es un error, es un error...; pero aun sabiéndolo, cojo el teléfono y le mando un *whatsapp* a Lía a las 4.35 de la madrugada.

“Princesa, por favor, te necesito. Se me parte el pecho en dos con solo pensar que te pueden estar tocando otras manos que no son las mías”.

Ya está enviado. Joder, Axel, si quieres arreglarlo, y de bajón étílico encima te pones celoso, lo tienes muy jodido.

Puto alcoholímetro filtrador de mensajes, que lo inventen ya, ¡coño!

El domingo, cuando se fueron mis niños con su padre otra vez, me sentí diferente a las otras veces. Me sentí mejor, sin dolor en el pecho. Tenía la sensación de que la vida empezaba a devolverme poco a poco parte de las cosas que me había quitado. Saber que Teo quiere vivir conmigo y que ha sido tan valiente de plantárselo a su padre, e incluso a su hermano mayor, me ha llenado de orgullo. Es un niño muy cariñoso y sincero. Me ha tenido que echar mucho de menos para querer regresar conmigo, incluso sabiendo que no sería fácil convencer a su padre. Lo que más me ha gustado es que no me había comentado nada hasta que ha sido Carlo el que ha tenido que venir a decírmelo. Creo que mi hijo me conoce demasiado bien y, viendo mi estado de ánimo en los últimos meses, ha querido evitar que me hiciera ilusiones hasta que ha sido una realidad. Nunca deja de sorprenderme mi pequeño gran hombre. Gael se me resiste un poco más. Me hubiera encantado que vinieran los dos conmigo de nuevo, pero no quiero que esté a disgusto. Si él está contento con su padre, no voy a ser yo la que le coaccione para que haga lo contrario. No lo hice en su día y no lo voy a hacer ahora.

Sentada en la terraza apurando mi copa de vino, sí, como os he dicho me apeteció brindar aunque fuera conmigo misma por la buena noticia y con el móvil en la mano, estuve debatiéndome entre llamar a Axel o no. Vaya fin de semana que me había dado, acribillándome a mensajes todas las noches. Parecía un puto quinceañero con móvil nuevo. Y qué os voy a contar de Julia, mi adorada y querida amiga, que en cuanto la vea dentro de un rato le voy a decir un par de cositas. Mandarme una foto de madrugada con Axel, hablándome de no sé qué cosas de encontrar el amor a las tantas, es una actuación digna de ella. Espero que llevara un buen pedal y el filtro no le funcionara; aunque, conociéndola como la conozco, juraría que lo hizo con la mente clara para que reaccione.

Como tenía buen humor, y antes de que el móvil me empezase a estallar de nuevo con los mensajes, busqué el contacto de Axel. Dudé un par de segundos más, una respiración muy profunda y pulsé la tecla de llamada.

—Hola, princesa. Pensé que no me ibas a llamar nunca —dijo.

—Hola, Axel. Te llamo porque tienes que parar ya. No puedes estar mandándome mensajes todo el día. Y menos a las tantas de la madrugada y medio borracho. No creo que me lo merezca.

—Lía, ¿va todo bien? Te noto la voz triste.

Puto Axel, lo que me nota es cansada de tener que lidiar con los sentimientos que se agolpan en mi pecho con solo escuchar su voz. Tranquila, Lía, aclara las cosas para que podáis seguir con vuestros caminos, solo una vez y ya está. Volví a respirar.

—Sí, Axel. Todo bien. Querías hablar, ¿no? Pues hablemos.

Y hablamos, claro que hablamos, largo y tendido. Empezamos desde el principio, cuando lo eché de mi vida sin preguntarle antes y encima con mentiras. Le dije cómo fue la llamada de su madre, a pesar de que él ya sabía la versión de ella, y le dije que en aquel momento era lo mejor para él. Me recriminó que actuara así y que le mintiera con lo de los niños, lo de Carlo y la custodia, y que di a entender que lo nuestro no funcionaba. Le dije que sentí las formas, pero no el fondo.

—Nunca hubieras aceptado si no te obligo a irte —dije alzando la voz. Le conté mi conversación con Juan y como planeé poco a poco cansarle. También le recriminé que no fuera él quien me contara lo del proyecto, lo podíamos haber hablado, él también me ocultó cosas. La nota, mencionamos otra vez la puta nota y me pidió perdón. Una vez más. Le dije que sus palabras me dolieron mucho y que

siempre pensé que cuando se le pasara el enfado volvería a llamarme. Pero su llamada nunca llegó. Él me dijo que hasta diciembre estuvo muy enfadado conmigo, pero que siempre me echó de menos. Joder, me costó tener esta conversación sin verle la cara, pero me vino muy bien para ordenar todo el proceso que había sufrido durante este año.

—Lía, los dos hemos cometido errores, no quiero decir quién de los dos la ha cagado más, pero yo me he dado cuenta de que te necesito y quiero recuperarte. —Joder, en serio, Axel. Después de un año, no creo que sepas ni lo que quieres.

—Axel, nuestro tiempo ya pasó. Tú estás en París, tienes un buen trabajo, yo sigo aquí con el mío. Tú tienes tu vida y yo la mía.

—Lía, por favor, no me mientas más. Lo que sentimos la semana pasada fue algo importante, no fue solo sexo, y lo sabes. Tenemos que volver a estar juntos, encontraremos la manera.

—Mira, Axel, yo solo te llamaba para intentar aclarar las cosas. De verdad que necesitaba sacar a la luz todas las mentiras, a pesar de que tú ya lo sabías hace tiempo y no me has llamado para decirme nada, así que vamos a dejarlo aquí. Los dos hicimos las cosas mal y hemos seguido nuestro camino, ahora ya no hay marcha atrás.

—Princesa, siento no haber dado este paso antes, pero ya que me habías echado de tu vida para que continuara mi carrera profesional, quise terminar el trabajo antes de volver a estar contigo ¡Joder, Lía!, si gané el puto premio más importante para un arquitecto novel y todo te lo debo a ti —sus palabras me abrieron un poco el pecho, casi no supe que contestarle.

—Axel, lo has conseguido porque eres el mejor, yo solo te di el empujón para que no dejaras de perseguir tu sueño, pero las decisiones que tomamos en la vida están ahí. Y yo ahora estoy bien sin ti. Por favor, no lo compliques más.

—Joder, Lía. No me creo que seas feliz, me doy cuenta cómo estás cuando estamos juntos, sé la luz que desprendes cuando te toco. ¿Por qué lo niegas?

—Axel, ya está, fin de la conversación. Ha estado bien poder decirnos las cosas, sin enfadarnos. Vamos a dejarlo antes de estropearlo otra vez.

—Joder, Lía, por favor. No puedes dejarme así. Princesa.

—Adiós, Axel. —Y sin más le volví a colgar. Me imagino que nos quedaron un montón de cosas por hablar, como qué habíamos hecho estos meses, por qué me mandaba mensajes disfrazados en su foto de *whatsapp*, con quién nos habíamos enrollado...; pero de verdad que, no sé si por el vino que me había bebido mientras hablábamos, o por la paz que me había dejado la noticia de que mi hijo volverá a vivir conmigo, por fin conseguí un instante de calma.

Apagué el móvil, porque cabía la posibilidad de que él intentara llamarme otra vez y necesitaba desconectar un poco de todo. Antes envié un mensaje a Jorge, que se presentó en mi casa en menos de quince minutos. Mi mente solo repetía una y otra vez las palabras de Axel, *te necesito, tenemos que arreglarlo, encontraremos la manera*, y yo mientras besaba a Jorge con desesperación y le pasaba los dedos por su barba de tres días. Como si, metiendo mi lengua en su boca, mi corazón dejaría de pensar en Axel. Acabamos acostándonos sobre el sofá y follando sin mucha parafernalia. Odié la sensación que me quedó después. No me gustó... ni un poco..., más bien nada. Ese domingo lo bauticé como el “Día del Autoengaño”, o el mes, o el año...

Ahora estoy en mi despacho esperando que llegue Julia de su viaje de amor y fornicio. Le he dicho a Carlota que en cuanto entre por la puerta la mande a mi oficina. Antes de que se encienda mi ordenador del todo, ya la tengo asomando su cabeza.

—¡Buenos días, nena! —me saluda risueña.

—Entra y cierra, por favor.

—¡Joder!, qué mal carácter tienes los martes, ¿no? Tienes que follarse más, amiga mía.

—Pues follarse he follado hace bien poco, puedes preguntarle a Jorge.

—Joder, Lía, ¿en serio? ¡Joder!, ya no sé cómo voy a decírtelo, tienes que dejar de autoengañarte.

Jorge no te gusta, es que me imagino que te corres por compasión.

Otra vez estaba ahí la puta palabrita... AUTOENGAÑO. Joder, ¿qué era ahora, psicoterapeuta?

—Vete a la mierda. ¡Ah, claro!, se me olvidaba que has estado en París con el amor de mi vida.

—Está bien, Lía, quizás me pasé mandándote la foto a las tantas de la madrugada, pero no dije ninguna mentira. ¿Por eso estás así?

—No, estoy así porque me encanta que mi mejor amiga esté en París con mi ex arreglándome la vida, ¡no te jode!

—Lía, por favor. Puedes repetirle a Axel mil veces que ya vuestro tiempo pasó, que lo de la boda fue solo sexo y puedes engañarte otra vez pensando que igual te sale bien lo de Jorge; pero a mí, nena, a mí no me engañas. ¿Y sabes lo que más me jode?, que yo no quiero verte así, quiero verte feliz. Y eso no se consigue con medios polvos de esos que echas, eso se consigue con la salida que hiciste en la boda de Lucas, a hombros de él, porque tú no te viste la cara, pero yo sí.

—Muy bien, puedes decir lo que te dé la gana, ya veo que tú y Axel ahora sois muy amiguitos. Te llama y te cuenta todas nuestras conversaciones, ¿no?

—Ves, ves como sí te importa todo lo relacionado con él. Si pasaras, como dices, te daría igual que él y yo hablásemos, pero no eres capaz de reconocerlo. Nena, piensa en ti por una vez. Olvídate de todo lo que te rodea y agarra con fuerza lo que te hace feliz. Si necesitas algo, estoy en mi despacho.

Y sin que pudiera replicar su último argumento, se marchó. Y ahí me quedé yo, con cara de gilipollas por la bofetada de sinceridad que me había dado mi amiga.

El teléfono de la oficina sonó para devolverme al mundo real.

—¿Sí? —contesté

—Lía, te paso una llamada, es un tal señor Duarte, tiene un acento raro.

—¿Duarte? —pregunté yo descolocada. ¡Hostia!, no puede ser, ¿será Fabio Duarte? —. Está bien, pásamela.

Carlota me pasó la llamada y contesté lo más profesional que pude.

—Lía Bejes, dígame.

—Señorita Bejes, soy el señor Duarte, del Love Resort, ¿se acuerda de mí?

—Sí, claro, ¿qué tal todo?...

Y así comenzó una conversación de lo más distendida. Por fin Fabio va a expandir su negocio en España y ha pensado que yo podía encargarme de todo el papeleo necesario y del asesoramiento para hacerlo de la mejor manera posible, creando una sociedad nueva en España o gestionando todo desde una de las que ya tiene creadas. Me gustó hablar con él, se ve que es un hombre de negocios muy interesante.

Va a empezar comprando un edificio pequeño en Madrid, para convertirlo en hotel y así ver cómo funciona la cosa. Después de tomar nota para ver todo lo que necesita, me dijo que la primera reunión será en Madrid en unas semanas, que por supuesto ya me manda por el *mail* la cita y el lugar para que esté presente. Su asesor personal también irá y así podremos organizar todo.

—Me parece perfecto, señor Duarte —le dije complacida.

—Llámame Fabio, por favor. Para eso ya nos conocemos.

—Está bien, Fabio, pues nos vemos entonces.

—Perfecto, Lía. Hasta pronto.

Cuando colgué, empecé a dar vueltas en mi silla, como una loca. Joder, si al final conseguía tenerle como cliente, iba a suponer una buena suma para nuestra asesoría. Aunque estaba enfadada como una mona con mi Juli, tenía que ir a contárselo, va a flipar cuando se entere.

AXEL

No creo que sea capaz de dormirme esta noche. Acabamos de llegar de la inauguración del hotel de París y estoy reventado. Las últimas semanas han sido caóticas. El plazo para que estuviera acabado se ha ido acortando y Rubén y yo hemos trabajado millones de horas para que todo estuviera perfecto. Han querido abrirlo en pleno mes de julio y nos han metido mucha caña, así que esta noche, cuando por fin se ha entregado el proyecto, hemos sentido alivio y descanso a la vez. Qué sensación de libertad he disfrutado cuando por fin han abierto las malditas puertas del hotelito. Juan ni tan quiera ha venido a la inauguración, ha dejado todo en mis manos y solo nos ha hecho una llamada para preguntar qué tal había ido la cosa. Ha depositado toda su confianza en nosotros y, viendo el resultado, creo que no le hemos decepcionado. Todo el mundo nos ha felicitado, incluidos los altos cargos de la cadena hotelera, que en un principio estaban bastante escépticos con la finalización de la obra.

Ahora tenemos que estar aquí unos días más, por si surge algún imprevisto, y luego tendremos unas merecidas vacaciones.

La pobre María ha pasado los días sin apenas vernos, cuando llegábamos a casa ya era tan tarde que muchas noches la encontrábamos dormida en el sofá. Harta de estar sola la mayor parte del tiempo en casa currando y sin hacerse mucho a vivir en la ciudad, decidió marcharse unos días a Santander para pasar un tiempo con su familia. No la culpo, París a mí tampoco me ha motivado mucho estos meses. Mis padres viven aquí y me gusta compartir algún rato con ellos; alguna visita a la última exposición de fotografía con mi madre, una buena copa de *whisky* de charla con mi padre, pero más allá de eso, no sé. Después de haber pasado aquí unos buenos años de adolescencia, ahora noto la ciudad distinta, no sé muy bien cómo expresarlo, podría decir que es una ciudad sin personalidad, según mi punto de vista, por supuesto.

Cada noche al volver a casa he intentado comunicarme con Lía; desde que me llamó aquel domingo y por fin hablamos, no ha sido capaz de cogerme el teléfono otra vez. Pensé que cedería un poco, pero ella se mantiene en sus trece, me dijo que nuestro tiempo ya pasó y que debemos seguir con nuestras vidas.

¿Qué vida voy a vivir yo si no es con ella?

No me ha quedado más remedio que escribirle *whatsapp* cada noche. Estaba tan cansado que tampoco han sido grandes declaraciones de amor, pero sí las palabras necesarias para que sepa que no tiene ningún sentido su actitud, no puede apartarme de ella como está haciendo, porque no puedo olvidarla y quiero pensar que ella a mí tampoco.

Los mensajes los primeros días fueron del tipo “Buenas noches, princesa”. “Lía, por favor, deja de negar que necesitamos estar juntos”. “Necesito tenerte a mi lado para respirar”. “Cierro los ojos y te veo pegada a mí”.

A medida que seguían pasando los días y no obtenía respuesta, mi mente enfermó y pasaron a ser del tipo: “No me digas que estás con otro o no podré dormir”. “Acaso él te folla como yo”. “Si me dices que ahora te está tocando, me volveré loco”...

Sí, lo sé, estoy completamente perdido. Joder, Axel contrólate o la perderás definitivamente. Otra vez la incertidumbre me mata.

Cada día que pasaba sin saber de ella, se me ponía un mal cuerpo de la hostia, pensaba que quizás estaba con el tal Jorge ese, los imaginaba follando, ella desnuda, él tocándola. Y lo peor de todo es que empezaba a creer que se estaba olvidado de mí. Pero parece que, para evitar que mi cabeza estallase con tanto pensamiento negativo, los astros se alinearon otra vez y hace unos días Teo volvió a coger el teléfono de su madre y hablé con él. Ella estaba en la ducha y aproveché para ponerme un poco al día con él. Me contó que vive con ella otra vez, desde primeros de mes, que su padre arregló los papeles y que su hermano se quedó con él. Joder, me alegré un montón por ella, ya era hora de que algo le saliera bien y agradecí la inocencia de Teo por contarme sus cosas como si fuera un amigo más. Hasta me contó que ahora vivían en un piso enano, pero con terraza, que no le gustaba nada y que echaba en falta su habitación en el otro piso.

¡Joder!, me entraron tantas ganas de decirle que no se preocupara, pero no podía adelantarme a los acontecimientos. Estuve a punto de preguntarle si su madre tenía novio o algo similar; pero al final fui sensato y me callé, no es necesario meter a Teo en nuestros menesteres. Me preguntó si iba a volver a Santander y le dije que sí, se lo dije firmemente convencido, le dije que muy pronto estaría allí de nuevo y que me encantaría verle.

—Mamá estaba más contenta cuando estaba contigo —me dijo como si fuese lo más normal del mundo mencionármelo.

¡Vaya!, este niño me tiene completamente ganado, se me hizo un nudo en la garganta y casi no pude despedirme. No sé si Lía estaría a punto de salir de la ducha, pero no pude seguir hablando con Teo y forzarle a que me la pasara. Le dije que espero verlo pronto y colgué.

Antes de dejarme caer literalmente en la cama, porque no tengo muchas fuerzas para nada más. mando mi *whatsapp* a Lía. “Mi trabajo en París ha terminado, no puedes huir de mi eternamente. Te quiero, princesa”.

Rubén se había levantado antes que yo y había puesto la cafetera, no lo solía hacer casi nunca; pero como no estaba María, me había preparado él el desayuno.

—¿A qué se debe este honor? —fingí sorpresa pasándome la mano por el pecho.

—¡Cállate, Penas! Y no se te ocurra contarle nada a María, que yo tengo una reputación.

Desayunamos café y *croissants* recién hechos, que había traído la asistenta de mi abuelo como casi todas las mañanas. Estábamos a punto de abandonar esta vida de pequeños lujos y volver a la realidad; pero yo, la verdad, creo que no la voy a echar en falta. Rubén quizás un poco sí.

Después de desayunar, miramos un poco la agenda y organizamos nuestra marcha de París, la ventaja es que solo tenemos que llevarnos la ropa y los ordenadores. Los dos tenemos unos meses más de contrato en el estudio de Juan, pero antes de volver nos queda disfrutar de un par de semanas de vacaciones. Rubén se va a ir con María a Croacia, ya tienen los billetes para dentro de unos días y yo la verdad es que no tengo ni idea de qué voy a hacer los días de descanso, ni cuando vuelva al trabajo. La única idea que tengo clara es que tengo que ir a recuperar a Lía.

Mi móvil suena y es un número desconocido.

—¿Sí? —contesto.

—Hola, Axel, soy Héctor, el amigo de Juan, ¿te acuerdas de mí?

—¡Claro, Héctor!, dime.

—Mira, me dio tu móvil Juan, espero que no te moleste. Es que mi tío quiere abrir mercado en España y ha pensado en empezar por un pequeño hotel urbano en Madrid. El edificio está ya construido, pero habría que hacer un proyecto de rehabilitación y todo el diseño interior. Sé que no te aviso con tiempo, pero necesitaría que fueras a Madrid dentro de dos días para una primera reunión. Si te interesa, claro. —¡Coño!, una reunión con el mismísimo Fabio Duarte, con lo mal que me cae el

prepotente del mexicano. Estoy de vacaciones ahora mismo, así que no pierdo nada por escuchar lo que quiere.

—Está bien, me gustará conocer el proyecto. Entonces el viernes es cuando tengo que estar allí, ¿no?

—Sí, eso es. Dime tu correo electrónico y te paso toda la información de la reunión. Después me pasas tus datos y te gestiono la reserva en el hotel donde nos quedaremos nosotros también.

Nos intercambiamos los correos y nos despedimos.

Guardo en la agenda su móvil y enciendo mi portátil para reservar mi vuelo a Madrid.

Le cuento a Rubén todo lo referente a la llamada en lo que busco vuelo y decidimos que sería un proyecto muy interesante para hacer por nuestra cuenta. Quizás, si Fabio nos contrata, tendríamos que dejar el estudio y ponernos nosotros solos, es solo una idea que me ronda en la cabeza hace tiempo. Puede que sea nuestro comienzo como estudio de arquitectura.

—¿Tú estarías dispuesto a que fuéramos socios? —le pregunto decidido.

—Joder, Penas, sabes que somos una pareja perfecta, no vas a encontrar a nadie que te aguante como yo.

—Eres un mamón, estoy hablando en serio, ¿piensas que es una locura?

—Para nada, creo que los dos sabemos trabajar en equipo y que nuestras ideas son buenas. Será una nueva etapa, pero no me importaría arriesgarme contigo.

—Está bien, entonces voy a Madrid a la reunión y con lo que sea ya nos lo planteamos ¿te parece?

—Me parece perfecto, voy a llamar a María y de paso se lo cuento.

Cuando Rubén se fue, me entraron ganas de llamar a Lía y ponerla al corriente de mi reunión con Fabio. Aunque sería inútil, porque la muy cabezona no me va a coger el teléfono. Decido que lo mejor es hablar con mi enlace. Julia.

—Hola, Julia. ¿Qué tal todo?

—Todo bien, bastante curro. Ya sé que acabaste el hotel de París.

—¡Ah, bueno!, eso quiere decir que por lo menos lee mis mensajes.

—Sí, claro que los lee, ya te lo dije. Cuando le pregunto me dice todo el día que eres pasado y a los dos minutos me viene a contar lo que le escribes. Puta cabezona. Mira, Axel, si ya has acabado tienes que presentarte aquí y arreglar todo esto. Cada día está más gilipollas haciéndonos creer que ahora lleva una vida tranquila, sin ataduras, con...; bueno, ya sabes, fingiendo que todo le resbala. Aunque a mí no me engaña. Yo sé que no.

—Claro que voy a volver, pero tengo una reunión en Madrid el viernes y es importante. Puede que hasta el lunes no pueda ir a Santander.

—¿Tú, en Madrid? No será con el mexicano ese de la isla, ¿no?

—Pues sí, ¿por qué lo sabes?

—Porque nosotras también vamos. Quiere que le llevemos la empresa y que seamos sus asesoras aquí.

—Joder, perfecto. Así la veré el viernes y te juro que lo pienso arreglar, sí o sí.

—Axel, solo te pido que te controles, porque queremos conseguir la cuenta del cliente. No quiero que la cagues y nos mande a todos a la mierda.

—Tranquila, esta vez lo haré bien.

Nos despedimos y me quedé con la sensación de que Julia se estaba reservando algo de información. Cuando me ha dicho que Lía está insoportable, creo que me iba a decir que está con él, aunque al final lo ha debido de filtrar y me lo ha disfrazado. Ojalá me equivoque, pero creo que me va a costar más recuperarla de lo que pensé en un principio. Joder, cuándo entrará en razón. Solo

pido que no la tenga que ver nunca en brazos de otro, porque entonces me volveré loco.

El viaje en coche ha sido un poco extraño. Jorge tiene que estar en Madrid este fin de semana por unos asuntos familiares y nos insistió para que viniéramos con él. Julia en un primer momento se negó rotundamente, sigue sin tolerar a Jorge, pero a mí la verdad es que coger aviones no me entusiasma demasiado, así que me pareció buena idea su ofrecimiento. Al final tuve que convencer a Julia para que no fuera idiota y aceptara venir con nosotros, la capulla pretendía venir sola en avión y dejarme a mí con “mi medio polvo”, como le llama la cabrona.

Cuando le conté a Julia la llamada de Fabio, enseguida nos pusimos a preparar la reunión, sin duda es una cuenta muy atractiva para nuestra asesoría y un reto personal para las dos. Ella como experta en derecho tiene que estar en la reunión porque hay muchos temas que a mí se me escapan, yo soy la de los números. Como ya hemos hecho otras veces con clientes de menos envergadura, las dos expondremos nuestros conocimientos para asegurarnos de que Fabio firme con nosotras.

Jorge nos ha venido contando cosas de su ciudad y de cómo le gusta vivir en una ciudad grande, para él en una mega ciudad todo son ventajas. Julia ha venido todo el camino soltándole pullas; eso es una idiotez, la vida en las grandes ciudades es una mierda, la gente de interior es mucho más rancia que los de las zonas abiertas al mar... Si llego a ir sentada con ella en la parte trasera, le hubiera metido el codo por todas las costillas, menuda manera de cortar el rollo, ha sido una auténtica estúpida.

Cada vez que podía, Jorge me rozaba la pierna o me hacía alusión a alguno de nuestros encuentros en plan cariñoso. No me he vuelto a acostar con él desde el día que le llame al colgar a Axel y me incomoda que delante de Julia aparente algo que no somos. Siempre le he dejado claro que solo somos amigos y que nunca seremos nada más. A Julia le entraba una falsa tos, como si fuera una niña pequeña, cuando lo veía acercarse a mí. Como os he dicho, vaya viajecito me estaba dando.

Jorge nos ha puesto algo de música en el coche y también ha protestado, daba igual que sonara pop español que los últimos éxitos internacionales, nada le complacía. Al final del trayecto ya estaba tan agobiada que he subido a tope el volumen cuando sonaba “Thunder” de Imagine Dragons, solo para no tener que escuchar sus quejas. Siente el trueno decía la canción, y claro que lo iba a sentir, aunque en ese momento no tuviera ni idea.

Sé que Julia se trae algo entre manos, porque desde que hemos salido de casa no ha parado de mandar *whatsapp* durante todo el camino y no creo que a Claudio le esté informando de cada pueblo que atravesamos. Está alterada y nerviosa; conociéndola como la conozco, algo me oculta.

Jorge nos ha dejado en el hotel y he quedado que cuando termine la reunión ya le aviso, por si podemos ir a cenar juntos o a tomar algo.

Fabio nos ha reservado dos *junior suites* en la planta 25 en el Eurostars Madrid Tower, las vistas desde nuestra planta son increíbles, creo que es la primera vez que me alojo en una planta tan alta. Mientras esperamos que llegue la hora de la reunión, nos damos una ducha y nos ponemos nuestro traje de ejecutivas, siempre con un toque sexi, porque cuando una se mueve en un mundo de hombres no puede dejar nada al azar. Es importante jugar bien todas tus cartas si quieres ganar la partida.

Me enfundo una falda lápiz negra, con abertura en la parte trasera, que se pega a mi cuerpo como un guante, con una camisa blanca que le da el toque más serio. Mis zapatos negros de salón y un poco de maquillaje, todo en tonos naturales, que mi piel ya tiene algo de color por el inicio del verano. Cuando entra Julia con su maletín en mi habitación, le silbo como si fuera un obrero de la

construcción. Joder, está cañón. Ella se ha puesto un vestido entallado con media manga, crudo y negro que le queda perfectamente amoldado a su curvilíneo cuerpo. Lleva el pelo recogido y parece una alta ejecutiva.

—¿Preparada para la reunión? —me pregunta mientras nos miramos por última vez en el espejo.

—Creo que sí —respondo mientras cojo mi maletín.

—Vamos a conseguir que ese mexicanito nos haga ganar mucho dinero, ¿entendido?

—Ja, ja, ja —me descojono antes de salir por la puerta, esa es la actitud de mi Julia, la de una ganadora.

La puerta de entrada de la Suite Presidencial es impresionante, es el lugar elegido por Fabio para la reunión. Aunque intento estar tranquila llegados a este punto, siento un hormigueo en las manos y creo que me empiezan a sudar. Julia me mira una vez más antes de llamar a la puerta y me da un pico en los labios, solo un roce. ¡Joder, menuda cabrona!, vaya táctica de despiste para quitarme los nervios. No puedo hacer otra cosa que mirarla y reírme.

—Vamos a por ello, hermana —me dice mientras da unos leves toques a la puerta.

Nos abre un chico muy moreno, alto y con barba muy arreglada. Su boca se curva en una amplia sonrisa cuando nos ve.

—Buenas tardes, señoritas. Pasen. El señor Duarte no tardará en llegar, yo soy Gonzalo, su abogado —nos dice con un marcado acento mexicano.

Le saludamos, nos presentamos y pasamos a una sala de reuniones, un espacio independiente de la estancia principal. Hay una mesa bastante grande y varias sillas alrededor. Nos indica que nos sentemos y vemos que ya hay un montón de papeles encima de la mesa. Gonzalo nos cuenta que Fabio ha ido a ver el edificio con Héctor y el arquitecto y que no tardarán en llegar.

Nos pregunta si queremos tomar algo y le pedimos un poco de agua. Ya se sabe que en estas reuniones se habla demasiado y con los nervios se te va quedando la garganta seca. Para romper el hielo, Julia y él empiezan a hablar un poco de Derecho Internacional y de cuál es la mejor forma de plantear esta expansión. Yo busco en mi maletín los informes de mercado que he hecho y todos los números que necesito para hacer un análisis más exhaustivo, me concentro en mis papeles mientras ellos hablan.

La puerta principal se abre y oímos voces que se acercan, estoy de espaldas a la puerta de la sala de reuniones, pero me quedo petrificada en mi silla, no necesito girarme para saber que a mi espalda está ÉL, mi ÉL, mi Axel.

Joder, tiene que ser una puta broma.

Su olor ha llegado hasta mí antes que su imagen, es él, estoy segura. Mi olfato reconocería su olor a mil kilómetros de distancia. Me pongo más nerviosa. Como acto reflejo, junto mucho mis muslos al sentir un pinchazo en mi centro de placer. ¿Por qué?

No me lo puedo creer. Miro a Julia antes de que lleguen hasta nosotras y me sonrío la muy guarra. Ella lo sabía. ¡Joder, ese era su puto secreto! La mataré luego.

Está bien Lía, deja de blasfemar mentalmente y céntrate. Son negocios. Héctor, Fabio y Axel llegan hasta nosotras. Nos levantamos, saludamos a los mexicanos primero, les presento a Julia y contengo la respiración cuando Axel se acerca a mí para darme dos besos también. Esta vez el capullo no pone su mano en el final de mi espalda, como es su costumbre, sino que clava las yemas de sus dedos en mi cadera y me empuja hacia él, con firmeza. Cuando posa sus labios en mi mejilla, aprovecha para pegar su nariz cerca de mi oreja. Joder, no puedo montar un numerito aquí, pero siento una corriente atravesarme de los pies a la cabeza. Ya está aquí la puta electricidad.

Consigo separarme con gesto serio y a continuación veo como besa a Julia, un solo beso en vez de

dos, ¡vaya complicidad!, ¿no?

Venga, Lía, recupera el control y céntrate en la reunión. Fabio habla y me saca de mis pensamientos.

—Me encanta volver a verla, Lía. ¿Todo bien?

—Sí, todo perfecto. —Consigo sentarme en la silla y recuperar parte de la cordura.

La reunión transcurre como cualquier otra, cada uno aporta sus ideas y yo tomo nota de todos los temas que van surgiendo. Nos enseñan algunas fotografías del edificio, los planos, el precio de compra. Hablamos de la inversión que está dispuesto a hacer.

Sabemos que Axel será el encargado de realizar el proyecto si le gustan sus ideas, así que le pido muy profesionalmente que lo tenga cuanto antes, con todos los costes. Fabio nos mira raro, parece que nota la tensión que hay entre los dos, me dirijo a Axel sin mirarle a los ojos, no quiero que su mirada me deje en blanco. Me imagino que Fabio nota que ya no estamos juntos, o al menos lo intuye.

Gonzalo y Julia parece que están de acuerdo en crear una empresa aquí y así obtener los máximos beneficios fiscales, mientras Héctor y su tío nos hablan de qué tipo de hotel urbano quieren. Axel está sentado enfrente de mí y sin levantar la mirada de mi portafolio noto cómo me mira con sus ojos verdes, hoy tienen un brillo especial. Él ya sabía que yo iba a estar aquí, jugaba con ventaja.

Axel se levanta a coger unos planos que están a mi derecha y se inclina en la mesa muy pegado a mi cuerpo. ¿Qué cojones está haciendo? Al retirarse me roza el brazo con sus dedos, el resto de asistentes creo que no le han visto. No me puedo creer que esté comportándose como un gallo de corral. Se me ha puesto la piel de gallina con su roce. Soy idiota, pero sin querer he vuelto a cerrar mis muslos. Creo que mis bragas ya están mojadas.

Me levanto y voy a servirme más agua que hay en un mueble auxiliar. Necesito refrescarme. Fabio aprovecha para acercarse a mí y dejamos al resto en la mesa grande. Me pregunta por mis niños, por mi ex, el decorador de interiores. Me hace gracia que se acuerde. Yo le pregunto por Rosalinda y aprovecho para entregarle el presupuesto de nuestros servicios. Sé que sacar el tema del dinero es algo incómodo, pero le entrego nuestra propuesta y un contrato para que me devuelva firmado, si está de acuerdo en que nosotras nos encarguemos de todos los trámites. Él lo recoge con buena cara y me susurra cerca del oído que el dinero no será un problema. Al volver a la mesa grande, me acompaña con una sonrisa y su mano sobre mi hombro.

No necesito mirar a Axel para saber que está apretando la mandíbula. No me puedo creer que se siga sintiendo amenazado con la presencia de Fabio. No he podido evitar acordarme de cómo me folló el día de la cena en su casa en la isla.

Lía, esos pensamientos no te hacen ningún bien, me recrimino. Trabajo, es trabajo, olvida el sexo, ya.

Más o menos cuando tenemos todo claro y vamos a dar por terminada la reunión, Fabio nos convoca para una cena en el restaurante del hotel.

—A las nueve los espero en el restaurante para la cena, van a venir unas amigas mías y me gustaría que cenáramos todos juntos.

—Está bien, allí estaremos —dijo Julia la mar de sonriente. Se ve que está disfrutando un montón con todo esto.

Nos despedimos de todos, y cuando Axel está recogiendo sus planos para salir con nosotras por la puerta, Fabio le llama.

—Axel, puedes quedarte un poco, necesito explicarte unas cosas.

—Bueno, nos vemos luego —dije yo cuando salía por la puerta. Miré a Axel con cara de “jódete, ya no vas a poder seguir con tu juegucito”. El muy idiota me guiñó un ojo y dijo moviendo sus

labios “te veo luego, princesa”.

Cuando cerramos la puerta y fuimos hasta el ascensor, no dirigí la palabra a Julia, la mala hostia me iba a hacer explotar. Una vez dentro, y cuando las puertas se cerraron, no me pude callar.

—Qué bien te lo pasas descojonándote de mí, ¿no?

—Venga, Lía, conmigo no finjas. Apuesto a que ahora mismo tienes las bragas mojadas. Tú has visto cómo te comportas cuando estás cerca de él.

—Vete a la mierda “amiga” —y recalqué mucho la última palabra.

—Él mismo iba a llamarte para contártelo, pero sabía que no le cogerías el teléfono. Así que me lo contó a mí.

—Y tú decidiste que lo mejor era ocultarme esa información, ¿no?

—Pues sí. Yo sé cómo has preparado esta reunión, no quería que estuvieras preocupada por nada más. Venga, no te enfades. Lo importante es que hemos conseguido el cliente, ¿no?

—¡Qué bonito!, yo con los sentimientos desbordados porque Axel me vuelve loca para bien o para mal y tú preocupada de la cuenta.

—¡Ves, cabezona!, deja de engañarte, joder. Es él y está aquí, no lo niegues más.

—Creo que mañana nos dará el contrato firmado y el dinero no creo que sea ningún problema — cambié de tema radicalmente y no quise pensar más en Axel.

—Está bien. Vamos a descansar un poco y a ponernos guapas para esa cena. Voy a ver si llamo a Claudio y tenemos algo de sexo telefónico, ver tanta tensión sexual entre vosotros me ha puesto cachonda —me dice mientras entra en su habitación, que está al lado de la mía.

—¡Joder, qué guarra eres!, al menos no grites.

Solté mi maletín encima de la cama y me tiré sobre ella boca abajo.

Al mirar mi móvil, vi tres llamadas perdidas de Jorge. A cuenta del efecto Axel, ni me había acordado de él. No me apetecía llamarle. Le mandé un *whatsapp* y le dije:

“La reunión acabará tarde y tengo cena de trabajo. Puedes venir a tomar una copa después si quieres”.

No tardó en contestarme.

“Está bien, luego me paso y quizás me haces un hueco en tu cama”.

Vaya con Jorge, nunca me había mostrado sus cartas tan claras.

Metí la cabeza entre las dos almohadas y quise quedarme allí hasta ahogarme.

Por supuesto, no le respondí.

Joder, vaya cena que me espera.

Después de darme un largo baño de espuma, me sentí algo más relajada. La tensión acumulada por la reunión fue desapareciendo poco a poco. No puedo decir lo mismo de las mariposas en el estómago. ¿A quién quiero engañar? Estar cerca de Axel desata todos los sentimientos que guardo cuando no estoy con él.

Joder, Lía, menos mal que estabas muy tranquila con tu vida normal, sin salir de tu zona de confort y pasabas de complicaciones. Me recrimino a mí misma.

Me pongo un vestido negro con estampado de flores rosas, perfecto para esta época estival. No he traído mucha ropa para el fin de semana, así que tampoco tengo mucho donde elegir. No es que sea el ideal para una cena muy formal, su escote es bastante pronunciado y no me puedo poner sujetador, pero tampoco es como para ir a la playa, puedo decir que es elegante pero informal. La cena tampoco va a ser muy protocolaria. Doy gracias a la gravedad por respetar mis tetas, todavía no se han descolgado del todo y puedo lucir escote. Dudo por unos momentos si ponerme tanga y mi parte más íntima palpita al recordar cómo le gusta a Axel que no lleve ropa interior. Gruño.

Mierda, Lía, estás empezando a volverte loca, ¿cuándo vas a recuperar la sensatez? ¿Por qué pienso que voy a estar con Axel? Será que inconscientemente lo estoy deseando.

Me maquillo suave y me pinto una buena raya negra en el ojo, rímel y listo. El pelo me lo dejo con mis ondas naturales y lo echo para un lado. Me calzo unas sandalias de cristales plateados con taconazo. Menos mal que la cena es en el hotel y no voy a moverme mucho subida a esta altura, llevo mucho tiempo andando con planos y cada vez me cuesta más soportar los tacones. Una última mirada en el espejo y salgo a buscar a Julia.

—Joder, ¡qué guapa estás! —le digo cuando me abre la puerta.

—Tú no estás mal tampoco, creo que quien se siente enfrente de ti no te va a mirarte mucho a los ojos —me suelta con sorna.

Instintivamente me cubro el escote con las manos, quizás me he pasado.

—¿Es muy exagerado? Porque me puedo ir a cambiar.

—No seas idiota, estás muy guapa y lo bonito se luce —me dice mientras pasa sus manos por mis tetas.

—¡Quita, guarri!, ¿no has tenido suficiente con tu sesión de cerdadas al móvil?

—Bueno, ya sabes que no me sacio fácilmente.

—Joder, no digas más que no lo quiero saber.

Cogemos nuestros bolsos de mano, otra miradita en el espejo y nos vamos al ascensor para subir al restaurante que está ubicado en la planta 30, ya casi son las nueve.

Todos están de pie, charlando en la entrada. No puedo mirar a Axel a los ojos porque al ver su silueta levantarse de un pequeño sofá de cuero negro ya me he mareado. Su olor me ha llegado otra vez antes que su presencia. Está increíble. Lleva un traje azul y en vez de ponerse una camisa se ha puesto una camiseta azul marino debajo, le da un aire mucho más informal y más fresco, puedo intuir su marcado pecho desde aquí.

Joder, vuelvo a juntar mis muslos como un acto reflejo. Es perjudicial para mi salud que esté tan guapo. Si encima me ve y me sonrío, estoy perdida. Esa sonrisa, esa sonrisa me atrapa.

Tranquila, Lía, solo es una cena.

Fabio nos presenta a sus dos amigas, como estaban de espaldas no han advertido nuestra

presencia. Joder, vaya par de tías. Julia pone los ojos en blanco cuando las ve. Tienen que ser modelos o no quiero sonar vulgar; pero, cómo decirlo finamente..., ah, sí, como diría mi abuela, señoritas de compañía.

—Esta es Lupita, una amiga mía mexicana que trabaja en Madrid como modelo —nos dice Fabio. Se le ve encantado con ella.

Julia y yo le damos dos besos y a pesar de los taconazos nos sentimos unas enanas a su lado.

—Encantada —nos responde la chica.

—Igualmente —le decimos a la vez.

—Y esta es Mila, otra compañera suya —nos presenta a la otra chica, que es algo más baja pero otro pibón.

Axel se me acerca y me pone la mano en el principio de mi culo, porque creo que lo del final de la espalda se le ha quedado corto. Le atravieso con la mirada, pero sus ojos verdes me hipnotizan un poco. Hace una pequeña mueca con sus labios cuando mira mi escote desde su altura. Julia contempla la escena intentado disimular su descojono. Yo me pongo algo tensa, pero él no se aparta. ¿A qué está jugando?

Pasamos al comedor y enseguida veo que Axel retira una silla para que me siente al lado de él. ¿En serio? Le levanto una ceja sin mediar palabra, pero todos se dirigen a los asientos restantes y no me queda otra.

Cuando se sienta a mi lado, se acerca a mi oído y me susurra:

—Tengo un problema con ese escote, princesa, pero ahora lo soluciono —a continuación alza la voz y se dirige a Julia—. Siéntate mejor enfrente de Lía.

¿Perdona? Será gilipollas. Mi amiga, que ha visto claras sus intenciones, da la vuelta por la mesa y se sienta entre Héctor y Gonzalo, el abogado. No sé quién está disfrutando más con esta comedia. Por suerte, Fabio está rodeado de sus amigas mexicanas, que no paran de reírle las gracias. Paciencia, Lía, disfruta de la cenita que te espera.

Todo lo que traen para cenar está buenísimo. Hemos pedido un menú degustación con un montón de platos, así probamos de todo pero en cantidades pequeñas. Lo acompañamos con un buen vino español y Fabio disfruta preguntándonos por el origen de cada plato, nos cuenta los alimentos que sí llegan a México y los que no.

El vino es una de sus pasiones y nos cuenta que a veces consigue botellas de España a un precio desorbitado, pero que no le importa pagar más si así disfruta de la calidad de nuestros caldos.

Las amigas nos cuentan que trabajan para una agencia de modelos internacional y que llevan en España un par de años, ambas son de Acapulco. Bueno, lo de “amigas” es una forma de decirlo. Ellas rondarán los veintipocos y él los cuarenta y algunos. No creo que exista tal amistad sin usar la cartera de por medio, pero no soy yo quien vaya a juzgarlas. Se las ve educadas y parece que están disfrutando de la cena y la compañía. La más baja no para de mirar a Axel. Lo entiendo, chica, no tiene nada que ver mi modelo de anuncio con el señor Duarte.

Joder, Lía, “mi modelo de anuncio”. Deja el vino o no llegarás al postre.

Julia conversa con Gonzalo y se la ve animada. Nos gusta nuestro trabajo y, pese a la sorpresa que me tenía guardada, la reunión creo que va a ser muy productiva para nosotras.

Axel mueve su silla con disimulo y la pega un poco más a la mía. Al otro lado tengo a Lupita, que solo sonrío a Fabio, así que no creo que se haya dado cuenta. Axel tira la servilleta que reposaba en sus rodillas y se inclina para cogerla. No puede ser, lo voy a matar. Al agacharse pasa sus dedos por mi pierna y los sube lentamente, haciendo que se me ponga la piel de gallina, otra vez.

Intento aguantar la compostura. Cabrón. No me puede hacer esto aquí. Se reincorpora y sigue con

sus dedos pegados a mi piel, ya los tiene a la altura de mi muslo. Levanta el dobladillo de mi vestido y me pongo rígida. El camarero viene con los postres y él no se inmuta, es como si sus dedos tuvieran pegamento y ya no se pudieran despegar. Me giro y lo miro. No quiero que nadie se dé cuenta de la tensión del momento.

—Para, por favor —suplico casi sin voz para que nadie pueda oírme.

Sin decir media palabra, me hace un leve gesto de negación con la cabeza. Bajo la mirada y compruebo como empieza a marcársele un bulto en la entrepierna. Joder, esto es de locos. Gruño mentalmente.

Axel piensa que mientras tomo el *coulant* con chocolate caliente es buen momento para llegar a su objetivo y hábilmente acerca su dedo corazón al centro de mi andar y comienza a acariciar mi sexo. Aunque intento cerrar las piernas para impedirse, creo que doy un respingo y contengo la respiración. Me inclino un poco hacia delante intentando disimular. Por suerte con la servilleta encima y la tela larga del mantel no se puede ver la maniobra del puto Axel, que me está poniendo muy cachonda. ¿Se puede morir una de excitación? Yo debo de estar a punto.

—¡Joder! —dice un poco más alto de lo que pretendía cuando se da cuenta de que no llevo bragas.

—Está buenísimo, ¿verdad? —le dice Mila con una sonrisa de oreja a oreja. Menuda ingenua, pensando que ha blasfemado por el postre.

—Está jodidamente increíble —le responde mordiéndose el labio.

Ya está, no puedo más, me va a matar si sigue con la mano ahí.

—Julia, necesito ir al servicio, ¿me acompañas?

Julia me mira y me guiña un ojo, sabe perfectamente que necesito salir de aquí.

—Venga, después de tanto vino yo también lo necesito.

Cuando echo la silla hacia atrás, a Axel no le queda más remedio que retirar su mano de mi cuerpo. Yo cojo mi bolso y me voy como una exhalación hasta el baño. Puto Axel. No puedo ni mirarle.

—Joder, vaya calor tienes, ¿no? Las mejillas te van a estallar.

—¡Uf! —bufó—, mejor no te cuento dónde ha tenido Axel la mano metida mientras comíamos el postre.

—¡Joder, cacho guarra! Y yo sin enterarme. Es que el Gonzalo este me tiene absorbida con su acento y su perfume. Si me llega a pillar sin pareja, ya lo había tirado encima de mi cama extra grande y lo hubiera comido enterito.

—¡Hostia, Julia! ¿Puedes controlarte?

—¡Sí, claro! y me lo va a decir la que casi tiene un orgasmo en una mesa de un restaurante rodeada de gente. ¡No te jode!

El sonido de los *whatsapp* interrumpe la conversación de “y tú más” que estábamos teniendo. Julia entra al baño y yo leo los mensajes de Jorge.

Vaya suerte la mía. Estoy mojada porque Axel ha decidido tocarme a su antojo y ahora Jorge me pregunta si podemos tomar esa copa que le prometí.

¡Argg...! Gruño. Yo tampoco le prometí nada, sabe que es un fin de semana de trabajo. Por supuesto estoy frustrada porque Axel da por hecho que voy a estar con él, sin tan siquiera preguntar lo que siento. Hombres.

Dudo un momento, sé que no debería forzar la situación, pero qué narices, le respondo.

“Si quieres una copa, en media hora en el bar del hotel”.

Entro al baño yo también en lo que Julia se retoca el maquillaje.

—¿Quién era el de los *whatsapp*? —me pregunta desde el lavabo.

—Jorge, que va a venir a tomar una copa.

—Joder, espero que estés segura de lo que vas a hacer. Deja de mentirte de una puta vez, Lía —me espeta enfadada.

Salgo del baño colocándome bien el vestido y la respondo lo más seria que puedo.

—Es una copa, está todo controlado.

Ella pone los ojos en blanco y yo le arrugo el morro. Parecemos dos niñas chicas enfurruñadas.

No tengo muy claro por qué le he dicho que venga. No sé si quiero que Axel vea que existe Jorge y entienda que estoy pasando página con lo nuestro (al menos en mi mente así lo veo, mi corazón opina otra cosa), o simplemente quiero que Jorge vea que solo somos amigos sin más, nunca le he dado esperanzas de ser otra cosa. Joder, lo mejor que podría hacer es irme a mi habitación y no salir hasta el domingo. Pero creo que es demasiado tarde.

Cuando regresamos a la mesa, ya están levantándose para ir a tomar una copa al bar. Axel sale acompañando a Mila, mientras que Fabio lleva agarrada de la cintura a Lupita. Joder, Axel le ha posado la mano en la espalda para que pase delante de él. Qué gesto tan caballeroso, ¿no? Esa mano ha estado tocándome hace unos minutos. Basta ya, Lía, estás volviéndote loca. Cuando se sientan en unos sillones, al lado de una mesa, me voy a la barra a pedir al camarero.

Julia está en su salsa, rodeada de Héctor y Gonzalo, que le deben de estar regalando el oído. Eso sí, mucho más tranquila que de costumbre. Al final parece que su amor por Claudio la está sosegando. Cuando el camarero posa mi *gin-tonic* de Citadelle, alguien me agarra por la cintura desde atrás. Me giro y veo a Jorge, con sus ojos negros clavados en mi escote. Me da solo un beso en la mejilla. Intento parecer relajada, pero no lo estoy.

—Hola, Lía. ¿Ese vestido pasa el filtro de ropa de trabajo? —me dice abriendo mucho los ojos.

Me hace gracia su comentario porque, como siempre me ve con vaqueros y ropa de lo más informal, nunca había comentado nada sobre mi indumentaria.

—Creo que está en el límite —digo algo avergonzada.

Joder, Lía, lo tuyo es preocupante. ¿Estás segura de que quieres empezar este juego?

Le pido su copa y nos acercamos a la mesa donde está el resto. Axel me mira apretando mucho los dientes. Sus ojos verdes se vuelven oscuros, como un callejón sin luz. Veo como Julia le dice algo al oído y le vuelve a besar en la mejilla. ¿Qué coño significa eso? No tengo ni idea de lo que le dice, pero parece que consigue que la mandíbula de Axel se relaje un poco. Les presento a todos a Jorge como un amigo, guardando un poco la distancia. Como están sentados, le hacen un leve gesto con la mano. Agradezco que Axel no tenga contacto físico con él. Se nota, desde mi posición, que está intentando contenerse y no lo entiendo, porque él y yo tampoco somos nada. Fabio me mira y después mira a Axel. Parece que sabe que algo no encaja en esta comedia. Acercamos una silla y nos sentamos junto a ellos. Todos beben *whisky* a pelo, excepto las amigas mexicanas. La conversación transcurre con normalidad, costumbres de España, de México, hasta que empiezan a hablar del resort y de Isla Sofia. Joder, no creo que sea el mejor tema de conversación. Jorge escucha expectante.

—Yo estoy esperando a que me lleven —dice Julia poniendo morritos a Axel.

—Tranquila, nena. Haremos un viajecito los cuatro, sin tardar mucho además —le dice Axel solícito.

¿Cómo?... ¿Nena?... ¿Los cuatro?, esto tiene que ser una puta broma. Héctor mira a Axel y se encoge de hombros. Joder, qué estará pensando Jorge viendo los cruces de nuestras miradas. Esto es de locos.

Las “amigas” beben cava rosado y cada vez están más cerca de Fabio, sobándole sin disimulo, será lo que incluye la tarifa. Él simplemente se deja querer. La escena es patética; pero si tengo que

aguantarla por el bien de nuestra empresa, lo haré. Cualquiera se da cuenta de lo que se traen entre manos.

—¿Estás segura que no te apetece ir a otro sitio a tomar otra copa? —me pregunta Jorge al oído, viendo que el ambiente se empieza a cargar.

—No, tranquilo. Es un compromiso laboral, no puedo irme sin más.

—Y te puedo preguntar por qué ese tío, Axel creo que has dicho que se llama, me mira como si me estuviera perdonando la vida. ¿Esto no es trabajo?

Mi cara debe de reflejar mi perturbación. Joder, Jorge no es tonto. Le tengo que decir la verdad.

—Es trabajo, pero él es mi ex.

—Voy a por otra copa —es lo único que me dice. Se levanta y va hasta la barra.

—Axel, sírvete si quieres. A mí no me importa quedarme solo con Lupita —suelta Fabio como si su “amiga” fuera mercancía.

Joder, vaya asco de tíos. Si él ha pedido el servicio de las dos, que apechugue con ellas y no las vaya ofreciendo. Gonzalo y Héctor hicieron oídos sordos a las palabras de Fabio, probablemente ya le hayan visto actuar así en más ocasiones.

Axel le mira frunciendo el ceño; por muy machito que quiera hacerse, sé que no le ha gustado la proposición. Mila lo único que hace es sonreírme. Me imagino que esté deseando hacer ese cambio. Si ella no está ofendida, tampoco me voy a ofender yo. La muy idiota enseguida posa su mano derecha muy cerca del paquete de Axel, como probando suerte. Casi salto de la silla y se la aparto de una hostia.

Joder, Axel, definitivamente me vuelves loca. ¿Cuándo he sido celosa yo?

—Gracias, pero no, Lía será la única que entre en mi cama esta noche —dice Axel mientras lentamente le despegaba la mano de su cuerpo.

Todos abren mucho los ojos, incluido Fabio, que me mira esperando mi respuesta. Yo solo me atraganto con el trago que estoy dando a mi copa. Puto engreído, encima se pasa el dedo corazón que había tenido antes en mi sexo por sus labios. No puede ser, voy a morir por combustión orgásmica. Antes de que se ponga la cosa peor, me levanto y me acerco a Jorge, que sigue esperando su copa en la barra.

—¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Sí, tranquilo.

—Bueno, entonces después de esta copa podremos irnos a tu habitación y hacer un poco el amor, ¿no? —Yo le miré con sorpresa.

—¿El amor? Jorge, ya sabes que tú y yo no tenemos una relación, te lo he dicho un montón de veces.

—Vale, sí, follamos de vez en cuando. Lo sé, ha sido una forma de hablar.

Me alivia que lo tenga claro. Me pone la mano en la cadera y me pega un poco a su cuerpo. Joder, espero que Axel no esté mirando, por favor. Me da otro beso en la mejilla, esta vez muy cerca de mis labios.

—Hola, siento interrumpir. Creo que no nos han presentado adecuadamente —interrumpe Axel posando su vaso de *whisky* en la barra y acercándole la mano a Jorge—. Soy Axel, su ex novio.

—Axel, por favor... —le dice Julia mientras se acerca a nosotros.

Jorge pestañea un poco, incrédulo ante el teatrillo que interpretamos.

—Yo soy Jorge, aunque creo que eso ya lo sabes. —Y le tiende la mano.

Julia me mira sin decir ni media palabra, puedo notar su enfado, Axel después de soltar la mano de Jorge vuelve a pasear su dedo corazón por toda su boca. Mierda. Estoy a punto de estallar. Julia

aparta un poco a Axel y no sé qué le dice, pero consigue que vuelva a sentarse. Esta situación es insoportable. Creo que me he equivocado montando todo este circo. Jorge da un trago a su copa y parece cabreado. No puedo culparle.

—Parece que tu ex no acepta que sigas con tu vida, ¿no?, ¿cuánto hace que no le ves?, ¿un año? Pues se le debería haber pasado el capricho, creo yo. Además es un poco ññato para ti, ¿no? Ya veo que le van las maduritas —y lo dice empleando un tono despectivo. Consigue hacerme daño. No soy tan mayor, y menos me considero una “madurita”. Se lo paso porque sé que no debí haberle mandado venir.

—Jorge, yo... —quiero ser sincera y decirle que no llevo tanto tiempo sin verle. Que he estado con él. Pero antes de que pueda seguir hablando, me pega su dedo índice en los labios.

—Shh..., no digas nada de lo que luego te arrepientas. No me gustaría pensar que eres como las mexicanas que están ahí sentadas, Lía —y lo dice con tanta rabia en los ojos que me destroza. Baja el dedo rozando mi barbilla, siguiendo por mi garganta, desciende por mi esternón hasta que llega al final de mi escote. Se recrea haciendo círculos entre mis pechos. Me siento sucia.

Antes de despegue su mano de mí, Axel se interpone entre los dos, apartándole de un manotazo.

—¡Se acabó! Me oyes. ¡Lía, mírame! —Me coge la cara entre sus manos porque yo había agachado la cabeza, solo quiero desaparecer—. No voy a dejar que te toque. Termina con esta puta mentira de una vez o lo haré yo.

Yo estaba pegada a la barra, a punto de echarme a llorar. Al ver mi expresión, Axel monta en cólera. Se gira y agarra por las solapas de la chaqueta a Jorge.

—¡No sé qué cojones le has dicho, pero te quiero lejos de ella, ya! Para siempre.

Jorge se revuelve e intenta soltarse de su agarre. Forcejean. Y Axel le suelta.

—Si no fuera porque la he visto en la asesoría trabajando, juraría que son de la misma agencia —dice señalando a las mexicanas. Axel arma su brazo derecho y solo evita que Jorge se lleve la hostia de su vida el movimiento veloz de Héctor, que al ver la situación ya se había acercado a nosotros, menos mal que consigue agarrarle.

Yo sigo paralizada. Joder, Lía, no puedes haber provocado tanta mierda por no querer afrontar tus sentimientos. Jorge deja su copa y me mira con desprecio al salir. Me siento culpable por haberle metido en esta mierda, pero pensé que sería un caballero y se retiraría sin dramas llegado el caso. Yo nunca le he dado falsas esperanzas. No creí que fuera a insultarme de esta manera.

Julia se acerca hasta mí al ver que no reacciono. Héctor habla con Axel a unos pasos.

—Se acabó, ¿vale? “Medio polvo” no tiene la categoría suficiente para ofenderte, ¿entendido? ¡Mírame! —Y me abraza fuerte.

Empiezo a sentir como la sangre me circula de nuevo. Cojo mi bolso y, antes de que pueda despedirme, Axel me agarra por la cintura y se despide por mí.

—Bueno, señores, ha sido un día largo y nos vamos a descansar. Disculpen el numerito, no se volverá a repetir. Mañana les invitamos Lía y yo a comer por las molestias causadas —les dice mientras me sujeta la mano con firmeza.

Julia también se despide. Fabio ladea la cabeza a modo de saludo y Héctor me guiña un ojo. Gonzalo solo mira embobado a Julia, creo que le gusta. Salimos directos a coger el ascensor. No puedo decir ni una palabra, todavía no me creo que mi comportamiento infantil haya desencadenado todo esto. Me estoy muriendo de vergüenza.

—Ahora os vais a ir a la habitación juntos y vais a arreglar las cosas de una puta vez, ¿entendido? Casi la cagáis con un cliente porque sois dos putos cabezones de mierda, y eso sí que no lo voy a consentir —nos grita Julia al entrar en el ascensor. Ella es la única que se está comportando de

manera profesional.

Yo seguí sin decir nada, solo enterré mi cabeza en el pecho de Axel. Joder, necesito olerle y sentirle para saber que estoy en casa.

—Tranquila. Mañana estará todo arreglado —dice él con voz seria.

Nos bajamos en la misma planta y Axel, al ver que no soy capaz de despegarme de él y comenzar a andar, me coge en brazos, como si fuese una niña y me lleva hasta su habitación.

—Ya está, princesa. Tranquila. Solo estamos tú y yo.

AXEL

Entro con ella en brazos y la dejo sobre la cama hecha un ovillo. El efecto del vino y del *whisky* que he bebido desaparece en cuanto la veo en ese estado.

La descalzo con cuidado, me quito la americana y la poso en una silla a la vez que me quito los zapatos. Me tumbo a su lado. Abrazo su cuerpo por la espalda y pego mi nariz a su nuca. Absorbo todo su olor. Es tan reconfortante volver a tenerla pegada a mí. Nos quedamos en silencio unos minutos, como único ruido de fondo se escuchan los latidos de nuestros corazones, casi acompasados. Estoy cabreado. Me hubiera gustado pegar una buena hostia a ese imbécil. Ha tenido la vergüenza de llamarla puta delante de todos. Y lo peor, delante de mí. Joder, si lo pienso otra vez me enveneno. Intento contener las ganas de gritar y me reprimo solo porque ella empieza a llorar.

—Lía, princesa. ¡Mírame! ¡Por favor, deja de llorar! No tiene ningún sentido que te pongas así. Se acabó, se acabaron las mentiras.

Ella sigue sollozando y enterrando su cabeza en la almohada.

—Axel. Yo siento haber creado esta situación. Joder, soy idiota.

—¡Mírame! —y consigo, alzando un poco la voz, que se dé la vuelta. Limpio sus lágrimas con el dorso de mi mano y empieza a mirarme a los ojos.

—Axel, ¿cómo hemos llegado a esta situación?

—¡Joder, Lía! ¿Y tú me lo preguntas? Desde la boda no has dejado de ignorarme, a mí y a lo que sentimos, sabes igual que yo que nos queremos, y mira que te he insistido para que lo aceptases. Te quiero. Te quiero y lo sabes. Igual que tú me quieres a mí. Los dos hemos sido gilipollas, pero no esperaba que tú tensaras tanto la cuerda —le digo agarrando su cara con mis manos y juntando nuestras frentes.

—Axel. Joder. He estado sola. Muy sola. Pasaban los meses y tú no me llamabas, siempre pensaba en ti. Después apareció Jorge y...

—No digas su puto nombre —digo levantándome y apoyando mi espalda en el cabecero de la cama. Bufo. Me paso varias veces las manos por el pelo. Mierda. Tengo que empezar a controlarme o se va a asustar más.

Ella se reincorpora y se levanta de la cama.

—¿Adónde vas? Vamos a contarnos todas las mierdas hoy y a olvidarlas para siempre. Mañana será otro día. No voy a dejar que huyas de mi otra vez.

—Solo voy al baño —dice secándose la nariz.

Tarda unos minutos en salir. Se ha limpiado la cara y han desaparecido los restos de rímel. No puedo pensar más, está preciosa. El vestido es de lo más sugerente y empiezo a empalmarme otra vez. Pero tengo que tener la mente fría. Y la polla guardada. En la boda, en vez de hablar solo tuvimos sexo y acabé solo. No voy a cometer el mismo error. Necesitamos hablar de todo lo que nos ha pasado este año que no hemos estado juntos y dejar de mentirnos de una puta vez.

—Espero que Fabio nos dé el contrato. Me muero si por mi culpa lo perdemos.

—No digas tonterías. ¿Has visto lo entretenido que estaba con sus amigas? A él le da igual el numerito que hemos montado. Es un hombre de negocios y sabe que somos buenos en nuestro trabajo.

—Joder, no me lo recuerdes o volveré a llorar.

—Anda, ven aquí. Me muero de ganas de estar dentro de ti; pero, aunque me cueste un esfuerzo sobrehumano contenerme, vamos a hablar. —Y la cojo de la mano para que se siente a mi lado en la cama.

—¿Qué quieres saber? —pregunta nerviosa.

—Todo, Lía, lo quiero saber todo aunque me duela.

Se acerca a mí y me besa en los labios. Es un beso posesivo, con mucha ansiedad, como de necesidad absoluta. Yo me entrego por completo. Me dejo enredar por su lengua y sus labios dulces.

—Joder, princesa. Me estás asustando. ¿Tan malo es lo que me vas a contar? —y con mi comentario le saco una medio sonrisa.

—Vale, pero empieza tú, ¡por favor! —me pide sin soltarme las manos. Puedo notar cómo le tiemblan.

—Está bien. Lo de nuestro final nos lo ahorramos porque ya lo hemos hablado por teléfono. Me sentí hecho una mierda, ya lo sabes. Y encima sabía que me habías mentido. Eso fue lo peor. Me fui a Berlín. Me centré en el proyecto del hotel y una noche, borracho, me follé a mi vecina. —Ya está, primera confesión. Joder. La miro a los ojos y siento como traga con dificultad. Es absurdo ocultarnos las cosas, es mejor ser sinceros, del todo.

—Joder, qué obsesión con las vecinas, ¿no? —dice con tono seco.

—Princesa... —trato de calmarla mientras contengo una sonrisa, está celosa—. Vamos a hablar y a decirnos hoy todo. Por favor.

—Está bien. ¿Usaste condón?

—¡Claro, joder! No soy un irresponsable —y le acaricio la mejilla, continuo hablándole de Berlín, del hotel. De mi viaje a la isla—. En Navidad me di cuenta de que eras tú. No me podía imaginar mi vida sin ti. Por eso empecé a cambiar mi foto de perfil, con la esperanza de que vieras cómo te echaba de menos. Viste las fotos, ¿verdad?

—Sí que las vi, hubiera preferido una llamada de teléfono, ya te lo he dicho. La primera foto que vi tuya fue en Nochevieja. Nuestra isla, algo tan nuestro... Se me partió el corazón. Acababa de acostarme con Jorge, por primera vez. Me cabré mucho contigo —me confiesa.

Joder, le suelto las manos y me las vuelvo a pasar por el pelo. Ella se me queda mirando un poco asustada. Joder. Bufo y maldigo.

—¡Mierda! —Me levanto de la cama y miro a través de la ventana las luces de la ciudad, no puedo mirarla a ella, duele saber la verdad.

Si hubiera cogido el puto teléfono antes, quizás no habría follado con nadie. He sido un puto imbécil.

—Axel...

—¿Cuántas veces más? ¿Todos los días? ¿Te lo has follado sin condón? Joder, Lía. No sabes cuánto me jode —gruño de nuevo.

—Siempre con condón y no hemos sido pareja, si es eso lo que estás pensando. No hemos estado juntos delante de nadie, solo saben que me acosté con él Julia, Claudio y ahora tú. Solo lo hemos hecho cuatro o cinco veces. Y no he sentido nada —pronuncia nada en un tono mucho más elevado, remarcando cada sílaba.

—Yo lo volví a hacer con Anne antes de irme de Berlín. Una vez.

—Vaya, y ahora ya no la llamas vecina, ya tiene nombre —me dice mientras yo intento tranquilizarme y me vuelvo a sentar a su lado. Sigo muy enfadado.

—¿Y por qué le has dicho al idiota ese que viniera hoy?

—Axel, no sé, porque nos ha traído él desde Santander y no vi mayor problema en tomar una copa.

Siempre he sido clara con él, nunca le he dicho que podíamos tener una relación.

—Lía, sabías que me iba a cabrear mucho al verte con él. Después de la boda no he dejado de pensar ni un solo minuto en ti, solo pensaba en volver a estar contigo, cada segundo del día. En tocarte. En tenerte para mí. No he follado con nadie más. —Y cuando organizo en mi mente ese pensamiento, automáticamente me viene una duda a la cabeza—. Dime una cosa, ¿cuándo ha sido la última vez que lo has hecho con él?

—Axel, yo... Joder..., no ha significado nada, en serio. Solo ha sido sexo y, si quieres saber más, ha sido sexo del malo.

¡Me cago en la puta! No me ha contestado y me estoy poniendo de los nervios. Quiero saberlo, aunque me duela.

—Lía, la verdad, ¡he dicho que quiero saber la puta verdad! ¿Te has acostado con él después de haberlo hecho conmigo en la boda? —grito fuerte.

—Sí.

—¡Joder! ¡Hostia puta! —sus palabras me parten en dos.

Me levanto y lanzo la almohada contra el armario. Estoy intentando mantener la cordura. No puedo. Voy a coger mis zapatos y a calzarme. Necesito salir de aquí o voy a arrasar con todo lo que se me cruce en el camino.

—¡Axel!, ¡Axel, por favor...! —me suplica agarrándome de la muñeca. Me deshago de su agarre.

—No me toques —le espeto.

Me dirijo a la puerta y, antes que pueda abrirla, Lía se ha colocado delante de mi cuerpo.

—Axel, no te vayas ¡Por favor, escúchame! Has dicho que nos contábamos todas las verdades hoy. Pues eso he hecho. ¡Mírame! Los dos hemos hecho las cosas mal. ¡Por favor! No te vayas ahora.

Me agarra la cara con sus manos, para que mis ojos se crucen con su mirada. Yo doy un golpe fuerte a la puerta, cerca de su cuerpo. Tengo que soltar la rabia y espero que ella al verme así se aparte.

—No me vas a asustar, Axel ¡Se acabó! Lo sé, los dos lo sabemos ¡Por favor, vamos a arreglarlo! No puedo vivir sin ti ¡Te quiero! ¡Joder! ¡Te quiero! —me grita.

Y ahí están de nuevo, las palabras mágicas que consiguen hacerme reaccionar. Joder, siento tanta frustración pensando que otro ha estado dentro de ella. ¿Qué hago?, ¿me voy con mi orgullo herido y lo mando todo a la mierda o me quedo y no desaprovecho la oportunidad de empezar a hacer las cosas bien?

—Lía —le digo apoyando mi frente en su frente e intentando calmarme, mi respiración todavía es muy fuerte—. Joder, princesa, me has hecho daño aquí —le digo señalándome el corazón.

—Lo sé y lo siento. He estado autoengañándome. Pero ya está, lo entendí, solo quiero estar contigo —dice conteniendo las lágrimas—. Si no me quieres, dímelo ahora y acabemos esto de una vez.

Cómo no voy a quererla. No es que la quiera, es que la necesito. La adoro. Mi vida sin ella no es vida. La ira poco a poco va desapareciendo y mi corazón cada vez bombea más lento. La abrazo fuerte, muy fuerte y pego su cuerpo contra la puerta. Su boca choca con la mía y no puedo resistirme más.

—Claro que te quiero, princesa. Nunca he dejado de quererte. Por eso estoy jodido.

—¡Shh...!, ya está. Quiero que empecemos de nuevo. Quiero disfrutar de ti, contigo.

—¡Esa frase es mía, ¿lo sabes? —me consigue sacar una medio sonrisa con su argumento, aunque el cabreo no se me haya pasado del todo.

—Lo sé y quiero ponerlo en práctica, ya, ahora mismo.

Y nuestros cuerpos se funden de nuevo, encajando a la perfección. Nos desnudamos rápido, deshaciéndonos de toda la ropa que nos impide estar piel con piel. Cuando ya estamos desnudos, de pie, frente a frente, nuestras miradas se cruzan y no necesitamos palabras para expresar lo que sentimos en este instante. Nuestros movimientos empiezan a ser cautelosos y lentos. Tratando de demostrar en cada caricia que por fin ha llegado nuestro momento, el de los dos.

Me empezó a besar, suave y lento. Por todo el cuerpo. Pasó sus manos por mi nuca e invadió toda mi boca con su lengua. Recreándose en cada milímetro, saboreándome. Yo me dejé hacer, pero tomé el control. Besé su cuello, su clavícula, su oreja... Y ahí estaba Lía, estremeciéndose entre mis dedos. Bajé por sus hombros, sin prisa, dejando pequeños besos llegué hasta su pecho. Sus lolas en mi boca hicieron que mi polla se pusiera como el acero. Primero la izquierda, después la derecha. Lamí sus pezones y dibujé pequeños círculos con mi lengua alrededor.

Después, ayudado de mis manos las estrujé. Lía se arqueaba para mí, dándome total acceso. Me encanta verla tan entregada, es mi imagen favorita. Bajé mis dedos por sus caderas y llegué al centro de su andar. Estaba muy, muy mojada. Sentí toda su esencia entre mis dedos. No me costó nada introducir un dedo en su interior, excitándola, haciéndola vibrar. Ella me besó ansiosa para que continuara. Metí el segundo y todo se precipitó. Estaba más que preparada para recibirme.

Nos tumbamos en la cama. Ella se puso debajo, abriéndose para mí. Yo me coloqué encima de su cuerpo y sin esperar más, de una estocada certera, la penetré hasta lo más profundo. Saqué mi erección por completo, observando su gesto y escuchado sus protestas, se la volví a meter. Cuando presionó sus dedos contra mi culo, intentando retenerme, comenzamos a hacer el amor. Sí, eso no era follar, era hacer el amor, el del bueno, el que nos gusta. Porque en cada arremetida le decía un montón de cosas sin necesidad de articular palabra. Ella se limitaba a mirarme, como se mira a alguien al que has echado mucho de menos y no quieres dejar marchar. No apartamos la mirada el uno del otro, ni un segundo. Nuestros ojos eran transparentes. Ya no cabían las mentiras entre los dos. Seguí con un ritmo tranquilo y pausado, casi parecía un baile. Mi pelvis chocaba contra su clítoris y jadeábamos los dos. Dentro. Fuera. Arriba. Abajo.

Nuestras bocas se juntaron y permanecieron unidas hasta que supimos que el orgasmo nos iba a atravesar. En ese momento devoramos los gemidos el uno del otro. Para no gritar. Para que no se nos escapara nada. Gruñí. Gimió. Gimió. Gruñí. Sin cerrar los ojos, contemplándonos. Había sido tan intenso que a Lía se le escaparon unas lágrimas y yo traté de contener las mías.

Joder, no hay mejor sensación en esta vida que estar dentro de ella, de mi princesa. Nos giramos, sin soltar nuestro enganche y nos quedamos tumbados, cara a cara. No quisimos romper el silencio. Nuestras respiraciones, aún agitadas, ponían la banda sonora a la noche y así, con nuestros cuerpos oliendo a sexo, del bueno, del nuestro, conseguimos la ansiada calma.

Me despierto sudorosa, totalmente pegada a un cuerpo. Sé que estoy sonriendo, aunque no me mire en el espejo. Levanto la vista y veo a Axel, dormido profundamente a mi lado. Sus piernas están entrecruzadas con las mías, sus brazos me agarran por los hombros y mi cabeza descansa en su pecho. No es un sueño. Está aquí conmigo. Es jodidamente perfecto.

Joder, Lía. Has estado a punto de perder la oportunidad de arreglar las cosas.

Ayer, cuando le dije que lo había hecho con Jorge después de la boda, sentí miedo; no por mi integridad física, ni mucho menos, sé que Axel ese tema lo tiene más que superado, sentí miedo al vacío de mi pecho en caso de perderle. Si se hubiera ido, parte de mí se hubiera ido con él. Pude ver la ira en sus ojos cuando se lo conté, jamás le había visto así, ni tan siquiera cuando monté el numerito final en el *loft* y nos separamos. Temí que no reaccionara a tiempo y me dejara sola, sin darme la oportunidad de quererlo. Por eso me planté en la puerta y conseguí retenerle. En ese mismo momento supe que quiero estar con él. Fácil. Sencillo. Es él y no hay vuelta atrás. Le grité que le quería y fue una liberación, he estado durante mucho tiempo ocultando mis sentimientos. Ayer por fin exploté, exploté de amor.

¿Te imaginas tu vida sin ver su cara por las mañanas, Lía? ¿Te imaginas tus días si no te vuelves a correr entre sus dedos? No, claro que no me lo imagino. Respiro aliviada. Sé que nos va a costar volver a arrancar los engranajes de nuestra relación un año y algo después de haber terminado, pero también sé que quiero intentarlo y espero que él también lo quiera. Se acabó dejarse llevar por la rutina. Quiero luchar para que mi relación con Axel funcione. Sin importarme nada más que buscar nuestra propia felicidad. Quiero hacer encajar todas las piezas de mi vida, pero con él; mis hijos, mi trabajo, mis amigos y Axel. Axel y yo seremos los ejes centrales, no quiero pensar en nada que no seamos nosotros. No voy a volver a consentir que nadie me deje sin mi trocito de felicidad.

En medio de este ataque de *liberosis*, que para los que no lo sepáis son las ganas de querer preocuparte menos por las cosas, me levanto para ir al baño intentado no despertarle. En cuanto levanto la cabeza de su pecho, se revuelve y me agarra de la muñeca.

—No vas a ir a ninguna parte, princesa. Los dos conocemos cómo te gusta huir después de nuestras sesiones de sexo.

—Axel, no seas idiota. Tengo que ir al baño —le hago un mohín.

—Bésame antes o no te dejaré moverte. Bésame y dime que no has cambiado de idea desde anoche. —Entonces le beso, como si no hubiese un mañana. Puedo notar en mi vientre como comienza a despertar su erección matutina. Mi estómago sufre contracciones que van directamente conectadas con mi sexo. Me relamo y él me ve.

—Vete al baño y vuelve rápido. Acabas de lamerte los labios y eso significa que quieres mi polla en tu boca. —Ahí está mi Axel, tan tierno y tan explícito a la vez. Él y el sexo, el sexo y él. Combinación perfecta. Nunca se sacia de mí y eso hace que me sienta más decidida aún.

—Ahora mismo vuelvo. —En el baño estoy el tiempo indispensable para vaciar mi vejiga y refrescarme un poco la cara, no me puedo lavar los dientes porque no estoy en mi habitación. Vuelvo a su lado en la cama rápidamente. Me coloco de rodillas entre sus piernas y él apoya su cabeza en su brazo derecho, dándome total acceso a su polla. Tiene el vello más recortado y parece mucho más grande, ayer no me había fijado.

—Me parece que te gusta lo que ves. ¿No, princesa?

Ya está mi engreído favorito, pues no me pienso amilantar.

—Quiero mi desayuno —le digo con sonrisa burlona.

—Toda enterita para ti, amor.

Me inclino y comienzo a darle besos en la punta brillante, por el centro de su hendidura paseo mi lengua. Sabe deliciosa y sigo relamiéndome. La chupo desde la base hasta la punta. Axel suspira.

—Joder, Lía, me estás poniendo muy cachondo. No sé si voy a ser capaz de no follarte hasta que me supliques que pare. —Hago como que no he oído sus palabras, pero me han encendido mucho más, tenerle tan expuesto, para mí sola y encima diciéndome todas esas cosas me excita. Me meto su polla dura hasta la garganta. Es grande y casi no me cabe entera. Creo que ya se me había olvidado cuánto me gusta llevar el control. Con su mano libre me enreda los dedos en el pelo y ejerce la presión justa cuánto me la meto hasta atrás. Paso mis dientes por su piel al final de cada chupada y le oigo blasfemar.

—Joder, princesa. Voy a correrme en esa boca. Nadie folla con la boca como tú.

Su comparación no me hace mucha gracia, ¿qué significa, que se la han comido muchas veces?, quizás la alemanita de los cojones.

Lía, acuérdate. Liberosis.

Sigo con mi ritmo, haciendo caso omiso a sus palabras, me empleo a fondo. Con mis dedos masajeo sus testículos a la vez que devoro su miembro. Mi lengua no le da tregua. Una, dos..., cinco. Sé que está muy cerca. Seis. Y se deja ir. Succiono todo el líquido templado y jugueteo con la punta para no dejar ni una sola gota. Me vuelvo a relamer, asegurándome de que me ve y me trago todo su semen. Axel se tapa la cara con su brazo, veo que se muerde la muñeca para ahogar sus gritos.

—Me cago en todo, Lía. ¡Joder, princesa! ¡Ven aquí!, no voy a dejarte salir de esta cama en todo el puto día.

Mientras nos reímos con nuestras frentes pegadas por sus palabras de cavernícola sexual, llaman a la puerta.

—Soy Julia, os he oído reiros, abrid, sé que estáis despiertos.

—¡Joder! Espera, ya voy —me levanto y me pongo la camiseta de Axel, no tengo bragas, ni posibilidad de ponérmelas, así que me cojo su bóxer blanco y me lo pongo también. Él se va al baño en pelotas.

Abro la puerta, no tengo ni idea de qué hora es, ni por qué está tan espabilada mi Julia por la mañana; al lado de Axel el tiempo vuela.

—Joder, te quieres duchar, cerda, hueles a recién follada —me espeta cuando pasa por mi lado y se sienta en la silla cerca de la pared. Yo me acerco a la ventana y abro un poco para que se ventile la estancia, quizás sí que huele a sexo.

—Qué bestia eres. ¿Qué hora es? —pregunto mirando como el capullo de Axel sale del baño con la toalla anudada a la cintura como única prenda.

—Las doce casi. Joder, ya veo que aquí está todo solucionado. Solo espero que esta vez sea la definitiva. ¡Gilipollas!

—Yo también te quiero, Julia —le dice Axel acercándose hasta la silla para darle un beso.

—¡Quita! Guarro. Tú también hueles a sexo y yo no soy de piedra —le dice mientras pasa sus manos por todos sus abdominales. Pongo los ojos en blanco y me descojono al ver la cara de susto de Axel—. Ya me podéis llevar a la mismísima isla esa del amor como regalo, porque me he encargado de arreglar vuestras mierdas. He reservado para comer con los mexicanos en Casa Lucio, un poco de gastronomía española para que sepan que somos unos buenos anfitriones. Por supuesto vais a pagar vosotros dos, que sois los capullos. Después volveremos para que nos firmen el puto

contrato. Y por último, como fin de fiesta, he conseguido mesa para cenar en el último restaurante mexicano que acaba de abrir en la capital, creo que es de lo mejor. Así que si tenéis que beber tequila hasta la extenuación y sonreír por vuestra cagada lo haréis. ¿Entendido?

—Vaya, Julita, no sabía que eras tan eficiente —la picó Axel.

—Está bien, marimandona. Me tengo que ir a la habitación a vestirme entonces —dije poniendo morritos a Axel mientras Julia nos decía una serie de improperios que es mejor no repetir.

—A la una en recepción —nos gritó saliendo por la puerta.

Yo me puse de puntillas y alcancé la boca de Axel. Sin querer, le oí un gruñido ronco. Nuestras lenguas comenzaron a bailar de nuevo. Nunca me cansaré de tenerle enredando en mi boca.

—Y qué hay de la idea de estar todo el día follándote...

—Tendremos que esperar. Si no consigue la cuenta, Julia nos matará a los dos. Espero que en cuanto firmen nos dé una tregua.

—¿Qué, piensas ir así hasta tú habitación? —me pregunta levantando su camiseta por mi estómago y tocándome el culo por encima de su bóxer.

—Solo son tres puertas —musito.

—Está bien, princesa, vete ya o te meto en la ducha conmigo y te follo contra los azulejos.

—Umm, me parece la mejor opción —le dije con sorna.

Sin tiempo para reaccionar, me cargó como un saco de patatas, encendió el grifo y me dejó de pie al lado de la bañera, me desnudó muy rápido y cuando el agua casi no había empezado a templarse me metió en la bañera. Esta vez fui yo quien apoyó contra los azulejos su espalda y me abalancé sobre él.

—Necesito sentirte dentro de mí, ya —dije a la vez que enroscaba una pierna a su cintura, dejando la otra en suelo de la bañera. Dándole total acceso.

Él me agarró del culo para que no me cayera y comencé a mover mis caderas hasta su encuentro. La primera embestida fue suave; pero en cuanto conseguí mantener el equilibrio con la postura me desaté. Los golpes de mi cadera chocando con su pelvis se convirtieron en un suplicio de placer. El agua chapoteaba entre nuestros cuerpos y Axel solo era capaz de morderme el labio y gruñir.

—Joder, princesa. Me vuelves loco. Fóllame. ¡Fóllame así!

Y así lo hice, no paré de moverme acomodando mi sexo a su polla. Cuando la tenía dentro, contraía mis músculos para darle mayor placer. Gemíamos. La sensación era jodidamente increíble. La postura estaba poniéndome al límite de mi resistencia física, pero merecía la pena llevar el control. Cuando Axel se dejaba llevar, no podía desaprovecharlo. Su polla palpitaba en mi interior y eso me provocaba pequeñas oleadas de placer que se extendían por todo mi cuerpo. Su boca estaba pegada a mi cuello y mordisqueaba mi piel.

—Axel, córrrete. ¡Córrrete para mí!

Y Axel solo pudo obedecer mis palabras, no sin antes acercar su dedo a mi entrada trasera y multiplicar mi placer por mil, con ese simple gesto sé que iba a llegar al clímax con él. Dentro. Fuera. Me faltaba el aire, pero no quise cambiar de posición, era todo muy intenso. Dos movimientos más y Axel gritó mi nombre acompañado con un joder con r infinita. Me solté de él después de lograr otro orgasmo mágico, de los que te sacuden todo el cuerpo y que te hacen tocar el cielo. Cuando apartó la mano de mi culo y bajé la pierna, creí que se me había dormido.

Me miró. Se rio y me comió la boca de nuevo.

—Joder, eres la hostia, princesa. Estaría dentro de ti el resto de mi vida. —Creo que sus palabras consiguieron ruborizarme, y eso que con él es imposible sentir vergüenza. Acabamos de retomar nuestra relación y él habla del resto de su vida. Ahora sí que me temblaba todo el cuerpo.

—Creo que, si no me doy prisa, Julia nos matará, ya me he entretenido bastante. —Me volví a poner su camiseta y su bóxer después de secarme y salí con mi vestido y mis cosas en la mano a hurtadillas por el pasillo. Espero que no me viera nadie con esas pintas, porque ya tengo una edad, aunque la sonrisa que llevaba instaurada en mi cara compensaba todo.

Ay, Axel. No sé qué haces conmigo, pero me conviertes en otra persona. O quizás la Lía que está contigo es la verdadera y la otra es solo un mal reflejo en el espejo.

AXEL

Conducir un coche de alquiler de alta gama con dos mujeres, amigas, y de resaca no es el viaje que tenía planeado de regreso a Santander con Lía, pero los acontecimientos así lo han predispuerto. Creo que empezaré desde el principio, para que no os perdáis detalle.

El sábado después de comer en Casa Lucio y bebernos una botella de vino casi por cabeza, acompañada por huevos con jamón y un montón de comida “*made in spain*” más, conseguimos que Fabio firmara el contrato de las chicas antes de salir a cenar a ese mexicano de moda que Julia había tenido el honor de reservar en nuestro nombre. Al final la operación nos ha salido por un pico, porque después de la súper actuación en el hotel con el innombrable (alias Jorge), Lía y yo hemos pagado la comida y la cena de ayer. Espero que con los negocios que hagamos con Fabio lo recuperemos y con creces, aunque hay cosas que no se pagan con dinero y las miradas que Lía y yo nos dedicamos son una de ellas. Emanamos felicidad.

Mi contrato tendrá que esperar a que durante esta semana trabaje una media de 25 horas al día y la semana que viene le presente un magnífico proyecto a Fabio que sea de su agrado. Después de que acepte el proyecto, tendré que presentarle a Lía, sí, mi Lía, todos los costes de la obra, proyecto y licencias para que los apruebe y Fabio consiga una inversión rentable.

Hablé con Rubén ayer, antes de beberme hasta el agua de los floreros por la alegría contenida, y le expuse cómo está el tema laboral. Del sentimental le avancé solo que Lía y yo estábamos juntos, por fin. Prometí tener una noche de jueves para nosotros solos y poder contarle todos los detalles. También oí a María gritar por detrás cuando escuchó la noticia.

“Vas a dejar de ser el Penas, amigo” decía la muy capulla.

Con respecto al trabajo, hemos decidido que hablaremos con Juan para que rescinda nuestros contratos en el caso de que Fabio acepte nuestro proyecto. Es una buena pasta, así que servirá para poder ponernos por nuestra cuenta. Más trabajo para Lía, que nos tiene que dar de alta como empresa y encargarse de todo el papeleo, espero que pueda con todo.

El subidón por conseguir la cuenta de Fabio y por haber arreglado las cosas convirtió a las dos amigas en unas locas de la vida, borrachas e incontrolables. Los mexicanos casi no podían seguirles el ritmo a beber tequila, y mirad que ellos tienen cuerpo para aguantar eso y más. En el restaurante acabaron cantando rancheras con el gorro puesto y tomando los chupitos una del escote de la otra. Héctor y Gonzalo no podían ocultar que se estaban divirtiendo con tremendo espectáculo.

Menos mal que Fabio nada más cenar se marchó al hotel, probablemente tendría en la *suite* presidencial compañía femenina esperando su llegada. No creí que le fuera tanto ese rollo de pagar por compañía, cuando le conocí en la isla parecía un tipo seguro de sí mismo. Solo había que ver cómo miraba a Lía, estaba claro que se moría de ganas de estar con ella; en cambio, ahora está demostrando que lo que quiere es pasar un buen rato, aunque sea soltando la pasta. Mucho mejor que tenga sus manos lejos de mi chica.

No tengo ni idea de dónde quedó la Julia que estaba muy preocupada por la imagen que dimos delante del cliente el viernes, ya veo que todo cambió después de tener la firma plasmada sobre el contrato. Dejó de filtrar a medida que pasaba la noche.

Como resultado de los acontecimientos, yo tuve que dejar de beber de golpe; si no, no hubiera sido

capaz de llevarlas de nuevo al hotel. Es más, y para que os hagáis una idea de lo que dio de sí el día de ayer, Julia y Lía han dormido juntas en la cama, sí, ellas juntas y yo solo en mi habitación. Cada vez que lo pienso me molesta un bulto dentro del pantalón, será de las ganas contenidas. Una vez que conseguí meterlas en la primera habitación, que creo que era la de Julia, se desplomaron encima de la cama, abrazadas. Fui incapaz de poder llevarme a mi princesa, era como mover un cadáver. Los comentarios de Julia no tuvieron desperdicio, si mal no recuerdo dijo cosas como:

“Capullo, deja que esta noche duerma conmigo, tú te puedes ir a hacerte unas pajas”.

“Podríamos dormir los tres si quieres, pero sin mariconadas”.

“Hermana, dile a tu noviecito que hoy no tienes el cuerpo para orgasmos”.

“Si yo no follo hoy con mi Dío, vosotros tampoco”.

“Viva México, cabrones”.

Vamos, lo esperado para tratarse de Julia. Y sí, cuando oí “su Dío” casi me dieron ganas de vomitar, tenía que haberla obligado a repetirlo y haberlo grabado, menudo documento para chantajearla en un futuro.

Lía estaba en estado de duermevela desde que la saqué del taxi, por lo tanto no pude hacer otra cosa que suspirar un montón de veces y dejarles dormir la mona hasta que recuperaran la cordura. Total, aunque hubiera dormido con ella no habría sido capaz ni de aguantar media sesión de sexo; aun así, dormir abrazado a su cuerpo es igual de reconfortante para mí.

Y aquí estamos, los billetes de avión valían una pasta y las chicas no tienen el cuerpo como para andar por las alturas. Como ellas vinieron con “el innumerable”, de alguna forma tenemos que regresar. He alquilado un coche para volver, me ha costado una pasta porque casi todos los que les quedaban eran de cierto nivel. En fin, lo vuelvo a repetir, espero recuperar la inversión del fin de semana con creces.

Me voy entreteniendo con mis pensamientos mientras conduzco. Joder, lo pienso y me da un escalofrío. Me muero de ganas de llegar a Santander y llevar a Lía a casa, a nuestra casa. Espero que no se enfade mucho por haberle ocultado esa información. ¿Y Julia?, quizás también debería de estar preocupada, la verdad es que los dos le hemos ocultado ese dato. Su cara cuando se entere será un poema.

Bueno, tal y como van las dos, medio tiradas en los asientos de cuero, con las gafas de sol puestas y con una sobada considerable, no creo que ahora mismo estén pensando nada. Lía porque ignora todo y Julia porque su estado de inconsciencia no se lo permite.

De Fabio, Héctor y Gonzalo nos hemos despedido en el desayuno. Ellos estaban en mejor estado que las chicas. Se nota que tienen el hígado hecho a su bebida nacional. El lunes próximo tengo que volver a Madrid, ellos se van a quedar toda la semana y será cuando yo les presente el proyecto. Rubén vendrá conmigo y así le conocerán. Menos mal que estoy de vacaciones y no tengo que ir al Estudio de Juan, intentaré trabajar en el *loft* y sacar las mejores ideas posibles. Rubén volverá de Croacia el miércoles y no podemos perder ni un minuto si queremos conseguirlo.

—Axel, ¿cuánto falta para llegar? —me pregunta Julia abriendo un ojo como si tuviese cinco años.

—Un par de horas, estaremos a medio camino.

—Puedes parar para ir al baño y beber algo, tengo la boca como un esparto —me suplica.

—Sí, yo también necesito ir al baño —dice Lía desperezándose.

Durante la parada tomamos agua y vamos al baño. Lía tiene mejor cara, la mini siesta de dos horas la ha sentado muy bien.

—Ven aquí, princesa —le digo mientras aprieto contra mi cuerpo el suyo y beso sus labios.

—Oye, menos numeritos de amor delante de mí. Necesito llegar a casa y follar con mi Claudio,

que menudo fin de semana que me habéis dado —espeta Julia haciéndose la ofendida.

—Dirás con Dío —digo burlándome de ella.

—No, será mejor llamarla princesa, ¡no te jode! —dice Julia haciéndome burla con la lengua

—Ya está, he tenido suficiente. Volvamos al coche, que yo también quiero llegar pronto —intercede Lía entre los dos, para parar nuestro comportamiento infantil.

En cuanto nos pusimos en camino de nuevo, Julia se quedó sopa y Lía y yo fuimos hablando de cómo iba a ser nuestra relación a partir de ahora. Joder, estoy tan contento de volver a estar con ella que me da igual cómo lo planteemos, solo necesito saber que vamos a estar juntos otra vez.

—¿Qué crees que dirá Teo cuando me vea? —le pregunto algo nervioso.

—No sé, probablemente él lo vea más normal de lo que imaginamos. Sé que has hablado con él como si no hubiera dejado de verte nunca —me dice sonriendo.

—La verdad es que me tiene ganado, siempre lo noto contento cuando habla conmigo, creo que le caigo bien. A Gael en cambio creo que le caigo bastante mal.

—Sí, lo sé. Gael es distinto, además tiene una edad complicada. Solo espero que ahora que vamos a vivir los tres juntos no haya ningún problema con... —Sabía lo que la preocupaba y no le dejé seguir hablando.

—Tranquila, princesa. Hemos dicho que arreglaremos todo juntos. No voy a consentir que tu ex juegue contigo otra vez con el tema de los niños. Si hay que luchar, lucharemos juntos. ¿Entendido?

—Está bien, no quiero pensar demasiado. Solo estoy algo nerviosa por empezar de nuevo.

—Lo sé, yo también estoy nervioso; pero si no nos mentimos más y nos queremos como lo hacemos, nada podrá estropear lo que tenemos. Confía en mí.

—Me imagino que sabrás que ya no tengo el piso ni el *loft*, ¿no? —me dice con voz queda.

Y ahí estoy yo escondiéndome detrás de mis gafas de sol y conteniendo una sonrisa que está a punto de escapárseme.

—Sí, me lo contaron Alba y Lucas. No entendí por qué hiciste algo así. El piso y el *loft* fueron tu proyecto. Además, Teo me dijo que estáis viviendo en un apartamento muy pequeño que no le gusta nada. ¿Por qué lo vendiste?

—No sé, quizás viví cosas tan intensas allí dentro que no era capaz de adaptarme a vivir sola rodeada de recuerdos.

Se me parte el alma al escuchar su explicación. Me imagino que nota que oírle decir eso me ha bloqueado un poco. Y ella solo es capaz de agarrarme la mano derecha, llevársela a sus labios y besarme entre los nudillos. Está preciosa cuando me mira así. Sin duda alguna, brilla.

El resto del viaje nos dedicamos a decirnos cosas bonitas, a poner canciones que nos recuerdan los momentos en los que estuvimos separados y a fantasear con volver muy pronto a Isla Sofia, para querernos como lo hicimos la última vez que estuvimos juntos allí.

Joder. Qué ganas tengo de ver su cara cuando entremos en su antigua casa. Me muero por desnudarla y estar dentro de ella en todos los rincones donde ya lo hice.

Acabamos de llegar a Santander y lo primero que hemos hecho ha sido dejar a Julia, se ha puesto muy pesada con que necesitaba estar con Claudio ya, que no puede estar ni un minuto más sin él. Nos ha recriminado ser unos pésimos compañeros de viaje. Dice que hemos estado todo el día dándonos besitos y hablando ñoñerías. ¡Hay que joderse!, si la muy capulla ha venido la mayor parte del viaje roncando en los asientos traseros. Alucinados nos ha dejado con su sermón. Para colmo, le ha dicho a Axel que la maleta la pesaba un montón y que se la subiera a casa. Espero que su Claudio no estuviera esperándola en pelotas y haya recibido así a Axel. De momento estoy en el coche esperando a que baje, así que deduzco que estaría vestido y solo se estén saludando.

Tengo tantas ganas de estar en casa con él y con Teo, necesito empezar a vivir a su lado, disfrutando de él, desde la mañana hasta la noche. No quiero dormir ni un día más sola. Me ha costado darme cuenta de lo que siento, o más bien aceptar que quiero estar con él, por encima de todas las cosas. Estoy casi segura de que vamos a ser capaces de hacerlo funcionar.

—Ya está —me dice volviendo a sentarse en el asiento del conductor.

—Has tardado mucho, ¿no?

—No, lo normal. He saludado a Claudio y nos hemos puesto al día en unos minutos. ¿Dónde tenemos que ir ahora?

—Pues a buscar a Teo, le dije a Carlo que, como no sabía a qué hora iba a llegar, mejor pasaba yo a buscarle.

—Perfecto. Pues guíame y vamos.

Le fui indicando las calles por donde tenía que entrar y llamé a Gael para asegurarme de que están en casa. Le he dicho que Teo prepare su bolsa y baje al portal cuando le avise.

En menos de cinco minutos ya estamos con el Audi delante del portal de Carlo. Mando un *whatsapp* a Gael diciéndole que Teo ya puede bajar.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta Axel cogiendo mi mano de nuevo.

—Un poco, igual que tú, creo. —Y nos reímos los dos. Sus ojos verdes brillan. En pocos segundos se abre la puerta del portal y caigo en la cuenta de que Teo no tiene ni idea de que estoy con Axel, ni que estamos dentro de este coche. Joder. Axel, no me nubles más el juicio. Abro la puerta para bajarme y que me vea y no solo lo hace él. También me encuentro a Carlo y a Gael que venían a su lado. Vaya suerte la mía, así se dan todos por enterados.

—Chicos, estoy aquí —les aviso saludando con la mano. Gael abre los ojos de par en par, sé que es por el coche, no por mí, y empieza a acercarse. Teo viene corriendo a darme dos besos y Carlo se queda rezagado en la acera. Me mira y hace un simple gesto con la cabeza.

—Mamá, ¿de dónde has sacado este buga? —me preguntó Gael asomándose por la puerta.

—Es un coche de alquiler. No es nuestro.

Y en cuanto ve que Axel es el conductor, le hace un leve gesto con la cabeza a modo de saludo, está claro de quién es hijo, ¿no?

—Gael, se dice hola por lo menos —le recriminé.

Axel le dijo “hola” y, como si de un esfuerzo titánico se tratase, Gael le contestó con otro “hola” de lo más seco. Teo se separó de mí y echó un vistazo al conductor.

—Hola, Axel, me alegro de verte. —Le chocó la mano y se despidió de su padre y su hermano.

Yo, antes de entrar en el coche, le di un beso a Gael que recibió sin mucho entusiasmo y le despedí

cuando se marchaba con su padre. ¿La alteración hormonal cuánto dura?, me pregunté para mí. ¿Eternamente? Joder con el preadolescente o adolescente, o yo qué sé, cada vez empieza primero esa terrible etapa. Espero que algún día me explique qué problema tiene con Axel y conmigo, porque hoy por hoy soy incapaz de entenderlo.

En el coche, antes de arrancar Teo no para de hacer preguntas a Axel, como cuánto tiempo se va a quedar en Santander, si ya no va a volver a París, dónde va a vivir... Si Axel estaba algo nervioso esperando la reacción de mi hijo, una de dos, o se ha tranquilizado del todo al ver tanto entusiasmo por su parte, o está completamente acojonado por la batería de preguntas que no ha sido capaz de responder.

—Tranquilízate, Teo —intervengo—. Deja que lleguemos a casa y te contamos todo, ¿vale?

Y al decir casa me doy cuenta de que tengo que guiar de nuevo a Axel por mi ciudad porque no tiene ni idea de dónde vivo ahora.

—Axel, tienes que ir como para mi antiguo piso y después seguir unos metros más de frente y girar a la izquierda —le indico.

—Vale, me imagino que no sea tan difícil llegar.

Teo vuelve a la carga, esta vez contándole que el piso este no le va a gustar, salvo la terraza, que es lo único reseñable y encima solo tiene un baño. Yo alucino, hace no mucho las familias vivían en pisos muy pequeños y nadie se quejaba, ahora parece que todo tiene que ser a lo grande.

De repente, muy cerca de mi otra casa Axel da el intermitente del Audi y veo que aparca.

—¿Qué haces? Todavía faltan dos calles para llegar.

—Ya, pero bueno, como aquí hay sitio, si no hay mucha distancia podemos ir andando, ¿no?

—Bueno, como quieras, igual allí también encontrabas sitio más cerca —le digo algo extrañada.

Nos bajamos, sacamos las maletas del maletero y cruzamos de acera, estamos a unos tres portales de mi antiguo piso. Suelo pasar por aquí a menudo, pero estar ahora con él y con Teo, tan cerca, me revuelve un poco el estómago, es como si sintiera un leve pinchazo. Cuando estamos a la altura de mi antiguo portal, Axel se detiene.

—Lía, te dije que te traería a casa y eso es lo que estoy haciendo, ¡ven! —me dice mientras saca unas llaves de su bolsillo.

Teo lo mira alucinado.

—Axel, estás de coña, ¿no? —le dice Teo.

—Teo, ¡esa boca! —le regaño mientras miro como Axel no se inmuta y con media sonrisilla en sus labios abre la puerta del portal.

Creo que me tiemblan las piernas. ¡Joder!, esto debe de ser una broma. ¿Qué significa todo esto? Parece que voy a ser víctima de una cámara oculta.

Deja la puerta del portal abierta y viene a buscarme a mí y a mi maleta, que estamos petrificadas en medio de la acera. Teo no ha perdido el tiempo, ya está entrando y dirigiéndose al ascensor.

—Axel, ¿qué coño significa esto? Me estás asustando.

—Mamá, ¡esa boca! —me dice Teo burlón.

—Tranquila, princesa.

Subimos en el ascensor, Axel no me dice ni una palabra más, solo me mira con esos ojos verdes que me pierden y con su sonrisa infalible. Me vuelve loca verle sonreír. No sé si podré mover las piernas, ahora mismo estoy como un flan. Llegamos a la puerta del que fue mi piso y el idiota de Axel le da las llaves a Teo para que la abra.

—Haz los honores, Teo —le dice.

Mi hijo no puede contener la emoción. Son mis llaves, ni tan siquiera me quedé con el llavero

cuando lo vendí. Lo he reconocido en el ascensor y mi corazón creo que está a punto de salirse de mi pecho. Cómo cojones las tiene él. ¿Lo ha comprado? Voy a matar a Julia. Vaya imbéciles los dos. No puede ser que me ocultaran todo esto.

Teo gira la llave y abre la puerta del que fue mi hogar.

“BIENVENIDA A CASA”.

Me gritan varias voces, las lágrimas que se agolpan en mis ojos no me permiten ver quién está dentro, aunque por el sonido y los gritos me lo puedo imaginar.

Me tapo la cara con las manos y Axel me recoge en el felpudo.

—Vamos a hacerlo bien, princesa.

Me coge en brazos y traspasa la puerta conmigo, como los recién casados en las películas americanas. Tengo la cabeza hundida en su pecho y no quiero ver a nadie. Me muero de los nervios y de la vergüenza. Axel me besa la cabeza, como si fuera su niña pequeña.

—Princesa, ¿estás bien? —pregunta al cabo de unos segundos.

Intento calmarme y despego mi cara de su camiseta, se la he calado. Le miro y como si no hubiera nadie más que nosotros le beso. Le beso con fuerza. Pobre Teo, tiene que estar alucinado. Por fin me pone de pie en mi antiguo salón y veo como todos contemplan la escena, emocionados. Lucas, Alba, Claudio y Julia.

—¡Sois todos unos gilipollas! Me habéis ocultado esta información muchísimo tiempo, y yo que pensé que erais amigos míos —les gruño.

Julia viene a abrazarme y me hago la ofendida unos segundos, después no puedo contenerme más y la abrazo yo a ella. Sé que mi Julia es todo corazón. Yo le di el poder y ella actuó en consecuencia. Jamás en mi vida me hubiera imaginado algo así. No puedo estar enfadada, un poco dolida sí, por haber sido la última en enterarme, pero no soy capaz de enfadarme rodeada de la gente que me quiere. Tengo millones de preguntas que hacerles. Saludo al resto. Alba y Lucas me abrazan a la vez. Alba enseguida se dirige hacia su hermano y le da un montón de besos. Parece que todos estaban deseando que llegara este momento. Claudio me coge en volandas y me pide al oído que no mate a su chica.

—Ya sabes que lo hizo por ti —me dice sonriendo. No veo a Teo por ningún sitio. Dejo a todos hablando y me acerco a su habitación.

—Mamá —me dice tirado encima de su cama—. Es genial estar en casa de nuevo. ¿No crees?

—Por supuesto, cariño —le digo mientras me tumbo con él en la cama. Qué sensación más placentera verle feliz.

Axel aparece asomándose por la puerta para comprobar que estamos bien. Teo se levanta inmediatamente y va a darle un abrazo. No me lo puedo creer, estoy encantada con la imagen que tengo ante mis ojos.

—¡Gracias, Axel! Muchísimas gracias por devolverme mi casa.

—De nada, Teo. No podría vivir con vosotros en ningún otro sitio —le dice con ilusión. Teo se va al salón con el resto.

Me levanto y me abalanzo sobre él, pillándole de improviso. Su cuerpo fuerte me abraza hasta casi dejarme sin respiración. Mi boca se abre paso entre la suya y creo que nuestro beso dura varios minutos. Estar en casa, mi casa, otra vez, con él, con Teo. ¿Acaso podía existir algún lugar mejor?

—¡Tortolitos!, vamos a pedir unas *pizzas* para inaugurar la vuelta al hogar —nos grita Julia desde el salón.

Cuando conseguimos despegarnos, nos unimos al grupo. Teo ya estaba poniendo la mesa muy dispuesto y yo voy a mi cocina, me doy cuenta de que en la nevera hay de todo.

¡Vaya pandilla!, han organizado todo a la perfección para nuestra vuelta. Necesito que me cuenten un montón de cosas de cómo han conspirado todos contra mí, desde el día que Julia llamó a Axel para la venta de la casa hasta el día de hoy, cuando he encontrado mi casa como si no hubiera pasado el tiempo. Bueno, está claro que ahora la casa tiene otro dueño, o dueños, pero yo la siento mía. Necesito los detalles. Y qué mejor lugar que mi salón, con mis amigos, mi hijo, mi amor y unas *pizzas*, para que me pongan al día. Si alguien quiere saber cómo es una cara de felicidad, solo tiene que mirar la mía.

AXEL

Se acaban de marchar todos, todavía estamos sentados en el sofá Teo, Lía y yo. Con la emoción, Teo no ha sido capaz de meterse en la cama, a pesar de que son más de las doce. Le entiendo, porque yo también estoy nervioso por todos los acontecimientos vividos. Es la primera vez que siento que he hecho lo correcto.

Creo que a Lía no le queden dudas de por qué Julia pensó en mí cuando se quiso deshacer de este piso. Ella nos ha hecho un montón de preguntas sobre cómo me lo planteó, por qué yo acepté, quién firmó la operación, etc. Julia le ha dado su versión de los hechos, sobre todo las cuestiones legales, ya que mi hermana y ella son las que tenían ambos poderes nuestros para poder realizar la operación.

Mi explicación de los hechos, le he dicho que supe que era un error deshacerse del piso y que siempre tuve la esperanza de que lo nuestro se pudiera arreglar, creo que la ha convencido, al menos de momento. Siempre me imaginé que si volvía a estar con ella sería viviendo juntos aquí. Sé que ella da muchas vueltas a las cosas, es una organizadora nata, por lo tanto no descarto que siga preguntándome más dudas hasta que lo tenga todo controlado. Hoy no es el día para tratar el tema, pero quiero que ella tenga la propiedad otra vez, se mosqueará, me dirá que estoy loco, que de ninguna manera... Espero que entre en razón y podamos arreglarlo, incluso me encantaría que fuera de los dos, a medias, algo suyo y mío. Pero para eso necesito tiempo y dedicación, no quiero agobiarla más el primer día; aunque trate de aparentar calma, sé que ahora mismo es un torbellino de emociones.

Mientras estoy divagando, Teo me saca de mis pensamientos.

—Entonces, ¿qué sois, novios? —nos pregunta de golpe.

Yo me quedo un poco en blanco, no he hablado con Lía de cómo vamos a afrontar este tema y estoy un poco verde en cómo tratar con un niño de once años, más allá de unas partidas a la videoconsola o un poco de fútbol. Teo siempre me escucha y es fácil conversar con él, así que espero que acepte que yo quiero estar con su madre y por consiguiente con él. Cuando pensaba en volver a estar con Lía, nunca me planteé que sus hijos desaparecieran de la ecuación, siempre he sabido que, aunque no vivieran con nosotros, tienen un lugar en su vida muy importante, por lo tanto solo necesito aclimatarme a la nueva situación.

—Sí, Teo, puedes decir que somos novios, o pareja o lo que quieras llamarnos —dice su madre—. Axel ha vuelto para vivir con nosotros. Axel y yo queremos estar juntos y nos gustaría que tú formarás parte de esta nueva etapa también, porque sabes que tu hermano y tú sois lo primero para mí.

Escuchar a Lía hablar con tanta sinceridad y tanta calma me hace destensarme un poco.

—Espero que no te moleste que vivamos aquí los tres —le digo con cautela.

—¿Molestarme? Estás loco, me encanta vivir aquí de nuevo, y como ya te dije por teléfono mi madre es más feliz cuando está contigo. —Lía, al oír a su hijo, pone los ojos como platos. Vaya confesión que acaba de hacer Teo, así sin filtros.

—Ya veo, no sabía que hablabais a mis espaldas de mí. —Y suspira haciéndose la ofendida.

—No te piques, mamá, pero es la verdad. ¿Y vais a dormir juntos o Axel va a dormir en el *loft*?

Joder con Teo. Veo que sale a su madre, todo lo tiene que tener controlado y organizado. Antes de

que Lía pudiese contestar, me adelanté.

—Mira, Teo, voy a ser sincero, a mí me encantaría dormir con tu madre; pero si tú crees que te va a resultar incómodo, puedo dormir en el *loft*.

—¡No, qué va!, a mí me da igual. No tengo ningún problema porque durmáis juntos. Solo era por saber.

Solté el aire de mis pulmones con cierto alivio. Si su respuesta hubiera sido la contraria, me hubiera jodido bastante; pero después de haberle dado la oportunidad de elegir, no me hubiera quedado otra que aguantarme. Lía me mira frunciendo el ceño. Creo que la he cagado dándole la opción de elegir. Me espera bronca, lo presiento.

—Venga, Teo, te acompaño a la cama —le dice su madre—. Ha sido un día muy largo.

Teo se despide de mí con otro abrazo y yo me voy a la habitación también, entre el viaje y el millón de emociones estoy algo abrumado. Mañana llamaré a mi madre y le contaré la nueva situación. No quiero que se entrometa otra vez en mi vida, pero quiero que esté al tanto de cómo será a partir de ahora. Lía entra en la habitación y cierra la puerta. Me encanta tenerla aquí.

—Respira, vecino. Has estado a punto de cagarla el primer día —me dice con media sonrisa.

Ya sabía yo que la bronca estaba cerca.

—¿Por? —me hago el despistado.

—Porque hemos quedado que lo primero somos tú y yo, y el resto de piezas tienen que encajar con nosotros. Teo tiene once años, no es quién para decidir si su madre duerme sola o acompañada. ¿No crees?

—¡Venga, princesa!, quería hacerle sentir importante. No quiero que esté enfadado conmigo. Vamos a vivir juntos.

—Lo sé, pero has ido de farol y las has pasado putas esperando su respuesta. ¿Me equivoco? —me dice mientras se acerca a mi cuerpo y empieza a desnudarme. Sus manos en mi pecho acariciándome hacen que mi polla quiera salirse del pantalón.

—Princesa, ten paciencia conmigo, soy novato —le digo haciendo un mohín y quitándole toda la ropa lentamente.

—No desvíes el tema con tus manos. Está claro que tenemos que sentar unas bases para nuestra convivencia. No quiero que Teo te tenga comiendo de su mano, ¿vale?

—Está bien, pero esa conversación la vamos a tener mañana, sin tus manos quitándome los calzoncillos, ¿te parece?

—Me parece perfecto.

—Ahora quiero estar dentro de ti. Ya.

Y dejando a un lado nuestra primera conversación “seria” de pareja, nos deshacemos de la poca ropa que nos queda. Estando de pie al lado de la cama, le empiezo a besar todo el cuerpo. Sus labios, sus mejillas, el lóbulo de la oreja, su cuello, el hombro. Me deleito en su suave piel. Y ella con sus manos acaricia cada centímetro de la mía. Mis pechos, mis abdominales, mi culo. Ejerciendo la presión justa para que mi flamante erección le toque el vientre. El cansancio ha desaparecido como por arte de magia. Nos miramos. Como se miran dos personas que se conocen a la perfección, pero que siempre quieren transmitirse cosas nuevas. Mis ojos verdes le dicen que soy suyo, completamente suyo. Sus ojos avellana me dicen que está en casa y que le encanta la nueva sensación de volver a estar juntos, en su hogar. Nuestras bocas acompañan a nuestras miradas y nos devoramos por dentro. Lengua contra lengua. Cuerpo a cuerpo. Cuando estamos más que excitados, la cojo por el trasero y la dejo caer suavemente encima de la cama. Nuestros cuerpos forman una espiral de piernas y brazos. No necesito tocar su sexo, sé que está esperándome.

—Dentro de ti, princesa. Solo quiero estar dentro de ti. —Y en un suave movimiento separo sus piernas, parecemos dos adolescentes haciéndolo por primera vez. Poco a poco acerco mi polla a su entrada y ella avanza sus caderas a mi encuentro. Está ansiosa por tenerme dentro. Lía dejándose llevar. Lía entregada a mí por completo. Mi Lía.

Comienzo a entrar y salir de ella, sin apenas despegar mi pecho del suyo. Tengo los codos apoyados a sus dos costados y mis manos acariciándole la cara. Está feliz. Su sonrisa me derrite por dentro. Mis movimientos siguen siendo pausados, tratando de disfrutar de cada embestida el mayor tiempo posible. Lía contiene la respiración.

Le llego tan profundo que creo que no va a necesitar mucho tiempo para deshacerse entre mis manos.

—No vas a romperme, ¿sabes?

—Lo sé, princesa, pero me encanta hacerte el amor así.

—Y a mí que me lo hagas. Pero quiero llevar el control —me dice mientras pasa sus piernas por mi cintura y trata de darme la vuelta.

—¿En serio? ¿Ahora? —Y pongo la cara más triste de todo mi repertorio.

—Sí. Ahora.

Y entonces me dejo. Me dejo porque, aunque ella sabe que no me gusta ceder el control, probablemente necesite demostrarme que puedo confiar en ella. Se sube encima de mí y se mete mi erección, sin previo aviso. Solo puedo contemplarla desde mi posición. Tan expuesta para mí. Le agarro las lolas con mis manos y ella echa la cabeza hacia atrás mientras no para de subir y bajar. Mi polla entra y sale de ella a un ritmo de vértigo. Nada que ver con nuestro ritmo lento de antes.

—¡Tócate! ¡Tócate, princesa! Tócate para mí —le ordeno.

—Yo llevo el control, así que, si quieres, tócame tú.

Y le obedezco. Le obedezco porque haría cualquier cosa que ella me pidiese. Con mis dedos trazo círculos sobre su clítoris, mientras ella me sigue cabalgando. No voy a poder esperar mucho más. Al tocarla se ha excitado al máximo y nuestras miradas arden en deseo. Gruño. Gime. Gruñe. Gimo. Se muerde el labio con ímpetu y cuando creo que está a punto de correrse y la veo inclinarse para besarme y apoyarse en mi pecho, la obligo a permanecer arriba.

—¡Quédate arriba, Lía!, quiero ver tu cara cuando nos dejemos ir.

Me sobreviene un orgasmo infinito, con su imagen corriéndose encima de mí, no dejamos de mirarnos a la cara. Está tan guapa cuando alcanza el clímax.

Joder. Contenemos los gritos y los gemidos. No estamos solos en esta casa. Por fin se deja caer encima de mi pecho. Sin sacar mi polla de ella, puedo sentir las últimas sacudidas de placer, los últimos espasmos y contengo la respiración de nuevo. Ella contrae sus músculos vaginales, aprisionando mi polla y reteniéndome. Yo sucumbo. No quiero despegarme de ella.

—¡Hostia, princesa! Ha sido increíble. No está tan mal cuando llevas el control —digo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me gusta saber que te complacen mis artes amatorias.

Nos reímos juntos, pero bajito. No queremos despertar a Teo. Nos comemos a besos, de todos los tamaños y sabores, cortos, largos, con lengua, sin ella, lascivos, castos.

Ha sido un día largo. ¡Joder!, si lo pienso, ha sido un fin de semana intensísimo. Desde el viernes con la reunión, la cena, el gilipollas, la bronca, la reconciliación, el viaje, la sorpresa..., volver a casa.

Aunque a disgusto, salgo de ella y nos tumbamos frente a frente, abrazados. Lía está empezando a cerrar los ojos, entiendo que esté agotada y yo no puedo dejar de mirarla.

—Me tienes que contar lo del tatuaje de tu pie. Yo también quiero el mío —me dice medio en sueños.

—Mañana te lo cuento, ahora descansa.

Nada ni nadie me va a separar de ella. Aunque me cueste, necesito empezar a hacerle entender que lo que nosotros tenemos va a ser para siempre.

Se oye un sonido atronador, miro el reloj y son las 7.00 de la mañana. Me giro y todavía me extraño al ver a Axel en mi cama; bueno, en la que era mi cama, que ahora es ¿nuestra?, ¿de él? Me da absolutamente igual la propiedad de la misma, es de los dos, porque los dos dormimos en ella, gozamos en ella, nos amamos en ella y porque quiero compartir con él hasta el aire que respiro.

Está guapísimo, tiene los labios un poco fruncidos, mueca causada por el espantoso ruido de la alarma de su móvil, el pelo revuelto y esos rasgos que le dan aspecto de gran seductor. Hemos tenido que poner el despertador porque el lunes después de nuestro fin de semana intensivo nos despertamos a las mil y Axel tiene que preparar el proyecto para Fabio. Ya tendremos tiempo de no madrugar cuando todo esté encauzado.

Está trabajando más horas que las que tiene el día, menos mal que ya regresó Rubén de sus vacaciones y viene a ayudarle desde primera hora de la mañana. El domingo van los dos para Madrid a presentárselo. Están trabajando en el *loft*, con un ordenador que ha traído Rubén y una mesa de dibujo que ha comprado Axel. La suya volvió a Barcelona tras nuestra separación y no ha podido recuperarla.

Me encanta ver la puerta del *loft* abierta otra vez. Es una sensación increíble que las barreras y la angustia que sentía en esta casa antes de venderla se hayan esfumado. Nunca imaginé que volvería aquí, menos tan pronto y mucho menos con él.

—Buenos días, princesa —me dice desperezándose.

Yo no necesito madrugar tanto, aunque la verdad es que también estoy muy liada en la asesoría preparando con Julia todo el papeleo de la nueva empresa de Fabio y atendiendo al resto de mis clientes, pero me da tiempo de sobra a adelantar trabajo durante mi jornada laboral. A pesar de no necesitarlo, no me importa despertarme con él. La otra opción que me ofreció fue que él dormía esta semana en el *loft* para no molestarme, opción que rechacé, por supuesto. Bastante tiempo he estado sin él como para permitir que duerma a unos metros de mí y no disfrutar de su cuerpo en mi cama.

—Buenos días, vecino —saludo mientras me acomodo sobre su cuerpo—. Aunque igual tengo que empezar a llamarte otra cosa, ¿no?

—Vecino me pone. No lo cambies, ¿cuánto he dormido?, ¿dos horas?

—No sé, creo que has venido a las dos de la madrugada más o menos —le respondo.

Estamos desnudos, hemos dormido así todas las noches desde que volvimos el domingo. No hay nada mejor que estar piel con piel. Sin barreras. Comienzo a besarle todo el cuerpo, primero por su cara, luego me pego a su cuello, su pecho, paso rápido por su polla y desciendo hasta sus pies. Beso su brújula marcando el norte.

Es preciosa. Por fin conseguí que me contara la historia. Se hizo el tatuaje nada más llegar a Berlín, me dijo que le dolió bastante por tratarse de esa zona tan delicada, pero que necesitaba tatuarse algo nuestro, porque los primeros días sin mí temió perder la cordura. Rubén y María le dijeron que estaba loco, que así era difícil que consiguiera sacarme de su cabeza, pero precisamente eso es lo que pretendía, que yo siguiera grabada en ella. Me contó que cuando miraba el tatuaje se centraba en el cometido que le había llevado hasta allí y como añadido siempre se acordaba de mí.

—Nunca has dejado de ser mi norte, Lía, aunque no quisiera reconocerlo —me confesó. Yo he rescatado de mi joyero su colgante, ahora vuelve a lucir en mi cuello y ya no me lo pienso quitar nunca. Además, le he dicho que busque un buen tatuador, porque quiero hacerme uno igual que el

suyo; o si quiere, que me lleve a Berlín donde se lo hizo él y así serán casi exactos. Axel se burló de mí porque cree que no seré capaz de aguantar el dolor.

Me vuelvo a acomodar encima de su cuerpo; como cada mañana, su erección matutina me saluda juguetona. Axel me come a besos. No le importa que ni tan siquiera hayamos desayunado, ni que no nos hayamos lavado los dientes. Me envuelve con sus labios y sin darme cuenta me gira para quedar encima de mí.

—Si no te follo, no puedo empezar el día, princesa. ¡Ven aquí! ¡Déjame estar dentro de ti!

Y yo sin dudar un solo momento le dejo abrirse camino entre mis piernas. No sé cómo lo hace, pero siempre estoy preparada para recibirle. Primero sus embestidas son suaves, pero enseguida empieza a marcar el ritmo. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Yo logro enroscar mis piernas a su cadera y así sentirle hasta lo más profundo de mi ser. Lo hacemos rápido y sin mucho ruido. Estoy tan excitada viendo como se muerde el labio inferior, para no gritar, que entierro mi cara en la conexión de su cuello con su hombro cuando me sobreviene el orgasmo. Es como mejor podemos empezar el día. Gruñe. Me embiste un par de veces más y libera todo su semen dentro de mí. Casi sin sacar su polla de mi interior, me levanta a pulso y nos vamos a la ducha. Enroscados.

Joder, es increíble ver como sus músculos perfectamente definidos cargan con mi peso sin inmutarse.

—A la ducha, amor.

—Está bien, pero déjame dos minutos sola, ¡por favor!

—¿En serio? Vamos, princesa, no seas tímida ahora.

Entre los dos no existe vergüenza, ni pudor, pero estamos empezando nuestra convivencia al 100% y le he pedido un poco de intimidad para ciertas cosas. Axel se ha reído de mí por tanto remilgo, dice que después de todo lo que hacemos con nuestros cuerpos no se va a espantar por ver como hago pis. Se lo he pedido por favor y él ha aceptado que nos respetemos, de momento, aunque sigue sin entenderlo.

La ducha es rápida, en nada llegará Rubén, que entra directamente por el *loft* para no llamar al timbre de casa, así que Axel no se recrea en enjabonarme, ni en pasar sus manos por todo mi cuerpo, me siento frustrada.

—Presenta el proyecto ya, porque quiero bañarme contigo, por lo menos hasta que salgamos arrugados —le digo haciendo un mohín.

—Yo también me muero de ganas de disfrutarte, amor.

Se viste en la habitación mientras yo salgo del baño, pero el rastro que ha dejado su colonia Agua Fresca me invade las fosas nasales obligándome a juntar mucho mis muslos, otra vez.

Joder, Lía, no sé si lo tuyo ya es para mirárselo. Acabas de follar y de ducharte con él y su simple olor ya te está poniendo a mil de nuevo, estás completamente loca.

Con la toalla cubriendo mi cuerpo húmedo todavía, le contemplo acabar de vestirse. Joder, no sé cómo puede estar tan guapo con cualquier cosa que se ponga. Ahora mismo, con unos vaqueros negros y una camiseta gris, está como para rodar un puñetero anuncio.

Me gusta que trabaje desde casa y que sea yo la única que lo contempla vestido y desnudo.

No puede ser, Lía, creo que su olor te ha dejado K.O.

—¿Te gusta lo que ves, princesa? —me pregunta socarrón.

Ya está aquí mi engreído favorito, ha vuelto. ¿Cuánto tiempo hacía que no se pavoneaba delante de mí? y lo que me gusta...

—No está mal —desato mi toalla y la dejo caer en la alfombra.

—¡Joder, Lía! —gruñe—. Tengo que ir a trabajar. Ya te pillaré luego, a ver si juegas con fuego

otra vez.

Me limito a reírme mucho y a buscar un conjunto de ropa interior en mi cómoda.

Axel me besa pegándose a mi cuerpo ya vestido.

—Te quiero —le digo antes de que se despegue de mí.

— Yo también te quiero. Nos vemos luego.

Me acabo de vestir y desayuno. Teo duerme profundamente. Le suelo dejar su desayuno preparado. Esta semana está durmiendo un montón, lo veré a la hora de la comida. A Axel no le importa echarle un vistazo cuando se levanta y mandarle recoger su habitación. Le he dicho que se lo recuerde de buen rollo, solo para que sepa que no puede estar todo el día jugando a la consola sin hacer nada más. Sé que a Teo le gusta ver cómo trabajan Rubén y Axel, siempre les pregunta todo y ellos tratan de contarle lo que hacen; pero le he advertido que no los moleste mucho, que esta semana están muy liados.

Por las tardes, estamos yendo con Lucas y su furgoneta a buscar todas nuestras cosas al otro piso, antes de que acabe el mes quiero dejarlo vacío. Como Axel no puede ayudarme, Lucas se ha ofrecido a hacerlo conmigo. Es una suerte que estén pasando unos días aquí. Alba también nos echa una mano.

Julia y Claudio están organizando su propia vida. Me parece que van a dar el paso de irse a vivir juntos; pero yo espero a que haya comunicación oficial, no vaya a ser que la diga algo y meta la pata. A las 9 en punto entro por la oficina. Julia y yo nos ponemos al día.

—Nena, tu brillo me ciega —me dice socarrona.

—¡Ya estamos!, con el brillito de las narices —protesto.

—Tendré que traer gafas de sol a la oficina, porque desde ahora y para siempre tu luz me va a cegar.

—Suave, que la palabra “siempre” está sobrevalorada. Un “para siempre” ya tuve yo y mira cómo acabó. No flipes.

He decidido que no voy a pensar más allá del ahora. “Lía, ahora” es mi lema. Quiero disfrutar de cada día sin pensar muy a largo plazo. Necesito volver a ser feliz con pequeños detalles y poco a poco apartar los malos rollos y el drama que he sentido en los últimos meses.

—¡Está bien, zorri! Ahora solo disfruta. Te lo mereces. Vamos a currar un poco para poner en marcha Duarte Española S.A.

—¡Correcto!, vamos a ver si acabamos de darla de alta y tenemos todo preparado para que el primer contrato que firme la nueva empresa sea el del proyecto de Axel.

—Ya veo que lo tienes todo organizado. Así todo queda en casa, ¿no? —Al final los nervios de Axel por el dichoso proyecto han calado en mí también, sería una oportunidad única para que empezaran ellos con su estudio propio. Espero que a Fabio le encanten sus ideas y que deje todo en nuestras manos.

Pasa la semana y ya es sábado, los días anteriores han sido una tortura. Axel se ha quedado hasta las tantas trabajando todas las noches y creo que por fin tienen todo completamente acabado para hacer la presentación oficial el lunes.

Esta noche, antes de que se vayan mañana a Madrid, hemos convocado a todos a una cena en el *loft*. Rubén y Axel nos presentarán el proyecto a nosotros, a modo de ensayo. Seremos su público más crítico. Alba, Lucas, Claudio, Julia, María y yo escucharemos su presentación y les daremos nuestro humilde punto de vista.

Teo se ha ido a las fiestas del pueblo de su amigo Mauro, por lo tanto no volverá hasta la semana que viene.

Estoy haciendo la compra de todo lo que me ha mandado Axel y, podéis creerme, son un montón de

cosas que no imaginé que se usaran para cocinar un mismo plato. Quiere soltar el estrés de la semana cocinando para nuestros amigos esta noche. Le he dicho que yo era capaz de preparar un menú decente para que él descansara; me ha dicho que cocinar siempre le relaja y que prefiere hacerlo él.

Cuando vuelvo a casa, me ayuda a subir todas las bolsas y me espera con una ensalada de pasta con muy buena pinta. Es la primera vez que cocina en el *loft* desde nuestro regreso y su imagen entre fogones me excita. Quiero follarle ahora mismo.

—No me mires así, Princesa. Puedo imaginar lo que estás pensando —me dice con tono burlón. Debo de tener escrito en la cara que yo prefiero comerle a él y no la pasta.

—No miro nada —digo fingiendo desinterés.

Guarda la compra en la nevera, abre una botella de vino blanco y nos sentamos a comer. Me ignora.

—Tenía pensado llenar la bañera y disfrutar de ti, contigo, antes de ponerme a cocinar, pero Rubén quiere cambiar un par de cosas que se le han ocurrido a última hora y vendrá en media hora —me suelta con cara de tristeza.

Ya me parecía raro que no me hubiera puesto encima de la isla de la cocina y me hubiera hecho de todo nada más entrar.

Después de comer decido darme yo sola ese baño. Canturreando “Dame la Razón” de Marlango, intento relajar todos los músculos de mi cuerpo en el agua tibia.

“Ay, Lía, parece que la sensatez se ha cambiado de bando”.

Otra cosa que nunca imaginé. Ahora soy yo la que tiene que esperar.

El *loft* huele a pato confitado y de repente ese olor me ha tele transportado al piso de los padres de Axel en París. Mi mente vuelve a vivir esos días como si no hiciera más de un año de mi estancia allí. Paseé con Axel por sus calles, entré en aquella librería mágica, tomé chocolate y me di un baño que jamás olvidaré en aquella bañera tan espectacular. Escuché su primer te quiero y me fundí entre sus brazos, conocí a su familia y comprendí un poco más su visión del mundo.

Es increíble cómo puede activarse la memoria con solo un olor. Mi cuerpo ha reaccionado ante ese estímulo y siento una punzada de felicidad en mi pecho.

Han llegado todos nuestros invitados y yo soy la única que falta. Teo me ha llamado por teléfono para contarme que lo está pasando genial con su amigo, pero antes de colgar me ha dicho que quiere desear suerte a Axel antes de que se vaya a Madrid. Le paso el móvil y se aleja hasta mi salón para hablar más tranquilo.

No puedo quejarme de cómo se lleva mi hijo con él, jamás creí que fueran a conectar tanto. Cuando regresa, me da un beso muy casto en la frente. Yo suspiro. Ha sido un gesto muy tierno, pero me gustan más sus besos invasivos.

—¿Qué te ha dicho Teo? —le pregunto.

—Me ha dejado sin palabras. Primero me ha deseado mucha suerte y después me ha preguntado si Rubén había cambiado aquella columna que no le convencía en la última planta. Aún estoy flipando.

Yo abro mucho los ojos y le miro entre sorprendida y acojonada.

—Vaya, parece que igual le gusta la arquitectura —le digo cogiéndole de la mano mientras nos acercamos al sofá.

—Está claro que se ha estudiado el proyecto con nosotros —dijo Axel sonriendo.

—Venga, Penas, vamos a empezar con la presentación que estoy deseando probar tu menú de hoy.

—¿Penas? —pregunto sorprendida.

—¡Joder! ¡Qué puto bocazas eres! Vamos a empezar y luego te lo explico —me dice Axel con gesto serio.

Vaya par, parece que la convivencia en Berlín y en París los ha unido mucho y me alegro un montón por los dos, pero sobre todo por Axel. Me gusta que tenga un buen amigo donde apoyarse. Realmente su mejor amigo era el tío que se folló a su ex y desde entonces su mayor apoyo había sido su hermana y su primo Mario. Está muy bien que haya conseguido conectar con Rubén y confiar en alguien más de nuevo.

Rubén se pone serio, aunque tiene una cara bastante cómica; ojos azules, pelo rubio rizado y unos mofletes de los que las abuelas siempre quieren pellizcar. Carraspea para modular la voz y comienza su presentación, nos muestra en su Mac las imágenes de cómo está el edificio ahora y poco a poco nos van destripando los entresijos estructurales del proyecto. Cuando termina con las nociones técnicas, que básicamente ha entendido solo Lucas, todos nos miramos expectantes. Él hace una reverencia como si hubiera terminado su actuación. No podemos aguantar la risa.

Axel coge el relevo y nos enseña todo el diseño exterior. La imagen final junto con una infografía nos da una clara visión de cómo quedará el hotel. Todos aplaudimos y María se levanta a abrazar a los dos arquitectos. Entre los dos la vitorean y comienzan a dar vueltas en círculos, mientras el resto los miramos entre alucinados y divertidos.

—Es como nuestro primer hijo —espeta María dirigiéndose a nosotros.

Todos nos reímos con su alusión.

—Creo que le va a gustar —dice Julia convencida—. Si necesitáis ayuda, puedo ir yo y convencer a Gonzalo, si es por ayudaros hago lo que sea, contad conmigo sin problema —dice picarona.

—¡No seas zorrón! —le corto.

Menuda cabrona. Claudio abre mucho los ojos mirándola y ella le guiña un ojo dando a entender que era coña. En otro tiempo hubiera dudado de ella, pero ahora sé que está muy enamorada de su “Dío”.

Lucas les pregunta un par de dudas sobre los materiales que pretenden utilizar y, cuando estábamos todos a punto de sentarnos alrededor de la isla de la cocina para empezar a cenar, Alba lanza un dardo envenenado.

—El proyecto está muy bien, pero tendréis una segunda opción por si este no le gusta, ¿no?

La cara de Rubén y de Axel es un auténtico poema. Han estado tan concentrados en terminar su proyecto que jamás se les ha pasado por la cabeza que a Fabio no le fuera a encajar. Alba les ha dado una bofetada de realidad.

—A ver, yo creo que le va a encantar y si quiere algo distinto os dará unas directrices para cambiarlo. Eso lo podéis ir haciendo sobre la marcha, ¿no? —dice tratando de calmarlos.

—Joder, Penas. Vaya dos novatos. Tú hermana tiene razón, tendríamos que presentarle dos opciones por lo menos.

—¿Y cómo coño vamos a hacerlo para el lunes? —pregunta Axel con tono cansado.

—¡Venga, chicos! Vamos a cenar y a beber esas botellas de vino. El proyecto es la hostia y seguro que le va a gustar —añade Claudio intentado animar a los jóvenes talentos. Mientras, Axel empieza a servir los platos.

La cena estuvo increíble. Todos alabamos al chef e incluso nos permitimos vacilarle para destensar el ambiente.

—Penas, siempre puedes abrir un restaurante en el hotel aunque no seas tú el que lo diseñe —le dijo María con sorna.

—¡Vamos, Penas!, si no llegas a ser arquitecto, puedes cocinar en el *loft* y venderlo a domicilio —le vaciló Julia también.

—Axel puede ganarse la vida como chef, lo peor es Rubén, que como no se vaya al club de la comedia... —replicó Lucas mientras levantaba su copa para hacer un brindis. Todos nos descojonamos, incluidos los novatos, como los bautizó Alba desde ese momento. Brindamos para darles suerte. Por su proyecto. Por los amigos. Por el amor y por tener muchas más cenas como esta, siempre contando con nuestro cocinero favorito, por supuesto.

Entre tanta guasa y tanta coña, Alba, que era quien había abierto la caja de pandora, les dijo que muchos diseñadores siempre guardan sus primeras ideas de diseño aunque les hayan parecido una mierda y que a veces de ahí, añadiendo cosas nuevas, o quitando, salen otras colecciones.

Rubén le dijo a Axel que en su ordenador tiene casi todo el material de su primera tormenta de ideas, que aunque no confíen en que de ahí pueda salir un proyecto aceptable, sí estará bien como segunda opción, en caso que no le guste la primera.

Axel abrazó a Rubén y juntó su frente a la de él.

—Qué buena pareja hacemos, ¿te quieres casar conmigo? —le preguntó ante la atenta mirada de todos.

—¡Quita, julandrón! Estás bueno, pero no eres mi tipo —le contestó Rubén mientras lo separaba de su cuerpo.

Abrimos otra botella de *champagne* y brindamos por el momento de lucidez.

Mañana su avión saldrá a la una del mediodía y tienen toda la tarde para hacer un “corta y pega” de sus ideas descartadas y armar un pseudo proyecto suplente. Ojalá todo les salga bien.

Escuchamos un poco de música y bebimos más. No les quedó otro remedio que contarme por qué llamaban a Axel “Penas”. Me hizo mucha gracia ver la cara de enfadado que ponía mientras María le imitaba por todo el *loft*. Yo solo me reía y le daba besos, para que supiera que no quería que se volviera a sentir así.

Julia también abrió la boca para decir que a mí no me hacía falta ponerme ningún mote, porque mi imagen ya hablaba por sí sola. Les contó que estuvo a punto de ir a mi casa a escondidas y quemarme el traje que llevaba todos los días a la oficina; según ella, parecía una azafata de las de los años 60. “Igual que una vieja”.

—Menos mal que se cambiaba las camisas —exclamó—. Y las bragas, supongo.

—Vale, creo que es suficiente por hoy —les dije con voz seria.

—Tanto que os reis de nosotros, pues todos a la puta calle —dijo Axel levantándose del sofá fingiendo indignación.

—Venga, Alegrías, no te enfades —espetó su hermana de nuevo cambiándole el apodo.

Todos nos volvimos a reír. Cerca de las dos de la madrugada se marcharon. A las doce tenían que estar en el aeropuerto y no querían ir de resaca en el avión. Nos despedimos todos con besos y abrazos. Les deseamos una vez más suerte y, después de un día muy largo, conseguimos estar solos.

Axel recogió todos los planos y guardó sus cosas en su maletín mientras yo recogía las últimas copas que estaban desperdigadas por el *loft*.

—Deja eso —me susurró Axel al oído mientras pegaba su paquete a mi trasero.

—Está bien, mañana lo recojo todo.

Me giré y me topé con su boca. Abrí la mía para recibir su lengua, sabía todavía a *champagne* y a él. Invadió todo mi espacio y posó sus manos a mi culo, apretándome más contra su cuerpo. Empecé a notar su erección. Se estaba tan a gusto encajada en su pecho.

—Vámonos a la cama —le dije entre dientes.

—¡No!, quiero follarte aquí. Porque desde que llegaste esta mañana lo tengo en mente. Quiero hacerlo aquí, contigo.

Me cogió por el culo y me sentó en la parte de la isla de la cocina donde habíamos cenado. Me sacó la camiseta por la cabeza y sin quitarme el sujetador sacó mis pechos de las copas. Succionó con fuerza mi pezón. Primero uno, luego el otro. La sensación fue deliciosamente perfecta.

—¡Axel! —gemí.

Se sentó en el taburete alto y levantó mi falda hasta mi cintura. Sentí el frío de la encimera en mi trasero. Tiró de mi tanga negro rompiendo la fina tira.

—¡Joder, menudo bruto! —protesté.

—Bruto me pones tú, princesa.

Se abrió paso entre mis muslos y comenzó a devorar mi sexo. Con devoción lamió cada uno de mis pliegues. Despacio. Jugando con su lengua sobre mi clítoris. Haciendo círculos a su alrededor. Me eché para atrás y apoyé los codos en la encimera, dándole total acceso. Las piernas me colgaban y Axel se las colocó sobre sus hombros. Casi muero de excitación. Con mi mano derecha le agarré del pelo. Joder. Su cabeza estaba enterrada entre mis piernas y su lengua no me daba tregua. Estaba comiéndome por completo. Sus ojos verdes me miraban con deseo.

—¡Córrete para mí! Necesito que te corras en mi boca.

—Joder, Axel. Si sigues así no voy a poder aguantar mucho más.

Y claro que siguió. Chupó. Lamió. Mordió todo mi sexo, a la vez que me penetraba con sus dedos.

Un dedo, dos dedos. Dentro. Fuera. Sin detenerse. Cuando sacaba sus dedos de mi interior, dejándome con ganas de más, los recorría con su lengua consiguiendo que mis pulsaciones se dispararan. Su imagen era tan erótica que sin estimulación podría correrme solo con contemplar la escena.

—Axel, me corro. Me corro ya —le anuncié.

—¡Dámelo, princesa!

Y yo obedecí y se lo di. El orgasmo me invadió comenzando en mi vientre y extendiéndose a todas mis terminaciones nerviosas. Columna. Muslos. Pies. Grité. Grité mucho pronunciando su nombre. Axel recogió todos mis fluidos con su boca y los saboreó.

—Estás jodidamente increíble cuando te corres en mi boca —me susurró.

Sin dejar que apoyara las piernas en el suelo, me agarró por el culo y me llevó hasta la cama. Mi centro todavía sucumbía a las pequeñas réplicas del orgasmo y sin darme cuenta me desnudó completamente. Yo le quité la ropa a él y cuando estábamos desnudos los dos nos miramos, como mira a un caramelo un goloso.

—Quiero comerte —le dije bajito.

—Y yo quiero follarte hasta que me obligues a parar.

Joder, Axel el dominador me ponía como una moto. Me quedé sin palabras. Nuestras últimas veces habían sido mucho más calmadas. Me encanta que haya vuelto la acción.

—Date la vuelta y pégate al colchón. Voy a darte fuerte, amor.

No lo dudé ni un segundo, me puse boca abajo y subí un poco mi trasero para darle total acceso a mi cuerpo. Axel acercó su firme polla a la entrada de mi sexo e hizo círculos a su alrededor.

—¡Axel, métemela! Por favor —supliqué. La excitación no había disminuido.

—Tranquila, princesa. Solo te estoy preparando. ¿Estás lista?

—Para ti siempre lo estoy —le contesté.

—Pues agárrate a la almohada.

Cogí con fuerza la almohada intuyendo la fuerza de sus embestidas, y no me equivoqué. Axel entró en mí como un torbellino, con penetraciones duras y profundas. Me encantaba sentirle tan excitado. Gruñía.

—Joder, Lía. Tu imagen de espaladas me vuelve loco —me dijo mientras entraba y salía de mí con más fuerza. Apoyó sus manos en mis hombros y movía nuestros cuerpos a su antojo.

Dentro. Fuera. Rápido. Más Rápido. Una embestida hasta el fondo. Otra más. Se dejó caer encima de mi cuerpo y lamió mi nuca con su lengua caliente. Todo mi cuerpo recibió la descarga de placer cuando en unas estocadas más Axel me llenó entera. Con un ritmo frenético se vació dentro de mí.

—Joder. Haces que me corra como un puto quinceañero —gruñó.

Yo con la cabeza enterrada en la almohada absorbí un nuevo orgasmo que me había lanzado hasta el mismísimo cielo.

—Axel... —pronuncié su nombre—. Me llenas. Me completas y antes de que salgas de mí ya quiero más.

—Siempre voy a querer darte más, Lía.

Y entonces Axel salió de mí, se tumbó a mi lado y me besó en la boca. Nuestras lenguas se movieron lentas, tratando de controlar el placer y ralentizar nuestras respiraciones. Era tarde, mañana tenía un viaje importante y el sexo nos había dejado lo suficientemente cansados para entrar en un coma profundo. Desnudos, en su cama del *loft*, como hace mucho tiempo no hacíamos, nos dormimos.

Estoy muy nerviosa. Cada dos minutos miro mi móvil esperando que Axel me escriba un mensaje o me llame para saber qué tal ha ido la presentación. No me quiero imaginar cómo estará él.

Ayer por la noche hablamos a última hora. Acababan de terminar de hacer su proyecto suplente y estaba tan nervioso que solo veía fallos por todas partes. Incluso estaba decepcionado con su primera opción. Él, que siempre parece un tipo seguro de sí mismo y consciente de lo bien que se le da su trabajo, estaba como un flan. Traté de calmarlo. Su primer proyecto es muy bueno y no quería que en el último momento le asaltaran las dudas. No se me ocurrió nada mejor para destensarle que un poco de sexo telefónico. Joder, qué experiencia. Fue increíble. Oír como gemía mientras me daba instrucciones para tocarme y yo obedecía imaginando que mi mano era la suya. Ha sido mi primera vez, a él no le he querido preguntar, me conformo con imaginarme que tampoco lo había hecho nunca. Al recordarlo ahora, me tapo la cara con mis manos, también viene a mi mente la cabrona de Julia. Ella siempre reconoce abiertamente que le gusta un montón tocarse y hablar con Claudio a través del teléfono.

—Hola, nena, ¿sabes algo? —me pregunta Julia entrando en mi despacho y sacándome de mi ensoñación. Joder, qué susto, parece que sabía que estaba pensando en ella.

—No, aún no. ¿Has enviado los papeles a Gonzalo? —pregunto para cambiar de tema.

—Sí, ya está todo hecho a falta de confirmación del registro. A finales de semana tendría que estar todo correcto —me contestó mientras se sentaba en la silla.

—Perfecto. Ojalá Axel lo consiga.

—Yo creo que sí. Por cierto, ¿a qué hora llega luego?

—Pues si coge el último vuelo, como a las diez de la noche. ¿Por?

—Claudio y yo os queremos invitar a cenar. En mi casa.

—¿Y eso? —pregunté sorprendida.

—Pues porque me da la gana, ¿o para todo tiene que haber un por qué? —me contestó secamente.

—¡No!, no, tranquila. Está bien, allí estaremos.

Julia se fue a su despacho y yo recibí a un cliente que tenía cita a las 12.30, tuve que poner el móvil en silencio, porque aunque la llamada de Axel es muy importante, cuando estoy con un cliente necesito estar al 100%. A nadie le gusta que si paga por un servicio de asesoría su tiempo de consulta se vea interrumpido. Tuve la mala suerte de que mi cliente es de los que viene poco a verme, pero cuando lo hace le lleva mucho tiempo. Analizamos un poco la trayectoria de su negocio, una cadena de restaurantes italianos y preguntó un millón de cosas. Me intenté concentrar al máximo, aunque a ratos desconectaba y me acordaba de Axel. Sin darme cuenta, terminamos casi a las dos. Le despedí en la puerta y volví corriendo a buscar mi móvil.

Tenía cuatro llamadas perdidas de Axel y 10 *whatsapps*. No perdí el tiempo en leerlos y le llamé directamente.

—Lía, ¿ha pasado algo? —dice nervioso al contestarme.

—No, tranquilo, estaba con un cliente ¿qué ha dicho Fabio?

—Joder, el cabrón ha estado toda la presentación con gesto serio. Me ha puesto nervioso de cojones. Hasta Rubén ha perdido parte de su gracia al verle la cara de circunstancias.

—¿Qué dices? Entonces ¿no le ha gustado?

—Parece ser que para los negocios es muy estricto y ha analizado todo el proyecto punto por

punto. Nos ha dicho que se reúnan ellos solos y a la tarde nos dará la contestación.

—Joder, me está matando la espera —le digo echa un flan.

—Pues imagínate a nosotros. Nos hemos ido a comer algo y esperamos que nos llame antes de coger el avión de vuelta. Por lo menos, Héctor me ha guiñado un ojo al terminar la presentación, a modo de aprobación. Espero que interceda algo por nosotros.

—Vale, está bien. Entonces me llamas luego.

—Claro, no te preocupes, princesa. Te quiero —me dice despidiéndose.

—Yo también te quiero, amor. —Y sin más cuelgo.

Joder, Lía, amor, ¿en serio? Le has llamado amor, en vez de tú característico vecino, que es su apelativo cariñoso. Creo que estás yendo por el camino de no retorno. Estás colada por él.

Se ha debido de quedar en *shock*, porque en menos de un minuto ya recibo sus *whatsapp*s.

“Me encanta ser tu amor y solo puedo pensar en volver a casa y bañarme contigo en nuestra bañera”.

“Estoy pensando en sexo, mucho y muy guarro”.

Cuando lo leo, solo soy capaz de reírme y tragar con dificultad mi propia saliva. Me encanta que nuestra relación sea así. Directa. No todo son cursilerías entre nosotros. Si yo le llamo amor, él me habla de hacer el guarro. Puro equilibrio para no morir de un ataque de glucosa.

La llamada tardó en llegar y casi muero de un infarto, el proyecto es de ellos. Fabio les pidió que cambiaran un par de detalles y allí mismo lo corrigieron para que le quedara claro el resultado final. Ha sido bastante exigente con sus peticiones y se han dado cuenta de que en los negocios es un hombre implacable, sabe lo que quiere y cómo llevarlo a cabo. Gonzalo y Héctor han demostrado que, aunque tiene en cuenta sus opiniones, Fabio es el que tiene la última palabra. Casi no les da tiempo a coger el avión de vuelta, creo que se han recorrido todo el aeropuerto como en las películas, a toda velocidad, llegando a la puerta de embarque justo antes de que cerrase. Antes de despegar me ha confirmado que llegará a las 22 y ahora mismo estoy esperando a que aterrice.

Me muero de ganas de abrazarle y comerle a besos. Joder, está pasando todo tan rápido. Nuestro reencuentro definitivo, al menos eso espero, la vuelta a mi casa, con él, con Teo, la oportunidad de trabajo para nosotras y ahora este paso tan importante para él, poder empezar su carrera como arquitecto de la mano de su amigo Rubén, los dos en solitario, sin la protección de un nombre y una trayectoria como la de Juan. Me imagino que ellos estén que tampoco se lo crean, solo el tiempo les hará ver las cosas con la perspectiva necesaria.

Me asusta un poco ver que de repente todo me sale bien, es como si no pudiera estar tranquila del todo. El karma me está devolviendo lo que un día me quitó, pero no me fio demasiado. Mi vida nunca se ha regido por grandes momentos de felicidad. En las diferentes etapas siempre he tenido que lidiar con muchos frentes que me obligaban a mantenerme alerta, mi amago de padre, los problemas que dejó, la huida de mi madre, la infidelidad de Carlo, la ruptura con Axel. Será que por fin está a punto de llegar mi momento. Por si acaso, no le voy a dar muchas vueltas. “Lía, ahora”. Es en ese punto es en el que me tengo que concentrar.

Axel sale de la terminal y se abalanza sobre mí como si no me hubiera visto hace meses. Me coge de la cintura y me besa invadiendo toda mi boca. El espectáculo es digno de una película de las de final feliz. Rubén se queda a unos pasos partiéndose el culo, acojonado por la escena. La gente nos mira embobados, como se contemplan esas escenas cuando los militares vuelven a casa después de muchos meses y los reciben sus esposas. Yo no pienso, solo le recibo con lengua y manos. Nos decimos un montón de cosas en ese beso interminable hasta que Rubén se acerca y lanza su “Joderrrr”.

María está con su hermana en el hospital porque acaba de dar a luz. Como no ha podido venir a recogerle, acercamos a Rubén hasta allí y nos vamos a casa de Julia, que nos espera para la cena “porque sí”.

Después de contarme más detenidamente cómo ha sido la presentación y toda la reunión con Fabio de camino a casa de Julia, Axel me recrimina que no nos vayamos a nuestra casa para estar solos.

—¿De verdad tenemos que ir a cenar? ¿No podemos ir a nuestra casa y meternos en la bañera, tú y yo? —dice haciéndome un mohín.

—La bañera tendrá que esperar. Si no vamos, Julia se va a mosquear.

—La llamo yo si quieres, a mí me da igual que se mosquee conmigo.

—Axel, la conozco y, aunque me ha dicho que nos invita a cenar porque sí, creo que va a contarnos algo importante.

—Está bien, pero cenamos y nos vamos, quiero liberar toda la tensión de hoy, contigo.

—¡Uf, qué miedo me das! Eso no sé si es bueno o malo.

—Créeme, va a ser todo bueno. Mejor que bueno diría yo.

Cuando llegamos a casa de Julia nos recibe con una sonrisa de oreja a oreja. Ha puesto la mesa muy elegante para los cuatro, era todo muy raro. Ella montando todo ese despliegue para una simple cena “porque sí”. Algo no me encaja. Lo primero es brindar con un buen vino por el mega proyecto del hotel. Sin duda alguna, es algo que nos concierne a los cuatro. Después del brindis, nos sentamos a la mesa.

—No me puedo creer que hayas cocinado tú —le digo mosqueada.

—Ya está la listilla de la clase. Es ternera rellena y la ha hecho mi madre, yo solo la he calentado, que para eso está el horno.

Axel y Claudio se miraron aguantando la risa. Cuando nos ponemos en ese plan parecemos dos niñas piconas en el colegio.

—Está bien, ahora me la comeré con más confianza.

—¡Capulla! —Carmela, la madre de Julia, es una gran cocinera, me imagino una cena preparada por Axel y por ella y se me saltan las lágrimas, es una idea genial, ahora que lo pienso. Reunir la tradición y la nueva cocina alrededor de una mesa para una ocasión especial sería fantástico. Tengo que hablarlo con Julia y así presentamos a Axel a su madre, seguro que le encantará conocerle.

Axel vuelve a contar cómo ha ido la presentación y Claudio le pregunta interesado por los mexicanos, me lo parece a mí o está algo celoso por ser el único que todavía no los conoce. Cuando nos hemos comido todo y Julia saca el helado de chocolate, no me puedo reprimir más y voy directa a lo que me ronda por la cabeza.

—¿Vas a contarnos por qué estamos aquí o tenemos que esperar a que saques la botella de Citadelle?

—Joder, qué zorra eres. Es mi casa, mi cena y diré lo que tengo que decir cuando me salga del potorro. ¿Te parece bien?

—Joder, qué fina eres, amorcito. Por eso me he enamorado de ti —le dice Claudio mientras la besa.

—Julita, sea lo que sea que tienes que decir no tardes. Lía y yo tenemos planes, planes desnudos, que hemos pospuesto por estar aquí —sentenció Axel mientras yo le daba un manotazo en el brazo. Julia se va a mosquear.

—Tienes toda la vida para metérsela, nene. Así que tendrás que esperar. —Claudio la mira como suplicándole que no alargue más el momento.

—¡Díselo ya!, no les hagas sufrir más —dice.

—Está bien, como mi amiga la listilla intuyó, la cena es para comunicarnos de forma oficial que Claudio y yo vamos a vivir juntos, desde hoy.

—Lo sabía. Si es que eres tan predecible —le pico—. Ven y dame un abrazo.

Con una sonrisa enorme nos levantamos y nos abrazamos. Los chicos hicieron lo mismo y Claudio acompañó a Axel a por la ginebra. La noticia bien merece que nos tomemos una copa los cuatro.

Nos contaron que Claudio ha alquilado definitivamente su piso y que vivirán en el de Julia porque está mejor comunicado. Ya lo han hecho oficial presentándose a las familias respectivamente. Carmela ha alucinado con la noticia, nunca creyó que su hija diera el paso de compartir su vida con alguien más de un mes. Los padres de Claudio, más de lo mismo, siempre creyeron que su hijo sería el eterno adolescente. Les han preguntado si piensan casarse y de momento les han dicho que no tienen ninguna intención.

—Creo que a finales de agosto deberíamos irnos unos días todos a la isla —dice Axel alegrando la noche a Julia.

—¿Por fin me vais a llevar? —pregunta Julia sin poder ocultar su alegría.

—Sería genial. En septiembre Axel va a estar muy liado con el hotel y así empezará con las pilas recién cargadas.

—Por mi perfecto —dice Claudio—. Estoy deseando estar una semana en el Caribe sin rascar bola.

Terminamos la copa y dejamos solos a los tortolitos, no sin antes vacilarles con que podían interpretar el papel de su primera noche de bodas, ya que no iba a haber matrimonio. Julia nos soltó cuatro burradas de las suyas y Claudio la calló comiéndole el morro mientras nos despedía.

Axel y yo entramos en casa y no nos importó que fueran más de las dos de la madrugada, teníamos un tema pendiente que no podía esperar.

En lo que yo me desnudaba, él preparó el baño. Velas. Nuestra bañera llena de espuma y olor a vainilla. El Ipod con el volumen muy bajito daba el toque sensual a la atmósfera. Mientras sonaba “You & I” de John Legend, nuestros cuerpos se fundieron en uno.

No existe nadie más en el mundo, solo tú y yo.

AXEL

Faltan unos días para que nos vayamos a Isla Sofia. Julia y Claudio están como locos preparando la maleta. Gael y Teo nos acompañarán también, porque les toca estar con Lía las dos próximas semanas, espero que todos disfrutemos del viaje.

Mis padres estuvieron en julio y ahora están pasando este mes en Argentina con mi tío y mi abuelo; por lo tanto, tendremos la casa para nosotros solos. Cuando llamé a mi madre para contarle que estaba viviendo con Lía y su hijo, se quedó un momento en silencio, creo que tardó varios segundos en reaccionar. No tenía ni idea de que yo había comprado el piso y el *loft*, obligué a mi hermana a no contarle nada y parece que cumplió su palabra. Tras sus segundos de reflexión, solo fue capaz de decirme que se alegraba por mí. “Yo solo quiero verte feliz”, me dijo. Me complacieron sus palabras y lo único que añadí es que no quería que se volviese a entrometer en mi vida, espero habérselo dejado lo suficientemente claro.

He hablado con Héctor y nos ha reservado seis plazas en el avión de Duarte Airlines que despegará de Madrid el próximo viernes, le pareció una buena idea que lleve a Lía y a Julia juntas de vacaciones. Ya vio su potencial juntas cuando estuvimos en la reunión. En cuanto vuelva tenemos que empezar con el hotel de Madrid, sé que me esperan meses de mucho trabajo. Voy a tener que estar viajando constantemente a la capital, pero me da igual ir y venir. No me planteo quedarme allí a vivir el tiempo que dure el proyecto, porque no quiero estar lejos de Lía. He tenido la suerte de que a María le ha salido un trabajo importante en Madrid también, van a alquilar un apartamento durante unos meses, así Rubén podrá estar en la obra a diario y yo ir y venir para supervisar todo cuando sea necesario. Creo que vamos a ser capaces de organizarnos como un verdadero equipo. Confío en que este proyecto sea nuestro punto de partida para muchos más.

Lía ya ha dado de alta nuestra empresa, al final como domicilio hemos puesto el *loft* hasta que encontremos una oficina o local que se adecue a nuestras necesidades. Estamos muy orgullosos de inaugurar el Estudio de Arquitectura Rivas y García. Sé que no hemos sido muy originales, pero las prisas por tener todo el papeleo listo antes de irnos de vacaciones son las que han marcado nuestro nombre comercial. Si el primer proyecto que afrontamos en solitario se nos da bien, llegarán más trabajos y eso significa que poco a poco iremos creciendo. De momento, para empezar vamos a lo fácil y seguro.

Lucas nos ha puesto en contacto con un par de empresas constructoras en Madrid y antes de marcharnos tendremos que ajustar los presupuestos, a mí me hubiera gustado que él hubiera participado también en la construcción, pero la obra es demasiado grande para su estructura y además tiene bastante trabajo en Milán. Creo que este invierno si queremos vernos tendremos que ir a visitarlos. Alba también viajará bastante con los desfiles, así que podré utilizar su apartamento de Madrid.

Hace unos días fuimos a hablar con Juan, al final decidimos que lo mejor era ir de frente y pedimos una reunión conjunta. Rubén y yo le agradecemos enormemente la oportunidad que nos había dado encargándonos los hoteles de Berlín y de París y le pedimos la cuenta. No se lo tomó mal. Alabó nuestro talento y nos invitó a volver si por cualquier cosa no salía bien nuestra aventura empresarial en solitario.

Eso fue un jueves, Rubén y yo, después de salir del despacho de Juan, nos dedicamos una tarde de chicos. Estábamos contentos por comenzar esta nueva andadura y hacía tiempo que no nos íbamos solos los dos. Tomamos unas cuantas cervezas y acabamos cenando en una hamburguesería de las más cutres de la ciudad; eso sí, ya sabéis que en esos antros las hamburguesas saben a gloria. No sé si será la grasa de la plancha, que ya tiene solera, o la falta de higiene del local; pero sin duda siempre tienen un sabor especial. Las nuestras estaban cojonudas y la disfrutamos como dos adolescentes.

Hablamos del hotel, de la aventura de ser nuestros propios jefes, del dinero que íbamos a ganar y de María y de Lía. Sí, aunque no os lo creáis, los tíos también hablamos de chicas. Me dijo que, en cuanto el estudio comience un poco a despegar, quiere casarse con María, llevan más de siete años de novios y sabe que a ella la hace ilusión todo el ritual. El compromiso, el anillo, el vestido, la ceremonia y la fiesta. Me preguntó si Lía y yo habíamos hablado alguna vez del tema. Sin lugar a dudas le dije que nunca lo hemos mencionado; pero que, si no me equivoco, después de su matrimonio Lía no tiene ganas de repetir la firma de los papeles.

La conversación con Rubén me hizo pensar, para nosotros aún es muy pronto, acabamos de reconciliarnos y estamos empezando a convivir, pero es verdad que hay muchos temas que no hemos tratado. El matrimonio es uno de ellos; pero hay más, como los hijos, no sé si querrá tener más o quizás piense que yo quiero ser padre, la propiedad del piso y el *loft*, dónde nos gustaría viajar, lo que ella quiere para el futuro...

Cuando volví a casa y me metí en la cama con ella, dejé de darle vueltas. Estoy tan feliz disfrutando del día a día ahora a su lado, que creo que seremos capaces de llegar a entendernos en cualquier tema que surja, sin preocuparnos innecesariamente antes de tiempo.

Lía se ha ido de compras con Julia, seguro que quieren llevar bikinis nuevos a la isla, realmente allí poca ropa se necesita. Rubén y yo estamos trabajando en el *loft*. Hemos comprado otro Mac y estamos adelantando algo de trabajo para la primera fase del proyecto. A lo largo de la tarde recibimos las dos ofertas económicas de las constructoras, tengo que llamar a Lía para avisarla.

—Lía. Siento interrumpir tu sesión de compras, pero han llegado las ofertas de las constructoras y hay que dejarlo cerrado antes de las vacaciones.

—Vale, acabo con Julia y voy por el *loft*. Tengo mi portátil en casa, creo que podemos hacerlo desde allí.

Como ya era bastante tarde, le dije a Rubén que se marchara a casa. A Lía y a mí nos esperaba una larga noche de trabajo, pero era mejor ponerse cuanto antes y dejarlo zanjado.

—Hola, princesa —le digo al verla entrar en casa. Me acerco y le doy un beso invasivo, con todo lengua, de los que le encantan.

Menos mal que Teo está con su padre y su hermano estos días, pienso para mí, porque menudo espectáculo estábamos dando.

—Dejo las bolsas, me cambio y voy al *loft* para acabar eso, ¿vale?

—Perfecto —le digo mientras me alejo hacia el *loft*—, ¿te apetece una copa de vino?

—Sí, prefiero blanco, y si es Malacoria mejor.

Recuerdo que ese vino fue el que probé cuando estuve con ella en esta casa por primera vez.

Cuando la veo aparecer, lleva una camiseta blanca un poco larga, con un hombro al descubierto y con su portátil en la mano. Gruño.

—Princesa, ¿tú te crees que con esa indumentaria que traes vamos a poder trabajar? Te acabo de ver esas bragas rosas de encaje y solo quiero quitártelas —digo acercándole la copa a la mano.

Lía no puede evitar soltar unas carcajadas y dar un pequeño trago al vino blanco.

—Axel, vamos a trabajar y quiero tus manos fuera de mi cuerpo hasta que acabemos, ¿entendido? Como comprenderás, estoy en casa y no voy a sentarme a hacer números con el traje puesto.

—Está bien —protesto—, pero después de que acabemos pienso arrancarte las bragas a mordiscos ¿entendido?

—Sí, amor. Alto y claro.

Nos sentamos en el sofá y comenzamos a trabajar con nuestras cabezas, de momento dejamos de lado nuestros cuerpos, aunque me estuviera resultando un infierno no poder tocarla. Es una auténtica locura verla hacer números. Analizamos partida por partida de ambos presupuestos. Apuntamos las diferencias de costos, de materiales... Ella calculaba los márgenes que quedarán después de la inversión y así, dando vuelta a todos los puntos, estuvimos durante un par de horas. Sin tregua.

Mañana tendré que ajustar un par de partidas del presupuesto y concretar el contrato y los plazos con la empresa constructora. Lía preparará su informe económico y se lo pasará a Fabio. Cuando cerramos los ordenadores con todo el trabajo hecho, suspiramos aliviados.

—¡Uf! Creo que lo tenemos todo —digo algo cansado.

—Creo que sí. Esto va a salir de lujo —me dice Lía mientras se sienta a horcajadas sobre mí y acerca su boca a la mía.

Sin despegarme de ella, empiezo a gemir. En braguitas, sentada encima de mi paquete, consigue despertar a la bestia. Será algo más de la una y nos merecemos nuestro momento de gozo. Cuando estoy quitándole la camiseta y dejándole con ese conjunto de ropa interior que me lleva martirizando toda la noche, suena su móvil.

—Joder, ¿quién llama a estas horas? —pregunto molesto.

—No sé, ¡qué raro! Voy a cogerlo. —Se estira y lo coge de encima de la mesa—. Es Gael, ha tenido que pasar algo.

Se levanta de golpe y se pone muy nerviosa, se mueve por el *loft* sin control y yo solo soy capaz de escucharle pedir a su hijo que se tranquilice. Sale del *loft* a toda velocidad y se va hasta su habitación. Yo la sigo sin saber qué es lo que ocurre.

—Es Carlo, ha discutido con la novia en casa delante de los niños y se ha ido tras ella hace más de dos horas. Los niños están solos y no les coge el teléfono cuando le llaman. ¡Me cago en la puta! —blasfema mientras me explica la conversación con Gael a la vez que se viste.

—¿Dónde vas?

—Pues a buscarlos, Axel, no los voy a dejar solos.

—Espera, que me visto y voy contigo.

—No hace falta, si quieres quédate.

—Lía, juntos. Estamos juntos en todo, te lo dije y te lo repito.

—Está bien.

Llegamos a casa de Carlo enseguida. Conduje yo el coche de Lía, ella estaba bastante nerviosa. Aparqué en la acera y ella subió a buscarlos. Tardaron unos minutos en bajar y cuando estaban saliendo por el portal vi que llegaba Carlo, justo los alcanzó al cerrarse la puerta. Se notaba de lejos que había bebido.

Me quedo en el coche, pero bajo las ventanillas. Voy a darles su espacio, pero pienso vigilar a ese gilipollas, no me fío de él. Empiezo a oír como hablan alzando la voz.

—¿Qué cojones te crees que haces? —le dice él al verla con los niños y una mochila en la mano.

Casi son las 2 de la madrugada y no hay ni un alma en la calle, solo se les oye a ellos.

—Llevarme a mis hijos a casa porque su padre los ha dejado solos —le grita Lía—. Niños, meteos en el coche.

Gael y Teo obedecieron a su madre y entraron en el coche. Yo me limité a saludarlos. Subí las ventanillas porque tampoco quería que oyeran a sus padres discutir, pero no despegué mi mirada de la de Lía. Ya no podía oír casi lo que decían, pero un simple gesto del puto Carlo agarrando la muñeca de mi princesa sirvió para que me bajara del coche, os juro por lo que más queráis que intenté evitarlo, pero no pude.

—No me vuelvas a poner una mano encima, ¿entendido? —dice ella con tono despectivo.

—¿Qué coño haces? —le pregunto yo clavándole la mirada.

—Venga, que faltaba tu puto, ahora ya estamos todos —dice intentando mantener el equilibrio.

Antes de que pudiera decirle que no ofende quien quiere, sino quien puede, Lía se me adelanta.

—Carlo, eres un gilipollas y un hijo de puta. No pienso dejarte a los niños en este estado. Así que vete a dormir la mona y mañana ya piensas en lo que has hecho.

—Igual quieres subir a dormir conmigo y te follo como te gusta, este niño seguro que no sabe darte placer, ¿a qué no me has olvidado, Lía? — dice mientras la pasa la mano por la mejilla.

Joder, me está poniendo de una mala hostia...

—¡Lía, abre la puta puerta del portal, ya! —le ordeno.

Ella se quita la mano de él de un manotazo y con las llaves de Gael abre el portal.

—¡Axel...! —me llama.

Y suena a advertencia. Suena a no entres en su juego. Suena a todo eso que quieres evitar. Pero llega tarde, porque yo ya estoy a punto de estallar. Mientras ella sostiene la puerta abierta, yo echo una mirada rápida al coche y veo como Teo me mira, al fin y al cabo es su padre. Gael se pasa las manos por el pelo, pero tiene la cabeza agachada, no nos observa. Así que respiro profundamente y le agarro por la nuca. Fuerte. Soy más alto que él y le cojo haciendo presión con las yemas de mis dedos en su cuello. No me cuesta mucho esfuerzo dominarle. Con una sola mano lo meto en el portal y le sujeto contra la pared.

—Súbete a casa si no quieres que llamamos a la policía —dice ella, seria.

Se revuelve un poco y yo le suelto. No puedo traspasar ese punto de no retorno, si le meto una hostia, que para ser sinceros se la ha ganado hace rato, no habrá vuelta atrás.

Se va hacia el ascensor blasfemando y amenazando.

—No vas a volver a ver a mis hijos —dice mientras se tambalea.

Agarro a Lía de la mano y salimos a la calle. Antes de meternos en el coche, la abrazo fuerte. Su respiración está tan agitada como la mía. Pego mí frente a la suya y le susurro al oído.

—Vamos a luchar. Juntos. Haremos lo que haga falta. Voy a estar contigo siempre, princesa.

Y nos besamos, ante la atenta mirada de los niños.

El camino de vuelta fue en el más absoluto silencio. Los niños se fueron a dormir nada más llegar a casa y Lía se metió en el baño durante un buen rato. La dejé sola el tiempo necesario, no quería agobiarla. Cuando ya estaba metido en la cama, salió y se acurrucó a mi lado. Me abrazó por la espalda y besó mi nuca.

—Axel, yo...

La interrumpí sin dejarle acabar la frase.

—No voy a dejarte sola, ¿entendido? Estoy aquí para apoyarte en lo que decidas. No me apartes de ti, nunca más.

Me giré y nos besamos, cara a cara. Vi como sus ojos estaban rojos e hinchados. Probablemente había estado en el baño llorando.

Joder, puto Carlo de los cojones. ¿Cuándo la iba a dejar vivir en paz? Si algo tengo claro después de haber vuelto con ella, es que nada ni nadie nos va a separar. Nunca.

Estamos a punto de aterrizar en Sugar Island. El vuelo ha sido de lo más movidito, hemos pillado mucha zona con tormentas eléctricas y ha habido bastantes turbulencias, me he agarrado a Axel con todas mis fuerzas, hasta he pensado que el destino no podía ser tan injusto acabando con nuestras vidas aquí. Joder, Lía, vaya pensamientos para ir en un avión.

El embarque en Madrid ha sido bastante raro. Todos saben que este avión tiene como único destino el LOVE RESORT, hotel que es solo para adultos y solteros. Podéis imaginar que al subirnos dos parejas con dos niños todos nos han mirado mal. Sin querer hemos sido la comidilla de todo el pasaje, creo que alguno ha preguntado a las azafatas si estaban seguras de que era nuestro avión. Héctor había dado órdenes a la tripulación para que recibiéramos un trato especial y las azafatas han obedecido colmándonos de atenciones. Los niños durante el vuelo han podido pasar a la cabina con el comandante, experiencia que los ha dejado alucinados. Las azafatas también les han preparado unos batidos especiales, les han ofrecido golosinas y, cuando ya no sabían cómo matar el tiempo, han visto un par de películas en las pantallas de sus asientos, nada que ver con sus anteriores vuelos en aviones normales.

Julia y Claudio han ido sentados a nuestra izquierda, han bebido *champagne* acompañado de frutos secos y fresas, han alucinado como los niños, la comodidad de los asientos y el espacio del avión les ha hecho enmudecer, y mira que eso es difícil, sobre todo callar a Julia ya tiene mérito. Parecen dos niños con zapatos nuevos. Julia me ha recordado que si yo ya conocía el lujo de viajar así fue gracias a que ella me regaló aquel viaje que estuve a punto de rechazar.

Sí, lo sé. Jamás podría olvidarme de ese detalle. Si no hubiera aceptado el regalo, Axel ahora mismo no estaría sentado a mi lado.

Nosotros durante el trayecto nos hemos limitado a observar las caras de todo el pasaje. Hemos bromeado acerca del trabajo que va a tener Juana para emparejar a tanto solterón feo y aburrido, las solteras tampoco es que sean muy agraciadas. Hemos hecho apuestas de qué parejas se formarán en esta semana y nos hemos descojonado recordando el polvo que echamos por primera vez en el baño del avión cuando volvimos del paraíso.

—Vamos, princesa. Me muero de ganas de repetirlo —me dice Axel poniendo cara de no haber roto nunca ningún plato.

—Ni de coña. Recuerda que los que van sentados ahí delante son mis hijos.

Axel, ante mi negativa, ha optado por dormirse un rato. Yo no he sido capaz de cerrar los ojos en todo el trayecto, por lo tanto he tenido un par de horitas para pensar. Me encanta hacer este viaje con gente a la que quiero, con mis hijos, con Julia y Claudio y sobre todo con él.

Las cosas se van a poner difíciles cuando regresemos, de eso estoy segura. Ahora estamos retomando lo que un día empezamos y las sensaciones no pueden ser mejores, pero la vida siempre es más difícil de lo que sueñas.

Por un lado está el proyecto del hotel, donde él va a tener que viajar mucho y no podremos estar juntos todos los días, nos echaremos de menos pero también tendremos que lidiar con las tensiones del trabajo. Y por otro lado, está el tema de Carlo. Al día siguiente de su numerito llamé a Laura, mi abogada, me dijo que teníamos que haber llamado a la policía para que quedara constancia de que había dejado a los niños solos. Él se debió de informar también, porque llamó con tono muy suave, disculpándose con los niños, no conmigo, por supuesto. Yo no quiero sus disculpas, lo único que

quiero es que mis hijos estén bien y Gael, ahora mismo, no creo que lo esté.

Parece ser que yogurín se ha cansado de su rollo con el hombre “mayor” y le ha dicho que quiere un tiempo. “Ja”. Me río yo de esos “tiempos”. En los 18 años que nosotros estuvimos juntos jamás nos separamos, ni una sola vez y al final el tiempo se lo cogió él, pero sin previo aviso. Lo de ellos huele a que a la niña ya se le pasó la novedad y querrá probar suerte con savia nueva. Ni me alegro ni me entristezco por él. Me ha decepcionado tanto como persona que sin duda alguna me da igual como se sienta. Eso sí, él tiene la custodia de Gael y yo la de Teo; pero como sospeche lo más mínimo que mi hijo no es feliz estando con él, moveré cielo y tierra para recuperarlo.

Gael ahora mismo está pasando momentos duros, yo sé que su padre para él es un ejemplo que debe seguir, no dudó ni un momento cuando decidió que prefería vivir con él y no conmigo; por eso, cuando el otro día me llamó para decirme que su padre se había marchado y no volvía, sé que estaba sufriendo mucho. Se tuvo que ver muy al límite para llamarme y contármelo.

Con Axel no acaba de conectar, espero que estas dos semanas que vamos a estar juntos sea capaz de abrirse y de contarme que es lo que tanto le molesta de mi relación con él. Confío en que no se ponga en “modo adolescente toca huevos *on*” y nos deje disfrutar de unos días en uno de los lugares más bonitos del mundo.

Todos miran alucinados por las ventanillas del avión como aterrizamos, en cuanto suena “Viva La Vida” de Coldplay se oyen los aplausos. Axel y yo, ajenos a los debutantes, nos besamos con ansia, como si pisar de nuevo este trozo de tierra nos recordara de repente lo felices que fuimos aquí.

Tenemos preferencia para desembarcar del avión también. Todos los pasajeros nos miran con cara de pocos amigos, otra vez. En cuanto ponemos los pies en la pista, Juan nos recibe con su característica sonrisa. Es de ese tipo de personas que siempre parecen contentas. Me da dos besos y le presento al resto de mis acompañantes. Cuando ve a Axel, le abraza con cariño. Recogemos las maletas y nos acercamos al embarcadero. La barca de Juan está preparada para llevarnos a Isla Sofía.

—Esto es increíble —dice Julia mientras se acomoda en la barca y empezamos a surcar las aguas del Mar Caribe.

Mis hijos se limitan a contemplar embobados la vista del resort desde el mar.

—Pedazo de hotel —dice Claudio—, vaya regalazo que te hizo mi chica, ¿no?

Ya estamos otra vez con lo mismo.

—Sí —contesto con sorna—, nunca le estaré lo suficientemente agradecida.

Axel me abraza por la cintura y me besa de nuevo. Acto seguido nos reímos. Nadie mejor que nosotros sabe la puntería que tuvo Juana al hospedarnos frente a frente.

—¿Qué tal Juana? —pregunto a su hermano.

—Nerviosa, su boda será la semana que viene y está volviendo a todo el mundo loco. No sé si Álvaro no la abandonará antes.

—¡No seas exagerado! ¡Qué buena noticia!, así podré felicitarla.

Enseguida llegamos a playa Este. Desembarcamos y Juan nos ayuda con las maletas, llevarlas por la playa es el camino más corto; pero al final vamos por la carretera, que es menos complicado. En unos minutos estamos frente a la casa, antes conocida como chalet Malibú.

—¡Joder! ¿Esta es la casa? —pregunta Teo embobado cuando nos paramos en el porche delantero.

—¡Esa boca! —le regaño.

Gael se limitó a echarse la gorra para atrás y subir su maleta por las escaleras. Julia y Claudio solo eran capaces de decir “ohhhh”.

Juan nos indica que todo está limpio y que la nevera está llena. Los padres de Axel han dejado las

llaves a Aurora para que limpie la casa y la mantenga al día, una señora de la isla, él mismo le dio las indicaciones cuando Axel le avisó que llegábamos hoy.

Repartimos las habitaciones. Axel y yo cogemos una de las de la planta baja y Julia y Claudio la otra. A los niños les dejamos la planta de arriba para ellos solos, espero que no tengan queja, Axel pone cara de niño malo cuando se la doy a ellos, yo me limito a aguantar la risa por su repentino ataque de celos infantil.

Deshacemos las maletas y nos vamos a dar un baño, todavía hace sol y la temperatura es increíble. Entrar de nuevo en ese mar es una sensación única. Los verdes, los turquesas, los pececillos nadando entre mis pies. Creo que todos los músculos de mi cuerpo se destensan por completo.

La primera noche fue tranquila. Axel preparó la cena y la tomamos en el porche, habían dejado en la nevera pescado fresco del día y lo hizo a la plancha. Con una ensalada de frutas, los niños no habían probado la mayoría de ellas. Julia canturreaba lo bueno que sabía todo en la otra punta del mundo. Teo no dejaba de preguntar a Axel qué iban a hacer mañana y Gael mientras miraba su móvil y preguntaba por la cobertura. Axel y yo nos reímos al recordar la restricción de la red. Creo que, cuando le contamos que había solo una hora al día para conectar con el mundo, nos odió un poco más.

Fue el primero en irse a dormir, seguido por Teo que estaba muy cansado, no sé si por el viaje o por la excitación de todo lo desconocido.

Nosotros cuatro nos quedamos un rato más viendo el mar en calma y las luces del resort de fondo. Mientras nos acabábamos la botella de vino, charlamos los cuatro.

—Me encanta estar aquí con vosotros —dije cariñosamente.

—Oh, mi cacho guarri. Mira que te ha costado traerme al paraíso —me dijo Julia mientras se levantaba para darme un abrazo.

—Quizás sea que hasta ahora no te lo has merecido —le dijo Axel provocándole una falsa indignación.

—Yo creo que tú y tu princesa habéis retrasado vuestra reconciliación a posta, para no traernos.

—Di que sí, nene, tienes toda la razón. Ha sido culpa de estos capullos ingratos.

Julia se acercó a su Dío y le comió toda la boca. Vaya par, no creí que estuvieran tan compenetrados de cabeza y corazón. Axel y yo nos miramos y aguantamos la risa. Resulta de lo más cómico ver cómo se meten con nosotros.

Cuando nos acabamos la botella de vino blanco, decidimos que era hora de descansar. Nos esperaban dos semanas intensas de vacaciones en esta isla mágica, hay que intentar disfrutar al máximo.

Esa noche Axel y yo hicimos el amor, suave y lento, como nos gusta de vez en cuando. Aunque esta vez no hubo parte de “a ratos salvaje”. Nuestros cuerpos se limitaron a absorber toda la energía positiva que recibían del otro.

Estábamos cansados, pero a la vez tan felices, que quisimos plasmar nuestro estado de mega felicidad en la cama. Todo era pura intimidad. Axel me penetró lento, muy lento, conteniendo sus ganas locas de entrar y salir de mí sin piedad. Me lo susurró al oído y los dos reímos. Es incorregible, siempre quiere hacérmelo con fuerza, marcando el ritmo y, para ser sincera, me encanta.

Julia y Claudio estaban cerca, los niños arriba y nosotros nos amamos en silencio. Primero él encima de mí, besándome con detenimiento. Después yo encima de él. Nos miramos fijamente. La puta electricidad se dejaba ver de nuevo, pero esta vez sin cortocircuito. Nuestros cuerpos bailando al son del amor, ese amor que crees que no vas a volver a sentir jamás, y sí, un día aparece sin querer y lo sientes y es mágico. Como mágico es sentir esa conexión tan fuerte sin tener que mediar palabra

alguna. Después de nuestros respectivos orgasmos, que como nuestros movimientos fueron lentos y profundos, nos dejamos vencer por el sueño entre las sábanas blancas con olor a lavanda.

Imposible no conciliar el sueño cuando las partículas de felicidad están tan presentes en el ambiente.

AXEL

Estar en Isla Sofía con Lía es volver a hacer realidad mi sueño. Añoré tanto tenerla conmigo en esta casa cuando estuvimos separados, que ahora al despertarme por las mañanas a su lado me tengo que pellizcar para saber que es real.

Durante nuestra separación mi mente me transportaba una y otra vez a esos días tan felices que vivimos antes de la debacle final y siempre me imaginaba que algún día volvería a pasear por esta playa con ella de la mano, como lo hicimos la última noche en la que, sin yo saberlo, más o menos se estaba despidiendo de mí.

Ahora las circunstancias son otras. Hemos venido acompañados, por lo que no podemos hacer el amor en cualquier rincón de la casa, ni a cualquier hora del día. Hay momentos en los que lo llevo bien porque la veo a ella disfrutar de sus amigos y de sus hijos; pero en otras ocasiones les compraría un billete de vuelta a todos y la encerraría en esta casa para mí solo. Sobre todo después de la conversación que he tenido esta mañana con su hijo Gael. Pero eso luego os lo cuento.

Nuestros días en la isla transcurren entre el relax y la calma. Nos levantamos por la mañana temprano, al menos Lía y yo hemos conseguido ser los primeros todos los días. Sin hacer apenas ruido, nos vamos a la playa y nos bañarnos desnudos antes de que se despierten nuestros compañeros de viaje. Ha habido un día que al alba hemos hecho el amor en las aguas del Mar Caribe. Joder, no puedo describir lo que sentimos, porque si os lo cuento corro el riesgo de empalmarme ahora mismo. Nuestros cuerpos desnudos, sus piernas abrazando mi cintura, nuestras bocas... Basta, Axel, o reventarás el pantalón.

Cuando volvemos del baño preparamos el desayuno para todos los invitados, que tampoco tardan tanto en levantarse, todo hay que decirlo, aquí el sol te activa a primera hora. Después un rato de playa y de barca, buceo, pesca... Teo se ha empeñado en aprender a navegar y hemos salido todos los días con la barca que Juan dejó a mi padre. Claudio ha venido con nosotros algún día y las chicas también. El único que se ha negado ha sido Gael, que todavía no se había alejado de casa más de diez metros hasta esta mañana.

Gael parece que viaja solo, desayuna, se pone los cascos con su música y sale a la playa enfrente de casa. Se da un baño y se tumba al sol. Vuelve y así pasa las horas muertas hasta que comemos. Misma rutina por la tarde hasta que llega la hora de la cena.

Lía ha estado preocupada, cree que no está bien desde que pasó lo de su padre y no le ha dejado solo. Eso significa que, si hemos salimos por la tarde hasta playa Oeste a tomar una cerveza con Juan, Juana y Álvaro, siempre se ha quedado alguien con él. Cuando nos hemos ido a navegar, se ha quedado Lía o Julia. Yo no he querido entrometerme, pero según mi punto de vista, Gael solo lo ha hecho para llamar la atención. Ha conseguido que su madre esté a su merced, casi de la mañana a la noche. Se ha estado comportando como un auténtico egoísta.

Es una pena que todavía no hayamos conseguido salir todos juntos, pero yo no he querido decir a Lía que tiene que obligarle a cambiar de actitud.

Ayer Julia y Claudio se quedaron con ellos para que nosotros pudiéramos tener un momento de intimidad. Cargamos la barca y nos fuimos hasta "Nuestra Isla". Al principio Lía estaba como ausente, sé que su cabecita solo pensaba en Gael. Cuando llegamos al islote y descargué el picnic y

mi cámara, parece que centró de nuevo su atención en mí. Tenía unas ganas locas de estar con ella a solas. Hicimos un montón de fotos; del paisaje, de las caracolas, del mar y también de nosotros. Por primera vez desde que la conozco, la dejé fotografiarme. Se volvió loca. Dijo que la cámara me adoraba, como si fuera un modelo de anuncio. Después de comer y tirarnos desnudos en la arena a contemplar el cielo, hicimos el amor. Fue especial, como cada vez que estamos allí. Solo ella y yo, perdidos en un rincón precioso del mundo. Al terminar, le hice un par de fotos desnuda, se ruborizó como una niña.

—No las vas a exponer ni de coña —me amenazó.

—No, amor, estas son solo para mí.

Al volver a casa, todavía nos dio tiempo a tomar unas cervezas con todos y bañarnos mientras se ponía el sol. Gael nos recibió con cara de enfadado y sin abrir la boca se fue al ático, no bajó ni para cenar.

Julia nos contó que había tratado de hablar con él a ver si conseguía enterarse de por qué estaba así, pero que se cerró en banda y no fue capaz de sacarle nada. Lía también subió después de cenar a ver qué le pasaba, pero lo único que le dijo es que quería volver a su casa.

Esta tarde se casan Juana y Álvaro, por supuesto estamos todos invitados, así que no pensaba consentir que Gael se negara a ir con nosotros y mucho menos consentir que Lía se perdiera el evento. Yo ya tenía en mente tener una charla con Lía para que le obligara a venir si se negaba, pero al final los acontecimientos se han precipitado un poco y la conversación la he tenido yo con él, en vez de su madre.

Por la mañana Claudio, Teo, Julia y yo hemos ido al colmado de Rosita a por cosas que ya nos hacían falta. Gael se quedó en casa con Lía, otra vez.

Hemos pasado una buena mañana, Teo encontró a un par de niños en la plaza y estuvo jugando al balón con ellos. Julia se acercó a coger unos regalos para sus sobrinos y Claudio y yo hemos dado una vuelta por el puerto, hemos estado hablando con los pescadores y hemos conocido un poco más su trabajo. Cuando volvíamos a casa, casi al mediodía, se oían los gritos desde la playa. Todos se quedaron en las escaleras y yo subí hasta el porche, pero no entré.

—Gael, no puedes seguir teniendo esa actitud de mierda. Si estás enfadado con tu padre, se lo dices a él. Nosotros no te hemos hecho nada —le dijo Lía.

—Claro, tú nunca haces nada, excepto el ridículo con Axel —gritó Gael.

—¿Perdona? ¿Me vas a decir qué problema tienes con mi relación con Axel? —preguntó Lía alzando la voz también.

—Ninguna, solo que no me gusta. Estabas mejor sola.

—¡Joder, Gael! No me puedo creer que digas eso. O sea, que tu padre tenga una novia más joven que él es maravilloso, pero que yo esté con Axel no te gusta. ¿Es eso lo que me quieres decir?

La voz de Lía sonaba agitada, miré a través de la ventana, estaba muy nerviosa y ella me vio. Intuí por su mirada que prefería que no entrara en ese momento, así que me quedé quieto, pero entonces Gael contestó y todo se precipitó.

—Efectivamente. Tú saliendo con Axel pareces una zorra.

La mano de Lía salió disparada a la cara de Gael y el sonido de la bofetada retumbó en todo el salón. Después todo ocurrió muy rápido. Gael se llevó la mano a la cara y le invadió la ira. Salió disparado hacia la playa pasando por encima de todos, que contemplaban atónitos la escena. Lía empezó a llorar y a enterrar la cabeza entre sus piernas.

—¡Joder! ¿Qué he hecho? —se lamentaba.

Entré, le levanté la cara y mirándola a los ojos le dije que se tranquilizara. Acto seguido salí

corriendo a buscar a Gael. Julia y el resto entraron a consolarla

Alcancé a Gael más allá de la casa de la inglesa. Le agarré del brazo con fuerza e intentó soltarse.

—Ven conmigo.

—¡Déjame! —me gritó.

—Vamos a navegar un rato, creo que te vendrá bien.

Estaba a punto de llorar, pero la rabia se lo impedía, teniéndome a mí delante se contuvo más. No sé cómo se me ocurrió lo de salir a navegar, pero parece que funcionó. Gael quería alejarse de todo y de todos, y lo más importante de mí, pero finalmente accedió, nos subimos en la barca y soltamos el amarre.

No nos dirigíamos la palabra y me empezaba a poner nervioso. Joder, qué difícil es lidiar con un casi adolescente. A medida que su respiración se iba relajando, me fui armando de valor para intentar hablar con él. Yo sé cómo se tensa el cuerpo cuando estás de mala leche y sé que los gritos y los enfrentamientos no ayudan a que se te pase el cabreo. No sé quién era este Axel que se tomaba la vida con calma, pero definitivamente en ese momento hice lo mejor.

Acerqué la barca lo máximo posible a la orilla de la playa del resort. Le señalé las dos cabañas dónde su madre y yo nos hospedamos la primera vez. Él se limitaba a escucharme con la mirada perdida en el horizonte. Le conté cómo fue la primera vez que vi a su madre. Estaba sola y su cara decía que no hacía mucho tiempo había sufrido.

—Gael, recuerda que tu padre engañó a tu madre con Ali y ella los pilló. ¿Eso te parece justo? —le pregunté. No sabía si él conocía toda la versión de los hechos, pero si con su edad acababa de llamar zorra a su madre, era lo suficientemente mayor para saber cómo sucedieron las cosas.

Él solo se limitó a negar con la cabeza, sin pronunciar una palabra. Yo seguí con mi relato.

—Tu madre estaba sola, no tenía pareja cuando nos conocimos y si tienes ojos en la cara sabrás que es una mujer muy guapa. Me fijé en ella en cuanto la vi y, aunque supuse que era mayor que yo, me dio absolutamente igual. Enseguida conectamos. Su mirada reflejaba que había sufrido igual que yo.

Él seguía callado, pero creo que empezaba a escucharme.

Desde ahí fui con la barca hasta el rincón de Tony, le dije que le invitaba a comer. Como vio bastante gente y sonaba la música, le debió de parecer un buen sitio y accedió. Después de saludar a Tony y sentarnos en una mesa, le dije que la semana que pasé con su madre allí fue lo mejor que me había pasado hacía mucho tiempo.

—No veas lo que me costó despedirme de ella. Intenté por todos los medios que me diera su teléfono o su dirección. ¿Y sabes por qué no me lo dio?

—No —me respondió al fin.

—Porque para ella lo más importante erais vosotros y no quería mantener una relación conmigo a distancia. Ella solo quería volver a casa y cuidar de vosotros. ¿Eso te parece egoísta?

—Pues no —me contestó cediendo de su enfado un poco.

Volvíamos a la barca y fondeamos entre las dos islas. Le di una caña y le expliqué las nociones básicas para pescar. No puso muy buena cara, pero le dije que le relajaría estar en silencio. Estuvimos un rato callados y después yo seguí hablando. Le conté como fui de Barcelona a Santander y como la encontré, poco a poco le fui desgranando nuestra historia de amor.

—Cuando os fuisteis a vivir con él, se quedó rota. Incluso me apartó de su vida.

Gael escuchaba mis palabras y parecía que las iba sopesando. Al final se concentró en la pesca y consiguió pescar un pez. Desde que llegamos, era la primera vez que le veía sonreír.

—Mamá no me va a perdonar lo del insulto.

—¡Claro que lo haré!, y lo sabes. Y ahora me vas a contar ¿por qué no quieres que ella y yo estemos juntos?

—Porque si tú estás con ella mi padre y ella nunca podrán volver a estar juntos.

Y ahí está, lo que me estaba temiendo hace tiempo. Aunque las palabras las haya pronunciado Gael, sé de dónde las ha sacado. Carlo lleva jugando sus cartas mucho tiempo. Ha estado jodiendo a Lía para hacerla cada vez más pequeña y vulnerable. Así se guardaba el as en la manga hasta que a él le apeteciera volver a estar juntos; o hasta que estuviera solo, como ocurre ahora. Lo más patético es que demuestra que conoce muy poco a Lía.

—Gael, tu padre está con Ali. No quiere estar con tu madre —le dije sabiendo que iba a morder el anzuelo.

—¡No! Mi padre y Ali ya han roto. Ella se ha llevado todas sus cosas de casa. Mi padre ahora está solo y podrían intentarlo de nuevo.

¡Bingo! Lo sabía.

—Mira, Gael, entiendo que te gustaría que tus padres estuvieran juntos, pero conozco a tu madre. Ella no quiere a tu padre ya. Le hizo mucho daño y hay cosas en esta vida que se perdonan pero no se olvidan. Te lo digo por experiencia. Se podrán llevar mejor o peor, siempre os van a querer por encima de todas las cosas, pero tu madre nunca más va a ser la pareja de tu padre. Si hubieras hablado con ella, te lo hubiera dicho igual que te lo digo yo ahora. No pienses que es mi culpa. Aunque ella no tuviera pareja, no le daría otra oportunidad.

Me miró con cara triste, por lo menos no con cara de mala hostia. Espero que sea capaz de entender que su padre no puede manipularle siempre. Tiene que empezar a ser objetivo con los dos. Antes de regresar a casa, le quise preguntar mi última duda.

—Gael, ¿de dónde has sacado la idea que tu madre conmigo parece una zorra?

En un primer momento me miró receloso, era consciente de que no quería contármelo; pero, ya que había empezado a expresarse, necesitaba confirmar que no había sido idea de Carlo.

—Un día después de entrenar, unos niños de mi equipo me dijeron que si a mi madre la iban los jovencitos podía darle sus números de teléfono.

—¡Joder, putos imbéciles! —Respiré aliviado. Si hubiera sido Carlo el de la perla, me hubiera jodido mucho más.

Volvimos a casa con la pesca. Parece que al final dejó la rabia de lado y se relajó.

Nada más entrar por el salón, Gael se abrazó a su madre. Todos nos fuimos a la cocina y los dejamos solos. Se pidieron perdón y lloraron un rato abrazados. Gael no deja de ser su niño, aunque a veces quiera aparentar ser un adulto.

Y aquí estamos, con la hora casi encima preparándonos para ir a la iglesia de Santa Sofía. Lo bueno que tienen las bodas en la playa es que no se necesita llevar esmoquin. Vamos todos muy guapos, pero con estilo de lo más informal.

Cuando salimos todos juntos de casa, por primera vez en todas las vacaciones camino de la iglesia, Lía me coge de la mano y nos detenemos unos pasos por detrás de ellos.

—Axel Rivas, no dejas de sorprenderme, definitivamente te quiero.

—Lía Bejes, el primer sorprendido soy yo —le dije agarrándola por la cintura y dándole un beso invasivo, de los que nos vuelven locos. No voy a contarle nunca las intenciones de Carlo, de eso ya me encargaré cuando volvamos. Ahora solo quiero disfrutar del tiempo que nos queda aquí.

—¡Vivan los novios! —nos gritaron casi desde la puerta de la iglesia. Pude ver como Gael no parecía mosqueado por primera vez desde que aterrizamos.

Y así entre carcajadas llegamos antes que la novia.

Los domingos se han convertido en los días más agridulces de toda la semana y hay veces que me quedo con el sabor agrio cuando él se marcha, y otras veces con el dulce. Ya llevamos unos meses así.

Axel está inmerso en mitad del proyecto del hotel, viaja a Madrid casi todas las semanas. Hay veces que de lunes a viernes, así que no lo veo en 5 días y otras veces vuelve a mitad de semana, le echo muchísimo de menos. Los lunes suele irse en el primer avión de la mañana.

La vuelta de la isla fue más dura de lo normal. Al final, siempre que volvemos de pasar en Isla Sofía unos días, no nos podemos quitar la sensación de que allí todo es infinitamente mejor. A pesar de que la primera semana Gael se comportó como un auténtico niño, después de nuestra discusión, y de su paseo en barca con Axel, todo mejoró y pasamos unos días inolvidables. Axel no me quiere contar muchos detalles de su charla y yo lo respeto.

La boda de Juana y Álvaro fue preciosa, yo no soy muy de iglesia ni de curas, pero la capilla de Isla Sofía tiene mucho encanto, es pequeña y estaba preciosa decorada. La ceremonia fue corta y muy bonita, muchas miradas cómplices entre los novios y los familiares emocionados por la unión de ambos. Después nos invitaron a nosotros y a una gran parte de los vecinos a una especie de almuerzo en playa Oeste. Todos comimos y bebimos un montón y acabamos bailando descalzos en la arena. Las bodas en la playa son menos bodas, hablando en el buen sentido, claro. No hay tanto protocolo y la gente solo se preocupa de pasarlo bien. Hasta mis hijos se divirtieron.

Julia y Claudio casi se juran amor eterno en la orilla. Se conoce que vivir con todos la pasión del momento y llevar corriendo por las venas todos los mojitos que les puso Vanessa les afectó un poco al cerebro. Claudio se quedó a punto de hincar la rodilla y yo ya me veía organizando otro bodorrio en el paraíso. Ya me estaba imaginando a Carmela, la madre de Julia, volando a Sugar Island, menuda experiencia que iba a vivir para contar a sus amigas de partida de cartas. Por suerte o por desgracia, eso nunca se sabe, lo debió de pensar en el último momento y no hubo petición. Eso sí, desde que hemos vuelto están más acaramelados que antes de ir, si eso es posible. Cualquier día los veo dándose el lote en la oficina porque no son capaces de esperar a llegar a casa. Su convivencia está resultando ser un éxito, aunque nadie lo hubiera imaginado.

Los niños están metidos de lleno en su rutina escolar y deportiva, clases, deberes, entrenamientos, partidos. Lo normal durante el curso.

Teo volvió de su primer entrenamiento con la noticia de que su amigo Pablo se había vuelto a vivir a Madrid con su padre Jorge. Axel y yo nos miramos cómplices. Nunca más hemos vuelto a mencionarlo.

Teo está muy feliz viviendo con nosotros, ya ha empezado secundaria y saca muy buenas notas. La semana que Axel está menos tiempo en casa, me vacila diciéndome que se me pone mal carácter, es una pequeña broma entre los dos, el bobo de él cuando llega Axel los viernes le dice “ahora aguántala tú, que yo he tenido suficiente”.

Gael sigue viviendo con Carlo, pero las cosas no están siendo muy fáciles. Estoy a punto de preguntarle si quiere que pelee por recuperar su custodia, aunque de momento estoy dándole algo de tiempo, no quiero ponerle entre la espada y la pared, sé la conexión que tiene con su padre.

Definitivamente Carlo rompió con yogurín. Y ahora creo que no tiene una chica fija. No me importa lo más mínimo su vida sexual, siempre que no descuide el cuidado de sus hijos, y a veces no

estoy segura de que haga las cosas bien.

La primera vez que tuve que llevar a Gael a casa de Carlo después de nuestro regreso se encargó Axel, me pidió por favor que dejara que fuera él quien le acercase. No ha querido que esté con Carlo a solas después del comportamiento que tuvo conmigo la última vez. Ahora es Axel quien lo devuelve o lo va a buscar cuando le toca pasar los fines de semana conmigo. Hay algo que no me debe de estar contando, pero no he querido preguntar, creo que su reacción ha sido algo exagerada, yo sé defenderme de ese gilipollas; pero confío plenamente en Axel y en sus intenciones. Aunque es mi hijo, no quiero dejar a Axel al margen de su vida. Dije que todas las piezas tienen que encajar y es lo que estoy haciendo, al menos intentándolo.

Gael ha cambiado su actitud con respecto a Axel, no sé qué hablarían en la isla, pero por lo menos cuando estamos los cuatro juntos se toleran más, hasta incluso tienen conversaciones amigables. Yo le he dicho que me cuente cualquier cosa que le pase, que siempre estaré aquí para él, pero sé que su carácter es más introvertido que el del hermano, así que le dejo su espacio. No está tan centrado en los estudios como Teo, a veces tengo que vigilarle para que no se descuide. Sé que tiene una edad difícil, pero su deber es estudiar y nada más. Ojalá poco a poco él mismo sea consciente, que lo que haga de ahora en adelante marcará su futuro.

Vamos a pasar las navidades en Milán, va a ir toda la familia de Axel y por supuesto Julia, Claudio y mis hijos. Alba y Lucas nos sorprendieron hace un mes con la noticia de su futura paternidad y toda la familia está como loca por recibir a su primer nieto; sí, va a ser un niño. A Alba le han diagnosticado un embarazo de alto riesgo y tiene que hacer reposo casi absoluto. Como os imaginaréis, está desesperada todo el día en casa sin poder hacer nada, con lo que le gusta a ella su trabajo y estar danzando por toda Europa de desfile en desfile. Lucas la está cuidando como si fuera su médico particular, no le deja mover un dedo, ella se queja a veces de tantas atenciones.

Está ilusionadísimo con la espera. Él siempre ha querido tener niños y ahora, junto a Alba, sabe que será una de las mejores experiencias que le pueda pasar en la vida. Como Alba no puede volar, y para que no pasen solos las fiestas, hemos decidido alquilar allí una casa enorme para todos y no dejarlos solos despidiendo el 2018.

Mis hijos están contentos porque conocerán otra ciudad, por supuesto Axel ya les ha dicho que los llevará a un partido del Inter; si tenían alguna duda de ir, con esa premisa los convenció del todo. Será la primera vez que vean a los padres de Axel y espero que todos nos llevemos bien. Aunque a los padres no los vemos mucho, quiero que seamos capaces de formar una nueva familia, sé que para Axel también es importante que se conozcan.

Nuestros domingos han dado mucho de sí. Nos gusta hablar en la cama, además de hacer otras cosas, por supuesto. Hemos hablado mucho de nosotros, de lo que queremos, de lo que sentimos y de los que nos preocupa a corto plazo. Axel me preguntó si yo quería tener más hijos, cuando nos enteramos del embarazo de Alba se conoce que se le pasó por la cabeza la idea de ser padres. Tuve miedo en dar mi respuesta, porque yo no estaba segura de si él querría ser padre algún día. No soy idiota y la diferencia de edad juega en mi contra. Al final pensé que lo mejor era ser sincera y le dije que no, mi faceta de madre está cubierta y no necesito repetir. Él no se extrañó con mi respuesta, más bien creo que la esperaba. Me dijo que realmente él nunca se lo ha planteado, nunca ha sentido esa llamada de la naturaleza, como les suele pasar a las mujeres. Si algún día él quisiera tenerlos, quizás conmigo ya sea imposible, así que no voy a darle más vueltas al tema.

A raíz de la boda de Juana y Álvaro, también hablamos de bodas, parece que todos los temas importantes nos visitaban de repente. Sin lugar a dudas, le dije que no. No quiero firmar ningún contrato nunca más. Él y yo ya somos pareja sin tener ningún papel que lo ratifique. El sello nos lo

pusimos con el tatuaje que llevo en el pie. Joder, fue increíblemente doloroso y moñoso a la vez. Axel agarrándome la mano mientras el tatuador me clavaba la aguja. Fue un momento único. Axel casi le manda parar. Soportaba él menos verme sufrir que yo el dolor de los pinchazos.

Solo era capaz de darme besos y cogirme fuerte de la mano.

—No me vuelvas a hacer esto, princesa —me dijo al salir—. No soporto ver como sufres.

Y yo no pude contener las lágrimas en ese momento, no sé si por el dolor físico que había soportado con mi brújula marcando el norte o por el dolor sentimental de comprobar cómo otra persona sufre así por mí.

Axel y yo estamos tumbados en la cama, como todos los domingos. No nos levantamos hasta la hora de comer. Me ha preparado el desayuno y me lo ha traído a la cama, es ya una tradición, ¿qué queréis que os diga? Sí, me encanta. Igual que a cualquiera de vosotras. Cada día estoy más convencida de que Axel es el hombre de mi vida. Lo sé, pensaréis que con Carlo ya lo creí y mirad cómo terminó, pero no. Esta vez es diferente, lo sé y él también, porque no deja de repetírmelo.

Después de desayunar, nos quedamos en la cama, revueltos entre las sábanas. Está leyendo un montón de folios de la memoria del proyecto del hotel, repasando el trabajo para esta semana y yo tengo la cabeza apoyada en su pecho. Ese pecho definido y musculado, lo justo para hacer de almohada para mi cabeza y para que mis manos no puedan dejar de tocarlo. De fondo se escucha nuestra lista de Spotify. Hemos hecho una nueva, se llama AXELIA. Hemos metido solo las canciones que nos recuerdan los momentos buenos, por fin hemos desterrado los títulos que nos hacían regodearnos en nuestras miserias sentimentales. Aunque, siendo sincera, yo a veces escucho mi lista antigua, porque hay días que las canciones tristes y melancólicas parece que te llaman. No se lo contéis a Axel, se reiría de mí.

Una de las canciones nuevas que más escuchamos es la que suena ahora mismo “Imperdible” de Rayden y Sidecars. Dice tanto de nosotros y completa tan bien nuestra historia, que cuando la encontramos por casualidad los dos nos miramos y sonreímos, sin duda es nuestra canción.

*Podré perder el norte,
Podré perderme en donde
Tu espalda pierda su nombre
Y tú le des otro sentido,
Podré perder el ritmo,
Los modales, los estribos,
Pero no las ganas de sentirme vivo si hay motivos,
Perder la cordura cuando estamos en el cuarto
Contestando a la pregunta de a ver quién calla más alto....
Perdernos solo para reencontrarnos,
Dejar que se vacíe el cargador
Y poder contarlo
Mientras gira el mundo nuestro alrededor sin importarnos...
Perdernos de vista y no volvernos a ver,
Y saber que ni aun así no hubo nada que perder
Porque nunca me vas a perder.
Perdernos solo para reencontrarnos,
Buscarnos sin tomar la decisión,
Tirar los para siempre y desde cuando*

Dejar que se vacíe el cargador

Y poder contarlo

Que probemos nuestro fuego a discreción,

Poder contarlo mientras gira el mundo nuestro alrededor

Sin importarnos.

—¿Axel, vas a seguir trabajando toda la mañana del domingo? —le pregunto poniendo morritos.

—Princesa, es muy difícil concentrarse si tus manos no paran de tocarme.

— Entonces, deja los papeles y concéntrate en mí.

Y no tuve que decir nada más. Axel puso sus folios encima de la mesita y se colocó encima de mí.

Desnudo. Está increíblemente sexi. Colocó sus codos a ambos lados de mi cabeza y con sus pulgares rozó mis labios.

—Me vuelve loco tu boca, amor. ¿Sabes que cuando no estoy contigo sueño con ella?

Una sonrisa se formó en mis labios.

—¿Qué, me estás vacilando, no?, ¿cómo vas a soñar con mi boca?

—Prometo que es verdad, mis sueños eróticos siempre son con tu boca. Con los besos que me das

—dijo dándome un casto pico—. Con tu boca abierta para recibirme —me susurró al oído—. Con tu lengua lamiendo mi cuerpo —dijo mientras deslizaba la suya por mi cuello en dirección descendente.

—¡Axel, para! —gemí.

Sus palabras estaban excitándome por segundos. No se detuvo y lamió cada centímetro de mi piel.

Provocando que se erizara ante el estímulo. Me hizo cosquillas al pasar sus dedos suavemente por mis caderas. Cuando llegó a mis muslos, los separó con delicadeza.

—Me encanta estar dentro de ti. Eres mi droga favorita, Lía —me dijo dejando un reguero de besos por mi estómago hasta llegar a mi sexo.

—Y a mí me encanta tenerte dentro. Por favor. No lo retrases más —le supliqué.

Con un suave movimiento acercó su erección a mi entrada y con sus ojos verdes clavados en los míos me penetró. Joder. Sigue siendo una de las mejores sensaciones que he sentido. Nuestra

conexión cuando estamos así es tal que no necesitamos pronunciar palabra alguna.

Con un baile de cuerpos perfecto, disfrutamos del mejor sexo del mundo. El que hace que nuestros

cuerpos se eleven y toquen el cielo, para después descender y tocar la tierra. Su boca en mi pecho, su

lengua jugando con mi pezón, sus penetraciones certeras y profundas. Mis músculos estrangulando su

erección. Más fuerte, más rápido, más profundo. Más, con él siempre es mucho más. Nuestros

quejidos ahogados en nuestras bocas fueron la señal de que nos había azotado el merecido orgasmo y

las pequeñas réplicas nos dejaron casi sin aliento durante bastantes minutos más.

Sin querer, llegaría el lunes...

AXEL

Lía y yo acabamos de aterrizar en Isla Sofía hace apenas unos minutos, después de muchos meses de esfuerzo, recompensas y trabajo. Venimos con la intención de descansar el máximo tiempo posible y de disfrutar de la calma y del relax que siempre nos proporciona esta Isla, aunque en esta ocasión la climatología no sé si estará de nuestra parte. Confiamos en que sea menos de lo que esperan.

Nos hemos despedido de Teo y de Gael en el aeropuerto de Madrid esta mañana. Este próximo curso escolar van a estudiar en Irlanda. Gael necesita cambiar de aires y despegarse un poco de su padre. Carlo está bastante perdido desde que le dejó su novia. Durante estos meses solo se ha dedicado a trabajar y a salir de copas con su hermano, como si tuviera 20 años. A la vuelta de sus salidas nocturnas, a veces volvía acompañado a casa y Gael ha tenido que presenciarlo todo.

Desde que volvimos de la Isla la última vez, yo he sido el encargado de llevarle a su casa e ir a buscarle. La primera vez que Carlo me vio llevar a Gael se enfadó bastante y cruzamos unas palabras. Le eché en cara que jugara con los sentimientos de Gael y le advertí que no iba a consentir que hiciera más daño a Lía, él me dijo que no sabía de qué coño estaba hablando. No quise discutir más. Gael estaba cerca y me reprimí. Después de su primera reacción, aceptó que iba a ver mucho más mi cara que la de ella. Lía no tiene ni idea de la mitad de las cosas que sé de su ex y prefiero que siga siendo así. Lo que pasa es que Gael tiene casi 15 años y se da cuenta de lo que está haciendo su padre. Cuando pasaba los fines de semana con nosotros, poco a poco le iba contando a su madre el comportamiento de su padre. Lía estaba preocupada por que el niño tuviera que vivir en ese ambiente. No le ha quedado más remedio que ir donde su abogada y presentar una denuncia ante el juez para recuperar su custodia. Nos ha dicho que puede que tarde más de un año en celebrarse el juicio, así que nos toca esperar.

Gael convenció a su padre para que le dejara ir a estudiar fuera este curso, y menos mal que ha accedido. Teo no es que tuviera muchas ganas de dejar Santander, pero le estuvimos animando para que acompañara a su hermano, así los instalarían en la misma familia y se adaptarían mejor a estar fuera de España. Al final le convencimos y hoy han embarcado los dos rumbo a Dublín.

Llevamos todo el verano sin parar, el 2019 está resultando ser un año cargado de emociones. A finales de junio, por fin se inauguró el Hotel Mex One. El primer hotel de Fabio Duarte en España. El proyecto sufrió varios contratiempos y tuvimos que trabajar bastante duro para terminarlo a tiempo, pero el resultado ha sido increíble. Fabio está encantado con la obra y Rubén y yo hemos recibido el beneplácito de muchos colegas de profesión. Tenemos un montón de proyectos interesantes esperándonos encima de la mesa. Lo más inmediato, otro hotel para Fabio en Barcelona, pero de momento hemos decidido que necesitamos unos meses para descansar y a la vuelta estudiaremos con qué proyecto continuamos nuestra aventura.

Después de la inauguración, nos fuimos a Milán a conocer a Marco, mi sobrino. Con todo el lío del hotel, no habíamos podido ir a conocerle y ya casi iba a cumplir dos meses. Es muy guapo, moreno y con la nariz muy pequeña, como un botón, creo que se parece a mí. Alba y Lucas están locos con su bebé, como padres primerizos nos han parecido de lo más empalagosos, sobre todo a mí, Lía dice que es normal esa sobreprotección cuando se trata del primer hijo. Puede que sea así, pero yo nunca lo comprobaré. Pienso que son unos exagerados.

Desde Milán recorrimos en coche varias ciudades más de Italia; Turín, Génova, Florencia hasta llegar a Roma. Teo y Gael vinieron con nosotros y esas han sido nuestras vacaciones. Ellos han disfrutado conociendo lugares y gente nueva y yo he estado feliz viendo como Lía disfrutaba del viaje con sus hijos. Hacía tiempo que no la veía sonreír tanto.

Antes de volver a casa, paramos un fin de semana en París, nos hemos quedado en casa de mis padres y los niños han conocido la capital francesa. Mis padres ya habían estado con ellos en Navidad en Milán y han repetido a Lía un montón de veces que tiene unos hijos encantadores. Mi madre y Lía parece que han limado las asperezas del pasado. Mi padre y yo estamos felices de ver que por fin mi madre ha aceptado mi relación con Lía y mi deseo de compartir mi vida con ella, sin excepciones.

A la vuelta hemos estado unos días en Santander. Julia y Claudio nos han obligado a salir con ellos casi todas las noches, a cenar, de copas..., se han quejado porque no nos verán por un tiempo y según ellos nos van a echar mucho de menos.

Los últimos días antes de volar hacia la isla hemos podido descansar algo más, porque Claudio y Julia se han ido de viaje a Bali, era un destino que les apetecía mucho a los dos y encontraron unos billetes muy baratos. Pensaban acompañarnos a la isla, pero al final han preferido irse al otro lado del mundo. En el fondo me alegro porque quiero disfrutar de mi princesa a solas.

No nos ha dado tiempo a hacer mucho más. Bueno, una cosa sí, por fin convencí a Lía para que el piso y el *loft* fueran de los dos, hemos firmado las escrituras antes de venirnos. Ha tenido que darme la mitad del dinero que yo le pagué al comprarlo, por cabezonería. No quiero discutir con ella, pero cuando se pone así no hay quien la haga entrar en razón. Es un dinero que ni quiero ni necesito, lo he guardado en una cuenta bancaria y, sin que ella se enterase, he dado a los niños dos tarjetas con un poco de saldo extra por si lo necesitan en Dublín. Les he hecho prometerme que jamás se lo contarán a su madre.

Sin tiempo para más, hemos cambiado la ropa de las maletas, aquí no se necesita abrigo, y hemos ayudado a los niños con las suyas. Sin darnos cuenta ya estábamos en el aeropuerto despidiendo a sus hijos.

Nuestro avión ha estado a punto de no despegar de Madrid y el vuelo ha sido más tranquilo de lo que esperábamos a priori. La agencia estatal de meteorología desaconsejaba volar hasta aquí, pero Duarte Airlines decidió que el vuelo todavía era seguro.

En cuestión de horas atravesará gran parte del continente americano una tormenta tropical. Lo que viene siendo una tormenta de grandes dimensiones que se produce en las regiones subtropicales y que tiene el potencial de derivar en huracán. Esta en concreto se llama Sofía; como sabréis, normalmente llevan nombres de mujer, y sí, en esta ocasión parece una burla del destino.

La descripción del fenómeno atmosférico ya asusta un poco, pero el panorama que nos encontramos al llegar a la Isla acojona bastante más. Juan nos ha recibido a pie de avión, como siempre, y nos lleva en una lancha motora hasta Isla Sofía.

Todos los huéspedes del Love Resort van a ser trasladados a un hotel propiedad de Fabio en México D.F., como medida de precaución, de momento han cerrado el resort. Si la tormenta pasa en un día o dos, y no hay grandes destrozos, los volverán a traer a Sugar Island.

Al llegar al puerto, vemos toda la flota amarrada. Hace un viento suave por el momento y la mar no está tan tranquila como nos tiene acostumbrados en este lado del charco. Los vecinos van nerviosos de un lado para otro, están empezando a apuntalar las puertas y ventanas de sus casas. Colocan sacos de arena en las entradas de las viviendas y guardan a los animales en sitios más seguros.

Juan nos informa de cómo está la situación. Esperan que la tormenta llegue entre esta noche y mañana. Han acondicionado la iglesia para acoger a los vecinos que no quieran estar en sus casas o a los que simplemente les recomienden abandonarlas. Hay víveres, mantas y velas, todos creen que es el edificio más seguro de la Isla, por lo menos es el que más piedra tiene en su estructura. Las primeras familias ya están llegando. No es un sitio muy grande, pero en caso de necesidad se hará hueco para que todos tengan cobijo.

Lía me mira preocupada.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —me pregunta nerviosa.

Yo analizo la situación mentalmente. Nuestra casa está recién reformada y creo que es bastante segura. El único inconveniente es que está muy pegada al mar. Juan se adelanta a hablar antes de que yo abra la boca.

—Vuestra casa está muy cerca del agua, deberíais ir a la iglesia —dice con calma.

—Es lo que estaba pensando. Vamos a casa, dejamos nuestras maletas, cogemos lo que necesites y nos vamos con todos. Tranquila, todo irá bien —le dije besándola en la frente para tranquilizarla.

—Yo voy a buscar a Vanessa y al niño. Nos vemos allí en un rato.

Juan y Vanessa ya han formalizado su relación, por fin les llegó su momento. George, el marido inglés de Vanessa, murió hace unos meses y en el pueblo nadie se ha extrañado de ver a su viuda rehacer su vida junto a Juan. Ahora crían felices al hijo de ella y manejan todos los negocios de su difunto marido. Juan ya no trabaja para Fabio.

Mientras Lía coge un par de cosas, yo intento dejar la casa cerrada completamente. Las contraventanas bien sujetas, las macetas y los muebles del porche recogidos en el sótano, también desenchufé todos los aparatos eléctricos y bajo los plomos.

Recuerdo la primera tormenta que pasamos Lía y yo en el resort, al final fue muy floja y casi no hubo desperfectos. Ojalá esta se quede también en menos de lo que prevén.

—¿Qué piensas? —me dice Lía caminando hacia la iglesia.

—En nuestra primera tormenta aquí. Me encantaría estar entre las sábanas contigo un día entero como hice ese día.

Me da un codazo y yo la beso. Siempre acabamos teniendo los mismos deseos. Nuestros cuerpos fundidos como si fueran uno. Y para qué negarlo, me encanta.

Al entrar en la iglesia todos nos miran asustados, algunos ya nos conocen, como Rosita, el Mayor y su familia...; otros solo pensarán que dos forasteros han llegado en el peor momento. Cojo a Lía de la mano después de saludar a todos y nos sentamos en una esquina de la escalera cerca del altar. Nos hemos traído una manta pequeña de casa y una almohada. Lía se sienta entre mis piernas y la abrazo desde atrás, apoyando mi cabeza en su hombro.

—Princesa, en unas horas podremos estar tumbados en nuestra hamaca. Tranquila, que enseguida pasará.

Lía se encoge de hombros y no me contesta, creo que el pánico se está apoderando de ella. Cuando ve llegar a Juana y a Álvaro con el resto de su familia, se levanta a abrazarla. Juana está embarazadísima. Solo espero que no se ponga de parto hoy. Veo que también llega el médico de la Isla junto a su enfermera, trae consigo un pequeño botiquín, me imagino que con lo básico. Cada vez entra más gente. Todos van cogiendo su sitio, unos en los bancos, otros en el suelo apoyados en la pared. A Juana la damos una silla que tenía guardada el cura en la sacristía, con su avanzado estado de gestación intentamos que esté lo más cómoda posible.

El Mayor tiene un teléfono de conexión vía satélite. Está en continua comunicación con las autoridades mexicanas, son ellas las que le informan del parte meteorológico y de la progresión de la

tormenta. De momento parece que está todo controlado.

—¿Qué piensas, princesa? —pregunto a Lía cuando ya empieza a caer la noche y cada vez se oye soplar el viento con más fuerza.

—Si quieres saber la verdad, ahora mismo está pasando toda mi vida ante mis ojos. A la velocidad de la luz —me responde. La abrazo con fuerza y la medio tumbo en mi regazo. Parece tan vulnerable.

—Amor, no quiero verte así. Esto pasará y mañana saldrá el sol, ya lo verás.

—¿Y mis hijos? ¿Qué pasará con ellos si me ocurre algo?

—¡Lía, por favor! No pienses en eso. Vamos a pensar en positivo.

Aunque intento aparentar que estoy calmado, no sé si logro conseguirlo. Lía se apoya en mi pecho y cierra los ojos. Las familias con niños intentan dormirlos, pero en general todos estamos preocupados. Juana se levanta y pasea, si sigue en la silla no va a poder moverse después. Se oye bastante el viento, cada vez más, silba cuando entra por las rendijas de las ventanas, y eso que la Iglesia las tiene muy pequeñas y solo dos. Se oyen las ramas de los árboles golpear unas con otras, parecen los efectos especiales de una película de miedo.

Los minutos pasan y el Mayor ha perdido la conexión con las autoridades, por lo que intuimos que ahora mismo estamos en medio de la tormenta. Las previsiones indicaban que después de atravesar esta zona del Caribe se dirigirá al Golfo de México y llegará a la costa de EEUU, quizás ya como huracán.

—Axel, pase lo que pase quiero que sepas que siempre seré tuya. En esta vida y en la que haya después.

—¡Joder, Lía! No te despidas de mí, por favor. Aquí estamos seguros, amor. No va a pasar nada.

Sus palabras me retumban en el pecho. No pienso dejar que nos pase nada. Ahora no. Ahora precisamente es nuestro momento. Nos faltan millones de cosas por vivir.

Los generadores de luz de la iglesia han dejado de funcionar y la gente ha entrado un poco en pánico. Casi todo el pueblo está de rodillas en los bancos rezando a Santa Sofía, pidiendo que los proteja. Lía y yo que no somos creyentes, contemplamos el panorama desde el respeto y el silencio, bajo la luz de las velas que ahora nos alumbran.

Ella sigue con su cabeza enterrada en mi pecho, suspirando, y yo solo soy capaz de enredar mis dedos en su pelo, tratando de tranquilizarla.

Juan abraza a Vanessa y al niño, la susurra cosas al oído. Qué ironía estará pensando. Después de tanto tiempo esperando poder estar con ella y ahora el destino los pone a prueba otra vez. Yo no quiero pensar que no saldremos de esta. Por fin Lía y yo estamos juntos como nos merecemos, no hay huracán capaz de separarme de ella. Lo tengo muy claro. No existe aún ninguna fuerza de la naturaleza que me separe del amor de mi vida. Es mía y es para siempre.

—¡Lía, Mírame! —le ordeno—. Lía, Princesa. Te quiero. Te quiero más que a mi propia vida y quiero que seamos fuertes porque vamos a salir de esta. ¿Entendido?

—Axel, tengo mucho miedo. No sé si saldremos vivos de aquí, pero necesito creer que sí, porque eres lo mejor que me ha pasado en la vida y ahora que ha llegado nuestro momento no lo voy a dejar escapar, pienso despertarme y amarte todos los días, ahora y siempre.

—Lía, mi norte, mi luz. Mi para siempre.

Y entonces nos besamos, como se besa a la única persona que llena tu corazón. Enredando nuestras lenguas, ahogando nuestras respiraciones. Como si mañana no fuera a existir, aunque yo estaba seguro de que existiría. Sin ella no soy nada. Me completa. Me hace ser mejor. Juntamos nuestras frentes y nos miramos, con una de esas miradas que lo dicen todo sin usar las palabras.

“Nunca me vas a perder”, como dice nuestra canción.

A nuestro alrededor hay gente moviéndose, se oyen pequeños murmullos y se siente el miedo en el ambiente. Pero nosotros permanecemos pegados, más bien fundidos, solo nos sentimos el uno al otro, ajenos a todo y a todos.

Aquí está nuestro “para siempre”, delante de nuestros ojos.

Y entonces se oye un gran estruendo. Fuerte. Seco. El crujido de la madera al ceder. Gritos. Llantos. Lamentos. Se oye a la gente correr...

Y después todo se volvió blanco.

FIN

El sol me empieza a dar en la cara y me cubro con el brazo. No sé qué hora es, lo único que recuerdo es el día que es hoy, 4 de junio de 2020. Estoy cansada. No sé cuánto tiempo he estado dormida, creo que no mucho, aunque los párpados me pesan como si hubiera dormido tres días seguidos y tengo dolorido todo el cuerpo.

La casa está en silencio total. Recuerdo que me he puesto como una loca descerebrada y he echado a todos de aquí. Me da igual que no sea mi casa y que hayan pensado que he perdido el juicio, yo solo necesitaba un poco de tranquilidad, poder escuchar mi respiración y relajarme.

Consigo abrir un ojo y enfocar la imagen algo borrosa que tengo delante. ¡Venga, Lía! abre el otro que tú puedes. Me animo ante el difícil trabajo de despertar.

Cuando logro desperezarme del todo, me incorporo en la cama, despacio, apoyando mi espalda en el cabecero. La imagen que reciben mis ojos me llena el cuerpo, el alma y el corazón. Maldito efecto Axel, ¿va a ser así toda la vida? El aura que rodea la imagen de mi amor, sentado en el sillón frente a la cama, con un pantalón negro de algodón, con el pecho desnudo y con nuestra hija pegada a su cuerpo, me provoca tal escalofrío que solo soy capaz de estremecerme entre las sábanas.

Sí, nuestra hija, lo sé. Todavía no me lo puedo creer. Es algo que jamás me imaginé. Yo, que dije que no quería tener más hijos, y mucho menos con 40 años recién cumplidos, pero las cosas han sucedido así. ¿Dónde os quedasteis?... Ahh..., ya recuerdo. En el día de la tormenta tropical. Pues os resumiré los que pasó desde entonces.

La tormenta pasó al cabo de unas horas, después de que se desprendiese parte de la pared de la sacristía, de ahí que todo se envolviera de humo blanco. Algunas vigas del techo quedaron muy dañadas cuando uno de los árboles más centenarios se cayó encima del tejado de la iglesia, de ahí que se oyera crujir la madera. Afortunadamente no hubo heridos. Momentos de pánico, sí, muchos y muy variados. Nunca sabes cómo va a actuar el ser humano en medio de una catástrofe hasta que lo vives en tus propias carnes. Antes de poder salir, tuvimos que agruparnos en la zona que parecía más segura. “Mujeres y niños primero”, dijeron, como en las películas. Pero yo me negué a soltarme de Axel. Si él moría, yo me iría con él, eso lo tenía claro. Axel intentó colocarme con el resto de las mujeres, pero le fue físicamente imposible separarse de mí.

Y al final pasó, como todas las tormentas, vienen y se van.

Al abrir la puerta de la iglesia todos observamos atónitos el panorama desolador que había dejado Sofía a su paso.

Axel y yo regresamos a casa y comprobamos los daños. Tenía razón, era una casa segura, apenas unas cuantas tablas sueltas, lo único que, como era de esperar, entró bastante agua al sótano, estropeando todo lo que tenía guardado dentro. Nada que no se pudiera reponer. Tampoco había electricidad en toda la Isla.

Sin perder un minuto más, nos subimos a nuestra habitación; aunque ya era de día, nos metimos en la cama. Exhaustos, entre el viaje, el miedo, la tormenta..., llevábamos más de 24 horas sin dormir. Ya se sabe, el cuerpo pierde el ciclo del sueño, no sabes si es de día o de noche y es difícil coger el ritmo de nuevo, solo éramos capaces de dar vueltas y vueltas entre las sábanas. Decidimos entonces que la mejor manera para intentar dormir de nuevo era amarnos antes.

Liberamos la tensión acumulada mucho y muchas veces. Creo que solo nos levantamos para beber agua e ir al baño. Estuvimos dos días amándonos a jornada completa, mucho y muy bien. De todas las

maneras, sabores y colores. Él encima de mí moviendo su cadera en círculos provocándome. Yo encima de él subiendo y bajando hasta la extenuación. Frente a frente. De espaldas. Sentados. De rodillas...

El miedo que habíamos sentido por perdernos esta vida se convirtió en unas ganas locas de vivir, de amar y de gozar.

Cuando nuestra hija Sofía nos pregunte, sí, se llama Sofía, lo sé, no creo que hubiéramos podido elegir mejor nombre. Lo que os decía, que cuando ella nos pregunte cómo entró en mi barriga, que nos los preguntará, porque ya sabéis que los niños siempre llegan a una edad en la que hacen esa pregunta, Axel y yo sabremos contestarle perfectamente. Fácil y sencillo. Sofía, hija, tú entraste en mi barriga los dos días posteriores a la tormenta de septiembre de 2019. Lo único que nos ahorraremos serán los detalles.

Esos dos días en los que Axel y yo hicimos el amor tantas veces que, aunque solo fuera por estadística, teníamos todas las papeletas para concebir un bebé. Pero no ha sido un bebé cualquiera, no, ha sido la niña más hermosa del mundo.

Con el estrés del hotel, las vacaciones, la demanda por la custodia, el viaje de mis hijos a Irlanda, olvidé por completo que en septiembre se cumplían 3 años desde que me coloqué el implante anticonceptivo. Antes de irme a Isla Sofía tendría que haber pasado por la consulta de mi ginecóloga, pero ni se me pasó por la cabeza.

Cuando volvimos a Santander, un mes después de la tormenta, y fui a ver a Susana porque no me había bajado la regla, ni por asomo pensé en que podía estar embarazada; es más, creía que tendría algo malo en los ovarios o algo parecido. En cuanto vio mi historial, supo que lo que me pasaba es que estaba embarazada, aunque se guardó la noticia hasta que los análisis lo confirmaron.

Axel estaba a mi lado cuando nos enteramos y los dos nos miramos como si fuéramos dos adolescentes que la habían cagado por no usar protección. Nos dio hasta vergüenza haber cometido un error de principiantes.

Nos quedamos en silencio y nos fuimos a casa. La rabia me comía por dentro. Yo ya había dicho que no quería volver a ser madre. ¿Y ahora qué? Él tenía miedo de preguntarme qué quería hacer y yo no me atrevía a preguntarle a él, por si no coincidían nuestros deseos. Después de un par de horas de matar los minutos, Axel vino a abrazarme. Recuerdo que estaba en mi habitación recogiendo la ropa.

—Princesa, estamos juntos, ahora y siempre. Dime qué quieres hacer. —Y me sentí tan agradecida de que me dejara decidir. Sin duda era algo que no me esperaba, embarazada, con casi 40 años y, para ser sinceros, aunque hubiera tenido menos edad nunca lo hubiera planeado, pero ahí estaba. Una nueva vida creciendo dentro de mí. Algo nuestro. De Axel y mío. No necesite pensarlo mucho más.

—Seremos papás en junio —le dije con la voz temblorosa.

Su reacción me gustó todavía más. Me abrazó y me llenó de besos, todo el cuerpo. Se puso de rodillas y besó mi vientre.

—Cuidaré siempre de los dos. Te lo prometo —dijo convencido.

Y yo, quizás porque las hormonas ya empezaban a invadir mi cuerpo, no pude hacer nada más que llorar.

La noticia dejó a todos alucinados. Julia y Claudio no lo podían creer, ellos mejor que nadie sabían que esa etapa estaba cerrada en mi vida; pero, ya veis, volvió a abrirse. Mis hijos se lo tomaron mucho mejor de lo que esperaba, parece que, como ya son más mayores pensaban en un hermano a modo de juguete. Los padres de Axel se pusieron muy contentos, creían que nunca iba a tener hijos y la noticia les alegró. Lucas y Alba vinieron a Santander después de la tormenta y les gustó mucho la idea de dar un primo o una prima a Marco.

Un par de meses después del paso de Sofía, la tormenta, volvimos a la Isla. Fabio y el Gobierno decidieron invertir dinero y recursos en mejorar las infraestructuras de la isla para prevenir futuros efectos atmosféricos. Axel fue el encargado de revisar todos los edificios, incluidas las viviendas y preparar todo el proyecto de mejoras que tenían que acometer. Rubén se quedó en Madrid preparando los planos del siguiente hotel de Fabio.

Yo, mientras Axel no paraba de trabajar, descansaba en casa, leía, me daba baños en el maravilloso Mar Caribe y trabajaba a distancia. Cedí a Sara mi despacho para que atendiera ella a mis clientes. Y así, poco a poco, fuimos esperando la llegada de Sofía, nuestra hija, no la tormenta.

Los días que estuvimos en la isla nunca dejamos de hacer el amor, embarazada cambian las posturas y la intensidad, pero no las ganas locas de sentirnos uno. Axel no dejaba de decirme que era lo más sexi del mundo.

—Mira, Sofía. Mamá se ha despertado y está preciosa —dijo Axel acercándose con nuestra hija en brazos.

Se sentó en la cama a mi lado y me besó, un beso casto que me hizo arrugar el morro.

—Quiero mi beso invasivo, eso ha sido una mierda —protesté.

Y con Sofía entre los dos me besó de nuevo. Esta vez con su lengua alrededor de la mía. Cuando más estaba disfrutando del beso, Sofía se puso a protestar. Me la acercó, me abrí mi kimono negro de seda y la puse al pecho. La pobre tendría ganas de empezar a comer, por suerte parecía que yo ya empezaba a tener leche. Enseguida se enganchó mientras su padre la observaba embobado.

—Mis lolas, ¿cuándo las recuperaré? —preguntó sin quitarles ojo. Yo no pude evitar reírme. Ay, Axel, cómo me encanta que me desees así.

—Cuando ella te deje —le contesté aguantándome la risa.

Mientras Sofía mamaba, Axel se levantó y se cambió de ropa.

—Voy a buscar a todo el mundo, querrán conocer a Sofía.

Es verdad, había olvidado que justo antes de que Sofía asomara su cabeza, metí cuatro gritos desde la terraza y eché a todo el mundo de casa. Esto era una locura; bueno, el parto en general ha sido como de película.

Para empezar habíamos venido a la isla a celebrar el primer cumpleaños de Marco, estábamos todos aquí pasando unos días, los padres de Axel, Lucas, Alba y Marco y el hermano de Lucas y su familia.

Juana tiene una pequeña posada en el pueblo, una casa que se quedó cerrada después de la tormenta y que Axel ayudó a convertir en un alojamiento para huéspedes, estábamos todos repartidos entre la posada y la casa. Axel y yo teníamos pensado regresar para recoger a mis hijos a su llegada de Dublín, pero hace 3 días empecé a tener contracciones. Me faltaban un par de semanas para salir de cuentas, así que no tenía ninguna intención de dar a luz aquí. Me miró el doctor y me dijo que ya no podía viajar en avión y que estaba casi empezando el parto. Axel se acojonó mucho. Llamó a Fabio y le pidió que me mandara un helicóptero para llevarme a un hospital a México, decía que en la isla faltaba el material necesario en el caso de que hubiera alguna complicación. No paraba de dar vueltas y de gritar a todo el mundo. Pero yo no iba a volar, de ninguna manera.

Juana intentó tranquilizarle y mandó venir a la partera, Nina, una mujer de unos 50 años que había traído a este mundo a todos los recién nacidos de la isla desde hacía más de 30 años. Me gustó su carácter, fuerte pero amable a la vez. Me echó un vistazo, aparte de que ya había hablado con el médico, y me dijo que la niña venía perfecta y que sería un parto fácil. Axel blasfemó cuando le dije que quería tener a la niña en casa. Era mi tercer parto, y encima con una edad madura. Quería vivir la experiencia escuchando mi cuerpo, sin ayudas químicas, de forma natural. Probablemente las

hormonas seguían haciendo de las suyas, cualquiera en mi situación hubiera preferido un buen chute de epidural.

Llamé a Julia y le dije que tenía que venir, que por favor recogiera a mis hijos en Madrid cuando volvieran de Dublín y que vinieran hasta aquí con Duarte Airlines. Claudio y ella así lo hicieron, junto con mis hijos aterrizaron ayer. Los acomodé en la posada de Juana y nos dio tiempo a cenar todos juntos, de vez en cuando sentía alguna contracción, pero eran soportables. Los niños me pusieron al día de su estancia en Irlanda y estuve feliz de tenerlos ya conmigo.

Hace un par de meses me llamó Carlo, me dijo que necesitaba hablar conmigo. Le dije que nos podíamos ver en el despacho de mi abogada, pero él se negó. Me dijo que no necesitábamos a los abogados y que mejor fuera a su casa. Axel por supuesto me dijo que no se me ocurriera ir, y menos sola. Discutimos, porque le dije que era lo suficientemente adulta para tratar con él, pero Axel me dijo que ahora también estaba Sofía dentro de mí y nos iba a proteger a las dos, siempre. Carlo se enfadó cuando Axel entró conmigo en su piso.

—¿Qué es, tu puto guardaespaldas? —dijo gritando.

—Soy su pareja y el padre de su hija. No voy a dejarla sola con un gilipollas como tú.

—Vale, niñato de mierda. Yo me follé a Lía mucho antes que tú, así que no te pongas chulo ahora.

Yo no daba crédito a sus palabras. Pedazo de mamón. Axel llevaba mucho tiempo aguantando las ganas de darle una buena hostia, así que le agarró por el pecho y armó su brazo. Carlo, que siempre ha sido un poco miedica, se debió de percatar de lo que le veía e intentó soltarse.

—¡Basta, Joder! —grité yo antes de que le atizara—. Di lo que tengas que decir y vete a tomar por el culo.

Axel le soltó al ver que me estaba empezando a poner muy nerviosa, la situación se nos estaba yendo de las manos. Carlo respiró un par de veces y me dijo que se iba.

—Me ha salido un trabajo para una temporada larga en Sevilla y me voy. Te he firmado los papeles de la custodia de Gael y te los dará mi abogado. Ya no habrá juicio.

—Y eso no me lo podías haber dicho por teléfono —pregunté.

—Quería verte por última vez —me respondió.

Yo no le dije ni una palabra más. Axel me cogió de la mano, estaba muy tenso. Nos dirigimos a la puerta.

—Te dije que nunca ibas a recuperarla. Espero que te haya quedado claro de una puta vez —sentenció Axel.

Y esa fue la última vez que le vi. Llamamos a Gael y le dimos la noticia. Aunque no lo expresara en ese momento, sé que se alegró.

Nina vino a echarme otro vistazo ayer antes de acostarme y ya me dijo que durante la noche empezaría a sentir más contracciones. No se equivocó. Axel estaba muy asustado. Me veía retorcerme cada cierto tiempo y no sabía qué hacer. Lo mandé a dormir abajo al sofá.

Esta mañana ya se aceleró un poco el proceso, todos estaban en el porche delantero, habían montado una mesa enorme y se preparaban para almorzar. Yo solo oía risas, gritos, chistes..., a Marco llorar. Estaba empezando a no soportarlo. Me molestaban hasta las voces de mis hijos, que contaban a todos sus anécdotas de Dublín.

Nina estaba conmigo arriba, esperando. Y Axel, que no se había separado de mí ni un minuto desde que se levantó. Yo paseaba por la habitación, a ratos me sentaba, otros me levantaba. Cuando venían las contracciones más fuertes, me agarraba a lo que pillaba de paso, el borde de la cama, la puerta del baño, la cómoda, a Axel.

Nina me daba ánimos y me miraba de vez en cuando, la cabeza de la niña estaba muy colocada y

casi no faltaba nada. Así que cuando entré en cólera por el dolor y la tensión, me asomé al balcón y les dije a todos que se tenían que ir.

—Id al chiringuito de Vanessa y tomaos unos mojitos, ya invito yo. Pero, por favor, ¡largaos de aquí!

Axel casi me mata por asomarme a la barandilla en mi estado y todos los demás quedaron tan acojonados por mis gritos que tardaron en irse menos de diez segundos.

—Pienso hacerme una vasectomía en cuanto lleguemos a España. No quiero ver como sufres más por mi culpa —me dijo Axel con la voz al límite.

Pobre Axel, sigue siendo incapaz de verme sufrir.

Creo que estábamos perdiendo los papeles, pero una vez dentro de la habitación nos inundó el silencio y por fin pude escuchar a mi cuerpo.

Cuando tienes tu tercer parto a los 40, tu cuerpo más o menos sabe cada etapa que está por llegar. Yo estaba tranquila. Axel, en cambio, estaba pasándolo mal. Cuando Sofía estaba a punto de salir, me puse de cuclillas y empujé un poco. Dicen que dar a luz así es la forma más natural, no tumbada en una cama, como se hace en los hospitales, pero ya llevaba muchas horas despierta y las piernas me temblaban. Nina me ayudó a colocarme en el borde de la cama y con un par de empujones más Sofía empezó a asomar la cabecita.

Axel se colocó sosteniéndome la espalda y estaba tan alucinado con el momento que no era capaz de articular palabra. Mis gritos contenidos y mi respiración agitada le habían dejado bloqueado. Cuando la niña salió, le obligué a reaccionar.

Yo quería que él la cogiera primero, porque sé la sensación tan grande que es sostener a tu hijo por primera vez. Yo tuve la suerte de ser la primera con Gael y Teo, quería que él tuviera ese privilegio ahora.

—Axel, ¡cógela! —le grité.

Y él con los ojos llenos de lágrimas me dejó tumbada en la cama y fue a coger a su hija Sofía.

Nina cortó el cordón como una experta, limpió un poco a la niña y se la entregó a su padre. Acto seguido me atendió a mí. No he necesitado ni un punto, todo está perfecto y mi recuperación será rapidísima; “ventajas del tercero”, me dijo risueña. Cuando recogió sus cosas y se fue, me dijo que ya avisaba ella al doctor para que viniera a ver a la niña. El doctor nos ratificó que todo está bien, la pesó, 3 kg más o menos, la midió, 52 cm, e incluso le tomó la huella para preparar la partida de nacimiento. No es una niña muy grande, pero es preciosa. Tiene las facciones perfectas y bastante pelo negro, como su padre.

Después me tocó el turno a mí, la puse en mi pecho intentando que comenzara a mamar y me sentí feliz y completa, creo que ahí es cuando me venció el sueño. Menos mal que Axel estaba a mi lado para hacerse cargo de ella.

Empiezo a oír voces por la casa de nuevo, creo que ya han llegado todos los invitados. Necesito levantarme y ponerme un poco decente. Axel es el único que sube a mi habitación, y lo agradezco.

—Princesa, ya están todos aquí. Si quieres bajo yo a la niña y tú descansas.

—No, yo puedo bajar también. Quiero vestirme un poco y comer algo, ahora me muero de hambre. Por favor, dile a Julia que suba y me ayude.

—Está bien, voy a buscarla.

Mientras él iba a por Julia, me levanté con la niña para vestirla, tengo una canastilla con cosas que me ha traído Juana, su nena ya tiene casi 9 meses y me ha dejado ropita, un cuco y hasta sujetadores de lactancia, porque yo tengo todas mis cosas en casa, no creí que Sofía iba a querer nacer en su Isla.

—¡Nena! —exclamó Julia al entrar—, ¿ya se te pasó la mala hostia? Porque vaya carácter de

mierda que tienen las preñadas, menos mal que a mí nunca me va a pasar.

—Nunca digas nunca —le avisé.

Y se acercó a abrazarme. Le daba miedo coger en brazos a la niña y la tuve que obligar a que se sentara en el sofá y posársela en el pecho. Por primera vez en toda mi vida, vi a Julia emocionarse. No le dijo nada, solo le pasaba los dedos por sus perfectas mejillas rosadas. Al final fue Axel quien me ayudó a vestirme.

Bajamos las escaleras los tres, Axel llevaba en brazos a nuestra hija y todos estaban en el salón expectantes. Antes de bajar el último escalón, les pedí disculpas.

—Gracias a todos por volver, pensé que después de los gritos no querríais mirarme a la cara.

Todos se rieron y Claudio tuvo que poner la puntillita.

—Hemos venido a ver a la niña, no a ti, ¡descerebrada!

La carcajada fue general. Todos se fueron acercando poco a poco a ver a la niña. Mis hijos los primeros. Teo y Gael se pidieron cogerla en brazos antes que nadie. Después los abuelos, las lágrimas de Joan sosteniendo a su nieta hicieron que Axel disparara varias veces con su cámara, sin *flash*, por supuesto. Alma también se emocionó, pero sin soltar la lagrimilla. Sus tíos, Claudio, incluso la familia de Lucas.

Sofía no tenía ni un día de vida y ya estaba desfilando de brazo en brazo, no protestó ni una sola vez y yo aproveché para acercarme a la cocina y devorar todo lo que encontré de paso.

Por la noche nos despedimos de todos y Axel y yo fuimos pronto a descansar. Él estaba exhausto también, se le notaba en la cara.

—Yo también estoy muy cansada, Axel, no sé cómo voy a darle el pecho durante la noche.

—Lo siento, princesa, me encantaría ayudarte, pero creo que con ese tema no voy a poder.

—Sí, sí puedes. Ven.

Entonces me quité la ropa otra vez y me puse solo el kimono. Me tumbé de lado en la cama, apoyando mi cabeza en mi brazo y tumbé a Sofía de cara a mí. Axel se quitó su ropa y se puso el pantalón del pijama sin camiseta. Le dije que se colocara pegando su pecho a mi espalda.

—Ábreme tú el kimono. Esto va a ser como si le dieras el biberón.

Axel se pegó a mí y obedeció mis órdenes. Cuando mi pecho quedó al aire, le dije que me lo sujetara mientras yo acercaba a Sofía.

—Acércale el pezón a la boca, ya verás como lo coge.

Esa postura me permitía descansar más el cuerpo y sentir a mi bebé y a mi amor mucho más cerca.

Axel se quedó perplejo cuando Sofía, con su mini boca de piñón, enganchó mi pezón y empezó a succionar.

—¡Mírala, Lía! Es perfecta. Es Jodidamente perfecta —me dijo susurrando a mi oído.

—Lo sé. Es lo mejor que hemos hecho juntos en la vida. ¿Eres feliz?

—¿Si soy feliz? el hombre más feliz del puto universo, princesa.

Y mientras Sofía mamaba, Axel me daba besos en la nuca y sujetaba mi pecho para alimentar a nuestra hija. El efecto Axel invadía de nuevo la atmósfera.

—Lo que estoy notando en mi culo no será tu erección, ¿no? —le dije descojonándome mientras colocaba a Sofía boca arriba en su lado del colchón.

—Joder, amor. Es tan erótico tocarte las lolas y sentirte tan pegada a mí. No he podido evitarlo.

—Me encanta que siempre me deseas, aunque aún te faltan unos días para estar dentro de mí —me lamenté.

Axel cogió a la niña y la acostó en su cuco. Se metió en la cama conmigo, me ató el kimono y me besó con fuerza, con ganas y con pasión. Su beso me transmitió mil emociones. Ahí estaba, toda su

electricidad, la que espero que nos acompañe siempre.

—Si Sofía quiere comer y estoy muy dormida, puedes hacer lo mismo que ahora, la colocas y la enchufas, en este momento soy como un surtidor —le dije intentado no cerrar mis ojos y seguir mirando los suyos verdes.

—No seas boba, eres lo mejor que me ha pasado en mi vida y estás preciosa con nuestra hija pegada a ti. Descansa, princesa, voy a ayudarte todo lo que pueda. Voy a estar a tu lado, ahora y siempre.

Las palabras de Axel me llenan el corazón, a mi mente viene la letra de la canción de Natalia Lafurcade; *tú sí sabes quererme, mi amor, tú sí sabes adorarme, quédate por siempre, para siempre, para siempre amarnos...*

Y así, susurrándole bajito un “ahora y siempre”, me dejé vencer por Morfeo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias de nuevo a mis lectoras de Wattpad, sin vosotras Lía y Axel no hubieran llegado a ningún sitio. Gracias por ilusionaros con esta historia tanto como yo y por animarme a continuar escribiendo.

Gracias a mis nuevas lectoras, que sois muchas, gracias por dar una oportunidad a mi primera historia; para alguien que acaba de aterrizar en este mundo literario, como es mi caso, es importantísimo leer cada comentario que me habéis regalado. Gracias de corazón.

Gracias a mis amapolas, Sara, Macu, Lola, Cris y Silvia, porque fuisteis de las primeras en tener mi libro en vuestras manos y me regalasteis un fin de semana de risas e inspiración.

Gracias a Laura Ortiz, por conseguir que no me sintiera sola en mi primera presentación y porque contigo siempre es un placer hablar de musos.

También quiero dar las gracias a todas las blogueras que se han interesado por mi historia, Raquel, Ana, Valentina, Amanda..., gracias por la difusión.

Y gracias infinitas a ti, que tienes ahora mismo este libro en tus manos, espero que te haya gustado tanto la historia que quieras seguir leyendo lo próximo que escriba.

Table of Contents

Prólogo

1- EN RUTA

2- AGOSTO EN BERLIN

3- LOS DÍAS AL SOL

4- INVITADO SORPRESA

5- NUEVO PROYECTO

6- UN POCO DE SUR PARA NO PERDER EL NORTE

7- ¿QUÉ ES LO QUE TENEMOS?

8- TRABAJO Y CASA, CASA Y TRABAJO

9- SOBREVIVIENDO

10- DEJÁNDOME LLEVAR

11- 38 OTOÑOS

12- MI ALMA Y MI LIBERTAD

13- CIAO MILANO

14- AVANZANDO

15- PODER Y DECISION

16- PRE NAVIDAD

17- OTRO AÑO QUE SE VA

18- OTRO AÑO QUE COMIENZA

19- 38 TACOS Y NO MEXICANOS

20- TRABAJO BIEN HECHO

21- UN SUSTO

22- EL PREMIO

23- DUDAS

24- PREBODA

25- LA BODA (I)

26- LA BODA (II)

27- Y SEGUIMOS SIN HABLAR

28- UN DOMINGO DE MIERDA

29- NO VA A PARAR

30- MENDIGANDO

31- AUTOENGAÑO

32- MALDITA LOCURA

33- LA REUNIÓN

34- LA CENA

35- SE ACABARON LAS MENTIRAS

36- NO ES UN SUEÑO

37- CAMINO DE VUELTA

38- BIENVENIDA A CASA

39- DENTRO DE TI

40- NUNCA LO IMAGINÉ

41- MENUDO DÚO

42- COMUNICADO OFICIAL

43- VAMOS A LUCHAR

44- DESTINO ISLA SOFÍA

45- DÍAS CON SOL Y NUBES

46- Y ASÍ ES LA VIDA

47- SOFÍA

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS